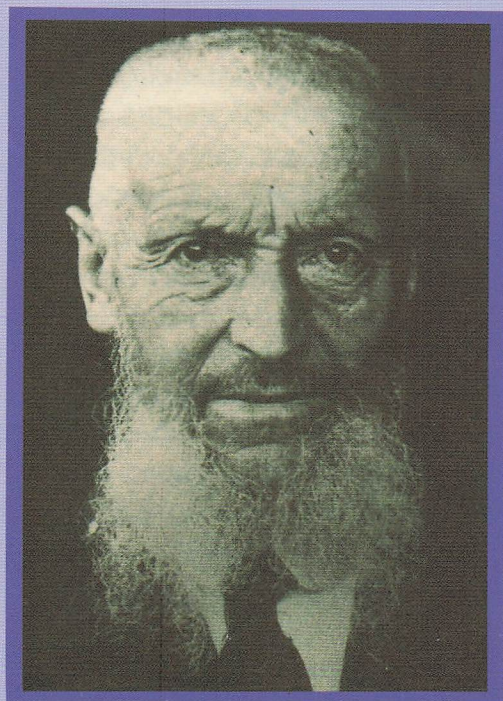


Jacinto Pancheri

La aventura de una vida

Alessandro Bezzi



Inspectoría "Sagrado Corazón de Jesús"

Alessandro Bezzi

Jacinto Pancheri

La aventura de una vida

Inspección "Sagrado Corazón de Jesús"

Jacinto Pancheri
La aventura de una vida
Alessandro Bezzi

2014
ISBN: 978-9942-8526-3-2

Inspección Salesiana Sagrado Corazón de Jesús
Centro Salesiano de Publicaciones
Pastorales José Ruaro
Av. 12 de Octubre N23-88 y Wilson
Tel: 02-2506251
correo-e: publicacionespastorales@salesianos.org.ec

Coordinador de la serie "Misioneros salesianos":
P. Juan Bottasso, sdb

Impreso en Centro Gráfico Salesiano, Vega Muñoz 10-68.
Telf. 283 1745, ext. 21903, Cuenca-Ecuador.

Índice

Prólogo a la versión en español	
P. Marcelo Farfán	7
Presentación	
P. Ángel Botta	9
Premisa: la aventura y la fe	
Paolo Gulisano	11
Las misiones y los shuar	
Silvio Broseghini SDB	19
¿Por qué “jíbaros” y “salvajes”?	22
Introducción y dedicatoria	27

PARTE 1

Infancia, estudios, vocación salesiana (1857-1893)

1.1. Infancia.....	33
1.2. Albañil y maestro	36
1.3. La vocación salesiana y el encuentro con Don Bosco	37
1.4. El noviciado y la profesión religiosa.....	40
1.5. Preparativos para la partida.....	48
1.6. El carácter, la fe, las relaciones con la familia	51
1.7. El viaje a las Américas	59

PARTE 2

Pancheri misionero y explorador del Oriente (1893-1896)

2.1. Primeros encargos y actividades en Quito, Cuenca y Gualaquiza (1893-1896).....	85
2.2. Exploraciones del Oriente (1893-1896).....	92
2.3. Exploración zoológica realizada con Enrico Festa. Otros hechos narrados por Festa	123
2.4. Pankeri, nuevamente en Quito (1896-1908): su rol y sus actividades durante y después de la salida de los Salesianos del Ecuador; la tremenda sentencia de don Borghino.	127

Índice

PARTE 3

Pankeri sumergido en mil compromisos y sufrimientos (1908-1927)

3.1. Actividades de Pankeri entre 1908 y 1927	154
3.2. Situación de Jacinto Pankeri antes del viaje a Italia y sus relaciones con la familia Jijón y Caamaño	156
3.3. Viaje de Pankeri a Italia en 1913	163
3.4. Reingreso a Quito y actividad de Pankeri entre 1913 y 1924.....	179
3.5. El destierro a Perú, el regreso a Quito y el reintegro de Pankeri a la familia salesiana (1924-1927)	184

PARTE 4

Pankeri nuevamente entre los shuar (1927-1947)

4.1. El coadjutor Pankeri en los últimos 20 años de misión en Santiago de Médez en la selva ecuatoriana: la construcción del puente sobre el río Paute	209
4.2. La activa vejez del coadjutor Jacinto y sus últimos escritos.....	214

PARTE 5

Pankeri se prepara para la muerte: testimonios

5.1. Padre Antonio Guerriero: "Deseo morir en las manos de Dios".	239
5.2. Padre Domingo Perego: "Forjador del futuro"	240
5.3. Padre Pedro Maskolaitis: "Enfrentaba a los cuchuchos"	243
5.4. Padre Luis Bozza: "Un hombre excepcional, religioso muy cumplido"	246
5.5. Padre Aurelio Pischedda: "Un modelo para los estudiosos de materias técnicas"	247
5.6. Padre Natale Lova: "Muy apreciado por los shuar"	248
5.7. Padre Miguel Torres: "Humilde devoto de María Auxiliadora" ...	249
Epílogo	251
Bibliografía	257
Apéndice N.º 1	279
Apéndice N.º 2	289
Apéndice N.º 3	292
Palabras finales.....	301

Prólogo

a la edición en español

La Inspectoría del Ecuador, desde sus orígenes, fue pensada por Don Bosco y los primeros salesianos como una Inspectoría misionera. De hecho, apenas asentada la presencia salesiana en el Ecuador, se inició el trabajo evangelizador con el pueblo shuar. Décadas más tarde, se amplió la acción misionera con el pueblo achuar y ya en la década de los años setenta, con los pueblos kichwa de la Sierra ecuatoriana.

Al celebrarse el segundo centenario del nacimiento de Don Bosco, con la presente colección “Misioneros Salesianos”, la Inspectoría del Ecuador quiere dar a conocer los rasgos biográficos, la actividad, el pensamiento, los aportes de un puñado de aquellos religiosos que hicieron palpable el carisma salesiano en el campo misionero.

En esta oportunidad ofrecemos a la Inspectoría la multifacética y compleja vida y personalidad de ese mítico salesiano coadjutor que fue Jacinto Pancheri. Alessandro Bezzi –sobrino bisnieto de Pancheri– reconstruye la trayectoria misionera de su tío. La obra fue auspiciada por el Alcalde de Romallo, Riccardo Salvaterra que buscó resaltar la figura de hombres notables del pueblo y fue impresa a expensas de ese municipio.

“Jacinto Pancheri, la aventura de una vida” es la biografía de un coadjutor salesiano misionero que en medio de serias dificultades internas y externas, contribuyó en las primeras horas de esta Inspectoría, a hacer presente la riqueza del carisma salesiano misionero vivido desde la especificidad laical de su vocación salesiana.

El conocimiento de la vida y obra del salesiano coadjutor Jacinto Pancheri sea motivo para vivir radicalmente la vida cristiana entendida como encuentro con el Señor y como envío a proclamar la buena nueva del Reino en el mundo.

P. Marcelo Farfán, sdb

Inspector de los Salesianos en el Ecuador

2008-2014

Presentación

P. Ángel Botta¹

Cuando yo era un joven clérigo, primero en Cuenca y luego en Guayaquil, oía hablar con frecuencia del coadjutor Jacinto Pancheri, ya muy anciano, en Méndez, como de un personaje mítico para los salesianos del Ecuador. Mucho más tarde viví en la casa de La Tola que él construyera en Quito; crucé el famoso puente que él hizo sobre el Paute y navegué en los ríos que él dibujó con precisión en sus mapas geográficos. Pero Pancheri ya no estaba, aunque su nombre sonaba aún en todas partes.

Ahora por fin lo encuentro en las páginas de Alessandro Bezzi, quien me permite leer el preestreno de su libro, haciéndome entrar en contacto con una personalidad impresionante y cautivadora. Con Pancheri, vuelvo al Ecuador y vuelvo a reco-

1 Actualmente secretario personal del Rector Mayor, P. Chávez. Nació en 1924 en Bérghamo, llegó al Ecuador como novicio a los 15 años. Hizo su primera profesión en 1940 en Yanuncay. Continuó sus estudios de filosofía en Cuenca y Guayaquil, e hizo su profesión perpetua en 1946. Estudió teología en Quito y ya siendo clérigo, empezó la actividad de docente y fue ordenado sacerdote en 1951, en Quito. Fue enviado como profesor y predicador al Colegio Cristóbal Colón, en Guayaquil, donde se quedó hasta 1966, cuando sustituyó en Quito al P. Ernesto Álvarez, que había sido nombrado Obispo Auxiliar de Guayaquil. En 1967, fue nombrado inspector de la nueva Inspectoría de Cuenca. Cumplió con este encargo hasta 1973. Ese año se fue a Roma para un período de actualización y, en 1974, volvió al Ecuador como director del Colegio Cristóbal Colón de Guayaquil. Por motivos de salud volvió a Roma y comenzó a realizar el delicado trabajo de secretario particular del Rector Mayor. Desde hace 28 años cumple en Roma con este importante encargo.

rrer, contemplándolos con ojos nuevos, los caminos y las calles de las ciudades y los senderos de las misiones. Digo “con ojos nuevos”, porque la capacidad en percibir el conjunto y el detalle, la precisión vivaz en su descripción, junto con las situaciones sumamente difíciles de los inicios que él enfrentó, son realmente únicas.

Pero lo que me fascina es la riqueza de la persona desde el punto de vista humano y religioso: el valor de emprender proyectos enormes, fidelidad al compromiso asumido, la disponibilidad de servicio, sin huella de limitación personal; la nobleza con la cual trata al Presidente de la República, en el palacio de la capital y al jíbaro en la choza de la selva; la claridad en hablar con el hermano religioso que trabaja a su lado y al sucesor de Don Bosco en Turín; la humildad que lo impulsó a prometer, después de haber salvado las propiedades de los salesianos en el Ecuador y sufrir la separación –con un proceso sumamente doloroso de expulsión, por muy falso que sea este– “si no puedo ser coadjutor, seré fiel cooperador”. Son, sin duda, cualidades de su gente, llevadas al punto máximo por el encuentro con un santo como Don Bosco, quien leyó en su corazón y lo estimuló a “oír la voz de Dios”. Y esto Pancheri lo hizo durante toda su larga vida de misionero.

Gracias, pues, al autor. Gracias y felicitaciones vivísimas a la gente de Romallo, que supo dar a la Congregación Salesiana y al Ecuador, un gigante digno de ser conocido de cerca, como las siguientes páginas permiten hacerlo.

Roma, 15 de octubre de 2003

Premisa: la aventura y la fe

Paolo Gulisano²

La aventura está en el corazón del hombre: hace parte de su naturaleza, de su espíritu inquieto. Hay una aventura que es principalmente sueño o deseo de cosas nuevas, de ir más allá, esperar lo que está allende los confines del horizonte de uno y que atrae irresistiblemente; es deseo de conocer lo que no se sabe y de hacer lo que la ordinaria cotidianidad no permite. Sin embargo, hay otra aventura que puede fascinar al corazón del hombre y es la aventura de la fe, que es deseo de cosas hermosas y grandes para vivirlas no solo para sí, sino para los demás y para Dios. Desde hace dos mil años, el evento cristiano suscitó aventuras de esta clase, produjo investigadores de absoluto, testigos célebres u ocultos del bien, de lo bueno, de lo verdadero.

La historia que ustedes están a punto de leer es la de uno de estos hombres que percibió en sí mismo, en su consciencia, su alma, así como a su alrededor –en las señales que su época le presentaban– el llamado de la aventura, la aventura de la fe. Un hombre aparentemente común, un hombre como tantos nacidos en la tierra que rodea a Trento y que, sin embargo, supo darle

2 Paolo Gulisano, médico y escritor, se ocupa desde hace años de la historia. Entre sus obras está la publicación de varios libros: además de la historia de la persecución de los cristianos en México y un texto sobre el conflicto antirreligioso en el resurgimiento, enfocó su atención al mundo celta y anglosajón, publicando libros sobre los escritores Tolkien, Chesterton, y sobre Escocia e Irlanda. Nacido en Milán en 1959, por parte de madre pertenece a una rama de la familia Pancheri que dejó el Valle de Non a finales del siglo XIX, y no oculta el orgullo y el apego a sus raíces.

espacio en sí mismo a lo extraordinario y cumplió en su larga, difícil pero espléndida vida, cosas igualmente extraordinarias.

Jacinto Pancheri era este hombre, vivido entre finales del siglo XIX y primera mitad del siglo XX; escindido entre dos continentes, Europa y América, en una época de grandes y dramáticos cambios. Mientras la historia era decidida por los llamados "grandes" de la tierra; mientras se planeaban guerras y se concebían nuevos imperios sobre las cenizas de los antiguos; mientras los nuevos ídolos llamados "Dinero, Poder, Estado, Raza, Clase", se preparaban a reclamar un número inmenso de vidas humanas, la existencia concreta del pueblo, de los "pequeños", pasaba entre las partidas y los sacrificios cotidianos, reconfortada por los afectos familiares y el calor de una fe sencilla y profunda.

Jacinto Pancheri había llegado al mundo en tal realidad, en su Valle de Non, que entonces era periferia tranquila del gran Imperio Habsburgo y donde la vida transcurría plácida, como un río, con sus buenas leyes, su sabia administración, su apego a tradiciones seculares, su arraigo en los valores cristianos. Un poco más al sur, en cambio, desde hacía algunos años, iba agitando el nuevo Estado italiano, con sus frenesíes, sus ambiciones, sus ideologías anticlericales que habían determinado el surgimiento de una nación que odiaba su propia tradición religiosa. El llamado "Resurgimiento" había perseguido por largo tiempo a los católicos, incluso a los santos, como aquel Don Bosco que capturó la imaginación y el corazón del joven Pancheri. Aquel que se iba afirmando como una de las más importantes figuras de la Iglesia del siglo XIX, con intuiciones geniales y proféticas respecto a la formación de los jóvenes y la difusión del mensaje cristiano en una sociedad moderna, encontró, increíblemente, la oposición durísima de la ideología del resurgimiento, en particular de la corriente masónica que fue su eje fundamental. Pancheri no solo se adhirió totalmente al espíritu

salesiano de Don Bosco sino que, extrañamente, su destino sería en el curso de su vida, el de ser perseguido por análogos ambientes ideológicos.

La vida y el destino de hombres como Jacinto, podían parecer marcados por las circunstancias sociales de su condición y la de su tierra: compartir el destino de su gente y ser campesino o albañil o aspirar a convertirse –como en efecto sucedió– en maestro de primaria, trabajo este, que lo interpretó como auténtica misión. Una vida tranquila, pura, hecha de pocas y sencillas satisfacciones. Pero el destino de Jacinto era diferente y estaba escrito no por los hombres o la sociedad circundante, sino por Dios. En el joven Pancheri ardía un fuego, un fuego interior, tan intenso como callado: el fuego de la fe. Acaso se haya tratado de un fuego antiguo, de una predisposición casi familiar a vivir con pasión y dedicación el cristianismo. Jacinto pertenecía a la familia Pancheri, que sigue siendo el apellido más común de Romallo, su pueblo natal, una familia de orígenes muy antiguos, en la que historia y leyenda se entrelazan.

Si hoy el apellido Pancheri está difundido en varios pueblos de los Valles del Noce, el origen parece remontarse a Samoclevo, actualmente barrio de la municipalidad de Caldes. A los Pancheri de Samoclevo, hacen referencia documentos del siglo XIV que los describen como notarios. En el antiguo Principado Obispal de Trento, los notarios, que gozaban de honra y estimación entre el pueblo, tenían localmente la autoridad de juzgar en las pequeñas desavenencias, con una función social que tenía su importancia: ratificaban las compras y las ventas, regulaban las herencias, los trueques, los testamentos, los acuerdos matrimoniales. Eran los garantes, respecto al pueblo y la autoridad del Príncipe Obispo, de las libertades locales y las leyes: constituían una especie de pequeña nobleza rural, cuya autoridad estaba garantizada no por la sangre o la clase social, sino las capacidades y las virtudes. Así, del originario Samoclevo, los

Pancheri fueron llamados a dar testimonio de sus cualidades en otras localidades de la antigua Anaunia: llegaron a ser por generaciones capitanes del Castillo de Altaguardia, recordados en la memoria popular, por el sentido de justicia con el cual cumplían con tal encargo. A muchos de ellos, se les dio el título de “ser”. En las comunidades donde se establecieron, continuaron por largo tiempo realizando funciones de notarios u ocupándose de tareas administrativas; a menudo fueron elegidos, a causa de su rectitud y autoridad, como árbitros en desavenencias que surgían. Muchos de sus miembros entre hombres y mujeres fueron donados, por esta familia, como sacerdotes y religiosos a la Iglesia, en el curso de los siglos.

Tales datos históricos pueden permitirle a la imaginación, lanzarse a fantasear un poco respecto de los Pancheri, sobre los cuales se transmiten leyendas muy anteriores a su aparición “oficial” en los documentos históricos, que se dio a finales del siglo XIV, que los describen como caballeros cruzados que participaron en las antiguas expediciones a la Tierra Santa, de las cuales habrían vuelto enriquecidos de conocimientos, de medicina oriental, árabe y hebrea, que los han puesto en práctica durante siglos, transmitiéndose tales conocimientos de herboristería de padre a hijo. Un interesante elemento de la familia Pancheri, es el escudo familiar: un cordero que sostiene una bandera blanca con una cruz roja, llamada en heráldica “bandera de San Jorge”. Se trata del cordero símbolo del martirio, lo cual constituye una ulterior sugerencia de reflexión: el apellido Pancheri, en efecto, significa “hijo de Pancherio”, un nombre actualmente rarísimo, o acaso totalmente desaparecido, que era el de un santo mártir de finales del tercer siglo.

Según las fuentes hagiográficas, Pancherio era un oficial del ejército del Imperio romano. Se dice que había nacido en Villach, en Carinzia, y esto explicaría la difusión de su culto en el arco alpino, y por tanto en los valles de Sole y Non, y que

había sido martirizado durante las espantosas persecuciones de Diocleciano, en el año 303. Pancherio fue asesinado por haber rechazado repudiar su fe y anteponer a esta el culto al emperador. Su martirio se hizo en Nicomedia, en la actual Turquía, donde cumplía con su tarea. Las antiguas leyendas y crónicas cristianas, narran que en el mismo lugar y el mismo año fue martirizado también otro santo, destinado a fama sumamente grande, al punto que llegó a ser patrono de ciudades, naciones y la misma caballería cristiana: San Jorge.

Historias y leyendas medievales, crónicas de hombres justos, escudos con corderos y banderas de San Jorge: ¿cuánto de este antiguo patrimonio relacionado con sus raíces familiares era conocido por Jacinto Pancheri? Poco probablemente: él era un simple muchacho de Romallo, educado sobriamente por sus padres, por los maestros que había tenido, con ejemplos en familia de vida dedicada a la fe. Pero lo que acaso haya ignorado estaba inscrito en sus caracteres genéticos y su corazón: la llamada a convertirse en un héroe de la fe. Un hombre llamado al heroísmo más auténtico, más hermoso, más conmovedor: no el de la fuerza, la conquista, sino el de la renuncia, el sacrificio, el amor a Dios y al prójimo. Él también fue mártir, aunque no llegó a derramar su sangre: por la fe se sacrificó a sí mismo por largos años, en un martirio (palabra esta cuyo significado es “testimonio”) diario, en la fatiga de encargos difíciles, perseguido por los enemigos del cristianismo, en el reto de la misión.

La figura de Jacinto Pancheri, no es la de un santo; ninguna causa de beatificación al respecto se inició jamás, pero sin duda es la de un héroe, un moderno héroe de la fe, oscuro, olvidado, pero cuyo recuerdo se hace vivo y conmovedor en las páginas que vienen a continuación. El recuerdo de un joven serio, entero, de mirada límpida y directa, en cuyos ojos azules se reflejaba la pureza del cielo de Trento, al que jamás olvidó, incluso a pesar de estar a miles de kilómetros. Jacinto, que se

dedicó a la lectura cuidadosa de los escritos de aquel hombre excepcional que vivía en Turín, que gastaba su vida para la educación de los muchachos, para salvar su humanidad de las rosas de una ciudad industrial ya cruelmente competitiva, donde parecía no haber lugar para los valores cristianos, la bondad, la verdad: Don Bosco. Jacinto, que deja atrás la familia, el pueblo, las pequeñas amadas certezas para ir donde este hombre santo, para hacerse aconsejar, a hacerse revelar aquel destino que su corazón aventurero ya señala, para iniciar un largo y fatigoso camino.

Lo vemos entonces en Faenza, en esa Romagna inquieta, anticlerical, en una escuela frecuentada por un alumno insubordinado, cuyo nombre era Benito Mussolini, y luego lo vemos lanzarse en la aventura esperada, soñada, deseada de la misión. Las virtudes humanas y cristianas de Jacinto fueron llamadas a dar prueba de sí mismo en circunstancias realmente duras: el joven coadjutor salesiano fue enviado a las montañas y selvas del Ecuador. Había nacido de gente ingeniosa y de buena voluntad, y nunca dio marcha atrás. Para su gente, para los cristianos del pasado, vivir según la fe, consistía en cumplir plenamente y sin arreglos los deberes cristianos; Jacinto fue un hombre siempre ligado a sus obligaciones y compromisos, pero a esta rectitud, a este arraigado sentido del deber, agregó una personal creatividad en su vivir e interpretar su vocación y sus tareas. En cierto sentido, fue a menudo un solitario, llamado a vivir y a hacer elecciones en condiciones muy difíciles: en todo esto, en ocasiones, llegó a divergir de las opiniones de los superiores, porque siempre fue sumamente fiel a un superior mucho más exigente: su propia consciencia.

Jacinto Pancheri, actuó siempre según los dictados de su consciencia cristiana, las enseñanzas de sus padres espirituales, los impulsos que le diera Don Bosco. Actuó para el bien de las personas, actuó detestando el mal, lo inicuo, la injusticia: actuó

como un verdadero caballero cristiano, acaso con los mismos “defectos” de los antiguos cruzados: orgullo y testarudez, límites de los cuales eran muy consciente y por los cuales pedía perdón a Dios. Luchó contra el mal organizado cultural y políticamente, en la Masonería, esta secta secreta nacida en la Inglaterra del siglo XVIII, que se ponía como finalidad la destrucción de la Iglesia católica, la construcción de “un nuevo orden mundial” y que podía lucir entre sus éxitos la Revolución francesa (con sus miles de víctimas inocentes) y el “Resurgimiento italiano”, con su duro centralismo, sus leyes anticatólicas y su política derramadora de sangre, que obligaría a millones de personas a emigrar. Pancheri halló en América la misma Masonería, la misma secta ferozmente entregada contra los católicos y la enfrentó como profeta desarmado, con la fuerza del derecho, la verdad, la justicia. Fue perseguido, maltratado, encarcelado, pero jamás se doblegó. Su oposición a la secta y a sus abusos siempre fue pacífica, pero decidida e incluso vehemente.

Como lo dijimos anteriormente, tanto si estuvo consciente como si no lo estuvo de que en las venas de Pancheri corría la sangre de generaciones de caballeros y hombres justos, se lanzó en su primera cruzada. Sin embargo, nunca fue ideológico en su lucha ni tampoco teórico: al mal le opuso el bien; a las destrucciones realizadas por el Gobierno sectario, opuso la construcción, la edificación material del bien. Siempre fue activo, a favor del pueblo ecuatoriano oprimido, entregándole, a través de su genio creativo –y las habilidades manuales conseguidas cuando había sido un joven albañil tirolés– casas, escuelas, institutos y puentes, con habilidad de ingeniero.

Nunca fue sacerdote, pero fue religioso y evangelizador en toda circunstancia y entre todos los componentes de la sociedad del Ecuador, sin hacer distinciones. Así lo encontramos entre los últimos, entre los indígenas shuar en las selvas amazónicas, así como junto a importantes hombres políticos, que le

confiaron precisamente a él, la educación religiosa de sus hijos, en un momento cuando no existía más que la escuela laica y, por lo tanto, consciente de que el anuncio cristiano no podía darse en un sentido único o por categorías sociales, sino que es realmente para todos los hombres.

Fue el valiente defensor del honor de los salesianos, él que se había quedado solo, en todo el país, para representar a la congregación. Aguantó presiones, calumnias, amenazas, incomprendiones; aguantó con la fuerza de la fe y la de su recta conciencia. Soportó con la ternura de su devoción a María, sobria pero intensa, aprendida –casi respirada– desde su infancia en el Valle de Non, en una tierra de devoción sincera y conmovedora.

Jacinto conoció fatigas, dolores, lágrimas, pasó por momentos de oscuridad, de graves dificultades, pero nunca se descarrió: en él siempre fue grande la virtud de la esperanza. Escribió: “Dios remediará todo, lo quieran o no lo quieran los hombres. Dios es caridad y no puede abandonar a sus criaturas, y especialmente a aquellos que confían en Él”. Persona con fe, esperanza, caridad. Un testigo creíble del cristianismo, un irreducible enemigo de la injusticia, un manso cordero que supo luchar y mantener alta la “bandera de la Verdad”. Si estas palabras pueden parecerles a alguien retóricas, tan solo deberá leer las páginas que siguen, en las cuales se hallarán los hechos desnudos, las crónicas de los acontecimientos, las cartas de nuestro Jacinto. El lector se hallará frente a un hombre excepcional que gastó su vida con pasión y dignidad; un héroe o, si así lo prefieren, simplemente un hombre auténtico, uno de aquellos de los cuales vale la pena conocer la historia, la historia verdadera de Jacinto Pancheri.

Las misiones y los shuar

Silvio Broseghini, sdb³

La aventura misionera en la tierra de los shuar inició hacia la mitad del siglo XVI, cuando también en los territorios al este de los Andes empezaron a surgir las “encomiendas”⁴ y las primeras “villas” (pequeñas ciudades), formadas por “vecinos” españoles. En el territorio de los shuar nacen también las “ciudades” de Sevilla del Oro, Logroño de los Caballeros, Santiago de las Montañas, Borja, Valladolid y otras.

La presencia de estas colonias hace que empiece también la obra de evangelización. Los contactos de los shuar con las verdades de la fe y los evangelizadores existieron, aunque no

3 Nació en Baselga di Piné (Trento), en 1949, entró al colegio salesiano de Trento en 1965. Después de haber frecuentado los últimos años de básica y el liceo y haber hecho el Noviciado en Albaré de Costermano (Verona), y habiendo terminado los estudios del liceo y filosofía en Cison de Valmarino (Treviso), en 1969 fue enviado al Ecuador, donde trabajó como profesor y ayudante en las misiones de Kuchantsa y Bomboiza. Frecuentó luego los cursos de teología en Quito. Fue ordenado sacerdote en 1975. Como sacerdote, inició su labor misionera como párroco itinerante de las comunidades shuar en varias partes del Vicariato de Méndez. Por seis años, fue Vicario de la Pastoral Indígena y actualmente es responsable del Seminario Mayor Indígena Nacional, creado por la Conferencia Episcopal Ecuatoriana. Vive en la Misión Salesiana de Kuchantsa, cerca de Méndez. Después de un año de dolorosa enfermedad murió en Baselga di Piné el 11 de abril de 2006.

4 Encomiendas: amplios territorios confiados por la Corona de España a colonos occidentales, que ejercían su poder también sobre los indios presentes en el territorio.

hay muchos testimonios de las “doctrinas”⁵. En 1599, un levantamiento de los indígenas de las circunscripciones de Sevilla de Oro y Logroño, contra los abusos del gobernador, lleva a la destrucción de estas dos pequeñas ciudades. Algunos colonos de Sevilla de Oro sobreviven y fundan Macas, en la orilla derecha del río Upano. La presencia de misioneros se hace cada vez más esporádica y, con la disolución de la Compañía de Jesús en 1767, las famosas misiones del Mainas,⁶ fundadas y administradas por los jesuitas desde la ciudad de Quito, pasan a la jurisdicción del convento de los franciscanos de Ocopa, en Perú.

En el Oriente ecuatoriano, la penetración de colonos hacia la Amazonia se reduce al mínimo y también la presencia misionera llega a ser ocasional y se restringe a veces a simples visitas. Se hallan algunos relatos de estas visitas, por ejemplo la del padre Antonio José Prieto –de la orden de los franciscanos– que en 1816 recorrió la zona de Gualaquiza y Bomboiza, y describió las costumbres del pueblo shuar. En 1853, en un relato enviado por Monseñor José Manuel Plaza, OFM, Obispo de Cuenca, al Ministro de Interiores, se dan noticias de los shuar y de sus costumbres. En esos años, una presencia estable de misioneros entre los shuar era prácticamente inconcebible, sobre todo porque no se podía asegurar un sostén suficiente al misionero.

Será Gabriel García Moreno, en su segunda presidencia (1869-1875), quien retomará el discurso de las misiones y de la presencia permanente de misioneros, con la intención de fortalecer la soberanía territorial en las zonas del Oriente de la

5 Las “doctrinas” eran unos aglomerados de casas que se formaban alrededor de una iglesia y eran dirigidas por un sacerdote, y se formaban en función de la evangelización de los indígenas. En la primera mitad del siglo XIX se halla la noticia de un intento de establecer una en la zona de los Bomboiza, pero sin grandes progresos.

6 Las misiones de Mainas, se ubicaban en la zona de confluencia de los ríos Morona y Pastaza con el río Marañón.

cordillera de los Andes. En 1870, el Parlamento, aprueba la creación de las misiones y las confía nuevamente a los jesuitas, que, después de la restauración⁷ de 1815, pudieron reconstituir la Compañía de Jesús. Inicia así la presencia misionera entre las poblaciones indígenas del río Napo, al norte de la Región Amazónica ecuatoriana. El P. Fonseca abre la misión entre los shuar de Macas y el jesuita P. Pozzi funda la misión de Gualaquiza. Pero en Gualaquiza y Macas los jesuitas se quedan pocos años. Se retiran en 1876, a causa de las numerosas guerras tribales y la falta de medios económicos para el trabajo misionero.

En 1880, los padres dominicos se encargan de las misiones de Canelos y Macas, creando puestos misioneros en estas dos localidades: en Canelos, con los indígenas kichwa y en Macas, con los shuar. Los jesuitas continúan el trabajo de evangelización en las misiones de Macas. Tanto los dominicos como los jesuitas, inician las escuelas para niños y niñas.

En 1888, después de la aprobación por parte del Parlamento de cuatro vicariatos en la zona oriental del Ecuador, el presidente Antonio Flores Jijón, en el mes de octubre, presenta la solicitud oficial al Papa León XIII.

Uno de los principales pensamientos, que siempre preocuparon al Gobierno del Ecuador, fue el de esforzarse para la civilización y evangelización de las numerosas tribus salvajes que pueblan las lejanas y amplias selvas de los territorios amazónicos, parte de la república donde desgraciadamente aún no llegó la civilización. Con este fin, tan útil como cristiano, nuestro tesoro público⁸, aunque pequeño, jamás disminuyó los gastos previstos para es-

7 Los historiadores designan con este término el período entre 1815 y 1830, que corresponde al restablecimiento, sobre todo en Europa, del orden político precedente a la Revolución francesa y el período napoleónico, propuesto por el Congreso de Viena en 1815.

8 Los fondos fiscales.

tablecer en esta región a los dominicos y jesuitas y las monjas del Buen Pastor. [Fruto de este esfuerzo fueron las misiones del Napo y las Misiones de Canelos y Macas, confiadas respectivamente a los jesuitas y los dominicos, y el mismo Presidente reconoce que] gracias a las constantes prédicas de los obreros de Cristo y las escuelas infantiles de ambos sexos, la civilización evangélica va tomando fuerza, allá donde hasta ahora reinó la ignorancia y la barbarie (Los salesianos y la Amazonia, vol. I, p. 387).

Así pues, el Presidente pidió la creación de cuatro Vicariatos Apostólicos: el del Napo, bajo la dirección de los jesuitas; el de Canelos y Macas, bajo la responsabilidad de los dominicos; el de Méndez y Gualaquiza, confiado a los salesianos; el de Zamora bajo la guía de los franciscanos. El trámite burocrático es largo, pero el 8 de octubre de 1893, cinco años después, el Papa León XIII firma el Decreto de Creación del Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza y lo confía a la Congregación Salesiana. Y aquí empieza el trabajo misionero de los salesianos entre los shuar.

¿Por qué “jíbaros” y “salvajes”?

La palabra “jíbaro” o “jívaro” entró al Diccionario de la Lengua Española, asumiendo el significado de “salvaje, rudo, no civilizado”. Este vocablo deriva de la transcripción de la palabra *shiwiar* (homónima de *shuar*), con que las personas de ese grupo lingüístico denominan a la “persona” (por ejemplo, *Shiwiar winíniawai*, significa simplemente: *unas personas están llegando*). En la primera mitad del siglo XVI, el sonido /sh/ –la *sc* italiana–, se transcribía con la letra “x” y entonces, se escribía *Xívaro* o *Xíbaro*, por el hecho de que la lengua española no hace diferencia entre el sonido /b/ bilabial y /v/ dentilabial. Al terminar el siglo XVI, la letra “X” empezó a usarse para transcribir el sonido /h/ aspirado, representado en la lengua española por la letra “J”. Entonces, la transcripción /*Xívaro*/ llegó a su transcrip-

ción definitiva /*Jívaro*/ y entró al Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua con el significado de “salvaje”, por el hecho de que los shuar vivían y viven en la selva, y asumió también aquella connotación de falta de civilización.

/*Jívaro*/ fue el nombre común con el cual se denominaron los grupos shuar hasta la primera mitad de los años sesenta del siglo pasado. Los misioneros, aunque usaron este término para definir la etnia con la cual trabajaban, lo usaron siempre con respeto y simpatía y, cuando hablaban de los alumnos de sus escuelas, generalmente usaban el diminutivo: los *kivaretti* (*jibaritos*).

¿Por qué “salvajes”? Simplemente porque, viviendo en la selva y aislados, estaban privados de la “civilización”. Por mucho tiempo –yo diría que por siglos– el término “civilización” se aplicó únicamente a la cultura occidental, vista como cumbre de la evolución de la sociedad humana, que se consideraba como una “continuidad de épocas y acontecimientos”, que llevaron al grado de civilización actual. Por tanto, los diferentes pueblos y grupos humanos no occidentales se hallaban en una de las etapas o épocas por las cuales pasó el Occidente: edad de la piedra, edad del bronce, edad del hierro, etc. La conquista de Latinoamérica en el siglo XVI y de África en los siglos XVIII y XIX, además de los viajes hacia el Lejano Oriente, suscitaron un interés particular por parte de intelectuales y filósofos. Los relatos de los misioneros y viajeros, sobre todo aquellos que describían las culturas de los pueblos no numerosos (minorías étnicas), suscitaron un interés especial. De la filosofía y la historia, empezaron a mover sus primeros pasos las ciencias sociales y antropológicas que querían descubrir los orígenes de las instituciones humanas, como el matrimonio, la paternidad, la religión, la organización social, el trabajo, la técnica, etc. Se estudiaban estas culturas, llamadas “primitivas”, como unos restos “arqueológicos” de la cultura universal –occidental– y por

tanto con el interés de comprender las instituciones civiles y las expresiones espirituales de la propia cultura.

Fue el estudio de la lingüística estructural, introducido por De Sussure y recogido por Levi-Strauss como método de estudio de las culturas, que cambió la concepción de la sucesión en el tiempo de varias etapas de la "cultura", considerada como una "continuidad" a lo largo de la historia de la humanidad. Será en los años cuarenta del siglo XX cuando se empezará a hablar de paralelismo cultural, debido al estudio comparado de las culturas, vistas ya no como etapas de una única cultura universal, sino como respuestas "contemporáneas" –vistas desde una perspectiva sincrónica⁹ y no diacrónica– a los problemas existenciales y prácticos del hombre, con relación a su vida en el mundo. El rumbo de la Antropología como ciencia cambia y asume un nuevo papel: el de estudiar y entender la estructura de las culturas humanas, como respuestas autónomas dadas por el hombre en determinadas situaciones geográficas e históricas de los diferentes grupos humanos.

Esta evolución de la comprensión de la "cultura" tuvo su peso incluso en el trabajo misionero y de evangelización, que pasó del método de la *tábula rasa* (desconocer y desplazar todo lo que se consideraba contrario a la revelación de Dios, sobre todo lo que se refería al mundo espiritual y religioso de un grupo humano), al método de la inculturación (el proceso por el cual se hace que el Evangelio sea asumido por una cultura particular como vivificador de la misma). Este cambio fue avalado por el Concilio Vaticano II, que quiso aproximarse a los hombres del siglo XX, asumiendo los progresos de la reflexión sobre el hombre y sus instituciones. Es innegable el aporte de las ciencias

9 Sincrónico deriva de dos palabras griegas: *sün kronos*, que significa contemporáneo. Diacrónico también está compuesto por dos palabras griegas: *diá kronos*, que significa "a través del tiempo".

humanas –sociología, antropología, psicología– a la teología, para que la verdad de Dios se pueda “actualizar” y ser siempre novedad para el hombre en el contexto en que se halla. Si antes del concilio se veían las manifestaciones religiosas como “paganas” y como “supersticiones”, a la luz de la Sagrada Escritura, de los estudios patrísticos e incluso de las ciencias humanas, estas experiencias y manifestaciones religiosas asumen y lucen una connotación nueva de *semina Verbi*, “semillas del Verbo”, de la Palabra de Dios. Entonces, hacer misión es llevar la Buena Nueva, que consiste en anunciar que Jesús, Dios encarnado, vino a perfeccionar lo que el hombre logró entender de Dios leyendo el libro de la naturaleza, según lo que afirma S. Pablo cuando dice que Dios les concedió a los hombres la posibilidad de conocerlo a través de la creación (Rom 1, 19-20).

También en la historia de la evangelización del pueblo shuar, se puede ver esta evolución de la mentalidad misionera; los misioneros salesianos, desde el comienzo, miraron con simpatía a este pueblo orgulloso, aunque algunas veces lo consideraron enigmático y “distante”. Esa simpatía empezó con el apretón de manos de aquel primer grupo de shuar que fue a Yumaza¹⁰ a encontrar al P. Joaquín Spinelli y a Jacinto Pancheri, esa tarde del 14 de octubre de 1893, y que los saludó con su acostumbrado “¿Cómo estando?”.

Baselga Piné, 5 de enero de 2004

10 En esta localidad, que queda a una hora de marcha desde Gualaquiza, se hallaba la primera casa de colonos. Un buen número de personas –colonos y shuar– a la noticia de la inminente llegada de los misioneros, fue a Yumaza para encontrarlos.

Introducción y dedicatoria

Tuve la suerte de nacer en la misma casa donde, en 1857, nació Jacinto Pancheri, mi tío abuelo por parte de madre. Aún ahora en un cuarto de la casa, algunos simples muebles de madera y algunos objetos sagrados recuerdan la vida simple y basada en la fe que se llevaba a fines del siglo XIX, en las familias de Romallo. Yo era un niño cuando a la tía Giulia Pancheri, quien vivía con mi familia, le fue enviada la carta con la noticia de la muerte del viejo “zio Zinto”, como llamábamos al tío Jacinto. Mi fantasía de niño, impulsada por los cuentos que se hacían en familia, empezaba a dibujar alrededor de este tío, conocido tan solo por la foto que, como un trono, dominaba el cuarto más antiguo de la casa, un halo de aventura y veneración. De muchacho, cuando pude rebuscar por primera vez entre las cartas autógrafas del tío, empecé a leer, releer con entusiasmo y pasión, los relatos de sus viajes, sus actividades; dentro de mí crecía la admiración por este hombre y este misionero.

En 1997, en ocasión del año 50 de la muerte de Jacinto Pancheri, pude volver a recorrer en el Ecuador, con los primos P. Enzo, Fabio y Rina Luchi, algunos de los principales itinerarios recorridos por Jacinto, durante su permanencia de cincuenta años en aquel país. Recorriendo personalmente aquellos lugares, que mucho tiempo atrás habían poblado mi fantasía a través de los cuentos del tío, nació en mí un nuevo entusiasmo respecto a él; fue entonces cuando decidí escribir su biografía. Empecé así a poner orden entre los hechos y las personas que se movían alrededor de su figura, con el deseo de hacer conocer este personaje y revivir en los lectores las mismas emociones y los mismos sentimientos que yo probaba.

No ha sido fácil colocar hechos y personajes en su lugar, pero eso fue posible en base a la rica recolección de sus cartas y documentos manuscritos, conservados en parte por el que habla y en parte en el Archivo Histórico Central de la Casa General de los Salesianos, en Roma, y en el Archivo de la Universidad San Francisco, en Quito. Ahora, después de un largo trabajo, puedo por fin entregar a los parientes, los amigos y a todos los ciudadanos de Romallo, la biografía de este misionero salesiano. Es sobre todo para ellos que quise escribir estas páginas, para recordar la figura de este gran hombre, maestro, explorador, técnico y misionero. Algunos nunca habrán oído hablar de él, pero ahora podrán conocerlo, escuchando sus mismas palabras, que suenan abundantemente en las páginas de este libro. De hecho, muy a menudo será él mismo quien hablará y captará al lector con su lenguaje del siglo XIX, simple y al mismo tiempo culto y preciso. Por supuesto, la figura, las palabras y la obra de Pancheri deben ser consideradas en el contexto de lo que eran las misiones a finales del siglo XIX, cuando el mundo occidental, aún miraba a las "otras culturas" con una óptica esencialmente etnocéntrica. Aunque solo en épocas más recientes se consideró al "otro" como una riqueza para descubrir y valorar, en las palabras y los encuentros de Jacinto con las poblaciones shuar, ya se nota una simpatía, un deseo de conocer y valorar las cualidades humanas propias de esas poblaciones. Su actitud, movida no solo por un profundo amor cristiano, sino también por la curiosidad y disponibilidad del encuentro con el "otro", hace de él un personaje capaz, aún hoy de lanzar un mensaje de gran sensibilidad y amor para todos los pueblos de la tierra.

Este primer trabajo sobre Jacinto Pancheri, no tiene grandes pretensiones, sino la de devolver, en orden cronológico, los hechos comunes y también extraordinarios de su larga y aventurera vida. Otros trabajos de profundización sobre este personaje son posibles y deseables, pero esta primera con-

tribución permite empezar a conocer, además de la sucesión cronológica de los hechos de su vida, su carácter, su fe y su ingenio. Pocas veces, en el texto, me permití dar juicio sobre las personas o expresar evaluaciones sobre los hechos; preferí que fuera la exposición misma de los eventos y las palabras de Pancheri, que hablaran al lector. Habiendo basado mi trabajo esencialmente en sus escritos, mi obra pudiera parecer parcial, pero siempre, hasta donde es posible y en la medida en que la disponibilidad de documentos me lo permitió, puse junto a las palabras de Pancheri, también las de personas involucradas en los acontecimientos.

Estoy convencido de que la estatura moral, la inquebrantable fe y el excepcional ingenio de Jacinto Pancheri, que ya se afirmara en una vida entera pasada en las Américas, más allá del océano Atlántico, son el fruto mejor de la gente de nuestros valles. Opino, que su ejemplo podrá hacer que muchos deseen no tanto cruzar como él, el océano Atlántico sino más bien superar el océano de la desigualdad y los egoísmos, que nos separan a todos nosotros –quien más, quien menos– del pueblo latinoamericano, que el Occidente empobreció en los siglos pasados, y que ahora extiende silenciosamente su mano para recuperar al menos una parte de lo que le fue sustraído. Quisiera que la lectura de este texto, no sea solo fuente de enriquecimiento cognitivo y cultural, sino que suscite en todos los lectores, el deseo de continuar la obra iniciada por este misionero entre las poblaciones del Oriente ecuatoriano, en el respeto de su cultura e identidad.

Agradezco a todos los que me ayudaron en este trabajo, y en especial al P. Ángel Lobato, de Quito, que en el Ecuador me acompañó a lo largo de los caminos recorridos por Jacinto; a monseñor Pedro Gabrielli y al P. Silvio Broseghini, por las noti-

cias que me proporcionaron; al P. Pedro Creamer, que me puso a disposición muchos documentos conservados en el Ecuador; al P. Francisco Castellanos y el P. Luis Cej, del Archivo Histórico Central de la Casa General de los Salesianos en Roma; a los responsables del archivo fotográfico de la misma casa; al padre Ángel Botta, secretario del Rector Mayor, quien revisó el texto del volumen, dándome útiles indicaciones y preciosos consejos; a mi primo Fabio Luchi, que siempre se dedicó activamente a encontrar noticias o documentos; al señor Fausto Garbato, que varias veces se dedicó a las investigaciones genealógicas y, finalmente, al amigo y escritor Paolo Gulisano que quiso enriquecer el texto con dos importantes contribuciones. Un agradecimiento especial a la Administración Comunal de Romallo, que con mucha sensibilidad se hizo cargo de los gastos de impresión de este volumen.

Dedico este libro a mi esposa Alma y a mis hijos Marco, Cristina y Mateo, que soportaron mis largas horas de trabajo y mis ausencias; a mis difuntos padres, Alessandro y Sofía Pancheri; a mi tía Giulia Pancheri, quien me entregó muchos documentos manuscritos, que cuidadosamente conservó durante largos años; a mis parientes; y a todos los ciudadanos de Romallo.

Alessandro Bezzi

Villazzano, 6 de enero de 2004

1

PARTE
Infancia, estudios,
vocación salesiana
(1857-1893)

Infancia, estudios, vocación salesiana

(1857-1893)

1.1 Infancia

Jacinto Pancheri, nació en Romallo (Trento), el día 27 de abril de 1857, de sus padres María Gentilini y Giuseppe Pancheri. Era el penúltimo de ocho hijos, entre el último y el primero de los cuales había una diferencia de 25 años de edad. Mientras los tres hermanos varones (Ángel, José, Camilo) se habían casado y asentado en la aldea, de las cuatro hermanas solo una, Rosina, se había casado y había muerto prematuramente a los casi 25 años de edad. De las otras tres hermanas, Amabile trabajaba como doméstica, en Trento, en la casa del primo padre Alfonso; Santina había quedado con los padres y, después de su muerte, con el hermano Camilo; María, muy pronto había elegido el camino religioso, haciéndose monja salesiana. Jacinto nació en la casa número 93, de la aldea de Romallo, actualmente correspondiente al número 12, de la calle Jacinto Pancheri, nombrada en su honor.

Romallo es una aldeíta del Valle de Non, en el Trentino. Está situado en las faldas del monte Ozolo y en la orilla derecha del río Novella, afluente del Noce. El ambiente natural, familiar y social de aquel tiempo, se puede reconstruir a través de los escritos de esa época y también por medio de la correspondencia que hubo entre los componentes de la familia Pancheri.

El área agrícola de la aldea de Romallo –ahora literalmente invadida por la cultura del manzano– era entonces más diferenciada y articulada: arriba había praderas y pastos; en las llanuras alrededor del pueblo, predominaban los campos labrados, cultivados con trigo, centeno, cebada, papas y maíz; las líneas

de confín de los campos a menudo estaban marcadas por hileras de moras que servían para la alimentación del gusano de seda; en las faldas sobre el río Novella, imperaban los viñedos de Gropello que, con los productos de la crianza del gusano de seda, representaban el elemento más importante de ingreso económico para las familias de Romallo. No faltaban las huertas alrededor de las casas, con el gallinero y los establos donde se amparaban una, dos o tres vacas para la familia y el cerdo. En algunos casos, la familia estaba dotada también de bueyes y caballos de tiro, usados para los trabajos de campo, incluso para terceros. Las casas rústicas, asoladas por el reciente incendio de 1853, eran poco confortables, aunque normalmente estaban provistas de una buena reserva de madera y heno, para enfrentar los largos inviernos nevados. Las calles de la aldea eran explandadas y se convertían en ríos de agua y lodo, durante las lluvias de primavera y otoño; sin obviar ser pistas resbalosas durante el invierno. Por otra parte, la vida se desarrollaba tranquila y en la máxima sencillez entre días de trabajo y fiesta, siempre alegres por la presencia de numerosos niños. Durante el invierno, cuando cesaban los trabajos en los campos, los jóvenes y los padres de familia, se iban con frecuencia a trabajar en Austria –sobre todo en el Vorarlberg– o en Suiza, para ganar algún dinerito necesario para la supervivencia. Como aprendemos de las cartas de la familia Pancheri, también los hermanos Camilo, Giuseppe y Angelo, habían ido a Thal, en Austria, por estos motivos.

En el año cuando nació Jacinto, 1857, se estaban realizando las restauraciones de la iglesia del pueblo, recién afectada por el incendio de 1853 (Micheli).¹¹ Era entonces cura de

11 Como lo cita Pietro Micheli en su volumen "Dalla rocca dell'Ozolo", la iglesia de Romallo, destruida en 1853 por el incendio del 8 de agosto, fue restaurada entre 1855 y 1859. El 28 de abril de 1861, fiesta patronal (San Vidal), se agregó a la iglesia un nuevo retablo colocado en el altar mayor.

Romallo el P. Domingo Lorenzoni, que presidía una iglesia "prmissaria" sometida a la parroquia de Revò, donde era párroco el P. Nicola Mezzena, de Monclassico. Revò tenía cerca de 1200 habitantes, mientras que Romallo tenía 739 (*Catalogus Cleri diocesis Tridentinae*).

En 1862, la iglesia de Romallo, fue enriquecida con un retablo nuevo, encargado por 67 florines, al artista Leonardo Campochiesa, de Primiero (d. 94). Solo en 1870, era concedido a la iglesia de Romallo, el permiso de custodiar en forma permanente el Santísimo Sacramento. Romallo se convirtió en parroquia solo en 1939, bajo el obispado de Celestino Endrichi (Micheli, 1979).

Probablemente, el joven Jacinto frecuentó la escuela primaria de Revò, donde aprendió los primeros elementos del idioma italiano, la matemática, la historia y las ciencias, según los programas vigentes del Imperio austro-húngaro, que dominaría todo el Tirol meridional, incluso el Trentino, hasta 1918. Jacinto frecuentaba la iglesia parroquial y el 27 de marzo de 1868 (d. 1), cuando tenía casi 11 años, hizo la primera comunión en la iglesia parroquial de Revò: ese año era párroco de Revò el P. Giovanni Berrera, de Monclassico, que presidía la parroquia desde 1858, mientras que era cura de Romallo, desde el 28 de febrero de ese mismo año, el P. Giovanni Fanti, de Rumo. En 1868, Romallo tenía 812 habitantes.

Romallo también, junto con otras aldeas del valle, en 1836 y 1855 fue atacada por el cólera, como lo recuerda el mismo Micheli.

La iglesia de Romallo era filial de la parroquia de Revò, por lo cual el cura encargado de Romallo dependía del párroco de Revò. Solo en 1870 le fue concedido a la iglesia de Romallo custodiar en forma permanente al Santísimo Sacramento. Se trataba pues de una iglesia "prmissaria", sometida a la parroquia de Revò.

En 1938, el Obispo Celestino Endrichi decretaba la formal institución de la parroquia de Romallo, desde el 1 de enero de 1939. El primer párroco de Romallo fue el P. Giuseppe Zini.

1.2 Albañil y maestro

Después de la escuela primaria, los padres enviaron a Jacinto al trabajo de albañil, pero él muy pronto se sintió llamado a realizar algo diferente. Esta primera experiencia suya en el campo de las construcciones, en todo caso, le fue muy útil para las obras que más tarde sería llamado a realizar como salesiano, tanto en Italia como en tierra de misión. Lo que él deseaba realizar en su vida, empero, aún no estaba definido ni siquiera a nivel de su consciencia (Guerriero, 1983).

El párroco de Revò intervino ayudando a Jacinto, que pudo así iniciar los estudios en el Instituto Normal de Rovereto, hospedándose en la casa de sus tías maternas.¹² Su hermana Amabile, que estaba en Trento, como empleada doméstica del primo P. Alfonso Gentilini¹³, tuvo un papel importante en convencer a su padre Giuseppe, para que le permitiera a su hermano dedicarse a los estudios (d. 6, d. 16); asimismo, la madre de Jacinto influyó no poco en su marido para extorsionarlo para el permiso. Jacinto se diplomó como maestro en 1882, a los 25 años. Después de haber adquirido el diploma de maestro, enseñó por cuatro años en las escuelas primarias de Mezzocorona, barrio de la llanura Rotaliana (Val d'Adige-Trento), llamado en aquel tiempo Mezzotedesco por su localización entre el reino italiano y el Imperio austro-húngaro. En esa escuela trabajó con pasión, practicando el sistema preventivo de Don Bosco, leyendo con interés el Boletín Salesiano y estudiando la Sagrada Escritura con particular empeño, como escribe el P. A. Guerriero (1983).

-
- 12 Se trata con mucha probabilidad de las tías Angélica y Beppina, esposas respectivamente de Giovanni Gentilini (director didáctico de Rovereto) y de Luigi Gentilini (sastre y casado dos veces a causa de la muerte de la primera esposa), ambos hermanos de María Gentilini, madre de Jacinto.
- 13 *Vid. infra*. Apéndice n.º 7 (de la edición italiana) algunas noticias sobre la figura del P. Alfonso Gentilini.

1.3. La vocación salesiana y el encuentro con Don Bosco

Es por el año 1886, que el maestro Jacinto, llega a un cambio de rumbo determinante de su vida, decidiendo hacerse salesiano. Él se siente llamado por Dios a una vida que prevé la dedicación completa y total a una causa noble y entregada a los demás. De esta vocación suya resultan las huellas en muchas cartas escritas a los padres, a su hermano Camilo y las hermanas Amabile y María. En una carta del 1 de julio de 1885 (d. 5), Jacinto les escribe a los padres, desde Turín, diciendo que ellos “seguramente se asombrarán mucho viendo en el comienzo de la carta la palabra Turín”, donde él había ido para consultar al P. Juan Bosco, sobre la “naturaleza de su vocación”. Como en ese tiempo los desplazamientos no eran ni fáciles ni muy económicos, el viaje de Mezzocorona (Trento) hasta Turín, se lo había costado “una buena persona de Mezzotedesco” y en Turín pudo consultar con Don Bosco, quien le preguntó algunas cosas y le dijo textualmente:

Confía en María SS. Auxiliadora y verás que Ella te ayudará. Respecto de las ayudas que pudieras darle a tus parientes, piensa que la Providencia está para ellos también y que los ayudará mejor que tú. Ahora, ve donde el P. Francesia, que te dirá qué deberás hacer; y antes dile que venga a verme.

Jacinto fue donde el P. Francesia (*vid. infra*. Apéndice n.º 1), director del Instituto de Turín, que le aconsejó permanecer algunos días en Turín. Jacinto obedeció: él ya pensaba en Latinoamérica y, en efecto, en la misma carta agrega: “ir a América, por ahora ni idea”. Jacinto en efecto fue destinado a la Casa Salesiana de Faenza.

En Faenza (en Borgo) había sido fundado, en 1881, un oratorio salesiano. Del 13 al 15 de mayo de 1882, el propio Don Bosco, había ido de visita a Faenza para abrir la escuela primaria

nocturna. En 1884, los salesianos salieron del Borgo a la ciudad, habiendo adquirido una casa de nobles (palacio de los Naldi de Bondiolo, de los siglos XV-XVI) que, ampliada y restaurada, fue la sede de la Casa Salesiana de Faenza hasta el 2002.

Ese año era director de la Casa Salesiana el P. Gianbattista Rinaldi, quien la dirigió desde 1881 hasta 1901. Jacinto, en la carta dirigida a sus padres y citada más arriba (d. 5), expresa su dicha por estar entre los salesianos, pero agrega: "si no tuviera continuamente ante los ojos, el dolor que lo vi esculpido en ustedes cuando partí". Como hombre maduro sabía que hacerse salesiano quería decir separarse de los afectos y los intereses familiares, ya no poder trabajar para compensar a los padres y la familia por los sacrificios hechos para hacerle estudiar, y deber, en cambio, dedicarse por completo a la causa y los intereses de los salesianos.

En realidad, a pesar de que los padres habían sido buenos, sabios y profundamente religiosos, no aceptaron enseguida con agrado (sobre todo el padre), el hecho de ver partir de pronto, por una profesión religiosa, a un hijo ya instalado en el trabajo del cual podían esperar en el futuro alguna ayuda económica. Y de tal hecho, de estas tensiones familiares, hacía alusión también el hermano Camilo, quien desde Thal en el Tirol, escribía el 25 de julio de 1886 (d. 88) a los padres y decía que no hubiera sido nada, si Jacinto hubiese tomado esta decisión cuando era joven, antes de estudiar para ser maestro, pero, agregaba "paciencia, Dios lo llamó con tal propósito" y "oremos nosotros también al Señor para que le mantenga el pensamiento", la vocación. De esto se intuye la profunda fe arraigada en las familias de esa época y también de Camilo, hermano de Jacinto quien, en el exterior, adonde había ido para trabajar y lograr mantenerse, se ponía en manos de la voluntad de Dios.

Un eco de esta dolorosa decisión se halla también en las cartas de la hermana María -1864-1925 (Brasil)-, que en diciembre de 1887, escribía desde Cagnò, pueblo que queda a 4 km de Romallo donde ejercía la profesión de maestra de primaria, a su hermana Amabile, que se hallaba en Trento:

Me decías que lloras por el Jacinto: no me asombra, porque ya sabes cómo lo lloré yo el año pasado cuando partió, pero este año no pude dejar de llorar, viendo que viajaba no del todo restablecido y viendo que todos y él también, lloraban. Pero ahora que lo veo contento... ¿Crees que tengo ganas de llorar o no? Y me parecía hacerle un insulto deseirlo en el mundo. Pienso que el Señor lo quiere... y hágase su voluntad.

También de estos fragmentos se vislumbra una vez más, la fe de la familia de Jacinto. Los mismos hermanos Giuseppe y Angelo escribiendo desde Thal (Austria) el 18 de julio de 1897 (d. 91), algunos años más tarde, hacían entender la fe heredada del padre y la madre, y vivida en los acontecimientos de todos los días. Ellos, enterándose de la muerte del padre, que sucedió el 15 de julio, así se expresaban: "Oremos todos juntos por el alma del pobre padre... tengamos paciencia".

En todo caso, la decisión de Jacinto de quedarse con los salesianos fue una bendición para él y una providencial oportunidad para la Casa de Faenza. Los salesianos aceptaron encantados al coadjutor Jacinto Pancheri, en un momento cuando el clima político era totalmente desfavorable para los religiosos. Los radicales obstaculizaban con todos los medios el trabajo de los salesianos: incendios, atentados contra las personas, difamaciones por medio de la prensa. La lucha era tan dura que Don Bosco, así le escribía al P. Rinaldi, en junio de 1885:

La mayor guerra hoy la tenemos en América y en Romagna (Faenza). Pero, valor... ¡Adelante! Como si no pasara nada. ¡Conserve la fábrica donde están hoy! La Auxiliadora los ayudará.

Jacinto Pancheri llegó a Faenza, proveniente de Turín, con el P. Rinaldo Molinari (que se había ido a Turín por el onomástico de Don Bosco) y otro coadjutor. De las crónicas de la Casa Salesiana de Faenza, así se sintetiza la figura de Pancheri: "maestro diplomado, tirolés, músico, dibujante, mecánico, de treinta años, su nombre es Jacinto Pancheri". Jacinto fue acogido con felicidad por los salesianos, incluso por las necesidades que pesaban sobre su casa. Acababan de suspenderse las obras de construcción de la iglesia y era urgente la edificación de los dormitorios, para los numerosos alumnos. Pancheri era el hombre adecuado para llevar a cabo tales trabajos. Muy pronto fue constituido "inspector de los trabajos de albañilería" (d. 14).

1.4. El noviciado y la profesión religiosa

El trabajo que nuestro coadjutor hacía en Faenza, era muy intenso. Su jornada iniciaba a las 4:45 de la mañana con la meditación, oraciones, Santa Misa y agradecimiento. Y continuaba luego con el desayuno, la supervisión de los trabajos de construcción de los laboratorios de albañilería y de herrería; más tarde, una hora de enseñanza en la escuela superior y dos horas de enseñanza a los artesanos. Su día estaba lleno hasta las 21:30, cuando se acostaba. Durante este período en Faenza, mantuvo contactos epistolares con los padres, con las hermanas María y Amabile, con el hermano Camilo, que seguía viviendo en la casa paterna y con el P. Alfonso, su primo. De las cartas que llegaron hasta nosotros, someramente podemos reconstruir las principales etapas de este período.

El 28 de junio de 1886, cerca de cuatro meses después de su llegada a Faenza, inició el período de Noviciado, que le permitiría pronunciar los votos e ingresar con derecho completo a la congregación de los salesianos. Pero el Noviciado fue interrumpido a causa de una enfermedad. No es tan específica la fecha,

pero deducimos el día de la operación, por una carta escrita a la hermana el 12 de marzo de 1888: "Hoy es el aniversario de aquel tremendo día cuando se me hizo la operación" (d. 12).

Escribiendo a la hermana Amabile el 12 de julio de 1887, desde Romallo (d. 7), donde se hallaba probablemente convaleciendo después de la cirugía, dice: "Debes haber sabido por Marietta, que desde algunos días atrás no me sentía muy bien. Opino que la causa fue el excesivo calor de Mezzotedesco y el viaje a pie desde Taio a Romallo, bajo el sol abrasador". Alude también al regreso de los antiguos malestares y se preocupa por su salud, poniendo en duda su permanencia entre los salesianos. Por otra parte, el director de Faenza, P. Rinaldi, lo alienta:

Las disposiciones con que usted entró a la Congregación y las dificultades que tuvo que superar, son claras señales de verdadera vocación; mientras que las pruebas a las que Dios le somete por el mejor bien de usted, por ahora aún no son suficientes para crearle la vacilación, a pesar de las numerosas buenas razones que están a favor de la duda.

Pero Jacinto interpreta como dudoso el parecer y el consejo de quedarse entre los salesianos. En todo caso, decide volver de Romallo a Faenza y el 19 de noviembre de 1887 (d. 9), escribe a los padres:

Ayer finalmente llegué aquí, ya esperado desde hacía tiempo y acogido con las más grandes demostraciones de afecto. Durante el viaje, como les decía, me detuve en Mezzolombardo por nada menos que ocho días, luego en Trento; un día en Castellano y tres días en Rovereto, donde las tías querían a toda costa que me quedara un día o dos más... Aquí haré las mismas cosas que hacía en el pasado, de salud estoy bien.

Y escribiendo una vez más el 2 de marzo de 1888 (d. 12) a su hermana Amabile, dice que se ha restablecido por completo: "Ahora estoy realmente bien. Yo espero que por lo menos de la

enfermedad del año pasado, me cure perfectamente". Luego le describe a la hermana cómo sucedió la muerte de Don Bosco, el 31 de enero de 1888:

Habrás oído de la muerte de Don Bosco. Él, como sabes, vivió como santo y murió como santo. Había predicho el tiempo de su muerte en varias formas: por carta a un amigo suyo y oralmente... Lo que se observa es que todos, mientras oran por él, lo invocan desde el Cielo.

La enfermedad de Jacinto, por tanto, fue definitivamente alejada y con la enfermedad también la duda respecto de su vocación. Por fin llegó el momento de la profesión religiosa: el 31 de agosto de 1889. Parece que su primo, el P. Alfonso, le visitó –carta del 28 de noviembre de 1889–, precisamente en ocasión de la fiesta de su profesión religiosa. En aquella ocasión, Jacinto escribe también una larga carta, con letras de imprenta, a la madre, para anunciarle tal importante evento. Le escribe en dos momentos: una primera parte el 29 de agosto de 1889 y una segunda parte el 31 de agosto de 1889, el día mismo de su profesión religiosa.

Querida Madre,

Si recuerdo bien, el año pasado la Santina¹⁴, me decía que usted fue capaz de leer muy bien una carta mía escrita con caligrafía parecida a esta; por eso quiero ahora escribirle otra. Pero esta se la escribo con mucho más gusto que la anterior, porque en esta le anuncio una cosa que me consuela mucho; y estoy seguro que a usted también le va a dar mucha felicidad. Después de poco tiempo, yo seré salesiano y, si Dios lo quiere, para siempre. La vocación al estado religioso es la gracia más grande que Dios

14 Santina, hermana de Jacinto, nacida en 1851, soltera, siempre vivió junto a los padres y, después de sus muertes, vivió con su hermano Camilo y su familia. Murió en 1935, en el mismo año de la muerte de su cuñada Lucía Lorenzoni, y un año después de la muerte de su hermano Camilo.

hace después del Bautismo; y por tanto, usted también únase a mí para agradecerle a Dios, María SS. y los santos que obtuvieron para mí tanta gracia, sin ningún mérito mío. Yo no tenía esperanza de obtener tan pronto la pronunciación de los votos. Pero si usted recuerda, cuando de mi padre recibí aquella respuesta un poco dura, yo se lo había dicho a usted, que precisamente por eso tenía buenas esperanzas, a pesar de que me había dolido mucho. Por una parte, ya que desde esta profesión debo empezar una nueva vida, mejor dicho estoy seguro de que todo lo que cometí en el pasado, Dios ya no me pedirá cuentas, porque la profesión religiosa, es como un segundo Bautizo; les pido una vez más perdón a ustedes por los disgustos voluntarios e involuntarios que les di. Y al mismo tiempo les agradezco de corazón por todos los cuidados, todas las atenciones que tuvieron conmigo de pequeño y de grande, de sano y de enfermo; y especialmente les agradezco por haber obtenido para mí, de mi padre, el permiso de estudiar, ya que si no hubiera estudiado no estaría aquí; por eso debo agradecer también a mis hermanas, especialmente a Amabile. Les agradezco por todo lo que sufrieron por mí cuando era niño y siempre. Nunca podré compensar tantos beneficios y menos ahora que llegaré a ser hijo de Don Bosco y a él le consagraré toda fuerza mía corporal y espiritual; por eso no me queda más que orar a Dios, para que Él les compense por todo esto.

Quisiera escribir también a mis hermanos y hermanas, agradeciéndoles por lo que hicieron por mí, pero nunca me queda un minuto de tiempo en libertad. Ahora me hicieron inspector de los trabajos de albañil, para los cuales entre los dibujos que debo hacerles y lo demás, me hace falta todo el tiempo disponible. Ustedes lo agradecerán por mí. Mañana es el día de Santa Rosa. ¡Cuántos dulces afectos me despierta este día! Para ustedes también este día debe ser muy amado. Piensen que ya tienen a dos Rositas que, hoy en el paraíso, serán corona para su Patrona.

Sí, alégrense por tener ya a dos hijas y un hijo en el Paraíso y otro consagrado a Dios en una religión. ¿Quién sabe si antes de morir puedan ver a algún otro? ¡Por caridad, si alguno más

*pidiera su consentimiento, no se lo nieguen!*¹⁵ *Por supuesto será un gran sacrificio para ustedes, pero Dios sabrá recompensárselo. Entre tanto, cuando ustedes reciban esta carta mía, recibiendo los SS. Sacramentos –por supuesto si ustedes aprueban mi nuevo estado de vida–, pueden lograr indulgencia plenaria, orando según la intención del Sumo Pontífice.*

Espero también que usted me mande la materna bendición que me la implorará de Dios, para que pueda conservar hasta la muerte la inocencia que recuperaré con esta profesión; y así llegar a estar a donde mi amado hermano Celeste¹⁶ y las hermanas Rosas.¹⁷ Allá reunirnos todos como lo espero con la misericordia de Dios y la protección de los M. S. S. Auxiliadora y los santos... Usted mientras tanto ore por mí para que pueda obtener las gracias que Dios suele conceder en tales circunstancias.

Renovando los agradecimientos y las oraciones, me reafirmo su amantísimo hijo Jacinto.

Valsalice, 29 de agosto de 1888¹⁸ (d. 14)

-
- 15 Esta es una alusión a la vocación de su hermana María, que se hará monja salesiana y viajará a Brasil, dos días después de la partida de Jacinto hacia el Ecuador.
- 16 Pancheri, Celeste, nació el 10 de noviembre de 1854 y falleció poco después del nacimiento.
- 17 Una primera hermana Rosa murió en 1851, cuando acababa de nacer; una segunda hermana Rosa, nacida en 1860, murió a los 24 años enseguida después de su matrimonio con Pietro Clauser.
- 18 En esta carta se notan dos errores de fecha: un primer error evidente se refiere a la fecha de la primera parte (escribe 1888, en vez de 1889); un segundo error concierne la segunda fecha, en la cual confunde el mes (Jacinto escribe 31 de septiembre de 1889 y en cambio se trata del 31 de agosto de 1889). Esta última fecha, que es la de la profesión religiosa, es confirmada como auténtica también por el Diccionario Biográfico de los Salesianos.

Luego continúa la carta así en otra hoja:

Antes de terminar la vida seglar y empezar la nueva vida de religioso, deseo también darle un recuerdo y si lo hace, ciertamente, estará contenta.

Sé que usted dice a menudo: «¿Y cómo será la cosa, en el más allá?». Allá tan lejos será mucho mejor que acá, esperémoslo: el que ama a Dios en esta vida, lo amará mucho más en la otra y quien lo odia aquí, lo odiará mucho más allá. Pero, el miedo de los juicios de Dios favorece a todos y, especialmente, para convertir a los grandes pecadores, pero cuando el miedo es exagerado como en el caso de usted, eso hace daño, le da dolor al Señor. Estoy seguro que usted ama a su alma. Ahora bien: Dios la ama inmensamente más. ¿Y entonces, quiere que le permita que vaya al infierno? Pero ¿dirá usted y los pecados que cometimos? Los pecados el Señor los perdona con mucho gusto. Basta que nosotros los odiamos y los confesemos.

Hasta ahora todos los que han muerto en las casas salesianas y que conservan la memoria hasta el último, fallecieron sin ningún miedo.

Mejor dicho, muchos que temían la muerte se encomendaron a Don Bosco y llegada la hora, murieron santamente sin ningún temor.

Pero Don Bosco recomendaba calurosamente a los suyos que siempre estuvieran preparados; y por tanto aconsejaba un ejercicio que usted también puede hacerlo. Recomendaba que uno se confiese y comulgue una vez al mes, en forma tal como si ese mismo día se debiera morir. Por eso hacía rezar oraciones especiales para la buena muerte, que se encuentran en casi todos los libros devocionarios. Hágalo usted también y obtendrá mucho bien.

Empecé la presente carta en otro lugar y quise esperar para enviársela desde la tumba de Don Bosco. ¡Oh, cuántos afectos despierta en mí esta tumba! Aquí recé mucho. Tanto, por usted, por mi padre, mis hermanos y hermanas, la Amabile, la Santina,

que pobrecilla ahora se halla solita para sostener las fatigas de la casa. Usted orará por mí para que pueda cumplir con todos mis deberes de mi estado, conservar la bella estola que adquiriré con esta profesión y así salvarme. Dígale a la Santina, que ore por mí.

Adiós, querida madre, recuerde siempre a su amadísimo hijo, Jacinto.

PD.

Los otros compañeros míos pronunciarán los votos solo alrededor del 15 de octubre, pero como debo volver a Faenza, lo haré enseguida; por obras urgentes de la iglesia, pronunciaré mis votos esta tarde, a eso de las cinco. Desde este momento, seré por siempre hijo de Don Bosco, pero sin dejar de ser hijo de usted.

Adiós, saluden por mí a todos los de nuestra casa y nuestros parientes, especialmente la Teresina y la Bárbara. Saluden por mí a la familia del Prando. Y luego, mucho, a la Carlina y a Gian.

Valsalice, 31 de septiembre de 1889 (cfr. nota 18).

Entonces pronuncia los votos en Valsalice, en presencia del primer sucesor de Don Bosco, el P. Miguel Rua, el 31 de agosto de 1889. El año siguiente, en una carta a su padre del 16 de marzo de 1890 (d. 21), habla de un probable viaje suyo a Roma, previsto en abril de 1890, para dirigir las obras de construcción de un colegio salesiano.

Es probable que vaya a Roma a dirigir las obras de construcción de ese colegio. ¡Qué gusto me daría si pudiera acompañarme también usted! Pero temo que será improbable, porque, como usted sabe, plata no tengo ni puedo tenerla ni conservarla.

No sabemos si ese viaje se realizó, pero su hermano Camilo, en vez del papá Giuseppe, lo acompañó a Roma, acaso precisamente en tal ocasión.

Uno pudiera preguntarse cómo puede ser que un hombre que había conseguido el diploma de maestro de primaria, pudiera ocuparse de obras muy superiores a las de su conocimiento, como la enseñanza en las escuelas superiores, la elaboración de dibujos de ingeniería, la dirección de construcciones: no solo en Faenza, sino también en Roma y luego en la misión. Jacinto en estas disciplinas técnicas debe haber sido un autodidacta, que leyendo, estudiando y observando, adquiría rápidamente lo esencial de las disciplinas, para luego ponerlas en práctica. Debe agregarse que su hermano Camilo,¹⁹ principal referente suyo dentro de la familia, era maestro albañil y debe haber influido seguramente en su formación técnica.

Jacinto, durante el período en Faenza, estuvo también en Este (Colegio de Pensionados Manfredini) desde donde, el 19 de septiembre de 1891 (d. 25), escribía a su hermano Camilo enviando la carta a Romallo y diciendo que no sabía si el hermano estaba en Suiza trabajando o si había entrado al ejército como "bersagliere" en Mezzolombardo o en el Vorarlberg. Jacinto se encontraba en Este con los compañeros para los ejercicios espirituales de ocho días. En esa ocasión recuerda que su hermana María, que fuera maestra de primaria, se había transferido a Nizza Monferrato (Alessandria), para hacerse salesiana y él compartía el dolor de los padres que se veían privados también de su hija María, y sufrían por la lejanía de Camilo, que había ido a trabajar a Suiza (d. 27). Siempre durante este período, Jacinto, en una carta, le agradece a Camilo por haberle enviado desde el Valle de Non unos insectos para su colección que, probablemente, haya tenido propósitos didácticos. Así pues, Jacinto

19 Camilo, hermano menor de Jacinto, nacido en 1862, se había diplomado como maestro albañil en las escuelas de Innsbruck y ejercía su profesión en el Valle. Construyó muchos edificios, y entre estos la antigua Cervecería cerca de Brez, dirigió las obras del acueducto de irrigación de Romallo y Cloz y restauró el puente romano de la Poina, debajo de Romallo.

continuaba su actividad didáctica en las disciplinas científicas, a las cuales era particularmente inclinado.

Se dedicaba en cuerpo y alma a la causa salesiana, sin pensar en los intereses de la familia. Lo cual está confirmado por el hecho de que cuando se trató de colocar en las casas salesianas a Fortunato,²⁰ hijo de su hermano Giuseppe, pidió con discreción a sus superiores, consciente de que no podía insistir, sino que debía ajustarse al juicio objetivo de los superiores. Su forma rigurosa de interpretar las reglas salesianas, se nota en las siguientes frases, escritas en una carta a la hermana:

Debes pensar que, como pobre que hizo profesión de pobreza perpetua, tengo que hacer todas las economías posibles; y por tanto, no puedo despilfarrar cada momento 25 centavos para enviar cartas que no tengan alguna importancia. Y luego, nosotros tenemos el tiempo medido en todo; y sin el permiso, no puedo usarlo en cosas que no hacen parte de mis obligaciones (d. 28).

1.5. Preparativos para la partida

En cierto momento de 1892, de pronto hallamos a Jacinto nuevamente en Valsalice, Piemonte, donde había hecho la profesión religiosa en 1889. Ahí estaba la tumba de Don Bosco —muerto el 31 de enero de 1888— y una casa salesiana adonde había sido llamado por los superiores para prepararse para el viaje a América. Su gran sueño se estaba haciendo realidad.

La noticia de viajar al Ecuador le había llegado dos o tres semanas antes y Jacinto se apuraba en pedir por correspon-

20 Fortunato era sobrino de Jacinto, porque era hijo de su hermano Giuseppe. Nació en 1879, inició sus estudios en Trento y luego los abandonó y emigró a América, a Denver, donde se casó y tuvo cinco hijos, además, adoptó un sexto hijo.

dencia al hermano Camilo, que le hiciera el pasaporte y se lo enviara por correo, como recompensa del hermoso viaje que le había hecho hacer a Roma, probablemente en la oportunidad que nombramos anteriormente (1890).²¹ Para facilitar el trámite del pasaporte, le recomienda al hermano Camilo que vaya donde el jefe de la municipalidad, con su permiso de llevar armas, que lo adjuntaba a la carta –la carabina es un arma que siempre la llevará consigo en las exploraciones amazónicas–. En una carta del 22 de noviembre de 1892 (d. 29), escrita a los ancianos padres, Jacinto da la noticia de su inminente partida:

Ustedes saben que yo solicité tomar parte en las misiones salesianas y este año me aceptaron tal cosa; de eso agradezco encantado al Señor y la Virgen SS. La función del adiós será probablemente el día 4 del próximo mes de diciembre y el 6 será la partida.

Les agregó, que no estoy solo, porque cerca de unos cuarenta salesianos partirán en épocas diferentes y también otras tantas monjas; y entre ellas, también la Marietta [su hermana María]. Ustedes saben que ella se encuentra en Lugo²², adonde fuimos a visitarla con Camilo y que entonces no se hallaba muy bien de salud. Ahora bien, ya se ha sanado y sus superiores le preguntaban si aún tenía el mismo deseo de ir a las misiones; ella contestó que iría encantada. Entonces, enseguida, fue llamada a Nizza y yo a Turín, de manera que el sábado pasado viajamos juntos. La acompañé a Nizza, donde ella también está haciendo los preparativos para el viaje.

21 Jacinto le había pedido a Camilo, con una carta del 22 de noviembre (d. 29), que le hiciera el pasaporte en Cles, después de pasar por la municipalidad de Revò para un certificado. El 2 de diciembre (d. 39), escribía a Romallo, diciendo que ya había recibido el pasaporte. En diez días, por correspondencia, pidió y obtuvo el pasaporte, y de esto se comprende cuán eficientes eran los Correos y cómo eran expeditas las Oficinas Públicas.

22 María, después de haber estado un periodo en Nizza Monferrato, estuvo en Lenta, en la zona de Vercellese y luego en Lugo. En noviembre de 1892, cuando debía prepararse para viajar a Brasil, su hermano Camilo la acompañaría nuevamente a Nizza Monferrato.

No pueden imaginar cuán contenta está por esta gracia que el Señor le hace y yo tampoco lo estoy menos. Estoy convencido de que ustedes están contentos... y nos darán su bendición realmente de corazón...

Nosotros estamos dirigidos a la República del Ecuador, y varios otros y las monjas se quedarán en Brasil...

En cuanto a irles a visitar a ustedes es imposible, porque los Superiores tienen apuro, porque hay poco tiempo y debemos emplearlo en hacer los preparativos y estudiar el idioma español.

Esta noticia fue como una bomba para la familia Pancheri y la hermana Amabile, quería a toda costa ir a saludar a su hermano Jacinto, pero él la disuadió con varias motivaciones, como: las "dificultades del viaje por Italia" para una mujer sola, la imposibilidad de pasar la noche, para las mujeres, en las casas salesianas masculinas, el gasto demasiado elevado del viaje mismo. Le aconsejó a su hermana que enviara al P. Rua, "algo disponible" para las misiones, y en todo caso le envió el horario de los trenes que hubiera debido tomar para ir a Turín, donde él eventualmente iría a recogerla junto con su hermana María. Alude en la carta a la hermana algunos "instrumentos de ingeniero, ya que parece que yo deberé dirigir, dice, varias obras de construcción que se harán allá: una iglesia, etc."

En una ulterior carta a la hermana, escrita pocos días antes de viajar, el 2 de diciembre de 1892, aclara el verdadero motivo por el cual no fue a saludar a los padres ni a la familia:

Cuando le pedí al Señor la gracia de ser llamado a las misiones, le prometí que si tal gracia me era concedida, con gusto habría renunciado al consuelo de ir a visitar a los parientes. El martes, la

María partirá a Nizza para ir a S. Nazaire²³ en Francia, donde nos espera el barco que zarpará del puerto el 9 de este mes" (d. 31).

En realidad, los dos hermanos partieron hacia América en diferentes fechas. Así, cuando llegó el momento tan deseado de la partida, el 9 de diciembre de 1892, Jacinto, no sin una gran conmoción, dejó el puerto de Saint Nazaire en Francia, para ir al Ecuador, a bordo del buque trasatlántico *Amerique*.

1.6. El carácter, la fe, las relaciones con la familia

Dejemos ahora la narración del curso de los eventos para considerar cuál fue el temperamento, el carácter y la fe de Jacinto Pancheri, y cuáles las relaciones con la familia.

El P. Antonio Guerriero, así describe al maestro que llega a Faenza en 1886: "era un joven alto, esbelto, lleno de dignidad, con los ojos y el rostro inteligentes y un carácter sin curvas" (Guerriero, 1983). Esta nota hace pensar en un carácter firme y que no hacía concesiones a debilidades; esta firmeza suya lo acompañará durante toda su vida, incluso en tierra de misión, donde, junto con otros factores externos, será también la causa de grandes y prolongados sufrimientos. Era un hombre que se consideraba en primer lugar sometido a la ley natural y luego a la obediencia a los superiores, pero sobre todo era un hombre de fe. Su rectitud se puede decir que rozó en cierto momento en testarudez, pero su fe, rebasó todo obstáculo.

Con la familia, Jacinto siempre tuvo buenas relaciones. Escribía sobre todo a sus hermanas, Amabile y María, a los pa-

23 Saint Nazaire, es un puerto en las desembocaduras de la Loira, unos treinta kilómetros al oeste de Nantes. De una carta de María a sus padres, del 8 de diciembre de 1892, resulta que ella viajó a Brasil con otro barco que zarpaba de Bordeaux, dos días después, o sea el 11 de diciembre de 1892.

dres y al hermano más joven, Camilo, que en ese período vivía en la casa con los padres y era el punto de correspondencia entre ellos y el hermano Jacinto. Camilo tuvo también el poder, tanto de Jacinto como de María, para los trámites de sucesión, después de la muerte de los padres. Fue él quien se interesó en los pasaportes del hermano y la hermana, visitó a Jacinto en Faenza y fue con él a Roma.

En las cartas de Jacinto a su hermano y hermanas, hallamos con frecuencia unas recomendaciones respecto de los varios problemas que apremiaban a la familia y siempre basadas en la sabiduría antigua y la fe en el Señor. A los padres, siempre se dirigía con gran respeto y gratitud, intentando aliviar sus preocupaciones.

Escribiendo desde Faenza a su hermana Amabile (d. 6), aclara su completa y sincera dedicación a la causa de los salesianos: una dedicación que la conservará durante toda su vida:

Yo quisiera realmente entretenerme contigo un poco más largo, pero debo atender a muchas otras obras ordenadas por la obediencia. [Y luego continúa hablando de su vocación], Dios me dio tantas fuerzas para superar el amor filial y vencer los otros obstáculos. Deo gratis semper. Te digo esto para agradecerte a ti también porque cooperaste, al menos al comienzo, en mi vocación, especialmente persuadiendo al padre para que me permitiera ir a estudiar para ser maestro.

En todo caso, esta consciencia suya de ser ya en todo sentido miembro de la Familia Salesiana, no le impide mantener sinceras relaciones de cariño y gratitud con la familia y los amigos. Cuando de Romallo, después de alguna corta visita, volvía a Faenza, se detenía gustoso en Rovereto, sede de sus estudios de normalista, donde las tías lo acogían y lo esperaban siempre con mucha disponibilidad y afecto: "Las tías querían a toda costa que me quedara un día o dos más; y cuando partí quisieron regalarme algunas cosas que me fueron necesarias",

le escribe a su hermana. En las cartas manda a menudo saludos al tío Saro y se interesa por Teresina y otros parientes, del señor Camilo y Carlina (d. 11) o de Gigi Tisler (d. 13).

A Amabile le cuenta también de la muerte de Don Bosco (d. 12) y le recomienda recurrir a él en las necesidades, citando algunos ejemplos de personas que, recurriendo a Don Bosco, habían obtenido gracias:

Son cientos las gracias que Dios les hace a muchos por la intercesión de Don Bosco: prueba tú también a recurrir a María Santísima Auxiliadora, por la intercesión de Don Bosco. Yo te prometo que yo también oraré contigo y también haré orar. [La sostiene en sus aflicciones:] Te recomiendo que no te dejes tomar por tu melancolía de siempre, producida por tu débil salud; y cuando te venga, piensa en Dios que vela continuamente sobre nosotros... Piensa que el cristiano debe estar alegre, pensando que nos está preparando una patria de felicidad eterna (d. 19). [Siempre a Amabile, que le pide una fotografía, le contesta], En nuestra Congregación no existe la prohibición explícita de dejarse fotografiar, como sucede en otras Congregaciones; pero hay casi una prohibición callada, porque, menos los superiores, nunca se hace fotografiar ni siquiera el Director (d. 20).

Siempre a su hermana Amabile (carta del 25 de diciembre de 1891, d. 27), le recuerda sus deberes de obediencia a los superiores.

Ya sabes que nosotros nos hallamos bajo la obediencia; y podemos hacer solo lo que nos ordenen. Incluso debes saber que entre nuestras reglas, hay una que dice: Nunca pidas nada ni rechaces nada; si alguien necesita algo, exponga el asunto al Superior y le deje a él el cuidado de todo.

En otra carta consuela una vez más a su hermana que sufría de melancolía, inculcándole el optimismo cristiano:

No te aflijas con demasiados temores, estos te son suscitados por el demonio para hacerte perder la paz. Ni siquiera los peca-

dos te deben dar demasiado temor, porque de los pecados que se detestan, el Señor se olvida fácilmente; y si nosotros después de haber cometido el defecto nos humillamos por eso, el pecado mismo nos hace mejores, no por sí, sino por el acto de humillación que hacemos. Por eso siempre alegres y nada de melancolía (d. 28).

Con la madre María tiene especiales consideraciones y escribe, como se vio anteriormente, una larga carta en letra de imprenta para darle la posibilidad de leerla.

También con el padre Giuseppe mantiene una buena relación y le escribe varias veces, sobre todo en ocasión de la fiesta de San José, protector de los talleres de los salesianos:

Me recuerdo en todo momento de usted. ¿Y cómo pudiera no recordarlo? Es verdad que en las condiciones en las cuales me hallo, no puedo ayudarle materialmente, pero le aseguro que si Dios es favorable oyendo mis pobres oraciones, como lo espero por su misericordia, le seré muy útil a usted espiritualmente, ya que Dios es más poderoso que cualquiera. Él le ayudará mucho más de lo que puede usted imaginar (d. 17).

Un año después, en ocasión de la muerte de su padrino (16 de septiembre de 1890, d. 21), le escribe a su padre Giuseppe, reconfortándolo e inculcándole el optimismo que un cristiano debe conservar en todos los eventos de la vida: "Pensemos que la muerte es la que nos abre las puertas del Paraíso... Los juicios divinos, deben temerlos aquellos que pecan con voluntad realmente deliberada,... pero aquellos que cayeron por debilidad... y luego se arrepintieron... nada deben temer". Alude luego a las bodas de oro de los padres, haciendo notar que en aquella época muy pocos llegan a este evento —en realidad, el hermano mayor Giuseppe, también llegará a sus bodas de diamante, en 1933—. Acercándose la fiesta de San José de 1891 (d. 24), escribe una vez más a los padres y explica su interés por Fortunato, hijo de Bepi, a quien querían colocar en un colegio

salesiano, pero observa que él presentó el asunto discretamente a los superiores y “serán ellos quienes decidan y que, en todo caso, tienen prioridad los huérfanos...”.

El 22 de noviembre de 1892 (d. 29), como ya lo dijimos anteriormente, escribe a los padres, anunciando su partida al Ecuador y también la de la hermana María, que se había hecho salesiana y partía hacia Brasil. Y en una siguiente carta a la hermana, del 2 de diciembre de 1892 (d. 31), alude a la bendición de su padre: “Ayer me escribió el padre, el Camilo y la Santina, y todos me desean toda bendición; les duele mucho, pero están resignadísimos. Te aseguro que esa carta del padre, me ha dado gran consuelo”.

Después de esta carta de despedida de su familia, escrita a su hermana Amabile, Jacinto parte y ya no se olvidará de sus padres y parientes, pero sus escritos se hacen mucho menos frecuentes: si llegaron hasta nosotros nada menos que treinta y dos cartas escritas a los familiares en los seis años entre 1886 y 1892, en los sucesivos cincuenta años de misión, podemos contar tan solo con treinta y tres documentos, enviados casi todos a los familiares, que expresan siempre gratitud y amor filial y fraterno.

Algunos de estos documentos son muy largos y llegaron a la familia desde la Casa Salesiana de Faenza, que recibía la correspondencia de Jacinto, con la recomendación de enviarla, después de haberla leído, a su familia en Romallo. También durante la vejez de los padres y después de su muerte, sucedida en 1892 y 1897, Jacinto conserva contactos epistolares con la familia, sobre todo con su hermano Camilo y la hermana Amabile; finalmente, después del fallecimiento de ellos, con la hija del hermano Camilo, la sobrina Giulia, quien luego conservó cuidadosamente la correspondencia que nos llegó.

Escribe desde Quito, en 1896, a Camilo (d. 42): "Saluda por mí mucho al padre –quien moriría un año después–, a los hermanos, las hermanas, tu esposa y las familias de los hermanos. ¿Y Carlina vive aún? ¿El Gianvit? Saludos de mi parte a ambos; asimismo al tío Giorgio y su familia, especialmente a Teresina; también al Prando y su familia".

A su hermano Camilo, desde Quito, en 1901 (d. 44), le recomienda dar una sana educación a las dos hijitas, nacidas después del matrimonio con Lucía Lorenzoni. Recomienda que recuerden "los buenos ejemplos que nos dejaron nuestros padres y especialmente el gran cuidado que tenía nuestra madre por sus hijas".

A su hermana Amabile (11 de octubre de 1900, d. 43), recomienda que facilite la ida de un salesiano a Innsbruck, al colegio de los jesuitas. Amabile hubiera debido avisar a Anderle Gentilini –residente en Innsbruck–, su primo por la familia de su mamá María, para que recogiera a dicho salesiano en la estación de trenes y lo acompañara al colegio de los jesuitas, donde había estudiado también el P. Alfonso Gentilini.

Jacinto, a pesar de sus empeños como misionero y técnico en tierra de misión, se demuestra muy atento también para la vida de las familias que él jamás había conocido, por haberse formado después de su partida a las misiones. El 9 de febrero de 1912 (d. 47), contestando una carta que le enviara su sobrina Giuseppina (de 14 años), a quien aún no había conocido, se expresa con mucha vivacidad, le narra a su sobrina algunos hechos y cuenta de su trabajo en Tumaco (Colombia), para la construcción de un célebre santuario de la Virgen. Le recomienda a la adolescente que rece también por él y recomienda que salude a las hermanas, los primos, los hijos del fallecido tío Giorgio y, especialmente, a Teresina y sus vecinos Luigi y Tommaso Pancheri. En 1912 (d. 49), escribe desde Quito a las cuatro

hermanas de Camilo (Giuseppina, Giulia, Sofía, Elena), agradeciéndoles también por las ofrendas enviadas y en esa ocasión pide si pueden procurarle la receta para preparar el "vischio"²⁴, como era confeccionado en Cles.

En diciembre de 1913 (d. 50), después de su breve visita en Italia, escribe a su hermano Giuseppe. Le cuenta brevemente de su viaje de regreso al Ecuador y le consuela con recomendaciones fraternas. A su hermano Camilo (14 de julio de 1914, d. 51), le recomienda que salude a la esposa, las hijas, la Teresina del tío Giorgio, el Luis del tío Zaro, Ferdinando, Stofela y los hermanos de P. Pietro Flaim, la Bárbara, Giovanni Palazzan, el primo Enrico Luchi y la familia, el cuñado Pietro Clauser, la familia de Gianvit y al señor Cura. Después de una larga pausa de varios años, durante la cual Jacinto no escribió a la familia a causa del acaecimiento de la Primera Guerra Mundial, se hace presente con su hermano Camilo en 1920, pidiendo noticias de varias personas como de Nicoló, del Prando, del Celeste, de Enrico Luchi y Lodovico y su hermana Marietta.

En la documentación existente, se ve con bastante claridad que desde 1924, Jacinto inicia una correspondencia con su sobrina Giulia, que él había conocido en 1913, en ocasión de su única y breve vuelta a la patria. Giulia seguirá siendo su punto de referencia respecto de los eventos familiares, hasta el final de su vida. A ella le cuenta, en un largo relato de dieciocho páginas, el destierro en el Perú, lleno de sufrimientos. A ella le pide informaciones sobre parientes y amigos; le recomienda que haga leer la carta a su hermana Santina, al hermano Giuseppe y a la familia del difunto hermano Ángel. Siempre a esta sobrina le escribe

24 Una mezcla de resinas muy densa y pegajosa, que se usa para capturar aves o ratones. Una familia Pancheri de Cles, tenía la receta para preparar este producto, receta esta transmitida luego de padre a hijo, hasta nuestros días.

narrándole los eventos sucesivos al destierro y las noticias del trabajo hecho entre 1927 y 1947 en Santiago de Méndez. En una carta del 6 de enero de 1934 (d. 60), habla de las bodas de diamantes de su hermano Giuseppe (celebrada en 1933) y de una foto tomada en esa ocasión y que le enviara Giulia, en la cual estaban sus dos hermanos, Giuseppe y Camilo, con unos veinte parientes:

De los otros sobrinos y sobrinos nietos, no conozco a nadie: en 22 años que no nos vemos es natural que hayan cambiado de aspecto y de estado de vida. ¿Entonces? Entonces si ya no podemos volvernos a ver en este valle de lágrimas, esperemos, mejor dicho debemos esperar, en la misericordia de Dios, encontrarnos algún día todos reunidos en el Cielo.

En abril de 1936 (d. 63), escribía nuevamente a la sobrina Giulia, que le había dado la noticia de la muerte del hermano Camilo y la hermana Santina:

Cuán dolorosa fue para mí la noticia, mejor dicho las noticias de la muerte de mi hermano y mi hermana, y las otras pruebas que Dios permitió a la familia de mis amados, no te lo puedo expresar. ¡Ya soy el último sobreviviente de cinco hermanos y cinco hermanas?²⁵ Yo que de muchacho era el más enfermizo y casi despachado por los médicos... Yo mismo me asombro por haber podido llegar a esta edad –tenía entonces 79 años–.

Un año después, cerca de su cumpleaños número ochenta, escribe una vez más a Giulia (d. 64), diciendo que es el último representante en la tierra de su familia: “El Zinto... ya también está a punto de irse... Entonces, si no fallecí de niño o de joven, tendré que morir de viejo: entonces tú rezarás para que pueda tener una buena muerte y en cambio rezaré por ti”.

25 Jacinto, en este caso toma en cuenta también a los hermanos y hermanas muertos prematuramente: dos hermanas llamadas Rosa y un hermano, Celeste.

También su primo P. Alfonso, un año después, en 1941, deja este mundo y Jacinto le escribe a la sobrina en 1946, diciendo (d. 67):

Él fue para mí no solamente primo, sino amado hermano; nos queríamos como tales desde niños. Él en esa época era más sano y robusto que yo; sin embargo, él ya se fue a recibir el premio de sus notables virtudes, y yo... aun aquí... casi luchando con la muerte que ya quiere acercarse. Pero, haga Dios de mí, lo que está conforme con su voluntad.

Con este excursus, en el cual se dio voz al propio Jacinto, se piensa haber escrito en términos generales su carácter, su fe y su relación con los familiares. Otros detalles surgirán de los eventos mismos que se continuará exponiendo en los próximos capítulos.

1.7. El viaje a las Américas

El 6 de diciembre de 1892, en Turín, tuvo lugar la función religiosa de despedida para 43 misioneros salesianos, que viajaban a varias partes del mundo. Jacinto y los otros hermanos religiosos partieron de Turín, por Francia, la misma noche y se alojaron un par de días en una casa salesiana, en París. Los 43 salesianos zarparon el 9 de diciembre, algunos del Puerto de Bordeaux hacia la Tierra del Fuego (Argentina), y algunos (entre los cuales Jacinto Pancheri), de Saint Nazaire al Ecuador y Brasil.

El viaje desde el puerto francés de Saint Nazaire al Ecuador, es descrito por Pancheri en una larga carta, de 55 páginas (d. 96), redactada durante el viaje y enviada a un profesor suyo de geografía, del Instituto Normal de Rovereto, que Jacinto frecuentara para diplomarse como maestro. También a los padres y a otras personas escribe sobre su viaje, pero la carta que acabamos de recordar es sin duda la más completa. En esa ocasión,

recuerda a su viejo profesor el hecho de haber estado en Faenza siete años y haber enseñado allí los “accesorios” (aritmética e historia natural), en los últimos años de la escuela básica.

La partida desde Saint Nazaire fue el 9 de diciembre de 1892, a bordo del trasatlántico *Amerique*. Cruzaron el Atlántico, llegaron a Guadalupe, tocaron Venezuela y Colombia, y luego, después de cruzar por tierra Panamá, con otro barco llegaron a Guayaquil. De Guayaquil a Quito, el viaje se hizo a pie y a caballo.

A eso de las cinco de la tarde del 9 de diciembre de 1892, todos los pasajeros estaban a bordo y una que otra lágrima de nostalgia brotó también de los ojos de Pancheri, quien se daba cuenta que estaba abandonando todo y a todos los que pertenecían al mundo occidental. Y cuenta:

Arrimé los codos a la barandilla de la puerta que miraba hacia tierra firme para saludarla una última vez. En aquel momento, cuántos dulces y melancólicos pensamientos se juntaron en la mente: la patria, los parientes, los amigos de la infancia y la juventud, las ocupaciones infantiles, los estudios, los maestros, los profesores, los compañeros de escuela y colegio, etc.: todas estas ideas se me presentaron claras en la mente; y el pensamiento de que estaba a punto de abandonarlo todo y casi seguramente para siempre, me dio un apretón tan fuerte en el corazón, que estallé en llanto.

El llanto llegó a ser muy pronto, para Jacinto, un llanto de gratitud al Señor, en consideración del hecho de que había sido elegido para una empresa tan fascinante e importante. En alta mar, en el océano, muy pronto el barco fue presa de una fuerte tempestad que lo levantaba en la cima de las olas, con sus 1300 personas (entre pasajeros y tripulación). A pesar de la tempestad, Jacinto nunca sufrió mareos, mientras que otros cinco salesianos sufrieron mucho durante la travesía:

Después de varios días hubo realmente uno en que el viento impetuoso levantaba unas olas realmente espantosas; en cierto momento nuestra robusta nave había brincado sobre una inmensa ola de diez o doce metros de altura, para hundirse inmediatamente después en un gran valle espantoso, alternado por otra ola aún más alta y un abismo aún más horrible. Fui varias veces a popa y allá el horror crecía, especialmente cuando se alcanzaba a ver, de vez en cuando, la hélice que salía del agua dando vueltas con una velocidad espantosa, y un ruido endiablado.

El 20 de diciembre de 1892, llegaban a la isla de Guadalupe, en las Pequeñas Antillas, precisamente a Pointe à Pitre –Guadalupe era una colonia francesa–. Allá pudieron descansar y los que sufrían mareos, pudieron reponer sus fuerzas. Pancheri fue impresionado por la belleza del golfo, que estaba rodeado por colinas y montañas, cubiertas de frondosa vegetación y algunos cultivos de palmeras de dátiles, coco y banano. Habían llegado a un clima caliente, muy diferente al de Turín.

A mí me parece que difícilmente pueda hallarse un lugar más adecuado para el descanso de los navegantes agotados y aburridos por la larga travesía del océano. Imagínense un cuenco de 10 o 12 kilómetros cuadrados de superficie, rodeado por ambos lados de una estupenda peninsulita, y esta, desde el punto en que sale del mar, toma un declive dulce, continuando hasta llegar a una altura más que suficiente, para defender el golfo de los vientos del norte y del este. Al occidente hay una larga cadena de auténticas montañas, tan altas que poco tienen que envidiar a nuestro Dosso di Abramo y el Bondone, con la única diferencia de que estos, al menos en la parte superior, son áridos y rocosos, mientras que los montes de esta isla, hasta las cumbres más altas, están todo cubiertas de tupidos bosques; que en la parte baja dejan lugar a praderas muy grandes, bajo las cuales hay grandes trechos de colinas poco inclinadas y cultivadas con caña de azúcar, rodeadas de setos de matorrales, cargados de mandarinas y limones.

El grupo de salesianos que desembarcó en la isla, pudo recorrer su costa y admirar también la playa donde había llegado

Cristóbal Colón, en su segundo viaje a las Américas. Luego, siempre en el trasatlántico, se dirigieron hacia Fort de France (ex Fort Royal), puerto francés, donde había sido construida una fortaleza. Allí se embarcaron otras veintidós personas (entre las cuales dos mujeres), destinadas a los trabajos forzados de Cayena: eran todos indígenas, criollos, "esclavos puestos en libertad" y todos "condenados por delitos civiles". En ese puerto, se quedaron dos días y luego recomenzaron el viaje, costearo la isla de Santa Lucía, siempre en las Pequeñas Antillas y después de 36 horas de navegación, llegaron a La Guaira (Venezuela), en el continente sudamericano, al norte de Caracas.

El ambiente se parecía, según Pancheri, al que se puede admirar en el lago de Garda, cerca de Gargnano y Maderno:

Desde el puente de nuestro buque se me presenta la vista de las lomas de Gargnano y Maderno, en el Lago de Garda. Una colina bastante empinada, toda repleta de casas, casitas y chozas sobrepuestas unas a otras, pintadas con los más vistosos colores, azul, rosado, morado, amarillo, etc.

En La Guaira, los salesianos pudieron ir, pagando cada uno 2 liras, a tierra firme, y, llegando a la iglesia, agradecieron al Señor por el feliz éxito del viaje. El termómetro marcaba 34 °C y muy pronto volvieron a bordo.

Habiendo empezado de nuevo la navegación, después de un día de viaje, llegaron a Puerto Cabello, segundo puerto de Venezuela; allá también pudieron bajar a tierra firme por unos tres cuartos de hora.

La ciudad está colocada en una llanura de algunos kilómetros cuadrados, en semicírculo respecto al pequeño golfo que forma el puerto. El terreno parece ser sumamente fértil, ya que todo está repleto de palmeras y árboles de todo tipo. Antes de llegar al puerto, me divertí mucho viendo a algunos gruesos atunes jugando y saltando alrededor de nuestra nave y siguiéndonos con

constancia invencible. Y delfines, vi muchísimas otras veces, incluso en alta mar... Después de haber descargado la mercadería, hacia la noche, nuestro barco dirigió su proa hacia el norte y, luego de haber pasado la punta de Santa María, viró hacia occidente. Después de casi treinta horas de viaje continuo, llegamos a Sabanilla.

Sabanilla se halla en la desembocadura del río Magdalena, que enturbiaba las aguas del mar. Fue allá que el P. Rabagliati y los compañeros (dos sacerdotes, tres clérigos y ocho coadjutores), se separaron de los otros, el 27 de diciembre.

[Ellos] tomaron el pequeño vapor que debía llevarlos al río esa misma noche; pero por la noche no se viaja en el río. Un cura, dos clérigos y un coadjutor de Bogotá, irán a Agua de Dios, donde ya es más de un año que tienen la dirección del lazareto de los pobres leprosos, que en esas zonas existen en gran número.

Pancheri y los otros continuaron en cambio la navegación, pasando por Barranquilla (Colombia) y el 28 de diciembre desembarcaron en Colón, donde las autoridades colombianas realizaron los controles de rigor. Actualmente, esa ciudad hace parte del Estado de Panamá: solo en 1903 Panamá tuvo su independencia, mientras que de 1821 a 1903 formó parte de Colombia. Pancheri así la describe:

Colón es una pequeña ciudad con seiscientos o setecientos habitantes, provenientes de todas las naciones. Pero el presidio, como todos lo saben, le pertenece a Colombia, siendo uno de los lugares más importantes de esta República. Unas decenas de kilómetros al este de Colón, la empinada costa americana va bajándose, poco a poco, y procediendo hacia el oeste, las montañas se convierten en colinas, lomitas cruzadas por pequeños valles y pequeñas llanuras surcadas por plácidos pequeños ríos... ¡Qué vegetación robusta y frondosa! Cuando yo escuchaba hablar de selvas impenetrables, no podía entender cómo podían ser tales y opinaba que eran exageraciones, pero ahora que las veo ya no pienso así. La temperatura sumamente caliente, es humedecida

por fuertes aguaceros en todas las estaciones, pero, es especial, en la estación de lluvias que es marzo, abril y mayo; con facilidad se podrá comprender que la vegetación es abundante y fuerte, bajo todo aspecto.

Luego menciona las casas hechas de madera y hojas, que a menudo están asentadas sobre palizadas. Con precisión describe las plantas que dan el sustento a tales poblaciones, sobre todo el banano y la palma de coco, la yuca y la piña. Más adelante, Jacinto observa desde el barco casas más grandes, pero abandonadas: eran las barracas edificadas por los constructores del famoso Canal de Panamá y agrega:

Yo tengo mucho temor de que no se termine. De hecho, como lo saben todos, ahora las obras están suspendidas, dicen, por motivos políticos, pero yo opino que es por falta de dinero y las enormes dificultades que hay que enfrentar. La primera de estas dificultades es la inclemencia del clima... En estos calores, un hombre puede hacer menos de la mitad del trabajo que hace en nuestras zonas.

En Colón desembarcaron y fueron a la estación del ferrocarril para llegar por tierra, en dos horas y media de viaje, a la ciudad de Panamá, situada en la costa del océano Pacífico. Con el ferrocarril, cruzaron tupidos bosques tropicales todos llenos de casitas. Durante el trayecto, Pancheri no pudo dejar de notar y "dar una mirada a la inmensa cantidad de máquinas de todo sistema y fuerza, y deplorar que estén allá abandonadas, expuestas al agua y a los abrasadores rayos del sol, junto con una cantidad infinita de tubos de desagüe, rieles, etc. Eran los restos de un gran trabajo ya hecho, pero de uno aún más grande que quedaba por hacer".

Llegaron a Panamá, ciudad que en aquella época tenía 15 000 habitantes, repleta de franceses, alemanes, italianos, españoles, judíos, chinos, etc. Casi todas las casas de la ciudad

eran de madera, pero tenían luz eléctrica. El portezuelo de la ciudad estaba sometido al flujo y reflujo de las mareas. Allí esperaron cinco días antes de partir nuevamente, para ir a Guayaquil.

Embarcaron el 6 de enero de 1893, despidiéndose de Panamá desde el vaporcito Aveon, que los trasladó a un barco inglés que, en tres días y medio de navegación, los llevó a su destino. Desembarcaron en el puerto de Guayaquil el 10 de enero de 1893:

Por tres días y medio el rápido barco nos llevó a la entrada del puerto de Guayaquil. Por tres días no vimos más que cielo y agua, pero al cuarto día empezamos a ver desde lejos la costa occidental del Ecuador. ¡La saludé con emoción! Por un largo trecho ves unas playas inclinadas... y más allá surgen la cordillera de los Andes. Estando en el puente de nuestro barco, uno hubiera juzgado Guayaquil una ciudad estupenda. En la parte delantera una larga tira de portales, que llevan encima elegantes pórticos, barnizados con varios colores que dan un aspecto imponente... Pero ni bien bajé a tierra firme, vi con asombro que todos estos pórticos, estas torres, estas fachadas de iglesias y palacios,... son un dibujo barnizado en la parte de adelante para hacerlas lucir un poco... Este es el terminal de todos los consumos ecuatorianos; todas las mercaderías que van y vienen de la República del Ecuador y que deben detenerse en Guayaquil.

El grupo de misioneros se embarcó casi enseguida, en un pequeño vapor que entró al estero del río Guayas y Pancheri, quedó impresionado por la pobreza de los habitantes del lugar. Ellos vivían en simples chozas, rodeadas por un cerco en el que vivían los animales domésticos; incluso la limpieza dejaba mucho que desear y las dificultades para sobrevivir eran evidentes. En la confluencia de los dos ríos que forman el Guayas, ellos recorrieron contracorriente el Quichi, poblado de numerosos codrilos y muchísimas aves. La noche del 12 de enero, llegaron

a Bodegas, donde el río ya no es navegable y entonces bajaron de la embarcación y allí pasaron la noche.

A las 10:00 del 13 de enero, partieron con cabalgadura (mulas) hacia Quito. El célebre presidente del Ecuador, Gabriel García Moreno, había planeado construir una carretera para vehículos entre Guayaquil y Quito, pero los liberales lo habían asesinado antes de que él pudiera realizar tal obra.

Hacía mucho calor: 38 °C y la humedad era altísima. Por la noche, durmieron en una choza, sobre unos maderos colocados sobre el lugar de los cerdos, que regruñeron toda la noche. Retomaron su viaje al día siguiente en empinados declives, navegando río arriba, en un pequeño río, entre peñascos más o menos gruesos: este era el camino oficial que unía Quito a la costa del Pacífico. El P. Savio (*vid. infra*. Apéndice n.º 1), el sacerdote que estaba destinado a ser el jefe de Pancheri en la expedición exploratoria de la Amazonia ecuatoriana, estaba con ellos y logró, en el camino, bautizar a un niño en peligro de muerte. Treparon en las montañas graníticas y empinadas y las selvas se fueron haciendo menos frondosas. Al final, desaparecieron también las plantas tropicales, como los bananos y la caña de azúcar y más adelante Pancheri, con su barómetro de bolsillo medía una altura de 1540 m s. n. m. Pasaron la noche más adelante y aún más arriba, en una choza, usando las sillas de las cabalgaduras y el abrigo como cobija. Durante la noche tuvieron también que lidiar con un agresor borracho, pero sin sufrir ningún daño, aparte de un gran miedo. Hacía frío: 5 °C y estaban a 3200 m s. n. m.

El día siguiente, 14 de enero, continuaron el viaje a caballo y después de una hora de camino, se hallaron en la cumbre del monte Chunchi, a cerca de 4000 m de altura, de donde pudieron observar el Chimborazo (6310 m s. n. m.), la montaña más alta del Ecuador. Pancheri así describe el espectáculo:

Desde la cumbre del monte Chunchi, se goza un magnífico panorama; mirando hacia el oriente se vislumbra una especie de gran planicie rodeada de montañas que van ordinariamente de norte a sur. Dicha planicie está recortada por valles bastante estrechos y profundos, pero en el punto más bajo estamos en todo caso siempre a 2500 m sobre el nivel del mar. Al norte de aquellos valles, todos cultivados, se eleva un grupo de montañas, que empero, a cerca de 4000 m (como lo está la garganta del Chunchi), están como truncados, formando una especie de gran planicie o mejor dicho un pedestal, para uno de los más hermosos y altos montes de América, quiero decir el Chimborazo. Jamás vi una montaña tan majestuosa. Mirándolo desde donde estábamos entonces, nos parece como un gran cono perfecto, pero su cumbre es un poco redondeada, como un casquete polar. Todas las otras montañas que están ahí cerca en círculo; están cubiertas de vegetación, a pesar de tener una altura que rebasa los 4000 m, pero el cono del Chimborazo sobresale imponente por su deslumbrante blancura: ¡está todo cubierto de nieve eterna y eso que estamos bajo el Ecuador!".

El 14 de enero, llegaron a Guaranda, un valle similar al Valle de Non, según Pancheri:

El día 14 de enero, hacia la noche, llegamos a Guaranda, una ciudad colocada casi en el fondo de un valle que se parece un poco al Valle de Non. Parece tener el mismo clima, a pesar de ser mucho más alta. Esos campos tienen un aspecto un poco triste, porque les faltan árboles. El árbol frutal que se encuentra muy a menudo y es casi el único es el capulí, que se parece mucho a nuestro cerezo de montaña. Pero las bayas del capulí están dispuestas en racimo, casi como la grosella, pero la pulpa del fruto tiene también el sabor de las cerezas. Los campos y las praderas (pastos) tienen como setos, el agave de cuyas hojas, largas y gruesas, estos pueblos extraen una materia textil llamada cabuya, con que hacen sogas, cobijas, etc.

El 15 de enero, empezaron a subir las empinadas laderas del Chimborazo:

El camino, que a pesar de ser ensanchado hubiera sido estrecho para cualquier vehículo, está cavado en estas empinadas laderas y no teniendo ninguna defensa; mirando abajo, le da vértigo al más despreocupado. Si el caballo tropezara y cayera a esos barrancos, antes de llegar al fondo y morir por el impacto, ya hace tiempo que ha fenecido, porque se ha ido haciendo pedacitos. Son profundidades horribles, en cuyo fondo se ve bajar un riachuelo espumoso que, de vez en cuando, se oculta entre cavidades y antros tan profundos, que se oye un ligero murmullo.

Después de casi cinco horas de marcha llegaron al fin a Ganguis, a 3500 m s. n. m. Se detuvieron en una casa de lugareños y durmieron a la buena de Dios, en un cuarto lleno de mercadería y sin ventanas. Allá fue donde, después de una breve enfermedad que duró tres días –se supo más tarde de otra fuente, que se trató de una pulmonía–, el P. Angelo Savio murió, asistido también por un hermano religioso, mandado a llamar de Riobamba por Pancheri:

[En la casita] había también una cama, como la llaman aquí, pero le convendría mejor el nombre de perrera, si no estuviera un poquito levantada desde el suelo, apoyada sobre cuatro palos, encima de los cuales está colocada una estera: y en esto consiste el único catre sobre el cual, dos días después (el 17 de enero), murió nuestro amadísimo P. Savio, recostado allá sobre aquella estera, sin jergón de paja, sin colchón, sin sábana. A duras penas, pude procurar dos cobijas de lana, para defenderlo de los rigores del día, durante la enfermedad que fue brevísima; no me detengo a describir las circunstancias de la enfermedad y la muerte, porque estoy convencido de que cuando usía lea la presente carta, ya las habrá leído en el Boletín Salesiano. Solamente digo que hallándome en aquellas montañas, al menos a 30 kilómetros de cualquier pueblo, solo, con un moribundo que necesitaba muchas cosas y sin tener nada para poderlo aliviar, sentí una pena inmensa, que empero era un poco aligerada viendo la resignación absoluta, ante la voluntad de Dios, del querido enfermo, viendo su alegría que, según parecía, no temía la muerte y que, en cambio, la deseaba. El Señor le hizo la gracia de fallecer en los brazos de

nuestro hermano religioso, sacerdote de la casa de Riobamba, prolongando por tanto su plácida agonía, por nada menos que 18 horas y, cuando llegó el cura, apenas pudo reconocerlo y diez minutos después falleció, en un verdadero antro, como un san Francisco Xavier, privado de toda comodidad terrenal, pero colmado de dicha celestial; en un lugar desértico, pero sin duda asistido por nuestra buena Madre, María SS., Don Bosco y los ángeles; privado de todo socorro, pero con un buen equipo de obras de caridad de toda clase, acumulado en muchos años de verdadero apostolado entre los infieles, los bárbaros y semibárbaros de Patagonia.

El P. Savio, falleció el 17 de enero de 1893, a los 57 años de edad. Él había acompañado a Mons. Cagliero a América, en 1875 (Perú, Paraguay, Matogrosso). Con la muerte del P. Savio moría también (o al menos era diferido), su proyecto de explorar la Amazonía con el coadjutor Jacinto Pancheri.

Los funerales del P. Savio se hicieron en Guaranda. Después de los funerales, Pancheri continuó el viaje en compañía del P. Bruzzone y el enfermero Ghiglione. Se aventuraron en las faldas del Chimborazo, en medio de la furia del viento y las dentelladas del frío; hallaron los pastos cubiertos de rocío, admiraron las plantas típicas de los Andes. Pancheri, que era un naturalista nato, reconoció entre las plantas algunas que tenían unas zonas de cultivos también europeo, como *Capsella bursa pastoris*, ranúnculos y varias *Plantago*.

Cuando llegaron a los 4240 m s. n. m., la parte más alta del recorrido, allá donde a la izquierda se levantaba el cono volcánico de la montaña más alta del Ecuador, el Chimborazo, pudieron iniciar la bajada hacia Quito. Llegaron primero a Riobamba, admirando el paisaje que se presentaba hacia el mítico y tan soñado Oriente –la parte del Ecuador ocupada por las selvas ecuatoriales–:

Los hermosos valles que delante de nosotros se extendían con un suave declive, surcaba aquí y allá por limpidísimos riachuelos, que, uniéndose formaban un pequeño río que serpenteando en el valle inferior convertido en llanura, el cual corre en otros valles más áridos, y luego se dirige hacia el sur-oeste y va a Guayaquil. [Pasaron algún día en Riobamba y luego volvieron a partir hacia Quito, que Pancheri describe como una pequeña ciudad –ahora tiene cerca de 1 800 000 habitantes–], un bonito valle del extenso altiplano que mencioné antes, cuya vertiente continúa hacia el norte, y luego vira hacia occidente y manda sus aguas al Pacífico... Al oeste de la ciudad se levanta el gran Pichincha que, desde sus bases hasta el límite de las nieves, está totalmente cubierto de vegetación; pero aquí, pocos árboles, y en su lugar, en la parte baja, tupidísimos matorrales.

Menciona luego las dos estaciones del templado clima de Quito. Y se detiene describiendo la flora, la fauna y el Oriente, como lo había oído describir a otros misioneros o exploradores. Cuenta que en varios lugares del Oriente se habían establecido algunos jesuitas, algunos dominicos y unos franciscanos, que habían vivido aislados en esos territorios inmensos y sin carreteras. Al Oriente, Pancheri hubiera debido ir con el P. Savio y tal meta seguía estando ante él como un espejismo y un compromiso tomado en Italia, con su superior.

Entre estas poblaciones de jíbaros –continúa– estaba dirigido el P. Savio, encargado por el P. Rua, en nombre del Sumo Pontífice, para ver si se puede convertirlos en cristianos... Yo tenía el encargo de acompañar al P. Savio en aquella peligrosa expedición y allá iba encantado; Dios aceptó su buena voluntad y lo llamó a gozar del Paraíso, cuando estaba ya a punto de entrar por la puerta de la viña.

Describiendo su llegada a Quito, pero también en casi todos sus escritos sucesivos, varias veces Pancheri alude a los masones, que en ese período eran muy poderosos en Europa, pero también en los países poco civilizados como el Ecuador.

Ellos eran contrarios a los misioneros y a los religiosos; además, estaban ganando terreno también en el Ecuador. “Sin embargo, –agrega Pancheri– aquí en Ecuador, por gracia del Sagrado Corazón de Jesús, en general se comprende la utilidad de los misioneros y los quieren; el Gobierno los protege y los ayuda a despecho de los sarcasmos de los liberales de todo el mundo”. Luego, describe los honores dedicados precisamente por el Estado ecuatoriano al P. Savio y alude a la figura de García Moreno, líder del país hasta 1875. Él había restablecido el culto católico en el Ecuador, había llamado a los jesuitas y otros religiosos, fundando la Universidad Católica. El pueblo estimaba mucho a García Moreno y lo llamaba “el padre”. “Los liberales de todo el mundo... lo calumniaron llamándolo tirano y Nerón de los tiempos modernos... De hecho, obligaron a un hermano ecuatoriano a asesinar a García Moreno, apuñalándolo y asignando al homicida 6000 sucres de recompensa”²⁶.

El clima político de esa época llevará más tarde a la expulsión de los salesianos del Ecuador. Si se excluyen las poblaciones no conocidas del misterioso Oriente (o sea de la selva fluvial amazónica), la población del Ecuador, tal como la describe nuestro coadjutor, era numéricamente inferior a la población de Viena. Estaba dividida en dos clases sociales: los indios y los descendientes de los españoles, en la práctica: pobres y ricos. Los primeros vivían sobre todo en las llanuras occidentales y la Sierra (montañas); los segundos, habitaban en las ciudades. Existía una tercera categoría de población: eran los salvajes de las selvas del Oriente y en particular los shuar,²⁷ por los cuales Pancheri tendrá mucha consideración y por los cuales prácticamente dio una buena parte de su vida misionera, casi 25 años (d. 96).

26 Efrén Avilés Pino, historiador, en su *Enciclopedia del Ecuador*, al tratar sobre el asesinato de García Moreno consigna que el autor fue el colombiano nacionalizado ecuatoriano Faustino Lemus Rayo.

27 Jíbaros o shuar. Pancheri en sus escritos llama a las poblaciones de las selvas del Oriente jíbaros, kivari, esta denominación suena hoy incorrecta y tiene una connotación de desprecio, por lo cual sería mejor llamar shuar a las poblaciones del Oriente que así se autodenominan.



Figura 1. Foto de Jacinto Pancheri, tomada probablemente en 1892, antes de su viaje al Ecuador (cp), (solo más tarde Jacinto se firmará Pankeri, como se dice más adelante en la nota n.º 28).



Figura 2. Retrato de Jacinto Pancheri hecho en 1922 por el pintor de Rovereto, Damiano Lasta, que hizo el retrato basándose en la foto de 1892 (cp).



*Figura 3. Giuseppe Pancheri y María Gentilini,
padres de Jacinto Pancheri (cp).*



ACCOLGA IDDIO NELL' ETERNA PACE
LA BELL' ANIMA DI
GIUSEPPE PANCHERI
DI ROMALLO

NATO IL 7 LUGLIO 1815
E MORTO IL 12 LUGLIO 1897
COLLA RASSEGNAZIONE DEL GIUSTO

PADRE PROFONDAMENTE CRISTIANO
EDUCÒ I SUOI FIGLI
COLLA PAROLA COLL' ESEMPIO
ALLA RELIGIONE ALLA VIRTÙ
SEMPRE PURO NELLE INTENZIONI
SCHIETTO NELLA PAROLA GIUSTO NELL' OPERA
SI FE' AMARE DAI SUOI CONTRERAZZANI
LASCIANDO VIVO DESIDERIO DI SÉ
IN QUANTI LO CONOBBERO.

R. I. P.

„Dolce cuor di Maria, siate la salvezza mia“

300 giorni d' indulg.

*Figura 4. La memoria de muerte de Giuseppe Pancheri,
padre de Jacinto (cp).*



A PIETOSA RICORDANZA
di
MARIA PANCHERI D. GENTILINI
da Romallo
morta ai 18 ottobre 1895
nell'età d'anni 74.

FU DONNA PIA INTEMERATA GIUSTA
NEL SANTUARIO DELLA SUA FAMIGLIA
SPIEGÒ UN' ATTIVITÀ EDIFICANTE ASSIDUA
E NE RACCOLSE
MERITATE CONSOLAZIONI.

DOPO LUNGA MALATTIA
CRISTIANAMENTE SOPPORTATA
CHIUSE LA SANTA VITA
CON LA MORTE DEL GIUSTO
BENEDICENDO
AL MARITO GIUSEPPE AI SETTE FIGLI
CHE LA RACCOMANDANO ALLE PRECI DEI BUONI.

Gesù mio, misericordia.

Figura 5. La memoria de muerte de María Gentilini, madre de Jacinto, fallecida en 1895.

Jacinto tuvo la noticia de la muerte de su madre estando en Gualaquiza, cuando le llegó la orden de volver a Quito (cp).



Figura 6. Foto del 6 de diciembre de 1892: los componentes de la expedición número 18 misionera salesiana. Arriba, Jacinto Pancheri, que tenía 35 años y hacía parte de la expedición (cp).



Figura 7. Foto de familia de 1933: Giuseppe, el hermano mayor de Jacinto, con la esposa María Lorenzoni (sentados en el centro de la foto), en el aniversario número 60 de su matrimonio (cp).



Figura 8. Giuseppe Pancheri y María Lorenzoni en el centro con Camilo Pancheri (derecha); a la izquierda Santina Pancheri, hermano y hermana de Jacinto (cp).



Figura 9. La familia de Lucía Lorenzoni y Camilo Pancheri, hermano de Jacinto, con las cinco hijas y María Teresa Lorenzoni, hermanas de Lucía (cp).

Carissimi genitori
Torino 1. luglio 86

5

Io non dubito che si farete certo le meraviglie al veder in capo alla lettera la parola Torino. Io pure stupisco che sono ancor qui. La cosa andò in questo modo: Come voi sapete era mio desiderio di esser sullar Don Bosco sulla natura della mia vocazione. Non potui resistere a tanto invito. Ma come poi voi conoscete che io andavo assai male in quest'anno. Una buona persona di Merlotedesco mi regalò alcuni franchi, e qualchecosa dei miei li aversa e così mi avventurai a fare il viaggio verso Torino. Partii da Merlotedesco la vigilia di S. Vigilio dormii a Trento e la sera dello stesso giorno partiva verso l'Italia. Il viaggio fu abbastanza buono ed arrivai lunedì sera in Torino. Mi presentai ai superiori di questo collegio, i quali mi consigliarono di andar da Don Bosco. Questi mi accolse, mi domandò di diverse cose e poi mi disse: Confida in Maria S. P. Ausigliatrice e vedrai che Ella ti aiuterà. Pignardo agli amici che mi

Figura 10. La carta que Jacinto escribió a los padres desde Turín, después de haber encontrado a Don Juan Bosco, en 1886 (cp).

potresti dare ai tuoi parenti pensa che
 c'è la provvidenza anche per loro che li
 aiuterà meglio di te. Poi mi diede la ben-
 dizione dicendo: Maria S.P. ti dia la sanità
 e la santità e benedica ogni tua azione.
 Adesso va da Don Francesco e li dirai cosa
 dovrai fare; e prima gli dirai che egli venga da me.
 A tali parole io rimasi commosso sapen-
 do che erano pronunciate da un Santo quale
 è Don Bosco. Quest'uomo della Provvidenza
 è di statura media non grasso, cammina
 stentatissimamente, simile a Don Berera
 nei suoi ultimi anni; parla pure adagio e
 stentato; ha vista debole; ma memoria
 ancor buonissima. Celebra messa tutti i
 giorni; ma sempre in camera.
 Licenziatomi da Don Bosco mi recai da
 Don Francesco il direttore di questo isti-
 tuto. Questi mi mandò da un altro e con que-
 sto discorso a lungo. Egli trovò che il meglio
 sarà di restar qui alcuni giorni nel qual tempo
 si vedrà come si farà. Di andar in America
 ora neanche idea per intanto; se anche restassi
 salesiano rimarrei; qui o in qualche altro paese
 dell'Italia; magari a Trento u'ola u'era istituzione

una casa. Passati quindici o venti giorni
potrò decidermi se posso restar con loro o
meno; e in ogni caso dopo questo tempo tanto
si resterà o meno potrò venire a voi.
L'intanto di non potersi a nessun'ora
mia gita; e considerarla solo come una
viaggio per domandar un consiglio.
Era stabilito che sarei andato a passare
questa 15 giorni a S. Benigno distante
da qui circa 10 ore. Ma poi arrivò qui
un sacerdote direttore della casa che
hanno i salesiani in Faenza. Questi espres-
sò il desiderio di avermi seco lui & così.
Faenza è via sulle Romagne, poco più in
la Bologna. Qui si vedrà come andranno le cose.
Nel trattamento riguardo al cibo si sta ob-
stacolo bene. A Faenza si vedrà. Riguardo poi
all'anima non si potrebbe star meglio. Si abita
insieme coi santi. Don Bosco già è da tutti con-
siderato come santo. Voti (2 luglio) in compagnia
di un sacerdote da Faenza feci una visita alle
città di Torino. È una bellissima città. Tra altre
visitammo la chiesa di S. Giovanni ove Don Bosco
eresse un oratorio per chierici ed aspiranti al sacerdozio.
Qui ebbe occasione di basiar l'arcivescovo un vescovo il

~~La~~ pochi mesi or sono rinunciò al vescovado per farsi salesiano; ed ora convive coi frati, mangia con loro abita una cameruccia come loro. La mattina si leva di buon ora va in chiesa celebra la S. Messa e poi resta in confessionale quasi tutta la mattina. Il resto della giornata lo passa quasi tutto in orazione. Insomma vive da santo. Si accolse affabilmente ci trattenne con lui per molto tempo, e poi andammo a pranzo alla medesima tavola; e prima di partire ci benedisse.

Visitammo poscia la chiesa ove successe nel 1753 il miracolo celebre del S. Sacramento.

Avrei poi moltissime cose da scrivervi, ma ora non ho tempo. Aggiungo che oggi ho potuto ascoltar la S. Messa di Don Basso e ricevetti la Comunione dalle sue proprie mani e probabilmente potrò anche domani.

Io vi dico il vero che qui mi troverei contento, se non avessi continuamente avanti gli occhi la vostra afflizione che vidi in voi scolpita alla mia portanza; e ancor così? scrivetemi, dicendomi sinceramente come la pensa Come sta la madre?

Se sto benissimo. Vi saluto, dicendomi

il vostro

Il figlio
Giuseppe.

L'indirizzo della lettera sarà:

Giuseppe Tassoni, Voltri in Francia presso del Salesiano

2

PARTE

Pancheri misionero
y explorador del Oriente
(1893-1896)

Pancheri misionero y explorador del Oriente (1893-1896)

2.1. Primeros encargos y actividades en Quito, Cuenca y Gualaquiza (1893-1896)

Habiendo llegado a Quito y establecido con los hermanos religiosos en el Protectorado (la casa concedida por el Gobierno de José María Plácido Caamaño a los salesianos), Pancheri, no pudo continuar su viaje para ir al Oriente, a causa de la muerte del P. Savio. Entonces se interesó, por encargo de los Superiores, en la situación geográfica, etnográfica e histórica de la región a la cual estaba destinado. En una carta escrita durante el mes y medio de estadía en Quito a un primo suyo (casi seguramente el P. Alfonso Gentilini) (d. 33), describe con exactitud la hidrografía y las costumbres de las poblaciones del Oriente, como les habían sido descritas por otras personas, o bien como las había podido conocer mediante los textos de la época. Su descripción es muy diferente de la que hará más adelante, después de haber encontrado a aquellas poblaciones a quienes conocería y amaría. Citamos aquí algunos fragmentos de esta carta, escrita muy tupida y con letra sumamente pequeña, probablemente para ahorrar el papel que no era abundante.

Habrás oído sin duda que murió en el viaje nuestro Director, el P. Savio. A causa de esta pérdida yo no pude continuar el viaje a la misión a la cual estaba destinado y tuve que quedarme en esta casa nuestra en Quito, para esperar a otro Director. En este tiempo mis superiores quisieron que ocupara el tiempo que me

sobraba de mis ordinarias ocupaciones, en hacerme una idea, al menos aproximada, de la geografía e historia del país. Para lograr mejor tal propósito, consideré oportuno escribirme las cosas más notables para que me quedaran mejor en la cabeza. Consideré que no era inconveniente escribir tales puntos en forma de carta, dirigidos a ti, que por muchos aspectos me tienes doble cariño...

El Ecuador tiene una gran cantidad de ríos, especialmente en la parte oriental. Al sur, el Santiago, formado por el Zamora, Paute, Gualaquiza, etc. (A este espero verle después de no mucho tiempo). Más al norte el Pastaza, también muy grande, luego el Tigre y el Napo que, según las descripciones, puede compararse con el Danubio por su tamaño.

El Ecuador es un país eminentemente montañoso, pero no faltan llanuras y grandes... La parte oriental se parece a la occidental, respecto a los declives, pero tiene muchos más pequeños ríos que bajan rápidamente de las altísimas montañas... y todos van a aumentar las aguas del Marañón que, saliendo de los confines del Ecuador, tiene más de dos kilómetros de ancho y más de cincuenta brazas de profundidad (unos treinta metros). Auténticos desfiladeros como serían el Tomale y el Brennero, en los Andes, al menos aquí en el Ecuador, son desconocidos: para entrar y salir de la Región Interandina hacia cualquier rumbo, conviene subir la alta cordillera, al menos a 3500 m de altura absoluta para luego bajar más o menos rápidamente. El aspecto que presentan estas montañas es muy diferente de nuestros Alpes. Aquí la montaña se levanta con mucha inclinación hasta la altura de cerca de 3500 m, luego forma como una gran planicie cubierta siempre de tierra que produce casi las mismas hierbas que los Alpes, pero predomina una gramínea que produce una hierba blancuzca y medio gris, bastante alta y rígida, que aquí llaman paja (paglia); por tanto estas planicies se llaman pajonales o también páramos. Del páramo se elevan las crestas irregulares de la cordillera, interrumpida, mejor dicho dominada, por grandes montes cónicos, que son casi todos volcanes apagados o activos. Volcanes activos, entre pequeños y grandes, habrá una docena. Alrededor de Quito se cuentan cuatro: el Pichincha (picincia), el cual con sus erupciones destruyó y afectó varias veces la capital, situada a sus

pies; el Cotopaxi, que constituye, de vez en cuando, la desolación de los pueblos circundantes, no tanto por las piedras lanzadas hacia arriba con la lava, sino con las inundaciones que produce la disolución repentina de las nieves en su dorso. Asimismo, el Tungurahua y el Sincholagua.

Luego Pancheri describe detalladamente los productos de la tierra, cultivados por las poblaciones de las llanuras occidentales (café, caña de azúcar, cacao, arroz, palmeras, naranjas, limones); los de la colina hasta los 2000 m de altura (cereales, guineo, caña de azúcar, naranjas) y finalmente, los de las regiones interandinas que rebasan los 2000 m de altura (pastos, cereales, papas, fréjol, maíz). Observa que las montañas, ya entonces, estaban casi completamente despojadas de árboles a causa de la tala de los tiempos pasados y luego pasa a describir el Oriente.

La parte oriental aseguran que es un verdadero paraíso terrenal. Una vez que se haya atravesado la zona fría de la cordillera, se encuentra la colina, templada, con todos sus productos tropicales, como lo mencioné para la parte occidental; pero en el Oriente aseguran que el terreno no pudiera ser más fértil; pero, por desgracia, con la excepción de algunas tribus, las más feroces de América y acaso del mundo, con la excepción digo de unos 20 000 jíbaros y otras razas menos feroces, aquella inmensa llanura está poblada solo de culebras y fieras, cubiertas de selvas tupidísimas, más allá de cualquier imaginación, y surcadas por un gran número de grandes ríos, que van todos a alimentar el río más grande del mundo, el Marañón.²⁸ Si Dios quiere, después de poco iré a ver esas maravillas de la naturaleza con mis ojos; y cuando vuelva, si no dejaré allá mi pellejo, te podré dar noticias más detalladas. Entre tanto, vamos a examinar un poco el número aproximado y las costumbres de los habitantes:

28 El Marañón más abajo tomará el nombre de río Amazonas, conocido por todos como el río más grande de Sudamérica.

En la república ecuatoriana, el número de habitantes no llega a un millón y medio, aun suponiendo que en el Oriente rebasen los treinta mil. La superficie total es de unos cientos de kilómetros, más amplia que la de Austria-Hungría...

En la parte occidental, especialmente en la ciudad de la Costa, la población está mezclada; se ven individuos de toda nación, color y forma; en la parte montañosa predomina la raza mestiza, una reunión de las razas europeas con la indígena... En la parte oriental, existen muchísimas pequeñas tribus que conservan, estas también, casi intactos caracteres primitivos, porque los españoles jamás pudieron someterlos... La parte oriental es muy poco conocida. Solo se tienen varias noticias de pocos misioneros, que desde hace siglos se esfuerzan casi inútilmente para mejorar a aquellas poblaciones. Dichos misioneros nos dicen que en cuanto a los rasgos corporales y la inteligencia, aquellos salvajes nada tienen que envidiar a los europeos. Pero por su ferocidad, causada en gran parte o acaso totalmente por sus vicios, se hacen indomables e incorregibles. De manera que muchas veces el pobre misionero, después de haber trabajado meses o años para instruir a una población o tribu, debe abandonarla acaso sin haber convertido a una sola persona. Ya es mucho si puede partir ileso, porque no es raro el caso donde es asesinado por sus mismos oyentes, para robarle algún juguete o bien sus vestidos, y casi siempre para tener su cabeza y prepararla en la forma que ellos conocen y luego venderla en algún mercado peruano o brasileño, a pésimos sujetos que la compran...

La tribu, o mejor dicho la raza a la cual estamos destinados nosotros, es, sin comparación, la más feroz. Entonces debes pensar qué podemos hacer nosotros, pobrecillos, si no interviene la Virgen.

El que el P. Savio y el coadjutor Pancheri, fueran destinados al Oriente no fue una casualidad. La razón de todo esto se remonta a la formal solicitud que el Gobierno ecuatoriano, hizo a la Santa Sede con un decreto de las Cámaras, reunidas en el Congreso el 11 de agosto de 1888, durante la presidencia de An-

tonio Flores. Estas pedían a la Santa Sede que instituyera cuatro Vicariatos Apostólicos en el territorio oriental de la república: el del Napo, el de Macas y Canelos, el de Méndez y Gualaquiza y el de Zamora. El de Méndez y Gualaquiza, debía ser confiado a los padres salesianos. El Santo Padre León XIII, alabando la fe y la piedad del Gobierno ecuatoriano, con carta del 30 de enero de 1889, le aseguraba al presidente Flores, que su solicitud había sido motivo de gran atención y decía que buscaría las mejores formas para responder adecuadamente. Pocos años después, el 8 de febrero de 1893, la Secretaría de la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos, redactaba el decreto de fundación del nuevo Vicariato de Méndez y Gualaquiza y lo enviaba al Superior General de los salesianos, el P. Rua, sucesor de Don Bosco. Cuando murió el P. Savio, fue, por tanto, encargado el P. Spinelli para sustituirlo en la empresa, acompañado por Pancheri.²⁹

El día 22 de agosto de 1893, Jacinto Pankeri salía de Quito acompañado por el clérigo Marianni: usaron el coche hasta Ambato, pequeña ciudad al sur de Quito y luego el caballo hasta Cuenca.

El coche, jalado por seis mulas, corrió el peligro de volcarse y caer en un barranco a causa de la caída de una mula. Llegaron a Ambato y al día siguiente continuaron a caballo a Riobamba, donde encontraron a los hermanos religiosos un poco tristes, por la reciente celebración en la ciudad de la fiesta de los toros (corridas), durante la cual cuatro indios habían per-

29 Se notará que, de ahora en adelante, el apellido de nuestro coadjutor ya no será escrito a la italiana (Pancheri), sino sustituyendo las letras "ch" con la letra "k", para evitar la pronunciación a la española, que sería "Pancheri". Nuestro coadjutor, en una correspondencia suya enviada a la familia, recomendaba adoptar esta segunda escritura en las direcciones de la correspondencia y nosotros también de ahora en adelante la adoptaremos.

dido la vida. Esta fiesta tuvo lugar, aunque la ley nacional prohibía tales manifestaciones, que eran similares a las corridas españolas, pero realizadas sin entrenamiento y sin experiencia por indios prácticamente destinados a la muerte y asalariados por los liberales. Esos liberales, eran los mismos que enviaban sus emisarios al Oriente, para recuperar las famosas "tsantsas", (cabezas humanas reducidas y momificadas), para destinarlas al comercio, incrementando así sin escrúpulos, los homicidios entre las tribus jíbaras y desobedeciendo las leyes nacionales y las recomendaciones de la Iglesia. Estos incitadores habían sido denunciados por los frailes dominicos de Macas, pero eso tuvo como consecuencia una expedición punitiva de los liberales, que casi le costó la vida a un dominico, que fue golpeado a bastonazos, mientras los mismos dominicos eran acusados de ser "retrógrados, inquisidores, etcétera". Nuestro coadjutor cuenta también de una atrocidad perpetrada por individuos que un año antes querían destruir la ciudad de Riobamba: estos revoltosos, después de haber agarrado a un soldado del ejército regular, lo despellejaron vivo y llevaron su piel por toda la ciudad como trofeo. Este es el cuadro crudo y realista que Pancheri hace escribiendo a los muchachos del colegio salesiano de Faenza (d. 32). Ya en estas primeras cartas emerge toda la repulsión de Pancheri por la masonería que, luchando contra la Iglesia por voluntario prejuicio, apoyaba las actividades ilícitas tales como la compraventa de los cueros cabelludos humanos o bien la organización de corridas sin ningún respeto por la vida humana de los indígenas, que eran obligados a emplearse como toreros.

En Riobamba, los dos salesianos descansaron un día y luego reemprendieron viaje, subiendo a la Sierra (cadena de montañas), hasta los 3500 m, para luego descender por la vertiente opuesta. Pasaron la noche en una aldea, Guamote, en una "casa-posada" (fonda), una casita hecha de madera, con cuartos sin ventanas. La noche siguiente fueron acogidos por el

párroco de otra aldea para llegar luego a la altura de 4245 m y 4500 m, en medio de una tempestad de nevisca. Esa noche se hospedaron en la casa de la madre del párroco de una aldeíta.

Después de otro día de viaje llegaron a Azogues, donde pasaron la noche y al día siguiente llegaron a Cuenca, a la casa de los salesianos. Se trataba de una casa “pequeña y muy modesta”, [pero], destinada a llegar a ser una casa importante”. Cerca de la casa estaba una fábrica de algodón ya cerrada, perteneciente alguna vez al Estado y ahora alquilada a los salesianos. Allí cerca estaba el taller de los herreros con varios “tornos de hierro, muy buenos y, además, una discreta fundición de hierro. Y si se podrá poner también en marcha la hilandería –observa Pankeri (se usará esta denominación como se lo conoció en Ecuador y Sudamérica)–, será sin duda la fábrica más grande de la Congregación”. Aquí emerge el Pankeri, constructor, organizador, el técnico, aquel que más adelante llamarán “el ingeniero”.

En Cuenca, se quedó poco más de un mes: se ocupó, además de la vida comunitaria, del dibujo de la nueva casa y de la iglesia, que debía comenzarse a construir lo más pronto posible. Visitando los alrededores de Cuenca, halló un manantial de aguas termales (agua a 60 °C), a pocos kilómetros de la ciudad y se quedó asombrado por el hecho de que nadie lo explotara. De la misma forma, observó que el carbón fósil, de buena calidad yacía inutilizado, mientras que hubiera podido servir para hacer funcionar una fundición. Pankeri, entre tanto, se preparaba para la expedición a las selvas del Oriente desconocido.

2.2. Exploraciones del Oriente (1893-1896)

*Viaje hasta Gualaquiza*³⁰

Pankeri realizó su primer viaje al Oriente (las selvas amazónicas al oriente de las cordilleras, a finales de 1893: el P. Bruzzone, director de la casa de Cuenca (*vid. infra*. Apéndice n.º 1), el P. Spinelli y Pankeri, partieron de Cuenca el 9 de octubre de 1893, hacia Gualaquiza. Citamos aquí un resumen del viaje, tomado de la carta escrita por Pankeri a Cuenca, con fecha Santa Cecilia 1893 y enviada a los jóvenes de Faenza (d. 32). Otros relatos fueron enviados por nuestro coadjutor al P. Rua a Turín: sus fechas eran 17 de abril de 1894 (d. 36) y 16 de junio de 1894 (d. 37). En una carta enviada a los padres después de su primera exploración del Oriente, escrita en Cuenca, con fecha 25 de noviembre de 1893 (d. 35), recuerda que deberían recibir un largo relato enviado a los jóvenes de Faenza (d. 32); luego los padres hubieran debido enviarlo para su lectura a la hermana Amabile que se hallaba en Trento, en la casa del P. Alfonso. Y hacía notar a los padres, lo siguiente: "Debo hacer el relato de nuestro viaje al P. Rua, a los superiores de Quito, al Gobierno ecuatoriano, a un sacerdote salesiano de Buenos Aires, a otro sacerdote senador de esta República, etc."

Así pues, compiló en Cuenca la narración que vamos a citar, donde el superior P. Bruzzone, a su vuelta de la expedición, le había concedido un poco de descanso para que se repusiera de las extenuantes fatigas soportadas durante el viaje. El 9 de octubre de 1893, los tres salesianos (el P. Bruzzone, el P. Spinelli y el coadjutor Pankeri) partieron hacia Gualaquiza

30 Itinerario: Cuenca –rumbo noreste– torrente Gualaceo – aldea, Gualaceo – Sigsig – Subida a la Cordillera – Granadilla (1800 m) – páramo (3500 m) – Bajada – Cuchipamba – Rosario – Gualaquiza.

(situada a casi 60 km al sureste de Cuenca, en línea de aire). El P. Bruzzzone, acompañaría a sus dos colegas solo hasta la base de la Cordillera Oriental, o sea hasta Sígsig; enseguida tomaron el camino del noreste, más largo pero más fácil; siguieron por un trecho el torrente del Gualaceo y luego treparon por una vertiente muy empinada y un valle muy estrecho.

Cuando llegaron al pueblo de Gualaceo, pudieron descansar y pasar la noche en la casa del párroco. Arribaron al día siguiente a Sígsig, "última aldea cristiana civilizada en el camino a Gualaquiza", fueron acogidos con flores, arcos de triunfo y la música de la banda local. Allá se detuvieron dos días y el 12 de octubre el P. Spinelli y el coadjutor Pankeri, se despidieron del P. Bruzzzone, que volvía a Cuenca. Ellos, en cambio, se encaminaron hacia Gualaquiza, precedidos por dos estatuas (protegidas en cajas de madera), transportadas por gente del lugar: la de la Virgen y la de San José. Las estatuas habían sido sometidas a una restauración y debían ser entregadas a la comunidad de Gualaquiza. El señor Guillermo Vega, terrateniente de Gualaquiza y otro cristiano, habían llegado a Sígsig para acompañar a los misioneros y llevar las estatuas hasta Gualaquiza. Otro señor había puesto a disposición unas mulas y algunos caballos. Subieron la cordillera en medio de mil dificultades; llegaron a Granadillas a 1800 m, a los pies del Matanga. En esa aldea, habitaba solo una familia que les dio hospitalidad en una casa casi derrumbada. Ni bien los dos misioneros emprendieron camino nuevamente, la casa se destruyó bajo los golpes del viento y la lluvia. Y fue una gran suerte si la comitiva y la familia misma, no fueron atropellados bajo las ruinas. En el páramo, en los pastos altos a 3500 m s. n. m., los dos misioneros fueron sorprendidos por una helada lluvia de alta montaña. Luego bajaron hacia el Oriente y tuvieron que descender del caballo para atravesar puntos peligrosos antes de entrar en la selva ecuatorial. En este punto, Pankeri describe la selva húmeda con gran detalle:

Ya comienza la vegetación tropical, que conforme se baja, se va haciendo cada vez más abundante, al punto que al atardecer estábamos en plena selva virgen ecuatorial... En muchos lugares, o en casi todas partes, los bosques son tan tupidos que vienen a ser totalmente impenetrables. De esos matorrales tan tupidos, sobresalen hacia arriba, en gran número, árboles de toda clase y tamaño. Admiré algunos de aquellos que en la base cerca del suelo, tenían más de quince metros de circunferencia. Pero hay que notar que este grosor va rápidamente reduciéndose y a la altura de cuatro o cinco metros ya no rebasa los dos metros de diámetro o poco más, pero con tal grosor luego se elevan hacia alturas espantosas. Sin embargo, los árboles colosales son muy raros: normalmente son de tamaño mediano y, en general, no rebasan el metro o metro y medio de diámetro, porque ni bien intentan desarrollarse sobre los arbustos, son apretados y envueltos por un gran número de plantas trepadoras y parásitas que en corto tiempo les hacen secar y luego caer, para dejar el lugar a otros, que luego son sometidos al mismo destino. Si hay algún gran árbol, está tan cubierto de orquídeas y otras plantas que viven a su costa, que con dificultad se puede reconocer de qué especie es. A todo eso agréguese un gran número de hierbas malas, con hojas incluso muy grandes, muchas especies de espinos, con pocos troncos de árboles caídos y aún no muertos, y se tendrá una muy vaga idea de las dificultades que se encuentran para viajar en estas regiones, incluso si el "camino" estuviera seco; pero, a cada paso, se encuentran "fangales" (pequeñas ciénagas) en abundancia, que alimentados por una lluvia casi continua, transforman el sendero en un pozo repleto de agua y lodo. El viajero que pasa por estos caminos o mejor por estos pozos, después de dos horas de viaje, tanto a caballo como a pie, queda tan enlodado, que le será imposible reconocer el color de sus ropas, al menos de los pantalones (d. 32).

Luego llegaron a Cuchipamba, donde fueron huéspedes de un señor de Cuenca que poseía una gran hacienda y que, doce años antes, había sido víctima de una incursión de los shuar, que habían matado al mayordomo y a veintiséis de sus

obreros. Por esta razón, es decir, por miedo de los shuar, Cuchipamba y Gualaquiza estaban despobladas.

Por fin, el día siguiente, el 14 de octubre, pasando por la aldea de Rosario, llegaron a su destino, justo en medio de la foresta tropical, a 730 m de altura. Este lugar se halla en la orilla del río Gualaquiza. La iglesia, colocada sobre una lomita, recién se había destruido. Había sido construida cerca de veinte años antes por el jesuita P. Pozzi. Con los restos de la iglesia, que había caído por falta de mantenimiento, los cristianos habían construido una pequeña capilla y dos dormitorios para los misioneros que esperaban.

En efecto, los esperaban en compañía de unos treinta shuar. Delante de la capilla los acogía un arco triunfal, muy sencillo pero expresivo de dicha de población, que ansiaba poder volver a ver misioneros. Los salvajes ofrecieron algunos regalos como aves embalsamadas, yuca³¹ y esperaron a su vez recibir unos regalos. Pero los regalos para ellos llegarían al día siguiente, cuando los misioneros abrieron los baúles y les ofrecieron hilo, agujas, cuchillos, machetes, espejitos, etc. Este fue prácticamente el primer encuentro de Pankeri con los shuar, con los cuales pudo entenderse, porque ellos conocían un poco de español.

En Gualaquiza, Pankeri arregló a la buena de Dios la capilla, que más se parecía a una casa en ruinas: estaba hecha de madera y lodo, con el techo que dejaba pasar algo de lluvia. Permaneció todo ese mes de octubre, pero alojándose en la casa del señor Guillermo Vega. Los shuar de Gualaquiza avisaron también a los de Méndez y a los de la llanura del Zamora,

31 Se trata de la raíz de *Manihot esculenta*, llamada vulgarmente mandioca. Haciendo fermentar las raíces de mandioca, los shuar preparan la chicha, bebida ligeramente alcohólica.

que llegaron numerosos, incluso para obtener algún regalo. Pero nadie robó nada ni mintió, porque, como lo apunta Pankeri, los que se portaban de esta forma eran considerados malos.

Así, dejado de lado el temor por esos salvajes, Pankeri y Spinelli, empezaron a visitarlos en sus casas y comenzaron también a conocer su carácter, que es generalmente “suspica, desconfiado, traidor”. Los shuar de Gualaquiza eran cristianos, por haber sido bautizados veinte años antes por un misionero, que luego partió, por lo cual ellos fueron abandonados a sí mismos. Sabían tan solo que existía Taita Dios, Dios Padre.

Para juzgar qué es bueno o malo, lícito o ilícito, aunque bautizados, sin duda no tienen nuestras reglas. En general, al menos en Gualaquiza, consideran como cosa mala tan solo al homicidio, el robo y la mentira; pero cuando hay una pequeña causa, el homicidio se convierte en algo sagrado: la venganza para ellos es obligatoria. Y la poligamia es practicada por algunos, como cosa lícita.

Pankeri, en una carta enviada al P. Rua, expone las razones de la conveniencia de fundar una misión en Gualaquiza, como primera misión salesiana del Vicariato: allá se encontraban muchos cristianos que necesitaban un misionero y, además, estaban los shuar. Preveía la construcción de una capilla, de un taller para herreros y otro para carpinteros. Necesitaban, según Pankeri, muchos vestidos y toda clase de utensilios para los trabajos de los talleres y los trabajos domésticos. Todo eso debía ser realizado con la intención de conquistar a los shuar a la buena nueva del Evangelio y disuadirlos de sus prácticas maléficas, tales como las de la tsantsa. En todo caso, la única forma para conquistar a los shuar de la religión, parecía ser la

fundación de talleres y escuelas para prepararlos en el trabajo e instruirlos, por cuanto parecían muy inteligentes.³²

Los shuar, como se dijo, eran personas amantes de la libertad y la vida en la selva. En el siglo XVI fueron contactados por los conquistadores españoles y también por misioneros. Pero debido a que los españoles los esclavizaron por su sed de oro, que abundaba en los ríos de la Amazonia, ellos se rebelaron y destruyeron todos los asentamientos europeos, mataron a todos los hombres menos a las mujeres y los niños. Esto sucedió en 1599. Desde entonces ningún europeo había podido penetrar en su territorio. Más tarde los jesuitas hicieron contacto con estas tribus, pero en parte fueron matados por los shuar y en otra parte fueron hostigados en su misión por los liberales. En los últimos años habían existido otros intentos de evangelización por parte de jesuitas y de un dominico, pero fueron episodios pasajeros. Solo unos meses antes, como se dijo, un decreto de la Santa Sede había instituido el Vicariato de Méndez y Gualaquiza, confiado a los salesianos. Y ahora el P. Spinelli y el coadjutor Pankeri, iniciaban la exploración del Oriente y empezaba así la presencia de los salesianos en el Vicariato.

Las dos primeras exploraciones en las selvas del Oriente: al otro lado del río Bomboiza y la confluencia del Bomboiza con el río Zamora, donde Pancheri descubre una cordillera hasta entonces ignorada por los geógrafos³³ (d. 32).

Una primera exploración de Pankeri en las selvas del Oriente, más allá de Gualaquiza, fue la que él organizó en ocasión de la llegada a esta misión de dos franciscanos que querían visitar a Naranza, un jíbaro que conocían. Pankeri acompañó a

32 La misión de Gualaquiza será fundada el año siguiente, en 1894, por el P. Mattana, que será el primer director de la misión.

33 Itinerario: Hasta Gualaquiza el recorrido en el primer viaje; luego, orillas del Bomboiza –cruce del río Bomboiza– retorno a Gualaquiza.

los dos franciscanos hasta el río Bomboiza. Después de un día de viaje, los tres religiosos tuvieron que pasar la noche en la selva, bajo una hojarasca, en la orilla del río Bomboiza que no se podía cruzar por una creciente causada por las lluvias. De noche la lluvia mojó todos sus trajes y zapatos. La mañana siguiente, los tres volvieron a partir, cruzaron el río de uno en uno sobre una canoa, llevada por dos shuar. Y así llegaron a su destino; hallaron a Naranza, un jíbaro "razonable y naturalmente bueno". Tenía unos ochenta años. El anciano los acogió, les invitó a sentarse, les alimentó con carne de cerdo recién matado, yuca y plátano. Pankeri fue obligado a tomar la famosa chicha preparada por las mujeres mediante la masticación de la yuca y la sucesiva fermentación. Las mujeres la sirvieron a los huéspedes después de mezclarla con las manos sucias. Era conveniente que los huéspedes tomaran la chicha, en señal de amistad. Por eso Pankeri también tuvo que someterse a tal costumbre, pero sin encontrar agradable la bebida. Él apunta, en todo caso, que los shuar, son más limpios que las personas civilizadas o semi-civilizadas de la Sierra.

Pankeri era el primero o uno de los primeros salesianos que contactaban a los shuar en su hábitat natural. Así describe sus casas, los trajes, las costumbres, la religión:

Los jíbaros son de estatura mediana, que casi tiende a la pequeñez, especialmente en el sexo femenino. El color de su piel es rojo cobre, un poco tendiente a un amarillo castaño. La conformación del cuerpo en general, así como cada una de las partes, es muy regular, menos las ternillas, que son un poquito aplastadas y anchitas; lo mismo dígame de los pómulos, que tienden a ser en general, un poco saltones. En general, están totalmente privados de barba, pero vi algunos que tienen una señal de barba y perilla. Examinándolos bien me parece que un naturalista los colocaría en la variedad caucásica, o bien teniendo algo de la mongólica, pero el ángulo facial es siempre, en general, recto.

Yo le puedo decir que me gustaba más estar con ellos que con los indios de la Sierra, que, acostumbrados desde hace muchos siglos a una dura esclavitud, no saben más que fingir y disimular, haciendo cumplidos hasta la exageración; en cambio los jibaros dicen claramente lo que quieren y difícilmente mienten. Su carácter es traidor por excelencia, pero respecto a hechos, o sea en quitar la vida a sus similares, siempre lo hacen a traición, jamás y difícilmente en guerra declarada, cara a cara. Pero en las circunstancias ordinarias son abiertos, no falsos. El vestido de los niños inferiores a ocho o diez años es el de la sencillez de Adán, en el estado de inocencia. Pero todos, tanto adultos como niños, visten con gran placer camisas rojas, chalecos o chompas que se les regala. Consideran tales objetos como cosas de lujo. Las mujeres andan mejor vestidas: se ponen un traje que se parece a una camisa sin mangas, que baja desde su cuello, casi hasta los pies. Y así también las chicas, incluso pequeñas y también cargadas por sus madres, tienen un vestido de forma semejante a las adultas. Los jibaros son sumamente amantes de la libertad. Hasta la fecha, ningún Gobierno jamás pudo someterlos. Y en caso de no poderse defender de ninguna forma, huyen lejos, en las extensísimas selvas amazónicas y no se les vuelve a ver. Este instinto de la libertad se ve innato incluso en los niños, a los cuales, apenas llegados a unos doce años, ya nadie intenta darles órdenes.

Pero tal cosa es también muy deplorable porque ellos ordinariamente tienen de la naturaleza buena inteligencia, rapidez y muchas otras cualidades. Dejados en poder de sí mismos en una edad tan peligrosa, se dañan tanto, que después de pocos años o pocos meses, ya no se les reconoce, por haber empeorado tanto. Las mujeres son verdaderas esclavas de los hombres. A ellas les corresponde, además del cuidado de los niños, el trabajo de la huerta, la cocina, la limpieza de la casa, la fabricación de la chicha, el tejido de los pocos trajes suyos y de los varones. El hombre atiende al manejo de las armas, la cacería, la pesca, la construcción de la casa, si aún no la tiene, cortar y quemar los árboles para hacer la huerta e hilar el algodón; lo cual lo hacen ordinariamente por la noche.

Las casas de los jíbaros, tal como las vi más tarde, en cuanto a la forma, son todas parecidas una a otra, de manera que habiendo visto una, se tiene una idea de todas las demás. Dicha construcción siempre está hecha sobre el terreno plano, cubierto de greda bien aplastada que debe servir como piso. Sobre este terreno plano, plantan una palizada toda alrededor, de forma ovalada o mejor dicho de rectángulo un poco largo, en proporción y con los lados menores curvados en semicírculo, pero sumamente regular, tanto que viéndola desde lejos se diferencia poco de una elipse. Dicha palizada tiene techos de madera derechos, con tres a cuatro metros de alto, y colocados a distancia uno de otro de algunos centímetros, para que pueda penetrar la luz sin ventanas; pero están atados, muy apretados, con convólulos, a travesaños hechos para el propósito, de manera que cierren muy bien como paredes de la casa. En los dos focos de la elipse, plantan dos robustos troncos de palma, bien rectos, sobre los cuales arriman luego el relleno del techo. Junto a estos, a conveniente distancia, plantan cuatro más que sostienen a los dos subrellenos. Desde el relleno hasta la palizada lateral, colocan unas gruesas cañas que sirven de tubos, sobre los cuales atan las convenientes varillas de caña más delgadas y sobre estas las hojas de caña muy entrelazadas como para no dejar pasar la mínima gota de lluvia. La simetría de todas sus partes, la justa proporción del largo con el ancho y el bonito entrelazado de las hojas del agudo techo, le da a la construcción un aspecto ligero y elegante, como para avergonzar no solamente las chozas de los cristianos de la Sierra de estos pueblos, sino también a muchas casuchas de nuestros civilizados europeos. Dichas casas, que pueden llamarse grandes cobertizos cerrados, tienen un largo de quince a veinticinco metros y más, según las necesidades de los inquilinos; su ancho es de ocho a quince metros. Siempre tienen dos puertas, puestas en los dos vértices de la elipse: por una entran las mujeres y los niños, por la otra los hombres. Normalmente, la mitad del área interna es ocupada por éstos y, la otra mitad, por ellas.

Pankeri se explaya, luego, describiendo minuciosamente las camas de los hombres y las mujeres, los sencillos trajes que

visten los shuar, los diferentes enseres y los utensilios que se hallan en la casa. Citamos aquí una breve muestra de todo esto:

Colgados en la pared de la casa están siempre uno o más “tunduli”, que son troncos de árbol cavados en el interior con tres o cuatro huecos. Son como grandes cajas de resonancia, que las golpean para hacerse escuchar también a gran distancia, en ocasión de fiestas o guerras. Del número de los golpes y la forma de golpear, ellos se entienden perfectamente y se reúnen para defenderse o celebrar la fiesta, etc. Cerca de la cama de los hombres, en casi todas las casas, están también colgados uno o más fusiles que ellos usan para la caza y muy rara vez como arma defensiva u ofensiva. El arma más común también para cazar es la “bodoquera”, como la llaman aquí. Es una larga cerbatana con hoyo pequeño, pero rectísimo. Las relativas flechas consisten en una astilla puntuda, de leño duro, con un buen palmo de largo. En la parte superior, envuelven un poco de algodón finísimo que pueda mantener el aliento. La ponen en el hueco de la bodoquera y con un gran soplo la empujan duro contra el objeto que quieren afectar. Y son tan hábiles, que en esta forma matan también animales de todo tamaño, desde el colibrí, hasta el oso y el jaguar, que en estos lugares lo llaman tigre.

Luego se detiene hablando de la religiosidad primitiva de los shuar:

De lo que pude ver y entender mediante muchas preguntas en esta excursión nuestra, se arguye que los jíbaros no tienen una religión con sacrificios, etc., pero es también falso afirmar que ellos estén totalmente privados de esto. Casi todos saben que existe un Dios bueno, que premiará a los buenos y castigará a los malos. Pero esta idea de Dios parece que es muy oscura y extravagante. Pero todos creen que el alma humana (que por supuesto no saben definir qué es), no muere con el cuerpo, sino que si fue buena, irá con Dios a disfrutar delicias, materiales, por supuesto y, si fue mala, será presa del Iguanchi, que significa espíritu malo. Pero algunos creen que el alma de los buenos va a habitar en el

cuerpo de aves bellísimas y que la de los malos, va al cuerpo de algún reptil repulsivo...

Muchos, antes de acostarse, salen de sus puertas, rezan una oración y luego soplan en el aire por algunos minutos. Habiéndole preguntado a un anciano jibaro, qué significaban esa oración y aquellos soplos, me contestó que la oración era dirigida a Taita Dios, que significa Padre Dios, para que mantuviera alejada la muerte y, asimismo, con el soplo pretendían mandar lejos la muerte y al Iguanchi...

“Los jíbaros mantienen la bárbara costumbre de cortar la cabeza de algún enemigo suyo, extraer los huesos y luego curtir la piel como para hacer una momia y conservarla como trofeo”. –Esta cabeza curtida y achicada se llama tsantsa, en el lenguaje jibaro.

De esta descripción de los shuar se comprende que nuestro coadjutor, ya desde el primer encuentro con ellos, empezó a estimarlos y amarlos; además, a considerarlos de forma diferente de como los había pensado antes, sin los prejuicios o miedos que se le habían metido en su imaginación después de leer libros y documentos que había podido consultar en Quito.

Pankeri, en su larga carta, alude también a los “pérfidos maestros”, que investigaban si los shuar eran de “conformación de animal”, casi con idea de excluir que ellos tuviesen la dignidad de los hombres occidentales. Por supuesto, les condena a estos con extrema decisión y recomienda a los alumnos de Faenza, que jamás se dejen influenciar por tales teorías.

Después de este primer viaje hasta el Bomboiza, Pankeri organizó una segunda expedición en la parte inferior del río Bomboiza, llegando hasta el punto en que este se une con el río Zamora.³⁴ La expedición estaba formada por Pankeri, el señor

34 Itinerario recorrido: Gualaquiza – Bomboiza – confluencia del Bomboiza con el río Zamora.

Vega, cierto señor Ávila y otro joven de Gualaquiza. El P. Spinelli, en cambio, se quedó en Gualaquiza, porque el trayecto previsto era pésimo. Partieron a caballo desde Gualaquiza, pero tuvieron muy pronto que bajar del caballo y continuar a pie en lo tupido de la selva. El mismo día llegaron a las orillas del río Bomboiza, lo cruzaron en las canoas y, no pudiendo proseguir en canoas a causa de los rápidos, volvieron a la orilla izquierda del Bomboiza que –como observa Pankeri–, era más grande que el Po. Sin perder de vista las orillas del Bomboiza, continuaron a pie hasta su confluencia con el río Zamora, cuyo tamaño es más o menos el doble del Bomboiza.

Pasaron la noche en las orillas y encendieron un gran fuego para defenderse de los animales feroces. Se quedaron siempre alerta, temiendo sufrir el asalto de los salvajes de las tribus de Zamora. Ese día se alimentaron con un poco de yuca y una lata de sardinas, que tuvo que bastar para siete personas.

Por suerte, ni esa noche ni la siguiente llovió. Pankeri explica que el propósito de la expedición era

... ver si el Zamora era navegable, más allá del punto de unión con el Bomboiza –y concluyó–, que no es navegable en absoluto, porque baja rapidísimo y espantoso –asimismo agrega–, pude también ver que dicha unión se da en un valle estrechísimo y profundo; además, más allá se levanta una montaña muy ancha y muy alta, que hasta ahora los geógrafos ecuatorianos siempre marcaron en este lugar como una gran llanura. Mi exploración en esos lugares había terminado y, por tanto, convenía pensar en el regreso.

Pankeri había descubierto, en esa ocasión, que al otro lado del río Zamora existía otra cordillera en vez de una llanura, como los geógrafos de entonces, entre estos Teodoro Wolf, opinaban. Al día siguiente, empezaron a caminar nuevamente hacia Gualaquiza. Agotados, después de haber recorrido por un trecho el

río en canoa, llegaron a una casa de shuar, donde les repusieron sus fuerzas con carne de caza, fruta y chicha. De hecho, los shuar son muy hospitalarios y cuando viajan, pensando hallar en su camino algunas casas de sus coterráneos, jamás llevan consigo ninguna comida. Luego, volvieron a su casa salesiana de Gualaquiza.

Finalmente, volvieron a la misión de Cuenca, acompañados por tres shuar, que eran observados con mucha curiosidad y alguna vez con no poco temor. Así se concluían las dos primeras breves exploraciones del amplio territorio, perteneciente al Vicariato de Méndez y Gualaquiza (Guerriero y Creamer, 1997).

2.2.1. Ulterior viaje exploratorio al Oriente³⁵

Desde Cuenca, según lo que es posible reconstruir, Pankeri, nuevamente viajó a Gualaquiza con el P. Mattana, que llegaba de Quito y tenía el cargo de fundar oficialmente la misión de Gualaquiza. Estaban también el P. Spinelli, otro hermano religioso, cierto Jurado, y tres artesanos que debían ocuparse de los laboratorios previstos. Partían de Cuenca el 26 de marzo de 1894 y llegaron algunos días después a Gualaquiza. Pankeri, había iniciado de inmediato los trabajos de construcción de la misión, pero poco tiempo después recibía una carta del P. Luigi Calcagno, inspector, que acababa de ser constituido (el P. Calcagno, primer Inspector de Quito, fue nombrado en 1894, pero tuvo que abandonar Quito en 1896, a causa de la persecución).

35 Itinerario recorrido: Gualaquiza – rumbo al sur – Bomboiza/Zamora – rumbo norte – Valle del Zamora – Proveduría – Valle del Zamora – cruce del río Calaglas – Indanza – retorno a través de las montañas, rebasando tres cumbres más arriba de 3000 m bajada al río Culebrilla y a Gualaceo – llegada a Cuenca a caballo.

En la citada carta, el P. Calcagno, que anteriormente había impedido que Pankeri y otros salesianos corrieran el peligro de meterse en las selvas más allá de Gualaquiza, le invitaba en cambio a nuestro coadjutor, a explorar las selvas al sureste de Gualaquiza, para poder completar el mapa de aquellas tierras desconocidas y presentarlo al Congreso que se realizaría en Quito, en mayo siguiente. Era la semana de Pascua y Pankeri quiso postergar el viaje hasta el lunes siguiente, por cuanto todos los shuar estaban temerosos, por una gran fiesta que debía hacerse durante la Semana Santa: se trataba de la fiesta de la tsantsa³⁶, o mejor dicho, sería mejor definirla como la orgía de la tsantsa. En el origen de la fiesta había un hecho acaecido el mes anterior: una pobre india de Zamora, había sido asesinada por los shuar de Gualaquiza, para vengar una antigua ofensa sufrida, muchos años antes, por parte de un pariente de la mujer. La fiesta duraría cinco días y, sin duda, Pankeri no hubiera hallado a ningún jíbaro dispuesto a acompañarlo en la misión.

Pankeri tuvo que partir el lunes 26 de marzo de 1894, como lo narra en una carta enviada al Superior General. Se despedía del Superior de la casa de Gualaquiza, dirigiéndose hacia el sur. No era acompañado por hermanos religiosos, sino solo por dos "cargadores" (portadores); estaba triste, porque debía enfrentar el viaje sin el consuelo de algún hermano religioso, pero nuevamente tomó valor porque Nuninga y otro jíbaro lo acompañarían hasta Santiago de Méndez.

Pasaron la primera noche en la casa de Nuninga. Luego emprendieron viaje hacia el río Bomboiza. Pankeri, llevaba su pesada mochila que contenía, entre otras cosas, el teodolito, la carabina, el cuchillo, algunas prendas de vestir para cambiarse.

36 Pankeri, en sus escritos, no usa el término tsantsa, sino que usa una dicción diferente, o sea "shanza", adoptada también por el Boletín Salesiano de la época.

La mochila pesaba más o menos 35 libras (aproximadamente 16 kilos).

Cuando llegaron a la confluencia del Bomboiza con el Zamora, se dirigieron al norte, hacia Santiago de Méndez, explorando selvas, montañas y regiones totalmente desconocidas para los blancos y descritas, solo porque así lo habían escuchado, por Villavicencio, Wolf y otros geógrafos. En ese punto, el Zamora estaba encauzado en un estrecho y profundo lecho; el sendero era angosto y resbaloso. Hasta Proveduría, existía un camino, pero más allá no existía ni siquiera una huella de camino, y sin los shuar, Pankeri sin duda se hubiera perdido en aquel "labyrintho vegetal". Pasaron la segunda noche metidos en un "rancho (algunos palos parados oblicuamente, sobre los cuales se arriman algunos puñados de hojas de caña, colocados como tejas, para protegerse de las lluvias muy frecuentes)", —preparado por los shuar para ampararse durante sus viajes en la selva. Un fuego fue mantenido encendido toda la noche para alejar a las fieras.

Al día siguiente, recorrieron el valle del Zamora, que seguía encauzado en un profundo barranco. Siempre estaban empapados de sudor, a causa de las altas temperaturas y la gran humedad de la selva ecuatorial; para quitarse la sed, bebían el agua límpida de los riachuelos. Después de otra noche pasada en un rancho, prosiguieron y al tercer día, tuvieron la mala suerte de toparse en una fuerte lluvia, que creó grandes dificultades, sobre todo a la hora de cruzar el río Calaglas, afluente izquierdo del Zamora. En el recorrido no encontraron ninguna clase de casa y tuvieron que pasar la noche en plena selva. La mañana del cuarto día, se hallaron en un horrible barranco, en cuyo fondo saltaban las espumas de un gran río, lo cruzaron y, llegando a la orilla izquierda, Nuninga quería regresar, recordó que se hallaban bastante cerca de la casa de un pariente de Sancima, enemigo suyo, porque su padre había matado al hermano del

padre de Sancima. Por eso Nuninga volvió a casa con su hijo y dejó a Pankeri confiado a los otros dos shuar.

Pankeri, por tanto, tuvo que continuar el viaje en compañía de esos desconocidos, que iban a Méndez. Tenían también escasez de víveres y estaban a dos días de camino de la casa de Sancima y la caza no era abundante, aunque no faltaban gallinas silvestres y especies de cerdos salvajes (jabalíes). Los perros que acompañaban a la expedición descubrieron una manada de dichos jabalíes, que eran conocidos por su peligrosidad. Pankeri y los compañeros los hicieron huir disparando algunos tiros, mientras que un perro, logró agarrar a un cachorro. Él lo terminó de matar, metiéndole su cuchillo de caza en el cuello. Así, ese día pudieron alimentarse de carne fresca.

Al día siguiente, llegaron a la casa del capitán Sancima, quien los restauró con chicha, yuca, plátano y otros alimentos. Sancima, vivía con dos esposas y otros familiares, en una casa que hospedaba a unas cuarenta personas. Él les demostró tener un corazón generoso y se declaró listo a acoger a los misioneros si algún día llegaban hasta allá, porque, decía, "saben muchas cosas y nos regalan muchas cosas". Prometió también defenderlos y ayudarlos en el caso en que se decidieran a asentarse en su territorio.

Con dos shuar encontrados en ese lugar, Pankeri fue pródigo en regalos: les donó su cuchillo de caza, una camisa y algunas otras cositas. Pankeri, después de haber descansado y comido, empezó la catequización, enseñando a los shuar la señal de la cruz y bautizó también a algunos niños. Los adultos, le dijeron, estaban casi todos bautizados por algún cristiano que había pasado por ahí, proveniente de Gualaquiza. Pankeri, constataba de nuevo que los shuar eran gente sencilla, no corrompida por la malicia y los malos ejemplos de otros cristianos. Se interesaron mucho en todas las cosas de los blancos, sobre

todo el teodolito que Pankeri siempre tenía consigo, la brújula, el reloj y el crucifijo que llevaba colgado en el pecho.

Después de un día de descanso en la casa del hospitalario Sancima, empezaron su viaje de nuevo, siempre hacia el norte. Llegaron al río Indanza, afluente izquierdo del Zamora y la jibará homónima. Indanza está rodeada por colinas y pequeñas montañas que no rebasan los 1500 metros y son –observaba Pankeri–, mucho más adecuadas para una colonización, que el valle del Zamora, ya recorrido. El día 4 de ese mes, llegaron a la casita de un sobrino de Tucupi, uno de los jefes que tenía autoridad en Indanza. Allá también fueron acogidos y alimentados según las costumbres de los shuar (chicha, fuego y comida). Aquí Pankeri pudo hacer algunas importantes observaciones geográficas (longitud y latitud) y meteorológicas, además de altimétricas. Constató que el clima era adecuado para una eventual colonización, que los shuar estaban bien dispuestos a acoger a la gente de Gualaceo, que vivía al otro lado de la Cordillera Real (especialmente, al señor Manuel Dávila, que pensaba llegar allá, para instalar algunas haciendas agrícolas). Observó que los ríos que bajaban de Sigsig, tenían mucho oro. Halló una piedra de moler abandonada y como los shuar no usaban tales piedras y no practicaban la técnica de molido, supuso que la piedra había sido llevada allá por los incas o los españoles, que se habían aventurado en aquellos lugares en los siglos pasados, en busca de oro. Tal hipótesis fue más tarde confirmada. Pero la conclusión más importante que él hace en este punto de la narración, es la siguiente:

Una colonización del Indanza... es muy oportuna, tanto en el aspecto vegetal o sea agrícola, como minero. Pero hay más: las observaciones geográficas me dieron como resultado, que, la región caliente en este lado, es sin duda una de las más cercanas a los pueblos civilizados de la Sierra. De la cumbre de la cordillera al pueblo del que hablo, no hay más de diez leguas en línea recta

y, por tanto, si se trazara un camino de herradura –aludiendo al transporte de mulas–; en dos días se iría cómodamente de Gualaceo a Indanza³⁷.

Y aquí se tuviera una gran ventaja de no cruzar ningún río que pueda llamarse tal, sino tan solo algunas “quebradas” (valles poco profundos, recorridos por riachuelos), de poca importancia. Pero para poder hacer esto, no convendría en absoluto seguir el “corte” (abertura hecha en los bosques), ligeramente trazado por el ya nombrado señor Dávila (que ya había ido a visitar a Tucupí), sino bajar faldeando (flanqueando) la cordillera que separa el Indanza del Ingnanza³⁸, siempre hacia el Oriente, casi perfecta. En tal rumbo, se lograría sin duda el camino más corto que lleva al Oriente, porque no se debería hacer sino poquísimas y poco importantes curvas; es casi una línea recta la que va de Gualaceo a Indanza...

La parte más alta de dicho camino la encontré a 3500 metros...

Si esta carta mía será expuesta al público, alguien sin duda dirá: «Los salesianos debían seguramente tener algún importante interés sobre dicho camino, ya que lo alaban tanto». A eso contestó diciendo que es nuestro interés y, por tanto, el de la República; pues nosotros trabajamos por el bien de esta y digo que se haga lo más pronto posible el camino de Gualaquiza, donde estamos edificando la casa, por el bien de la juventud de aquella región, tanto de los blancos como de los salvajes. El camino de Gualaceo es también el camino más corto para llegar al lugar donde el Santiago empieza a ser navegable...

37 En Indanza los salesianos se establecieron y fundaron una misión en 1915. Fue Mons. Costamagna quien envió al P. Albino del Curto, él también gran explorador de las regiones amazónicas, a fundar la misión junto con el P. Giovanni Bonicatti. (Zucchetti, N. d. trad.).

38 En los mapas no ha sido posible detectar la zona denominada “Ingnanza”, pero Pancheri alude a la misma en varios puntos. Se trata en todo caso de una región cerca de Indanza, de la cual está separada por una cadena de montañas. Pudiera ser identificada en la zona al norte de Indanza, recorrida por el río Yungansa.

Se me refirió también que algunos están haciendo excursiones al Inganza, habiendo partido del pueblo de Pan. Yo no llegué hasta allá... El que esté interesado sabrá dar la oportuna descripción de esto y el supremo Gobierno pensará seguramente, elegir el más conveniente, para ayudar por uno o por otro. Dos caminos en posiciones más cercanas uno de otro, parecerían superfluos. Pero uno sería sumamente útil, no solo para el cantón de Gualaceo, sino para toda la República (d. 36).³⁹

Pankeri, observa también que la fundación de una casa salesiana en Indanza, sería sumamente oportuna porque, un poco más abajo, el río Santiago empieza a ser navegable y así habría una fácil vía de comunicación con el Marañón y, por consiguiente, con el Atlántico. Además, una casa salesiana en Indanza, sería como una estación para el que viaja de Gualaquiza a Méndez. Finalmente, asevera que varias personas de Gualaceo están formando una sociedad para construir una carretera hasta Indanza, para luego fundar varias haciendas agrícolas, por lo cual Indanza pudiera resultar un centro como Gualaquiza.

Tucupi, confesó a nuestro coadjutor, que allá la gente estaba muy interesada en la instalación de los padres salesianos "para aprender las cosas que saben los blancos" y para conocer a "Taita Dios" (Dios Padre) y vivir como buenos shuar y "moriendo", "andando con Taita Dios". Oyendo tal cosa, Pankeri emprendió aquí también las primeras sencillas obras de evangelización y escolarización (contar hasta diez, enseñar las vocales para aprender la lectura). Tuvo gran éxito y atención. Encontró a los "shuar más razonables y mejor inclinados al bien que en todos los otros lugares".

39 Solo muchos años más tarde, por el año 1927, será construido un camino de herradura El Pan-Méndez, concedida por el P. Carlos Crespi y ayudada en su avance, sobre todo, por el P. Albino del Curto. El puente Guayaquil sobre el río Paute, planeado y construido por Pankeri, hacía parte de este proyecto de viabilidad.

Luego preguntó si los shuar querían acompañarle hasta el Pongo, pero se rehusaron porque todos tenían mucho miedo de los Patucuma.

...tribu jibara residente al oeste del Pongo, la cual es considerada la más feroz población de esos lugares. La causa de su presente ferocidad, son los blancos, que desde hace algunos años se asentaron en el alto Marañón, en Iquitos, en Borja, etc. Esos famosos liberales de esa zona, no pudiendo tener gente a su gusto para cultivar sus plantaciones, recorrieron con lanchas los ríos navegables de esas bajas regiones, robando, como feroces piratas, a hombres y mujeres, adecuados para el trabajo; y, encadenados, los llevaban a sus haciendas: todo eso en nombre del progreso, es decir, para poder con el sudor y la sangre de los esclavos, hacer progresar sus plantaciones en el Marañón. Y no solo en el nombre del progreso, sino calladamente protegidos por ciertos gobiernos masónicos, dirigidos por esos que nunca terminan de llamarse filántropos y que nuestros hermanos de Guayaquil, llaman verdaderos regeneradores y civilizadores de los pueblos; mientras que cubren de insultos a los misioneros que se atreven a alzar la voz, contra un tan bárbaro comercio...

Viendo que con los jibaros no podían ganar nada, se aproximaron a los Patucuma y propusieron darles varias armas de fuego, como Remington y otras, incluso recién inventadas y también muchas cápsulas, para que supieran proporcionarles los esclavos adecuados para el trabajo.

Esos feroces salvajes... no se hicieron repetir tal cosa: corrieron detrás de los jibaros de Santiago, matando a los que intentaban defenderse y arrastraban como esclavos a todos los demás que encontraban, después de haber quemado sus casas... Desde ese momento, los Patucuma siembran el terror en las jibarias que rodean el Pongo.

Las atrocidades realizadas por los Patucuma y contadas por los misioneros y los shuar de Indanza a Pankeri, impresio-

naron mucho a nuestro coadjutor, pero no lo intimidaron y, al contrario, le hicieron expresar el siguiente propósito:

Lo más tarde, el próximo verano, tengo intención de intentarlo de nuevo; iré con mayores ayudas; tanto si los jíbaros me quieren acompañar, como si no, yo bajaré al Pongo para investigar la mejor forma de luchar contra el demonio y completar el mapa del Santiago, cosa que esta vez no pude hacer.

La presencia de los Patucuma en las selvas del Pongo y el aproximarse la estación de las lluvias, que hacían los ríos intransitables y peligrosos, obligaron a Pankeri a no continuar. Por tanto halló conveniente, para su retorno, recorrer la sierra (la montaña), en vez de las orillas peligrosas del río Zamora, pensando que los de Gualaceo, que habían llegado algún tiempo antes hasta ese lugar, habían trazado un camino; pero Pankeri se equivocaba. El retorno por la sierra fue también muy sufrido y peligroso.

Habiéndose terminado varios días antes los víveres llevados desde Gualaquiza, pidió ayuda a Tucupí: este mató enseguida un cerdo y lo entregó a Pankeri y a sus compañeros shuar, que lo prepararon para el viaje, junto con bananas y yuca. Partieron luego acompañados por Tucurí y un sobrino suyo, desde la vecina jibaría de Méndez, donde Pankeri pasará los últimos veinte años de su vida. Luego se separaron de Tucupí y, armados de hacha, machete y cuchillos, bajaron por el valle del Indanza, cruzaron el río y continuaron el viaje "al revés del Indanza". Hallaron huellas del sendero abierto por el señor Dávila, de Gualaceo. Subieron por una empinada vertiente y llegaron a la cumbre de la montaña, a las dos de la tarde. Además de las empinadas cuestas, hallaron peñascos en pico y no tenían medios para poderlos rebasar. Pankeri estuvo a punto de volver a Gualaquiza, pasando por Indanza, es decir, haciendo el camino contrario que hiciera a la ida. Pero los cargadores quisieron continuar y Pankeri se dejó persuadir. Cuando anocheció,

pasaron la noche bajo la lluvia en una pequeña carpa (eran seis personas), medio sentados uno contra otro. El día siguiente, el tiempo mejoró.

Los shuar, para cruzar las peligrosas rocas que tenían por encima, prepararon rápidamente una escalera de ramas y lianas. Después de haber pasado las rocas, no sin grave peligro de caer, el camino se hacía menos peligroso y los shuar decidieron despedirse de Pankeri, quien al día siguiente con otros shuar, llegó a la cumbre de la montaña, que separa la vertiente del Indanza de la del Inganza, a una altura de cerca de 3000 metros (*cfr. infra*. Nota 37).

En el páramo, encendieron un gran fuego para secar la ropa y calentarse. Pasaron la noche de nuevo bajo una carpa. Bajando al día siguiente por la vertiente opuesta de la montaña y siguiendo el sendero de Dávila, cruzaron un río que era afluente del Indanza, situado 800 metros más abajo del lugar donde habían pasado la noche. Pero el trazado del sendero desaparecía y se hallaron una vez más rodeados por peñascos y bosques muy tupidos. Temían que el río tuviera creciente de un momento a otro por las lluvias. Anocheció y estaban consternados, pero por suerte, al día siguiente hallaron señales del paso del hombre y un “rancho”, donde los de Gualaceo debían haber dormido.

Por fin hallaron también la “tan deseada huella, la cual subía casi verticalmente por una cuesta empinada y despeñada”. Y allá bajaron y volvieron a subir, para luego pasar la noche en el frío y la humedad, sin poder siquiera cerrar los ojos. Además, estaban muy preocupados porque no sabían qué les esperaba al día siguiente. Caminando bajo la lluvia tuvieron que seguir, calados de pies a cabeza y, por la noche, plantaron la tienda cerca del páramo: estaban a cerca de 3250 metros de altura. A causa de la lluvia y del extremado cansancio, quedaron allí, también al día siguiente cazando una “pava” y uno que

otro pequeño pájaro, pero era muy poco para tres personas. Al otro día, decidieron ponerse de nuevo en camino, el paisaje era bellissimo, lleno de aguas, cascadas, árboles y arbustos, pero, dice Pankeri:

Nosotros teníamos deseos muy diferentes de la gana de admirar aquellas encantadoras bellezas naturales; nos importaba salir de esos laberintos de cañas, hierbas malas y bosques, los cuales a pesar de no ser allá muy altos en cuanto a su porte absoluto, eran otro tanto tupidos y cubiertos de largo y tupidísimo musgo que formaba, para el caminante, otras tantas trampas: muchas veces uno creía poder colocar con seguridad el pie en una aparentemente gruesa rama, casi horizontal, sobresaliente, en cambio no era más que un montón de musgo y otras sustancias vegetales podridas, de manera que se hundía toda la pierna y a veces incluso todo el cuerpo en el antro subyacente, con peligro de romperse los huesos.

Cuando tuve tiempo de observarme un poco a mí mismo, me di cuenta que tenía todas las manos rasguñadas y las piernas des- pellejadas. Y en cuanto a los trajes, tuve mucho trabajo, todas las noches, para intentar mantener unidos esos trozos que caían por todos lados. Y la gente de Gualaceo puede atestiguar que llegué a su pueblo en un estado tal, que parecía un asesino callejero.

En el último día de viaje encontraron por fin un sendero que podía recorrerse y unas señales de pasto. El cielo también se había serenado y pudieron mirar abajo hacia el valle, vislumbrando la Cordillera del Cóndor. Luego volvieron a subir hasta los 3500 metros de altura y bajaron a un bonito valle, donde corría el “pequeño río de Culebrilla”. “Este valle –dice Pankeri–, por su conformación geográfica, recuerda mucho al valle de Culebrilla del Azuay; solo que este es casi 500 metros más alto que el otro”. Encontraron manadas de bueyes con pastores, los que les aseguraron que estaban cerca de Chordeleg. Se consolaron mucho pensando que ya estaban cerca de la zona civilizada. Llegaron durante la noche entre familias cristianas: los dos car-

gadores fueron acogidos en una de las primeras casas y Pankeri continuó para ir donde el párroco, guiado por un muchachito, que lo llevó erróneamente hasta Gualaceo, en lugar de llevarlo a Chordeleg. Llegaron a Gualaceo en el corazón de la noche, a eso de las nueve. El párroco lo acogió y le dio comida. Pankeri, se encontró también con Dávila, quien le refirió a Pankeri noticias sobre el trazado de su sendero: resultaba que era precisamente el que había recorrido con infinitas dificultades nuestro coadjutor. Él le felicitó y se despidió de los dos shuar que lo habían acompañado hasta Gualaceo. El párroco luego hizo ensillar un caballo con la cual, en la tarde del día siguiente (12 de abril de 1894), Pankeri pudo volver a Cuenca.

El 16 de julio de 1894 (d. 37), Pankeri le escribía al Superior de Turín, una segunda larga y erudita carta, para informarle de su viaje, desde el punto de vista geográfico. El célebre naturalista T. Wolf, ya había realizado un importante trabajo sobre la geografía del país, pero en cuanto a las regiones del Oriente, él también cometió errores evidentes, por haber tenido confianza en precedentes relatos geográficos. Pankeri, recuerda que también su trabajo es un esbozo que explora cerca de 400 leguas cuadradas, realizado en tres semanas de trabajo en el campo, mientras que hubieran sido necesarios tres años para completarlo satisfactoriamente. Pankeri añade:

Si Dios quiere, intentaremos perfeccionarlo y completarlo tanto para que pueda ser llamado mapa. Lo que me parece que puedo asegurar es que, las cosas de mayor interés están delineadas con bastante exactitud. En realidad, viendo que el rumbo de varios ríos y varias cadenas de montañas, le resultaron todos totalmente distintos de lo que dicen las geografías conocidas hasta ahora de este país, no podía creer a mis propios ojos, así, solo después de maduras y repetidas observaciones, me vi obligado a trazarlas en la forma que se puede ver en el mapa que adjunto a este escrito, —el mapa del que habla Pancheri no se pudo encontrar—.

Él describe luego la posición geográfica, la hidrografía de la zona, y aquí citamos tan solo algunas informaciones.

La zona interesada se extiende de 80° y 10' hasta 81° y 30', longitud de París. Y desde el paralelo 3° y 10' al 4° y 20', aproximadamente. Al sur está limitada por la Alta Cordillera del Cóndor, que hacia el meridiano 81° vira hacia el norte con un gran arco, obligando al río Zamora a asumir el rumbo septentrional. Al norte y al noroeste, el pueblo del que hablamos, está limitado por la gran cadena de la Cordillera Real.

Pancheri, además, observa que, contrariamente a lo que se creía, en la orilla derecha de la parte inferior del Zamora, no existía una llanura, sino una cadena de montañas bastante altas, que hubieran debido ser la continuación de la Cordillera del Cóndor. Y en esto, así como en la descripción del rumbo de los ríos, Pancheri, hace una importante contribución al conocimiento de la geografía del Oriente ecuatoriano:

Estando en el cañón de Maila, cerca del monte del mismo nombre, se ve mucho más claramente todavía..., que al oriente de la región ondulada de Indanza e Ingnanza, al otro lado del Zamora, se eleva una cadena de montañas formidable que viene del sur y que, hacia el norte, se extiende más allá del límite visual, manteniendo el mismo rumbo... Lo que ahora puedo confirmar es que la región plana de aquel lado, no comienza tan pronto como lo creyeron los geógrafos hasta la fecha; y que al otro lado de la región caliente del Zamora inferior, se elevan cadenas de montañas muy altas. Asimismo, me parece que no se pueda dudar en absoluto que dichas cadenas sean continuación de la Cordillera del Cóndor.⁴⁰

40 La parte de la Cordillera del Cóndor, que se extiende al este del río Zamora, tiene algunas cumbres que llegan a alturas bastante elevadas, entre los 2300 y 2900 metros.

Luego describe el curso inferior del río Zamora, desde la confluencia del Bomboiza hacia abajo, zona inexplorada hasta entonces. “No será algo infalible, sino un esbozo”, dice Pankeri. Con la ayuda de la brújula, el barómetro y el teodolito –cuyo uso le era a menudo impedido por el mal tiempo–, él señaló someramente el recorrido del Zamora y los ríos de aquella región.

Hasta entonces se pensaba que el Zamora, después de haber captado al río Bomboiza, viraba al sureste y que, por tanto, después de haber aumentado su cauce por el río Paute, procedía hacia el sur y luego otra vez hacia el sureste, para hacer entrar sus aguas al Marañón, cerca del Pongo de Manseriche. En cambio, Pankeri constató que el Zamora, corría hacia el norte, hasta el tercer paralelo, o sea, hasta la latitud de Indanza (cerca de 40 kilómetros más al norte de Bomboiza); lo constató recorriéndolo hasta Indanza y “siempre acompañado por la brújula”. Junto al Maila (montañas del Indanza y el Ingnanza), vio que el río proseguía hacia el norte y luego viraba hacia el noreste y el este, y pensaba que luego se dirigía hacia el sur, pero esto Pankeri no había podido constatarlo. En realidad, en el recorrido hacia el este, el Zamora se une al río Namangoza y forma el río Santiago.

Dice: “Siempre se consideró confirmado que después de la unión con el Bomboiza, el río Zamora se dirigía hacia el sureste... Entonces, hasta Indanza, estoy seguro que el Zamora va hacia el norte”. En realidad el Zamora prosigue por otros 40-50 kilómetros hacia el norte, después de haber recibido las aguas del río Bomboiza.

Además, estando en las cumbres de los montes del Ingnanza, poco lejos de la cumbre del Maila,⁴¹ pude ver que dicho río iba

41 El Maila: se trata probablemente de las montañas que están marcadas en los actuales mapas del IGM. con el nombre de cerros Maylag.

hacia el norte, doblándose un poquito hacia el oeste y solo un poco más allá, parecía que viraba definitivamente hacia el oriente; y seguramente enseguida después deberá virar hacia el sur. Del curso ulterior del Zamora, de la unión de este con el Indanza, Inganza y el Paute, nada seguro puedo decir, porque los vi tan solo de lejos, desde una altura de 3200 metros.

Pankeri, se había propuesto volver a esa zona en los siguientes meses para controlar el recorrido del río, más allá del punto que él había alcanzado en esta expedición; en realidad no tuvo esta suerte porque, llamado nuevamente a Quito, allá se quedó por largos 32 años.⁴²

Además de describir el recorrido del Zamora, Pankeri, hace una descripción detallada de toda la red hidrográfica de la zona, que él exploró, es decir, la orilla izquierda del Zamora. El relato de 38 páginas, que envió al Superior de Turín, es un trabajo minucioso y detallado que demuestra su capacidad de técnico y geógrafo. Luego, él describe el Vicariato de Méndez y Gualaquiza, confiado a los salesianos, es decir, esa región situada al este de Cuenca, cruzada de sur a norte por el río Zamora y el Paute, cuyas aguas confluyen en el río Santiago y luego en el Marañón. Es un Vicariato que se extiende desde las altas cordilleras del Occidente (el monte Matanga y el Pan de Azúcar son las cumbres más altas), hasta las montañas más allá del río Zamora (continuación de la Cordillera del Cóndor) y las llanuras amazónicas.

Como ya se dijo, el motivo principal de los viajes exploratorios de Pankeri, era prever la civilización y la evangelización de los shuar, ya contactados en la época de los españoles. Des-

42 En todo caso, las exploraciones del Oriente continuarán por obra de otros salesianos, y sobre todo del P. Francisco Mattana, el P. Joaquín Spinelli, el P. Miguel Allioni y el P. Carlos Crespi (Juan Bottasso, 1993).

pués fueron dejados a su suerte porque los antiguos dominadores españoles, con su insaciable avidez del oro (aquella región es rica en oro) se arruinaron a sí mismos y truncaron en su inicio la floreciente obra de los misioneros.

Otros objetivos de las exploraciones de Pankeri, eran los siguientes: el desarrollo de la agricultura de esas regiones y la explotación de las minas de oro (no por parte de depredadores como los dominadores españoles, sino por parte del Gobierno ecuatoriano); la introducción de colonos europeos y especialmente italianos, que hubieran podido ser un ejemplo para los pobladores shuar, en el cultivo de la tierra. Pankeri observaba que los colonos hubieran podido producir lo necesario para la familia, trabajando solo tres horas al día, en vista de la alta fertilidad de aquellos terrenos, y que hubieran luego podido emplear el tiempo restante en el cultivo del café, el cacao, la caña de azúcar, para destinarlos al comercio como fuente de ganancia, para satisfacer aquellas necesidades que rebasaban las de la pura y simple supervivencia. Pero para realizar eso hacían falta las vías de comunicación, no los senderos sumamente peligrosos recorridos por Pankeri. Servían caminos auténticos, en los cuales pudieran transitar al menos las carretas; para eso eran necesarios puentes sobre los ríos y las quebradas. Las vías de comunicación permitirían la penetración de extranjeros, el comercio de los productos locales e incluso la defensa militar en los confines de la nación.

Tal camino, observa Pancheri, sería muy útil no solo para unir toda la jibaría de Méndez, Pongo, Indanza e Ingnanza, sino que sería también el único, necesario si se pensara seriamente en una colonización de esas regiones. [Propone también la carretera que una Gualaceo o Paute a la región del Indanza]. Me parece que no puede hallarse un rumbo más adecuado, que el de trazar el camino de Gualaceo (o del Paute) hacia el Ingnanza y Méndez. En este caso, en tres días (e incluso en menos tiempo), se puede

con facilidad ir desde el civilizado cantón de Gualaceo hasta las orillas de la parte inferior del Morona.

Esta es la razón por la cual, Pankeri intentó un esbozo de un pequeño mapa geográfico del Vicariato de Méndez y previó la construcción de carreteras: para favorecer una justa civilización, el comercio, el establecimiento de misiones y la defensa de los límites de la patria. Solo cerca de treinta años más tarde, Albino del Curto, planeó y realizó, con la ayuda también de Pankeri, el camino Pan-Méndez.

Finalmente, Pankeri describe los factores climáticos: temperatura, precipitaciones, alturas respecto al nivel del mar. Observa que la altura media de las tierras onduladas, va desde los 890 m de Gualaquiza, a los 700-1200 m del Indanza e Inganza. La temperatura media de Gualaquiza está entre los 22-23 °C. Pankeri, supone que la temperatura media del Indanza y el Inganza, donde no pudo tomar las medidas, no sea muy diferente a la de Gualaquiza. Concluye diciendo, que el Vicariato de Méndez y Gualaquiza es una zona favorable para los cultivos de toda clase y la colonización, porque tiene abundante tierra y aguas; además, es inmune a la malaria, por falta de aguas estancadas.

Sobre los viajes exploratorios hechos por Pankeri en el Oriente, entre 1893 y 1894, existen también una larga carta-relato enviada a sus padres y escrita en capítulos, entre octubre y noviembre de 1893 (d. 39), y otra enviada también a sus padres, del 18 de agosto de 1894 (d. 40).

Pankeri entonces, desde Cuenca, después de un período de descanso, vuelve a Gualaquiza.

En octubre de 1894, hubo un hecho grave en la misión de Gualaquiza, estalló una auténtica guerra entre jibarias. Ese octubre se quiso celebrar una segunda fiesta de la tsantsa, de la pobre mujer de la que hablamos más arriba y que había sido

matada por orden del capitán Ramón. La fiesta se preparaba desde hacía algunos meses. El matador, durante el período de preparación, debía abstenerse de las carnes y del alcohol. Se había preparado un tambo (una especie de choza o techumbre cubierta con hojas de palma), lleno de chicha y alimentos y, cuando llegó el día establecido, se dio inicio a la celebración.

Iniciada la fiesta, todos acudieron vestidos de una manera muy particular. Un sacerdote jíbaro ejecutó unos ritos y unos lavados con agua, tabaco macerado y chicha, sobre la tsantsa de la pobre mujer asesinada; luego derramó en la boca del asesino estas tres bebidas, hasta que se las hizo salir por las ternillas. Siguió un discurso del sacerdote para alabar el valor del matador y lanzar insultos contra la tribu de la víctima; luego empezó la parranda que duró cinco días, nada menos.

En esa ocasión un jíbaro salió de la fiesta con una fuerte indigestión que lo llevó a un estado agónico. Entonces llamaron al brujo, que era pariente del capitán Ramón, el cual realizó todos los cuidados y sortilegios posibles, pero no logró curar al enfermo, que murió poco después. Entonces los parientes le atribuyeron al brujo la muerte del hombre y juraron matar al brujo. Para lograr el propósito se aliaron con algunos enemigos declarados de Ramón y en forma particular con un jíbaro de Chuchumbleza y luego se reunieron en la casa del viejo Naranza (que era del partido contrario al de Ramón), para concertar el asalto a la casa de aquel.

La mañana del 10 de diciembre estalló la guerra entre los dos bandos. En la selva se escucharon fuertes y desaforados gritos de salvajes, los niños shuar que estaban en la misión huyeron a la selva, porque habían comprendido la gravedad de la situación. Dos jóvenes salieron muy pronto de la selva llamando a los misioneros. El P. Mattana y Pankeri, acompañados por algunos amigos, fueron corriendo y encontraron en la choza de

Ramón al brujo muerto y Ramón moribundo. El P. Mattana se acercó a Ramón que preguntaba qué sería de él después de la muerte. El P. Mattana le habló de Dios, lo bautizó y Ramón murió sin una palabra de venganza contra sus enemigos. Los parientes pidieron la sepultura cristiana y esta fue la primera que se celebró en Gualaquiza. Los shuar, en efecto, acostumbraban llevar a sus muertos a la selva, colocarlos sentados y amarrados a una especie de taburete, rodearlos con dos palizadas que contenían víveres y chicha; así, lo dejaban descomponerse para ser comido por las hormigas y otros animales.

En diciembre de 1894, sucedió otro hecho grave en la misión de Gualaquiza, que fue narrado por el P. Mattana al Superior de Turín: el 17 de diciembre se desarrolló un incendio en el taller de los herreros, que rápidamente destruyó no solo ese lugar, sino toda la misión, incluyendo los víveres, la farmacia, ropas e instrumentos; quedó tan solo la capilla ilesa (Mattana, 1895).

El señor Guillermo Vega, acogía en su casa a los misioneros hasta la reconstrucción de la misión por parte de los shuar y los cristianos que, encariñados con los misioneros, temían que se fueran. Así pues, muy pronto los misioneros pudieron volver a la misión, reconstruida por completo por la población. Por supuesto, faltaba casi todo el material, que se había perdido y los misioneros pidieron ayuda a la casa central de Turín.

2.3. Exploración zoológica realizada con Enrico Festa. Otros hechos narrados por Festa⁴³

En Cuenca, en octubre de 1895, Pankeri tuvo ocasión de conocer al doctor Enrico Festa, un zoólogo turinés, llegado de Italia en misión científica y huésped de los salesianos. Jacinto acompañó a Festa de Cuenca a Síg sig y luego hasta Gualaquiza.

Partieron el 26 de octubre de 1895. Fueron a Gualaquiza recorriendo un camino más o menos igual al recorrido por Pankeri la primera vez: siguieron por un trecho la orilla del río Machangaza, luego fueron a lo largo de la orilla izquierda del Paute, para llegar al valle de Gualaceo, pequeña ciudad con 3000 habitantes, situada a 2320 metros de altura. En Gualaceo se encontraron con un joven inglés de 17 años, Webster, que aceptó colocarse al servicio de Festa y que los alcanzó en Síg sig, el 7 de noviembre. Después de una noche pasada en Gualaceo, partieron y llegaron a Chordeleg, luego subieron a los altos de Uingasha, pintoresca región de montaña, para luego bajar a Síg sig, una aldea a 2550 metros de altura.

En Síg sig se quedaron más de lo previsto a causa de un accidente: los dos amigos (Pankeri y Festa), que estaban en excursión en una pequeña laguna cercana –Kinghora–, se habían construido una balsa para cazar aves destinadas a la colección del museo de Turín; se habían quitado zapatos y medias y se quemaron las piernas y pies por el sol, lo que les suscitó violen-

43 Itinerario: Cuenca – orilla del río Machangaza – orilla izquierda del Paute – Gualaceo – Chordeleg – altos de Uingasha – Síg sig – Cordillera de Molog – páramo del Matanga – cañón de la Portada – cumbre rocosa del Calvario – tambos de Granadilla – río Blanco – río Tigrepongo – Chiguinda – San José, en el Bomboiza-Gualaquiza. Luego continuaron hacia el sur: cruce del río Chuchumbeza – río Zamora – confluencia del río Negro con el río Zamora.

tísimos dolores de manera que, por algunos días, tuvieron que curarse en Sigsig.

El 10 de noviembre, con cargadores indígenas y dos campesinos del lugar, partieron de Sigsig hacia las selvas del Oriente. Tuvieron que cruzar la cordillera del Molog y llegaron al páramo del Matanga. Después de una tempestad de nieve pudieron cruzar la Portada, cañón que da acceso a la llanura amazónica. De la Portada, bajando por senderos cavados en la roca viva, pudieron rebasar también el llamado Calvario, cumbre rocosa flanqueada por profundos barrancos. Llegaron luego a Tambos de Granadillas, a 1800 m de altura, poblada por cultivadores indios. Entonces bajaron al río Blanco⁴⁴ y al río Tigrepongo. En Chigüinda, a 1750 m, pasaron la noche; luego continuaron el viaje y, pasando por otras aldeas, cruzando ríos y cordilleras, llegaron a San José, en el río Bomboiza. Al final, a Gualaquiza, donde el P. Francisco Mattana los acogió, el 13 de noviembre de 1895.

Entre el 14 de noviembre y el 2 de diciembre, Festa permaneció en la misión salesiana para poner en orden sus colecciones zoológicas. Desgraciadamente la misión, después del incendio del año anterior, no era muy confortable y se llenaba de agua por todos lados, ya que prácticamente era una choza hecha de caña de bambú, con el techo de hojas de palma. Pero ya funcionaba un aserradero hidráulico, armado por el mismo Pankeri.

Festa, se quedó allá por algún tiempo, porque le faltaron los cargadores para continuar su viaje al Pongo. Por otra parte, el P. Mattana no podía confiarle a Pankeri como guía, porque los salesianos se esperaban el día menos pensado ser elimina-

44 El río Blanco, dice Festa, en el valle de Cuchipamba, toma el nombre de río Bomboiza.

dos del Ecuador por el Gobierno masónico: en efecto, los viejos conservadores, mal soportando la reciente derrota electoral, estaban a punto de encender nuevamente la guerra civil. Así lo refiere Festa en su libro *En el Darién y el Ecuador*.

Entre tanto, Jacinto pudo acompañarlo en una breve exploración. Partieron el 2 de diciembre, junto con tres acompañantes y las mulas cargadas de cajas, para colocar allí los animales que Festa recogería para el museo de Turín. Llegaron al Bomboiza y luego de haberlo atravesado se toparon con el jefe jíbaro Naranza. Luego llegaron al río Chuchumbleza, cruzaron a la otra orilla, llegaron al Zamora y navegaron río arriba con las canoas, hasta la confluencia con el río Negro. Por desgracia, ya el 6 de diciembre Pankeri tuvo que dejar a Festa y volver a la misión. Pocos días después tuvo que volver Festa también.

Llegando a Gualaquiza el 19 de diciembre de 1895, Festa halló un poco de confusión, por cuanto había llegado una compañía de soldados, para capturar al general y al coronel conservador Vega, quienes, empero, se habían escondido en la selva. El 31 de diciembre de 1895, llegaba a Gualaquiza, desde Cuenca, el P. Spinelli y le daba a Pankeri la noticia de la muerte de su querida madre María. Además, le llevaba a Pankeri la orden del superior de Quito, el P. Calcagno, debe ir lo más pronto posible a Cuenca, porque en muchas provincias había estallado la revolución. Pankeri y el P. Francesco Mattana, partieron para Cuenca el 2 de enero de 1896, mientras que el P. Joaquín Spinelli se quedaba y le ayudaba a Festa, en la preparación de su nueva expedición al Pongo. Pankeri que pretendía completar la exploración de la zona, hubiera querido acompañar a Festa en el Pongo de Manseriche, en plena Amazonia, hasta el punto donde el río Santiago se unía con el Marañón, pero sus superiores habían dispuesto en forma diferente y Pankeri obedeció.

El siguiente 11 de abril, Festa, después de haber terminado la preparación, volvía a Gualaquiza donde se encontraría con el P. Mattana y el 2 de mayo volvía a partir para otro viaje exploratorio. Allá se enteró de que había estallado la guerra civil en el Azuay y las provincias septentrionales. Los conservadores habían ganado en la provincia de Azuay y Cuenca había caído en sus manos. Festa decidió entonces volver a Cuenca y luego a Quito para pasar a la provincia de Esmeraldas, o bien a Colombia. Llegó a Cuenca el 27 de julio de 1896, se fue al colegio de Todos los Santos, que lo halló deshabitado, porque los salesianos se habían mudado al barrio de Machángara, a la casa del Corazón de María. La ciudad mostraba las señales de la lucha a fuego entre los conservadores y los partidarios de Alfaro, de junio anterior, y Festa anota lo siguiente:

El Gobierno provisional se apoderó del Colegio Todos los Santos e instaló allí un taller de armas. Los jefes de los conservadores, además, obligaron a los mecánicos del Colegio (se trataba del Colegio Salesiano), a reparar las armas dañadas; y esto es grave, porque, en caso de que Alfaro resultara nuevamente vencedor, él y sus partidarios no dejarían de vengarse contra los salesianos.

El 10 de agosto se anunciaba que el general Alfaro, con cuatro mil soldados, estaba a tres días de distancia de Cuenca y que los cuencanos podían contar tan solo con 700 hombres. Los salesianos decidieron ocultarse en una pequeña hacienda, en las montañas.

El 22 de agosto, el ejército de Alfaro atacaba a Cuenca y Festa observaba la batalla desde la casa donde estaba alojado. La batalla continuó el 23 de agosto, cuando Alfaro resultó ganador sobre los cuencanos y se instaló en la ciudad, mientras los conservadores huían de la ciudad. No hubo actos de saqueo, ni siquiera contra los conventos ni contra los salesianos, representados por Luis Valletto. Cuando en los primeros días de diciembre, Festa llegó a Quito, fue a La Tola, la casa de los

salesianos donde se hallaba J. Pankeri, después de la expulsión de los salesianos del Colegio del Protectorado, episodio que veremos más adelante.

[En esos días] –cuenta Festa–, trabajé con el señor Jacinto para redactar un esbozo geográfico de la región del Pongo y Gualaquiza, que yo exploré. Valiéndome de los relieves realizados por el señor Jacinto, durante la excursión que él hizo en la región de Méndez e Indanza, en 1893 y de los esbozos y relieves que yo hice con la ayuda de la brújula, volvimos a trazar un dibujo, el cual daba, en nuestra opinión, una idea bastante exacta del curso de los ríos Paute y Zamora y de sus afluentes.

Con Jacinto Pankeri, Festa, antes de dejar Quito, estuvo también en el valle de Chilla, para cazar aves palustres. Festa, recuerda así la partida de Quito, el 26 de diciembre de 1896, “El señor Norero y el señor Jacinto, cortésmente nos acompañaron por un largo trecho de camino, pero, finalmente, estuvimos obligados a separarnos de ellos, y conmovidos nos despedimos de aquellos excelentes amigos”.

Festa, volvió una vez más a Quito, el 17 de junio de 1897, después de su viaje a Ura, y en La Tola fue recibido “con paterno afecto por el queridísimo señor Jacinto Pankeri”. En esa ocasión llevaba también una osa viva, que “venía a ser el juguete y la admiración de todos los que la veían, y en forma especial por los numerosísimos muchachos, que frecuentaban el oratorio festivo de la Casa Salesiana”.

El 5 de junio de 1898, Festa, partía desde Quito a Chaupi y volvía a Quito el 19 de junio, para volver a viajar el 9 de julio, cuando se aventuraba hacia los manantiales del río Napo. Y cuando volvió a Quito, se encontró una vez más con Jacinto Pankeri, con quien visitaba el observatorio, situado en el noreste de la ciudad. El 14 de agosto de 1897, Festa, dejaba definitivamente Quito para ir a Ambato, pasaba bajo el Chimborazo,

llegando a Guaranda y luego a Guayaquil, el 22 de agosto. Allá organizó algunas exploraciones más, y luego, el 12 de febrero de 1898, dejó definitivamente el Ecuador y llegó a Génova el 3 de marzo de 1898.

2.4. Pankeri, nuevamente en Quito (1896-1908): su rol y sus actividades durante y después de la salida de los Salesianos del Ecuador; la tremenda sentencia de don Borghino

Volvemos ahora a la narración de la vida de nuestro coadjutor, partiendo desde el 31 de diciembre de 1895, cuando llegaba a Gualaquiza el P. Spinelli. Y llevaba a nuestro coadjutor una carta del P. Calcagno, superior de la casa de Quito, esta carta anunciaba a Pankeri, la triste noticia de la muerte de su madre (María Gentilini); además, le ordenaba al P. Francisco Mattana y a Jacinto Pankeri, volver a Cuenca lo más pronto posible.

El P. Mattana y Pankeri, partieron el 2 de enero de 1896 de Gualaquiza, abandonando las escuelas donde enseñaban varios oficios y sus proyectos para el abasto hídrico del poblado. Pankeri, dejaba Gualaquiza, luego de haber acumulado amplios conocimientos sobre la región del Indanza, adquiridos mediante sus viajes de exploración. Gualaquiza se había convertido en una pequeña ciudad en pleno desarrollo para la cual Pankeri, había trazado un mapa de construcción, con amplios espacios, con el fin de favorecer la instalación de las infraestructuras. Había instalado también el primer observatorio meteorológico.

Por suerte, la casa salesiana de Gualaquiza, incluso después de la expulsión de los salesianos del Ecuador, fue la única que no cerró. Y el P. Ángel Lobato, cita la frase del P. Paolo Albera –quien más tarde sería el segundo sucesor de Don Bosco–, en visita al Ecuador: “La casa de misión de Gualaquiza, vale más

que todas las otras del Ecuador. Prefiero cerrar cualquier casa, antes de cerrar esta misión". De hecho, esta pequeña ciudad era la pista de lanzamiento para penetrar en el Oriente desconocido.

Pankeri, llegó a Quito después de una breve estadía en la casa de Riobamba, donde había sido afectado por una fastidiosa fiebre reumática. El 8 de febrero de 1896, le escribía a su hermano Camilo⁴⁵ (d. 42) y le explicaba que le habían vuelto a llamar a Quito por algún tiempo, o sea por algunos meses. De hecho, no podía prever que solo en 1927, después de 32 años, nada menos, volvería entre sus shuar. Siempre en la citada carta al hermano, refiere que desde hacía algunos meses lo asolaba todo la revolución de los liberales, que habían subido al poder. Alude su nostalgia por Gualaquiza y al proyecto de hacer un largo viaje con Festa, en el Marañón. Pero en Quito lo esperaba en cambio un largo y sufrido trabajo para "construir", como lo refiere, "una casa de nuestra propiedad donde refugiarnos, si el Gobierno nos expulsara (lo que es muy probable) de la casa donde vivimos, que es del Gobierno".

En realidad, la casa del Protectorado de Quito, ocupada por los salesianos, pertenecía al Gobierno. Allí los salesianos habían organizado las escuelas y los famosos talleres (mecánica, carpintería, ebanistería, escultura, imprenta, etc.). Con cierta previsión del futuro, en marzo de 1896, el salesiano P. Calcagno, el P. Santinelli y el coadjutor Pankeri, habían comprado, en 8500 suces, al señor Manuel C. Cuvi, una propiedad con una mo-

45 En esa ocasión, Pankeri, escribía también acerca del poder general que le daba al hermano Camilo, para el "asunto de la herencia de la madre, pero también para cualquier acto oficial presente y futuro". Además, ese mismo día, redactaba el testamento, con el cual le dejaba a su hermano su parte de la herencia. Se trataba de muy poco, por ser la familia numerosa: una dehesa en la localidad Sodrum y una zona cultivable en la localidad Coré, que tenían cada cual unos cientos de metros cuadrados (d. 84).

desta casita y una pequeña capilla, dedicada a la Santa Virgen (Lobato, 1997). Esa compra resultaba providencial en ese difícil momento. En efecto, el 23 de agosto del mismo año, todos los que vestían sotana de religioso, serían detectados por la autoridad gubernamental y encaminados al destierro.

Pancheri, el 23 de agosto de 1896, se halló sumergido en la tempestad y vivió como protagonista el evento de la expulsión de los salesianos y de las otras órdenes religiosas del Ecuador. Los acontecimientos que sucedieron en esos días son descritos detalladamente por Pancheri en una carta de 1936, escrita muchos años después en Santiago de Méndez, por orden del Señor Inspector⁴⁶ (d. 113):

Hacia el final del mes de diciembre de 1895, el R. P. Calcagno de venerada memoria, como Inspector de nuestras casas de esta República ecuatoriana, llegó a visitar la casa de Cuenca. Estaba en Gualaquiza: el P. Calcagno, de salud un poco frágil, envió una orden apremiante de que saliéramos hacia Cuenca (el director de Gualaquiza, R. Salesiano Mattana y un servidor). Después de habernos escuchado, etc., etc., nos dijo: «El señor P. Mattana, vuelva a Gualaquiza, pero Pancheri, vuelva conmigo a Quito». Fue para mí una sorpresa porque yo estaba muy contento en Gualaquiza; ... el P. Mattana insistió para que Pancheri volviera a Gualaquiza. El P. Calcagno no se dejó disuadir de la determinación, diciendo: «Ya entró al Ecuador el radicalismo». Nosotros ahora en Quito también vivimos en una casa de propiedad del Gobierno, por lo cual en el momento menos pensado, pueden hacernos salir. Y adiós... salesianos. Decidimos proveernos de una casa propia y Pancheri estará encargado de edificarla... En abril se pudo concluir el contrato de compra del terreno... A la cabeza de Calcagno, Santinelli y Pancheri... Se empezaron pronto los trabajos de construcción, previo el esbozo aprobado por sus Superiores. La dirección fue confiada a su servidor.

46 Ese año era inspector en Quito el P. Pablo Montaldo, que tuvo este encargo desde 1919 a 1938.

A eso de la mitad de mayo, personas amigas de la casa..., avisaron al P. Calcagno que tuviéramos mucho cuidado, porque los radicales estaban tramando la forma de mandarnos fuera del país, rápidamente y por la noche. En tal situación, el Superior me mandó a mí donde el Cónsul alemán, señor Hermann, que estaba encargado también de los negocios italianos, para pedirle que se fuera donde el Jefe Supremo de la República (Dictador), para decirle, en nombre de los salesianos, que si deseaba enviarnos fuera del país, nos diera un término conveniente para arreglar nuestras cosas. La respuesta de Alfaro a dicho Cónsul, fue la siguiente: «Yo nada tengo contra los salesianos. Si ellos conspiran contra mi Gobierno, no les sacaré por la noche, sino de día, para avergonzarlos».

Los salesianos estaban muy preocupados y esperaban que el momento menos pensado, fuesen objeto de algún abuso, incluso luego que hubo desagradables eventos sucedidos a sacerdotes de otras órdenes religiosas.

Era el 23 de agosto (1896). Estábamos conversando familiarmente sobre los asuntos políticos que nos rodeaban. Eran más o menos las 9 de la noche y el P. Calcagno, me dijo: «¿Qué hace, que no se marcha usted a su residencia de La Tola?» –Así se llamaba y se sigue llamando, aún ahora, dicha propiedad–. Yo iba para allá todos los días para dirigir los trabajos de construcción. Le contesté: «No sé cuál presentimiento me sugiere que no me ponga en marcha...». Y él: «¡No sea supersticioso, vaya!». Después de ese momento ya no vi a dicho (y amadísimo por mí), Superior salesiano, Luis Calcagno.

Luego Pankeri se fue a La Tola. Se acostó pero no era capaz de dormir. De hecho, hacia las 23:30 oyó un ruido en la verja y miró afuera. A la luz de la luna llena vio a ocho soldados armados, que pedían entrar para hacer inspecciones en nombre del Gobierno Supremo. Pankeri, quería ver la orden escrita, la cual empero no existía y los soldados sostenían que habían recibido únicamente una orden verbal. Se hizo entrar a los soldados y ellos no encontraron nada especial. Buscaban sacerdo-

tes con sotana. Se marcharon. Jacinto, sin poder dormir, quedó allá y hacia las 3:00 de la madrugada volvió al protectorado, donde halló un "cuerpo de guardias de vigilancia", que le impedía el paso.

En todo caso, pudo entrar y se encontró con el hermano religioso Morelli (que, por estar vestido de civil, no fue atropellado por los acontecimientos, como los otros sacerdotes y clérigos). Morelli, presa de desesperación y llorando, explicó que los padres habían partido, no se sabía hacia dónde, mas en cambio habían quedado unos cuarenta jóvenes huérfanos, los que no habían podido ir de vacaciones. Pankeri, se dirigió de inmediato a la oficina de Policía. Supo que los salesianos habían partido hacia el norte, al destierro. El coadjutor Jacinto no pudo dejar de exclamar: "¡Raza de asesinos!" y el coronel Wenceslao Ugarte, que les hacía ciertas observaciones, no tuvo el valor de detenerlo y Jacinto aumentó, furioso, la dosis de protestas. Entonces dos soldados lo agarraron, lo introdujeron al palacio y lo metieron en el "calabozo" (una especie de cárcel sumamente estrecha, como un armario, que no le permitía a la persona encerrada ni siquiera sentarse). Narra Pankeri: "Eran más o menos las 3:30. Encerrado en aquel estrecho y oscuro armario, poco a poco me volvió la calma. Comprendí la gravedad de mi desatino; y pidiéndole perdón a Dios, empecé a rezar el rosario".

Finalmente, Pankeri empezó a cansarse por la angustia del calabozo, y con sus gruesos zapatos (que tenían cinco suelas de cuero), empezó a lanzar patadas contra la puerta del calabozo y le gritó a un centinela que se había hecho oír: "Ábrame la puerta, que aquí me estoy asfixiando". "No puedo", contestó el guardia. Entonces Pankeri insistió hasta que, después de una hora de protestas, pudo salir y, a eso de las 8 de la mañana, pudo hablar con uno de los principales empleados de esa oficina y logró obtener nuevamente la libertad. Se fue de nuevo al Protectorado

donde consoló a los huérfanos y los clérigos, que habían sido devueltos allá por la Policía.

Asistió también a la hoguera de papeles, libros y cuadernos de la casa, encendida por la Policía, por orden del superintendente Ignacio Proaño. Tuvo que asistir también al inventario de los bienes de los salesianos, no sin meterse para defender los derechos de los mismos. Entonces Proaño, en su presencia, les hizo a los clérigos la propuesta de pasar al lado del Gobierno para llevar adelante las actividades didácticas. Pero todos, incluso Pankeri, interrogado también en el mismo sentido, contestaron decididamente que no. Proaño volvió a la casa cuatro días después, pero con el mismo resultado y, airado, expulsó a los clérigos salesianos con el puro y único traje que vestían. Ellos se dirigieron a La Tola, donde fueron reconfortados por Pankeri, como por un buen padre. Él se fue también al Obispo, Pedro González Calisto, quien lo acogió como un hermano y lo ayudó.

Ese mismo día, 24 de agosto, Pankeri se iba a caballo a Sangolquí y debía constatar que también en el noviciado de los salesianos había pasado la Policía la misma noche del 23 de agosto y había expulsado, como en Quito, a todos los salesianos. En Sangolquí estaba también Ignacio Proaño que, frente a las quejas de Pankeri por la expulsión de los novicios, le dio la razón a Pankeri, le invitó a comer, le procuró una cabalgadura con la cual pudo volver a Quito. Ignacio Proaño, en el fondo, comprendía las razones de Pankeri, pero estaba obligado a ejecutar las órdenes de los superiores.

Los salesianos no fueron expulsados de todo el país: la Casa Salesiana de Cuenca se salvó de la orden de expulsión por mérito de Virgilio Morla, gobernador del Azuay y muy amigo de los salesianos (Guerriero y Creamer, 1997). Ugarte había decretado la persecución también del convento de los franciscanos de Quito pero, en el momento de realizar su proyecto, se halló

delante del convento a 2000 personas armadas de palas y utensilios y la Policía tuvo que desistir.

Más tarde, en la casa de La Tola, Morelli hacía de cocinero y Pankeri, en la práctica, de Superior. En efecto, ya el 25 de agosto, Pankeri, había recibido de un religioso de las Escuelas Cristianas, un trocito de papel en el cual estaba escrito: "Por temor de la persecución, no disuelvan la comunidad. Usted, J. P., haga de Superior. P. Sant.". Era el mensaje que el P. Santinelli le enviaba a escondidas. Dos días después, Pankeri recibía también una carta del P. Santinelli, en nombre del P. Calcagno, con el siguiente contenido:

"Al queridísimo Pancheri, Morelli y a todos los otros que forman nuestra Congregación religiosa: por temor a la persecución, no abandonen la vida de Comunidad. Vivan siempre unidos como buenos hijos de Don Bosco y María SS. Auxiliadora. Cuando nosotros hayamos llegado a nuestro destino, les llamaremos para que vengan con nosotros y formaremos siempre una familia salesiana. Por ahora, haga de Superior el hermano religioso J. Pancheri. Les bendecimos. Oren por nosotros".

Ciriaco Santinelli
Otavalo, agosto 26, 1896

Después de esta carta, Pankeri, ya no recibió noticias de sus hermanos religiosos hasta el 28 de septiembre, cuando los salesianos desterrados llegaban a Guayaquil. En efecto, ellos habían sido obligados a emprender un largo viaje hacia el norte, para luego virar hacia Esmeraldas; luego habían sido transportados hacia Guayaquil; más tarde a Perú y Chile. El P. Calcagno, que tenía la salud frágil, moría a causa de las incomodidades sufridas, a los 41 años. Todos los acontecimientos de los desterrados están descritos detalladamente en el libro *"Cuando el premio es el destierro"* (Juan Bottasso, 1994).

Llegado a Guayaquil, el P. Calcagno se presentó a Alfaro, pidiendo nuevamente explicaciones acerca de lo que estaba sucediendo y Alfaro le dio, para que leyera, un documento con las acusaciones hechas a los salesianos. Calcagno, después de haber leído el documento, declaró que todo era falso. En realidad, los liberales, para probar que los salesianos fomentaban una revolución oculta contra el Gobierno de Alfaro, habían enviado a diez hombres "revolucionarios" y armados, a un bar frente al Protectorado, con la orden de fingir estar comprometidos en la revolución contra Alfaro y esperar órdenes de los salesianos. Resultó luego que estos diez hombres eran diez soldados, enviados como falsos revolucionarios.

Ellos fueron obligados a jurar algo falso para dar credibilidad a esta mascarada. Sin embargo, las listas de acusaciones contenían tantas y tales contradicciones, que bastaba que los salesianos hubiesen podido defenderse, para demoler por completo el conjunto de acusaciones. Pero, en cambio ellos habían sido exiliados por la noche, sin posibilidad de protestar o apelar a algún abogado que los defendiera. Entre tanto, los novicios, no aceptando las propuestas del Gobierno, alcanzaron al P. Calcagno en Guayaquil, para ir ellos también, algunos a Perú y otros a Chile.

Mucho más tarde, uno de los falsos soldados revolucionarios implicado en el asunto y presa de gran remordimiento, fue un día a la Casa Salesiana para referirle al P. Rocca, cómo había sido el asunto. El pobrecillo le pidió perdón al Superior, quien lo perdonó y lo mandó en paz.

En una sucesiva carta que el P. Calcagno le enviaba a Pancheri, desde Guayaquil, le recomendaba nuevamente que no disolviera la comunidad y le concedía a Pancheri "un poder general judicial para readquirir nuestras cosas y llevarlas a La Tola"; además, le recomendaba "continuar las obras de construcción

de la Casa de La Tola” y decía que debía “hacer todo lo posible para obtener ayuda de algún rico señor de Quito, como Jijón o Gangotena”.

Las palabras del P. Calcagno que acabamos de citar, fueron tomadas por Pankeri, como una orden y determinaron los eventos siguientes de su vida con enormes sufrimientos morales. Pero Pankeri, hombre fuerte, enérgico, luchador y también hombre de fe, sobrevivió a toda vicisitud. Después del alejamiento de los novicios, Pankeri, quedó solo en La Tola y narra: “La comunidad estaba disuelta: pero, a pesar de eso, como lo vimos más arriba, el P. Calcagno, quería que yo no abandonara Quito: quería que siguiera con las obras de construcción, quería que insistiera ante el Gobierno para tener nuestras cosas”. Él se presentó nada menos que 22 veces en el Palacio de Gobierno por este motivo y siempre fue rechazado. Se dirigió también al cónsul alemán, señor Hermann (Lobato, 1997), que le procuró un encuentro con el general Eloy Alfaro, el cual, empero, sostenía que los salesianos preparaban armas para el partido opositor y Pankeri contestaba a esto que se limitaban únicamente a hacer reparar los fusiles del Gobierno, siendo obligados por este mismo a hacerlo. Se dirigió también al ministro de España, J. Díaz Miranda, encargado de tramitar los asuntos también del reino de Italia, pero sin grandes resultados.

Finalmente, Pankeri insistió una vez más ante el Gobierno, afirmando que “si ellos no quieren atender al encargado de los Salesianos, yo me lavaré las manos respecto de esto: escribiré al Gobierno de Italia... y, que dicho Gobierno haga lo que convenga”. Ante tal amenaza, el Gobierno llamó a Pankeri y estableció un arbitraje. “El litigio duró cuatro años, porque siempre faltaba alguna cláusula a los poderes judiciales. Al final, los dos árbitros emitieron una sentencia contra el Gobierno, el cual, por no poder devolver las cosas de los salesianos, tuvo que pagarles el valor respectivo, calculado en 30 000 sucres”.

Así pues, Pankeri, solo, se las ingenió en todas las formas para ejecutar las órdenes recibidas del P. Calcagno y llevar a término la construcción de La Tola. Fue ayudado también por el Arzobispo y la señora Isabel Palacios, propietaria de una fábrica de tejidos de algodón, el dinero seguía siendo poco para empezar nuevamente las obras de construcción. Pero, a pesar de esto, se reiniciaron el 30 de agosto de 1896, en la fiesta de Santa Rosa de Lima, junto con su hermano religioso Morelli y siete aspirantes novicios. Se reconstruía así una comunidad salesiana, bajo la dirección del mismo Pankeri. Tan solo el 23 de diciembre del mismo año, llegaba a escondidas, desde Riobamba a Quito, el P. Fusarini, como primer director de la casa (Guerriero y Creamer, 1997). Luego volvió de Perú el P. Guido Rocca, quien con el P. Fusarini, fundó el Colegio de Artes y Oficios Don Bosco, que fue inaugurado el 5 de enero de 1900, junto con las escuelas primarias y el oratorio festivo, para los muchachos pobres de la ciudad (Guerriero y Creamer, 1997).⁴⁷ Los trabajos de construcción del conjunto de La Tola continuaban, pero en cierto momento, por falta de dinero, el P. Fusarini, quería mandar a Pankeri, a buscar ayuda a Perú. Pero en aquel preciso momento, ingresaban 5000 sucres a fortalecer los talleres de las obras.

Vamos a continuación a ilustrar detalladamente cómo llegaron estos 5000 sucres, porque los hechos involucrados y consiguientes a este evento, fueron la causa del terrible juicio que afectó a Pankeri en 1908 y que lo excluía de la Familia Salesiana.

47 El P. Guido Rocca, cuando aún estaba en vigencia la prohibición de entrar al Ecuador para todos los salesianos, entró al país como "*attaché commercial*" (agregado comercial, N. del trad.), de la delegación francesa que llegaba para estudiar la industria azucarera. Llegó a Quito el 13 de diciembre de 1899. Fue bajo el P. Rocca que en 1902, con un arbitraje judicial, fue reconocida la inocencia de los Salesianos y se les concedió una compensación económica de 16 000 sucres por los daños sufridos (Guerriero y Creamer, 1997).

Un día se le presentó a Pankeri una excelente oportunidad. Un hombre de negocios de Quito, Sturmann, le ofreció unas maquinarias para la extracción del azúcar de la caña. Sturmann había comprado tales máquinas en un remate público, en ocasión de la “quiebra” del Banco de Quito. Le pidió a Pankeri 5000 sucres por la máquina (su precio, como máquina nueva, llegaba a 40 000 sucres), pero se la dejó en 3000 sucres (d. 113). Pankeri, ofreció enseguida esta máquina a un precio de 8000 sucres, a un rico hacendado, un señor Manuel Jijón Larrea, quien aceptó la oferta con la condición de que Pankeri pusiera a funcionar la máquina en su hacienda de Imbabura. Así, Pankeri, podía destinar los 5000 sucres de ganancia a la continuación de la construcción de La Tola. Pero tuvo que trabajar durante año y medio para armar las maquinarias y realizar la primera prueba de extracción de azúcar, que resultó negativa.

“Jijón quedó sumamente afligido” y ya pensaba recobrar “judicialmente” su dinero de Pankeri. Pero, en aquella época de permanencia en Imbabura, Pankeri tuvo ocasión de conocer de cerca al joven Jacinto, el único hijo de Jijón, y a la madre de Jacinto, Dolores Caamaño (*vid. infra*. Apéndice n.º 2). Jacinto tenía 7 años, era endeble, de salud frágil, demasiado mimado por la madre, que recurría a tratamientos médicos que empeoraban la situación. Un día Pankeri le dijo: “Si usted, señora, me confía a su hijo tan solo por algunas horas al día, le digo que mejorará mucho su salud, sin necesidad de esos remedios de farmacia”. La madre se lo confió; Pankeri, mediante paseos y el contacto con la naturaleza, en dos meses le devolvió a Jacinto casi en perfecta salud. “Estos excelentes resultados le hicieron comprender a Jijón, que yo era más educador, que azucarero”, comenta nuestro salesiano.

Así, la familia Jijón hizo venir un buen técnico azucarero de Guayaquil, que resolvió los problemas del ingenio y Pankeri, pudo atender a la educación de Jacinto. “Tal compromiso”, con-

tinúa Pankeri, "no me impedía cumplir con los deberes religiosos, como todos los salesianos". Él pudo instruir a Jacinto y llevarlo al P. Rocca, para el suministro de los sacramentos de la Confesión y la Eucaristía. El P. Guido Rocca, vuelto clandestinamente de Santiago de Chile, había sustituido al P. Fusarini en la dirección de la casa, el 13 de diciembre de 1899. También las obras de La Tola habían sido recomenzadas y marchaban intensamente, inclusive por mérito de las ayudas de la familia Jijón. Todo parecía proceder bien, tanto para la familia Jijón como para Pankeri y el Superior de La Tola, P. Rocca. En 1901, Jacinto le escribía a su hermano Camilo describiendo esas actividades:

Son tantas y tan variadas mis ocupaciones en este país, que no se pueden enumerar muy rápidamente. Baste decir que actualmente, además de las horas de escuela (de bases de ingeniería), que dicto en el Colegio Don Bosco, en Quito, debo dirigir las obras de construcción en dicho Colegio; un túnel de más de 500 metros para el agua potable para el mismo, una bomba colosal, también para el mismo, la dirección de las obras de la luz eléctrica para la ciudad de Quito; la dirección para los principales trabajos de una fábrica de tejidos de algodón, en Quito; dirección de los trabajos de construcción de una casa particular, en Quito; instalación de una sierra hidráulica cerca de Quito; instalación de un molino de cilindro, de tipo americano, también cerca de Quito; los diseños de la iglesia principal, que se edificará en Ambato; otra, en Lasignilí, y de la nuestra de Riobamba; diseños de un futuro colegio nuestro en Guayaquil; instalación de una refinería de azúcar cerca de Ibarra, etc., etc. Digo etcétera porque, además de los enumerados, siempre hay también otros secundarios que ocupan mucho de mi tiempo, por ejemplo el litigio con el Gobierno para recuperar las cosas que nos robó, y otros trabajos ocasionales para los cuales soy consultado con frecuencia.

"Pero parecía que las cosas no marcharan bien para el Señor", dice Pankeri en sus memorias. En efecto, el 15 de agosto de 1908, llegó al Ecuador el señor P. Miguel Borghino, en calidad de visitador extraordinario, enviado por el Rector Mayor de

los salesianos, P. M. Rua. Llamó a que diera su informe también Pankeri, que expuso “las circunstancias morales, financieras y judiciales con Jijón”, al cual Pankeri, estaba ligado con “escritura pública”, con relación a la educación de Jacinto, como lo recordamos anteriormente. Después de haberle escuchado, el P. Borghino, dijo con decisión: “Usted debe dejar dicha casa Jijón enseguida, no dedicarse a la terminación de la educación del hijo”. Pankeri, contestó que no podía interrumpir el “contrato bilateral” pactado. Y Borghino entonces replicó: “Usted ya no es salesiano..., en nombre del Rector Mayor, yo le borro de la Congregación...” (d. 113). El P. Borghino había llegado a Quito con plenos poderes y, por tanto, se permitió emitir tal sentencia, aunque, según lo que dicen personas autorizadas, pertenecientes a la congregación, un miembro de dicha congregación no puede ser excluido de la misma, sin que haya un auténtico juicio, con abogado defensor para la parte acusada.

A Pankeri, “esa terrible sentencia” le procuró un dolor indescriptible, aunque más tarde no habló mucho de eso y no se sabe por qué. Cuando fue a Italia, en 1913, no aclaró el asunto con los superiores de Turín. Aquel día fue “el peor de todos los días de mi vida”, cuenta Pankeri y le procuró tanto dolor hasta el año 1927: “por más de cinco lustros” dice él mismo, cuando era transferido a Cuenca y Santiago de Méndez. Entonces Jacinto fue invitado por un inspector de los salesianos, representante directo del Rector Mayor, a redactar la historia que estamos resumiendo y que atestigua su carácter salesiano. Con un detallado informe, Pankeri, después de 20 años, concluía definitivamente el asunto e impedía, como él dice, al demonio empujarlo a la desesperación.

A Borghino, en aquel terrible momento, se permitió en cambio contestarle así: “Así pues, este es el pago que me da a las dificultades e incomodidades para sostener a muchos miembros de la Congregación, defender sus derechos contra un Go-

bierno tirano y hostil". Tuvo que abstenerse de contestar con más determinación, corrió de inmediato a la iglesia a desahogarse con lágrimas y oraciones, ante el S. Sacramento y María Santísima Auxiliadora. Después de haber calmado la ira, hizo las siguientes consideraciones y promesas:

Don Bosco me recibió en la Congregación, ahora soy expulsado de esta. ¿Será por culpa toda mía?, ¿no tendré alguna circunstancia atenuante? ¡Sea como Dios quiera! Eso sí, le prometo a Don Bosco, que si no puedo ser miembro de su Congregación, seré fiel Cooperador Salesiano –no coadjutor, como ya lo era desde cuando ingresó a la Congregación, sino cooperador–⁴⁸. Todas mis fuerzas físicas y morales siempre serán empleadas a favor de los Salesianos. Mejor dicho, procuraré obedecer las reglas con toda la diligencia posible; en especial procuraré no dejar las prácticas de piedad en común, y cuando no esté en Quito, lo haré en particular. En vista de los peligros a los cuales me expone mi clase de vida, aumentaré la mortificación de los sentidos. –Luego agrega– la consciencia es mi testigo de que casi siempre fui fiel a esta promesa.

Pero Pancheri, sufrió enormemente por consecuencia de tal hecho, pensando que había perdido la vocación, y tuvo incluso la tentación del suicidio, como él mismo lo afirma. Según la rígida moral de la época, temía incluso perderse eternamente por haber perdido la vocación religiosa. Por la noche estos pensamientos le impedían con frecuencia dormir. Afirma: "jamás se me cruzó por la mente poder recurrir a Turín o a Roma, para hacer ver las circunstancias atenuantes de sentencia. Pero en cambio me interesaba mucho que mi sentencia fuera ignorada por todos".

48 Los coadjutores salesianos están insertados en la Congregación después de haber hecho el noviciado y haber pronunciado los votos, y son, para todos los efectos, salesianos. Los cooperadores, en cambio, no hacen parte de los salesianos, sino que son personas que cooperan, o sea que trabajan con los salesianos en el espíritu de los hijos de Don Bosco.

Pero en realidad la cosa no pasó totalmente inadvertida, al punto que su hermana María, monja salesiana, le escribía desde San Pablo, en Brasil, que había escuchado que Jacinto ya no era salesiano, pero que en realidad aún lo encontraba inscrito en el Catálogo de los Socios Salesianos. Él mismo leyó su nombre con temor en el catálogo, pero creyó que se trataba de un error de imprenta, y en efecto, el P. Borghino nunca le había revocado la sentencia. Más tarde se enteró de que el inspector Borghino, llevado a Latacunga, camino de Riobamba, recibió un cable de Turín que lo obligaba a volver a Norteamérica, donde se hallaba desde 1904.

Es difícil entender las causas que indujeron al P. Borghino a emitir una sentencia tan drástica. Se puede suponer que esta fue determinada por el hecho de que las relaciones de Pankeri con la familia Jijón y Caamaño, benefactora de los salesianos, se habían hecho tan estrechas, que a menudo le impedían a Pankeri llevar una vida normal comunitaria, o bien tal que suscitara malignidades o murmuraciones (a pesar que no se halló ninguna alusión en los documentos, que hicieran pensar en esta segunda hipótesis). Se puede también suponer que los salesianos, y en especial el P. Borghino, quisieron evitar involucrar a la Congregación en asuntos políticos, que podían ser mal vistos por el Gobierno liberal, ya que la familia Jijón y Caamaño, que Pankeri frecuentaba, era conservadora y declaradamente contraria a dicho Gobierno.

Entre tanto, Pankeri sufría en silencio, aunque confirmaba (en escritos posteriores), que tal situación le permitía mayor libertad de acción. Por ejemplo, podía aceptar, siendo simplemente cooperador, los bienes de Jijón en alquiler (por un valor de 9 millones de sucres, cuando Jacinto Jijón fue desterrado por haber formado parte de los revolucionarios contra el Gobierno liberal); pudo asumir trabajos que le eran confiados por el Gobierno o las administraciones ciudadanas, etc. De la misma

forma, continúa diciendo que se sentía libre de decidir si volver de Europa al Ecuador, incluso contra la voluntad de los Superiores, después del viaje a Italia (1913), que le fuera impuesto. Por fin, después de cerca de 20 años, en 1927, se convenció de que aún era salesiano y se dio cuenta, con felicidad, que debía vivir como tal y obedecer a los Superiores. Lo convenció de eso el inspector, cuando le mandó a Cuenca y luego a Santiago de Méndez. En aquel momento revelador, Pankeri, readquirió la gran dicha de sentirse salesiano y cualquier sacrificio le parecía ligero y agradable.⁴⁹

En Santiago de Méndez, en plena selva ecuatoriana, Pankeri, a los 70 años de edad, empezaba nuevamente su vida salesiana, llevando a cabo obras importantes de las que hablaremos luego, en la Parte IV. Pero volvamos ahora a la sucesión de los hechos, que se refieren a nuestro coadjutor y que sucedieron entre 1908 y 1927.

⁴⁹ En realidad, Pankeri siempre quedó apuntado en el Elenco General de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales (salesianos). Después del hecho de 1908, lo hallamos, en 1909 y hasta 1927, en las listas del personal de la Casa de Quito. Luego, de 1927 a 1930, está apuntado en la lista del personal de la Casa de Cuenca, por cuanto Pankeri había sido destinado a tal casa, aunque casi enseguida después de su llegada a Cuenca, fue enviado a la Misión de Santiago de Méndez. De 1931 a 1947, está en la lista del personal de la Misión de Méndez, donde él trabajó por veinte años.



Figura 11. La Misión de Gualaquiza con la capilla, hacia finales del siglo XIX (af-cgs).



Figura 12. La iglesia de Gualaquiza en 1981 (af-cgs).



Figura 13. Quito, La Tola con la colina, que Pancheri atravesó con una galería para llevar agua potable al Colegio Don Bosco y al barrio circundante (af-cgs).

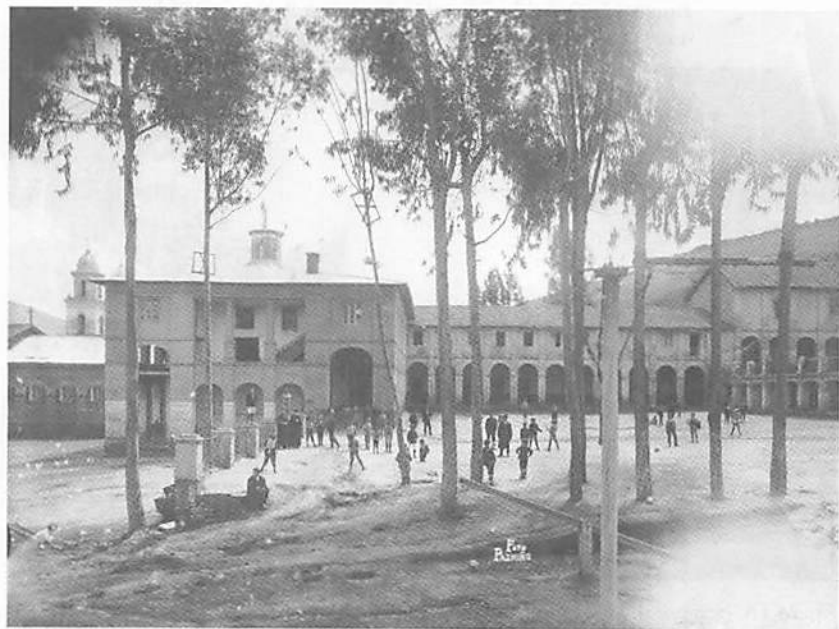


Figura 14. La Tola como se presentaba en 1926 (af-cgs).



Figura 15. Quito, La Tola: el Colegio Don Bosco en 1951 resulta completamente rodeado de construcciones (af-cgs).



Figura 16. Hombre shuar con la cara pintada para las fiestas o la guerra (af-cgs).



Figura 17. Cazador shuar con la "bodoquera" (af-cgs).



Figura 18. Mujer shuar (af-cgs).



Figura 19. Hombres shuar armados de escopetas (af-cgs).

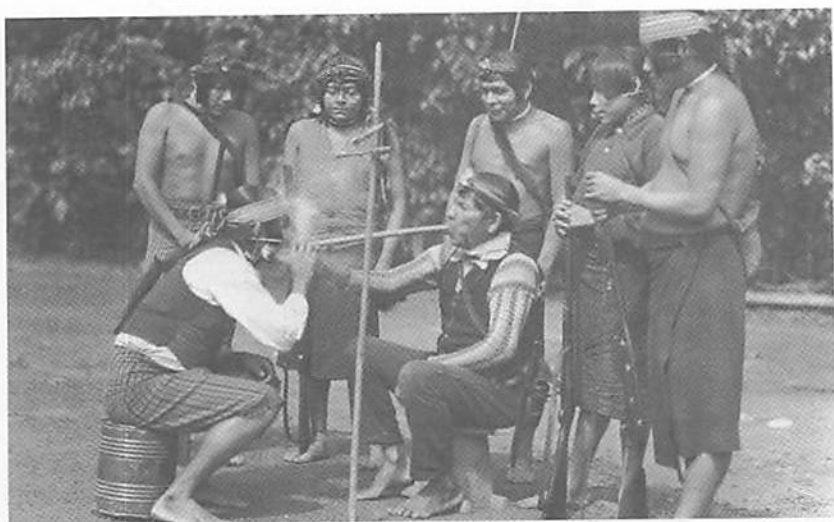


Figura 20. Grupo de hombres shuar, armados de "bodoqueras" y fusiles (af-cgs).



Figura 21. Quito, 1908. Las comunidades salesianas en ocasión de la visita del P. Borghino.

Pancheri es el segundo desde la derecha, en la segunda fila (af-cgs).



Figura 22. Riobamba, una de las iglesias planeadas y construidas por Jacinto Pankeri (af-cgs).

3

PARTE

Pankeri sumergido
en mil compromisos
y sufrimientos (1908-1927)

Este período, que Pankeri transcurrió en gran parte en Quito y sus alrededores, fue muy complicado: nuestro coadjutor tuvo que enfrentar muchos sufrimientos e incomprendiones. El Ecuador fue profundamente afectado por borrascosos eventos políticos, que implicaron también a los salesianos. El mundo fue trastornado por la terrible Primera Guerra Mundial. En este lapso, los datos sobre la vida de Pankeri escasean y los disponibles, son muy a menudo difíciles de interpretar y de colocar en un esquema cronológico que describa la historia. Además, este es sin duda el período más turbulento de la vida de Pankeri, que lo vio vuelto a llamar forzosamente y con engaño por los superiores a la patria (1913). En esa ocasión, él visitó a la familia en Romallo y acompañó a su hermana Amabile, muerta en Trento, en la casa del primo P. Alfonso Gentilini, hasta Romallo, transportándola en el último trecho de carretera, en una carreta jalada por caballos (comunicación personal de Giulia Pankeri).

Es esta la época durante la cual se combatió la terrible Primera Guerra Mundial, que tuvo consecuencias en todo el mundo. Pankeri, por cinco largos años no escribió a la familia; lo confirma él mismo en una carta enviada a su hermano Camilo en 1920:

Tú te quejas de que no te escribí desde hace más de cinco años. Es verdad. ¿Pero cómo podía escribirte durante la guerra? Y después de la guerra tampoco. ¿Acaso no es cierto que subsistía (y según creo sigue subsistiendo) la censura política? Ahora tú también demuestras estar muy reservado a la hora de hablar de la guerra y me decías secamente: «Es mejor no hablar de eso..., ¿por qué?...».

En ese período Pankeri fue desterrado a Perú y eso le causó ulteriores sufrimientos. Y fue también alejado por la familia Jijón y Caamaño, a la cual él estaba muy ligado: primero fue la madre de Jacinto que fue su enemiga y luego el hijo mismo, a causa de una incomprensión relacionada con los bienes de la familia, que

le habían sido confiados mediante un contrato de alquiler, para salvarlos del Gobierno liberal que quería confiscarlos.

3.1. Actividades de Pankeri entre 1908 y 1927

A pesar de todas las vicisitudes, entre 1908 y 1927, nuestro coadjutor desarrolló una actividad muy intensa, y acaso este haya sido el período más fértil, desde el punto de vista de la producción técnica. La Casa Salesiana se había vuelto a poblar luego de la vuelta clandestina, primero del P. Guido Rocca (13 de diciembre de 1899), como director de La Tola y luego de otros padres salesianos. Recordemos que La Tola era la Casa Salesiana planeada y construida por Pankeri; era la casa donde se realizaban las actividades didácticas y de talleres (carpintería, mecánica, imprenta, etc.). El P. Rocca, director de La Tola, tuvo una buena relación con nuestro Jacinto, pero parecía que no se quedaba con gusto en Quito. Les disgustó tanto a los liberales del Gobierno, como a los católicos conservadores y al final se fue. Lo sustituyó, en 1910, el P. José Degiovanni, que fue director de La Tola hasta 1922. Luego, se turnaron el P. Juan Scamozzi (1923), el P. Luis Comoglio (1924-1925) y luego volvió el P. Guido Rocca (1926-1928).

Durante este período (1908-1927), Pankeri había iniciado y llevado a cabo grandes obras. En realidad los liberales que estaban en el Gobierno lo habían molestado, e incluso lo habían encerrado en el "calabozo", en 1896, pero en el fondo le estimaban y acudían a él para resolver muchos de los problemas técnicos que se presentaban. Cuando él murió, el amigo Jacinto Jijón y Caamaño, el 15 de abril de 1947, escribiría en el diario local EL DEBATE:

Fue en esos años de soledad y lucha en los cuales llegó su primer compañero, el padre Guido Rocca. Siendo aún un niño que aprendía los primeros elementos de estudio, fue cuando conocí

al Señor Pancheri, con el cual me ligó una amistad muy estrecha. Despertó en mí el amor por las ciencias naturales y fue mi compañero y colaborador en varias expediciones arqueológicas. En todo momento amigo y consejero leal. –Jacinto Jijón, ya de adulto, completó los estudios universitarios y se convirtió en un arqueólogo de gran fama–. La ciudad de Ibarra le debe la primera instalación de energía eléctrica. En Quito y en todo el Ecuador no hay industria particular u obra pública emprendida entre 1896 y 1925, que no haya sido apoyada por sus oportunos y preciosos consejos, ya que era arquitecto e ingeniero mecánico y artista.

En su estadía en el Ecuador, pero sobre todo en ese período, Pankeri hizo el proyecto y dirigió las obras de al menos 23 iglesias. En 1912, escribía a su sobrina Giuseppina (d. 47):

Desde hace pocos meses casi me muero con una terrible fiebre palúdica, que me afectó en las costas del mar del sur de Colombia, en Tumaco. Fui a esa República para asumir la dirección técnica de la iglesia, de un célebre santuario de la Virgen, donde se planea gastar lo correspondiente a un millón de florines. Ya es la iglesia número 23 que yo dirijo en todo o en parte, después de partir del Tirol.

Luego cuenta en esta misma carta sobre una batalla entre el ejército gubernamental y los revolucionarios, que sucedió en Ibarra y que tuvo como resultados más de cien muertos y la victoria de la gente del Gobierno.

El 4 de mayo de 1914, inauguraba “la luz eléctrica para la ciudad de Ibarra, con 2000 focos eléctricos incandescentes, de 50 candelas cada uno y 4 de arco”. –Y agrega– “apenas me lleguen los 4500 focos que hice traer de la fábrica de Rovereto, podré dar los 100 de incandescencia y los 13 de arco para el público, y más o menos unos 800 para particulares. Terminado este trabajo espero que podré dedicarme a nuestra casa en Quito, y tal vez acaso volver una vez más, por un poco de

tiempo, entre los salvajes de Gualaquiza, siempre que Dios no disponga otra cosa" (d. 51).

Entre otros trabajos importantes que Pankeri realizó en ese período, se puede recordar el encargo que le diera el Obispo de Quito, Mons. González Calisto, de sustituir al ingeniero alemán Francisco Smith en el completamiento de la construcción de la iglesia del Sagrado Corazón, en Quito. Y el proyecto conjunto, la dirección y construcción del célebre santuario de la Virgen del Quinche.

3.2. Situación de Jacinto Pankeri antes del viaje a Italia y sus relaciones con la familia Jijón y Caamaño

Después de la terrible sentencia del P. Borghino, Pankeri continuó sus trabajos en el sufrimiento y la duda de ser excluido de la Familia Salesiana. Se administraba a sí mismo y los bienes de los salesianos, siempre con espíritu de servicio y con el objetivo de salvar la Casa de La Tola del peligro de venta forzada, a causa de las deudas que necesariamente debía arrostrar. Nuestro coadjutor sentía la necesidad de hallar los financiamientos necesarios para enfrentar las deudas y en cada ocasión iba imaginándose todos los medios honestos y útiles para salir de las difíciles situaciones. Todo eso lo hacía en completa libertad y autonomía, en fuerza del poder que le confiaran los Superiores con relación a los bienes de la Congregación Salesiana en Quito y apoyándose en el hecho de que, según el P. Borghino, ya no era coadjutor salesiano. Eso le procuró no pocas incomprensiones y llamados de atención por parte de los Superiores.

Así, la laboriosidad de Pankeri, era tal que no solo la Casa Salesiana de La Tola seguía adelante, sino que él se ocupaba de otras obras importantes. Continuaba la construcción del túnel con 1,2 metros de ancho y 2,2 metros de altura, para llevar el agua potable a La Tola, tomándola de un manantial situado al

otro lado de la loma Itchimbía, sobre la cual estaba asentado el conjunto de La Tola. Captando las aguas del río Machángara construía también una central eléctrica para dar luz a los talleres. El prestigio de Pankeri llegó incluso al Presidente, general Eloy Alfaro, que le encargó dibujar la urna destinada a contener los restos del Mariscal Antonio José de Sucre.

En Ibarra, ciudad situada al norte de Quito, Pankeri construyó una central eléctrica y la Escuela de Artes y Oficios. En ese período aportó importantes contribuciones a la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos, fundada en julio de 1909 por Mons. Federico González Suárez, famoso historiador y Arzobispo de Quito. Colaboró, como lo dijimos antes, en las expediciones arqueológicas de su pupilo Jacinto Jijón y Caamaño e ilustró, como dibujante, su obra histórica (Lobato, 1997). Pero algo no marchaba debidamente, según los Superiores. En 1911, el P. Comin, que había sido enviado como Inspector al Ecuador y había visitado las misiones de Guayaquil, Quito y Gualaquiza, le escribía al Superior de Turín, P. Albera (d. 200):

Otro que sigue mal es el pobre Pancheri: no hubo forma de inducirle a venir a Quito para poderle hablar. Se encarga de instalación de luz, agua, fábricas, sin pedir permiso a nadie. Le dije, después de haber recibido una carta del Obispo de Ibarra, que me decía que lo llamara al orden, que terminara ciertos trabajos empezados y que no emprendiera unos nuevos. Me contestó que en Quito había contraído deudas y que el derecho natural lo obligaba a pagarlas y que, por tanto, no podía dejar de hacer lo que hacía. Le escribí que yo me encargaría de las deudas. Escribí entonces una carta furibunda contra mí y contra el P. Giuseppe Degiovanni. Viendo eso, tuve que escribirle que se dirigiera a los Superiores de Turín, les contara lo que hacía y que se creía con el derecho de poder hacerlo, y que invitara a tales superiores a darle una norma de conducta para él en este tema. Él ahora al P. Rocca y grita contra quien lo alejó de Quito. El P. Guido, lo dejaba actuar.

En efecto, desde 1910, al director de La Tola, P. Rocca, con el cual Pankeri estaba de acuerdo, le había sucedido el padre Degiovanni, que seguiría siendo director hasta 1922. Incluso respecto de las relaciones de Pankeri con la familia Jijón y Caamaño, existen varios documentos que atestiguan una fuerte tensión que fue madurando durante este período. Se recuerda que tal familia fue benefactora de los salesianos en un momento difícil (el del destierro de los salesianos) y que nuestro coadjutor fue de hecho el tutor del joven Jacinto Jijón y Caamaño.

En un primer momento fue la madre de Jacinto, Dolores, quien tomó partido contra Pankeri, porque él favorecía el matrimonio de su hijo con una buena chica, cierta Lolita Lasso, a quien Jacinto Jijón amaba intensamente, pero que no era bien vista por la madre, siendo hija de una familia poderosa odiada por los Jijón. En una carta reservada de la señora Dolores Caamaño Jijón, escrita desde París (donde ella también había debido huir por motivos políticos, siendo enemiga de los liberales que estaban en el poder), al P. Albera, a Turín, con fecha de 6 de septiembre de 1912, se lee lo siguiente (d. 227):

Me hallo en la ingrata necesidad de quejarme con S. S. por la conducta inapropiada, incalificable del hermano Jacinto Pancheri.

La señora afirma que su hijo, que tenía poco más de 21 años, estaba a punto de casarse con una joven que no le convenía por varias razones, o sea porque el padre de ella había predicho que, ninguno de sus hijos sería feliz en el matrimonio, porque la familia había recibido del Gobierno parte de los bienes confiscados a los religiosos y porque tal familia era odiada en Quito por tales motivos políticos. Siendo contraria a tal matrimonio, la madre, que se había mudado a Europa, había llevado consigo al hijo Jacinto, para hacerle olvidar a Lolita. Había también consultado al Obispo de Quito, Federico González Suárez (*vid. infra*. Apéndice n.º 3). En la carta citada, por tanto, le pedía al

P. Albera, que le ordenara a Pankeri, no favorecer el matrimonio de su hijo con Lolita, ni directa ni indirectamente. El coadjutor Pankeri, en cambio, se demostraba favorable a tal matrimonio porque lo consideraba fruto de verdadero amor, estimaba a la chica y se preocupaba también por Jacinto, del cual había llegado a ser director espiritual, además de haber sido su tutor. En nombre de aquella ley natural que la recordara a sus Superiores, Pankeri consideraba injusto impedir un matrimonio por fútiles motivos de fachada y a causa de intrigas políticas. En cambio la madre consideraba inapropiada esta complicidad porque iba en contra de la voluntad de una madre, el Obispo y la alta sociedad de Quito.

El 23 de junio de 1913, Pankeri escribía a Dolores Caa-maño, a Londres, donde la señora se había acomodado, diciendo que se había enterado que ella estaba en Londres donde su hijo Jacinto. En esta carta Pankeri intenta disculparse de las acusaciones recibidas, que le declaraban traidor de la familia Jijón, con relación al asunto del matrimonio del hijo de Dolores con Lolita Lasso y la acusación de haber mantenido relaciones epistolares con Jacinto (que también estaba en Londres). Se expresa claramente contra el hecho de que la madre Dolores filtrara las cartas que el hijo recibía, porque eso afectaba la libertad personal del hijo —en 1913 Jacinto tenía 23 años—. Le recuerda a la señora Dolores la libertad que su hijo debe poder ejercer en la elección de la compañera para su vida. Defiende la causa de la libertad de matrimonio para Jacinto, poniendo en evidencia las buenas costumbres de Lolita y la fundamental igualdad de títulos y bienes de las dos familias. Afirma que Lolita no debe ser culpada si su hermana Avelina Clemencia se había casado con un integrante de la familia de Alfaro, matrimonio por el cual Lolita hubiera llegado a ser cuñada de un Plaza y un Alfaro, ambos anticlericales y liberales. Hace notar el hecho de que Jacinto había tenido el valor de seguir a su madre a Europa,

así como también Lolita lo había demostrado separándose de Jacinto y permaneciendo en el Ecuador. En realidad, de lo que se pudo saber claramente por los documentos, Pankeri le había enviado al director de Turín cartas de Lolita que debían ser enviadas a Inglaterra a Jacinto, "porque las personas que los rodean podrían interceptar las cartas".

En dos cartas que se pudo consultar (d. 154 y d. 156), enviadas por Pankeri a Jacinto el 16 de junio de 1912 y el 16 de julio de 1912, desde Ibarra, a la dirección 29 *Queen Anne Street* (Cavendish) London, Pankeri se dirige a Jacinto como padre espiritual, aconsejándole que soportara con paciencia los errores de la madre, que lo habían llevado a Europa para hacerle olvidar a Lolita. Le recomienda la oración y los sacramentos y le asegura que él mismo está en correspondencia con Lolita. Le recomienda también amor, estimación, obediencia a la madre en todo, menos en su "elección de estado". Le recuerda que tiene 22 años y dice que, aún habiendo orado mucho para que Jacinto tuviera de Dios una vocación religiosa, opina que Lolita es la compañera de su vida y le recomienda amarla y quedarse alejado de las tentaciones.

La señora Dolores, por su parte, le concedía al hijo Jacinto toda libertad, pensando que así olvidaría a su chica. E incluso la madre recibía una carta, en Europa, del arzobispo Federico González Suárez, que deploraba "con toda mi alma que Jacinto, un joven tan lleno de buenos parientes" sea "víctima de una pasión que alguien dice puede serle funesta...", tengo un buen concepto de Jacinto, que juzgo moralmente imposible que él se atreva a disgustarle a Usted y mucho menos a venir solo a Quito"⁵⁰ (d. 158). Y también de ciertas alusiones un poco herméticas

50 Esta nota, en el texto original en italiano, contiene la traducción al italiano de las frases en cursiva, escritas originalmente en español (N. del trad.)

de Pankeri en una de sus cartas citadas anteriormente, se comprende que el joven Jacinto se preparaba a huir de la madre para volver a Quito, junto a su Lola. El sostén que Pankeri les daba a los dos novios, Jacinto y Lolita, en realidad suscitaba sospechas en los “pusilánimes”, como si Pankeri estuviera en asociación ilícita con Alfaro y Plaza, liberales con los cuales Lolita tenía lazos de parentesco a través del matrimonio de su hermana. Las visitas que, por motivos válidos, Pankeri le había hecho a Plaza, habían suscitado murmuraciones y sospechas sobre Pankeri, el cual estaba enterado de eso porque en una carta escrita desde Ibarra al director de Quito, el 6 de junio de 1912, dice: “Cristo también fue criticado porque iba a la casa de gente que no era grata para los fariseos” (d. 103 y d. 113).

Sucesivamente, durante el destierro del joven Jacinto Jijón, hubo otra fuerte divergencia entre este y el mismo Pankeri. En diciembre de 1915, después de su vuelta de Italia (donde había sido llamado con suma urgencia en 1913), Pankeri escribe a Jacinto Jijón, que se había transferido a Italia: “De esta carta tuya (del 17 de octubre de 1915), comprendo que ya estás usando palabras contra el pobre Pankeri (...). Así que tú me das el título de loco, extravagante, soberbio, realizador de malas acciones” (d. 104). Pankeri, que estaba encargado de todas las propiedades de la familia Jijón, había impedido la venta de una gran hacienda a la cual la familia Jijón daba mucha importancia y lo había hecho según las recomendaciones de Jacinto antes que este se mudara a Europa. Pero Jacinto se resintió enormemente por eso. No se comprende bien el porqué, pero acaso haya sido porque había tenido, de alguna otra persona, versiones distintas sobre el comportamiento de Pankeri en esta ocasión. En la misma carta de 1915, se lee, entre otras cosas, que la madre de Jacinto había fallecido, probablemente en Europa. En otra carta de 1916, dirigida a Jacinto a París (d. 105), Pankeri informa que la señora Avelina Lasso de Plaza le había pedido ir a su casa

para dar clases de catecismo a sus hijos y Pankeri, después de haber consultado a los superiores, fue. Y fue un verdadero dilema para Pankeri. Pero su decisión, apoyada por los superiores, fue de cumplir con este servicio, por consecuencia del cual el presidente Plaza permitió que se celebrara la misa en el Panóptico,⁵¹ donde desde hacía 14 años no se celebraban funciones religiosas.

El 18 de agosto de 1927, Pankeri escribe a Jacinto en Costa Rica (d. 110), una carta confidencial. Le pide que la lea él y su señora y luego la queme, porque se trataba de asuntos de familia. Pankeri, les cuenta que después de los ejercicios espirituales, el P. Dati lo había invitado a ir a Cuenca por obediencia, como jefe de la oficina de una escuela agrícola. De esta carta y de otras enviadas a Jacinto a Payta en 1926 (d. 108) y otra enviada a Guatemala, del 28 de agosto de 1927 (d. 109), se entiende que el joven se había casado. Con una sucesiva carta (d. 111) se tiene certeza que se había casado con cierta María Luisa Flores. Por tanto, nunca se casó con Lolita. De esta correspondencia se debe concluir que, en cierto momento, las relaciones de amistad entre Pankeri y Jacinto Jijón se habían restablecido.

El hecho de que Jacinto Jijón se hallara primero en París, luego en Londres, luego en Payta, Perú, luego en Costa Rica y Guatemala, era la consecuencia de su estado de desterrado político, por haberse colocado en contra del Gobierno masónico-liberal. En todo caso, él supo conjugar la necesidad de desterrado con su amor por las investigaciones arqueológicas en los países donde se hallaba. El nivel moral y científico de Jacinto Jijón y Caamaño, se puede deducir de la lectura de un artículo

51 El Panóptico era la prisión de Quito, y los prisioneros eran guiados espiritualmente por los salesianos, quienes también habían organizado actividades manuales para dar a los prisioneros la posibilidad de reinserirse en la sociedad, una vez cumplida su condena.

que fue publicado en *El Tiempo*, del 3 de octubre de 1976 y escrito por un amigo suyo, Carlos Manuel Larrea.

El hecho de habernos detenido a referir sobre estas relaciones entre Pankeri y la familia Jijón y Caamaño, pudiera parecer un chisme, pero son clarificadores y brindan una clave de lectura de los eventos sucesivos que interesan a nuestro coadjutor.

3.3. Viaje de Pankeri a Italia en 1913

Volviendo a nuestro coadjutor, se debe constatar que sus actividades fuera de la Familia Salesiana preocupaban no poco a los Superiores, tanto en el Ecuador como en Italia. ¿Y por qué se habían creado estas preocupaciones? Leyendo la correspondencia que hubo entre los padres Superiores de Quito y la Casa Madre de Turín, resulta que los aquellos estaban preocupados porque les parecía que Pankeri descuidaba sus prácticas religiosas y la vida comunitaria de la Familia Salesiana: después de la expulsión de los salesianos, Pankeri había quedado forzosamente solo, por lo cual estaba imposibilitado de hacer vida comunitaria; y luego, cuando los salesianos se habían vuelto a instalar en Quito, él había asumido tantos y tan grandes compromisos de trabajo, incluso fuera de Quito, que la continuidad de la vida comunitaria le resultaba imposible.

Sin embargo, se interpreta la actitud preocupada de ciertos Superiores, pues Pankeri se había convertido en apoderado de todos los bienes salesianos en Quito. Esto le había concedido una extrema libertad de acción, tanto como cuando él se halló solo en la construcción de La Tola, pero también más tarde cuando a Quito habían vuelto los padres salesianos⁵² y cuando,

52 Ya a finales de 1896 (23 de diciembre), el P. Fusarini volvía clandestinamente al Ecuador y luego volvía también el P. Rocca.

excluido por el P. Borghino de la Congregación, él se comportaba como cooperador salesiano, ya no ligado a los Salesianos por el voto de obediencia. Todo marchó bien mientras estuvo como director el P. Rocca, que era comprensivo con Pankeri, pero las cosas empeoraron cuando el P. Rocca fue sustituido por el P. Degiovanni. El nuevo director era tan exasperado por la libertad de acción de Pankeri y su forma de contraer deudas –pero que él contraía para salvar la Casa Salesiana y que puntualmente pagaba con las ganancias de su actividad–, que elaboró la forma de enviar a Pankeri a Italia, con la esperanza de que ya no volviera.

En una carta enviada al P. Albera⁵³, con fecha 22 de mayo de 1913 (d. 173), el P. Degiovanni lo invitaba a llamar a Pankeri a Italia “para el bien de su alma y el amor a la Congregación”. El P. Superior General, por tanto, enviaba a Pankeri un mensaje urgente con una orden perentoria de ir de inmediato a Italia. Pankeri que estaba trabajando en la instalación de la luz eléctrica de la ciudad de Ibarra, abandonó este trabajo y partió para Italia, pero barruntando la trampa.

Muy pronto se encontró con los Superiores de Turín y comprendió que su viaje a Italia era un pretexto para hacerle dejar el Ecuador y sus actividades en ese país. Después de haber ido a Turín, Pankeri se fue a Trento y Romallo, su pueblo natal, para visitar a sus familiares a quienes no veía desde hacía casi veinte años. Pasando por Rovereto, donde Jacinto había hecho sus estudios de maestro y por Trento, halló a su hermana Amabile – ama de llaves en la casa de su primo, el P. Alfonso Gentilini –, enferma y moribunda. Pudo estar con ella solo veinticuatro horas, después de las cuales Amabile falleció. Después de la muerte, según el deseo de la difunta, la acompañó a Romallo, donde fue

enterrada junto a sus padres. En Romallo, pudo conocer directamente a algunos de sus sobrinos nacidos entre 1896 y 1913. Conoció también a su sobrina Giulia de quince años, que llegaría luego a ser la última de los parientes de Romallo, que mantendría una regular correspondencia con nuestro coadjutor. Poco después, el 28 de marzo de 1913, en una carta escrita desde Rovereto al P. Gusmano⁵⁴ (d. 160), le informa al Superior de sus eventos familiares, le agradece por las oraciones a favor de su hermana Amabile y le dice que permanecerá una semana donde unos parientes en Rovereto; avisa que a eso del 5 de abril irá a Milán para elegir “algunas cosas que necesitan”, según el deseo del Director de Quito y el señor Peñaherrera, quien más tarde, pagaría los equipos adquiridos. Y luego le asegura al P. Albera, que no asumiría “ningún compromiso” financiero.

Siempre en la misma carta al P. Gusmano, del 28 de marzo de 1913, después de haber dado noticias de la muerte de su hermana Amabile, agrega:

Yo pensaría viajar de aquí el 5 de abril: iría a nuestra casa en Milán, donde pensaría quedarme ocho días para ver los progresos que allá se hacen en la ciencia mecánica, física, etc., y como le dije en mi otra carta, para hacer una elección de las cosas que necesitan para Quito; según el deseo del Señor Director de allá arriba y del señor Peñaherrera, ya que él prometió pagar el precio.

Entre tanto, el P. Degiovanni, que había ideado la trampa para enviar Pankeri a Italia, así le escribía al P. Albera, el 19 de enero de 1913 (d. 209): “Ayer llegó un señor de Ibarra a enterarme de las deudas que el hermano religioso Pankeri adquirió en tal lugar para la instalación de la luz eléctrica” (20 000 sucres, correspondientes a 50 000 francos). Pensando que Pankeri ya no

54 El P. Gusmano, secretario del Consejo Superior de los Salesianos, de 1912 a 1935.

volvía al Ecuador, el mismo P. Degiovanni, refería que había un capitalista dispuesto a comprar toda la instalación eléctrica iniciada en Ibarra por 19 000 sucres. Reconocía que para el trabajo de instalación de la luz eléctrica de Ibarra, le había sido pedida la colaboración de Pankeri por el Obispo de Ibarra, Mons. Pérez, pero pensando que el trabajo duraría diez meses. El Obispo, viendo que las obras se prolongaban mucho, se retiró del contrato y Pankeri "asumió por su cuenta los gastos de la empresa, llegando a tener la exorbitante deuda de que hablamos", sin que el P. Degiovanni lo supiera. En abril de 1913, el P. Degiovanni le escribía también al P. Gusmano (d. 210), preguntando con ansiedad si Pankeri se quedaría en Italia o no, porque los compradores estaban dispuestos a la adquisición de la instalación eléctrica de Ibarra, solo si sabían que Pankeri no volvería, por tanto invitaba a los Superiores a no permitirle a Pankeri comprar la dínamo y otros aparatos para Ibarra.

En mi carta, por pura cortesía y con el fin de que no deba sospechar el hermano Pancheri, que yo soy contrario a su retorno, en tono de duda y pregunta le llamaba cuando volvería. Conozco muy bien el carácter de Pancheri y es por eso que me veo obligado a tergiversar. Y a usted le recomiendo absoluta reserva para que no deba dudar, el pobre hermano, el verdadero motivo por el cual se encuentra en Turín. El pobrecillo, después de haber salido de aquí con la convicción de que yo insistiría ante los superiores para su vuelta, viniendo a descubrir lo contrario, se exasperaría no poco contra mí.

Usted alude al complicado asunto de la familia Jijón, y acertó. Esta familia fue causa de la ruina del pobrecillo, aunque en contra de su intención. Basta meditar cómo terminó tal íntima amistad con la escena de París⁵⁵, para convencerse de que el Señor, ni bendijo ni aprobó jamás dicha relación. Además, los reproches y las quejas al respecto empezaron del difunto P. Fusarini, el visi-

55 No se logró entender de qué se trataba.

tador P. Borghino, el P. Comin y últimamente del P. Reyneri (el cual, por haberse explicado un poco enérgicamente, provocó que sucediera lo que usted sabe), fueron la causa por la cual yo, ya no dándome por satisfecho por vanos lamentos que no llegaban a nada, maniobrando con ponderadas estratagemas, pude obtener encaminar al pobre hermano a Turín.

Hallándose ahora las cosas en este punto para los Superiores de Turín, ellos con mucha facilidad, sin explicar ninguna razón de ninguna acción, (porque en este caso el hermano se dedicaría a allanar las dificultades y acaso incluso con vanas promesas), podrán hacer que el hermano se quede allá con un pretexto cualquiera y terminar de una vez por todas con este grave inconveniente.

Luego alude en la carta al hecho de Atocha, que le costó la excomunión a Pankeri y a otro coadjutor, con la amenaza de la suspensión de la celebración de la misa al P. Comin, por parte del Obispo de Quito, Federico González Suárez. Pankeri había defendido la Casa Salesiana de Atocha, de las pretensiones del Obispo que la quería confiscar. La toma de posesión de Pankeri para salvaguardar los intereses de los salesianos, esta vez fue aprobada incluso por los Superiores de Turín. Sin embargo, la excomunión de Pankeri fue publicada en el *Boletín Eclesiástico* local. Pankeri sufrió mucho por eso, incluso porque no podía recibir la Eucaristía y este no fue el primero de los sufrimientos que le causó el Obispo, que sentía una cordial antipatía por los religiosos en general y por Pankeri en especial. La Casa de Atocha había sido regalada a los salesianos para instalar allí el noviciado en 1899, por la Curia de Quito, bajo el mando del obispo Mons. Pedro Rafael González Calisto, muy amigo de los salesianos. Pero ese mismo año, el jefe civil y militar de la ciudad cercana llamada Ambato, cierto Julio Fernández, ordenó la clausura del noviciado por orden del Gobierno central y los novicios tuvieron que desplazarse primero a Riobamba, luego a Sigsig y finalmente a Quito (Guerriero y Creamer, 1997).

El 24 de abril de 1913 (d. 212), el P. Degiovanni escribía una vez más al P. Gusmano diciendo que había recibido una carta de Pankeri “demasiado excitada” respecto de la luz eléctrica de Ibarra. En tal carta, afirmaba que Pankeri vendería la luz eléctrica eventualmente solo al señor Pinto y a no menos de 13 000 sucres. En efecto, el P. Degiovanni estaba tratando precisamente con él mismo, la subida del precio, es decir la base de 18 500 sucres.

[Y luego agregaba], Si no fuera posible poder tener allá (o sea en Italia) al Señor Pancheri sin que el pobrecillo tenga que exasperarse tanto contra mí, vean ustedes la mejor cosa que hacer. El hermano es conocido por todos los superiores que vinieron aquí y más que nada por el señor Inspector P. Reyneri y el delegado P. Comin. Acaso ellos puedan decir con más criterio personal, qué conviene decidir.

Más tarde, en una carta del 22 de mayo de 1913 (d. 213), enviada esta también al P. Albera,

[expresaba la] necesidad de detenerlo allá. Esto es necesario en primer lugar para el bien de su alma, y en segundo lugar por el amor a la Congregación: adquirió aquí muchos conocimientos que, a pesar de su buena voluntad, jamás le permitirán que pueda vivir vida salesiana. Además de esto, siempre se mostró inclinado a contraer nuevas deudas para comprar máquinas, y la mayoría de las veces no acertadamente para estos lugares, lo cual constituye un peligro para esta pobre casa. Favorecido por el P. Guido Rocca, como lo sabe, por dicho motivo, hizo comprar nuevas instalaciones de luz eléctrica, que yo tuve que abolir para evitar gastos cada vez mayores. Así también, la gran deuda contraída por las máquinas de imprenta, no era, convenientes para esta casa y estos lugares. –Y agrega además que Pancheri– por este motivo..., se hizo mala sangre contra mí.

Entre tanto, Pankeri habiendo terminado sus compromisos y habiendo entendido que los superiores de Turín tergiversaban en concederle el permiso para volver al Ecuador, decidió partir

por su cuenta. Un día tomó su maleta y emprendió el viaje a Marsella con la intención de embarcarse luego hacia América. En julio de 1913, escribe desde Marsella (d. 164) al P. Albera una larga carta, consciente de la ofensa hecha a los Superiores por haber huido sin saludar:

Quisiera irme a enterrar en una isla desierta y salir tan solo el día del juicio universal: quisiera que nadie más supiera el paradero de Pancheri; y que nadie ya hablara de él... Pero veo que esto es, por supuesto, imposible. Entonces hablemos un poco de esto. Voy a repetir lo que dije en otra carta mía; que en vista de la urgencia con la cual era llamado a Italia, yo abandoné muchas cosas, de mis compromisos que tenía en Ecuador, muy incompletos, con la firme promesa de cumplirlas a mi vuelta, que según prometí, no hubiera durado más de tres meses: yo podía hacer tal promesa en vista de la carta de usted, la cual dice: «Ven lo más pronto posible: sé que estás muy ocupado, pero déjalo todo. A tu vuelta reemprenderás las ocupaciones interrumpidas...». Seguros de una rápida vuelta, yo dejé a dos obreros para que continuaran instalaciones de focos eléctricos... Los pobrecillos, no recibiendo pago, lo abandonaron todo y se fueron... Con la municipalidad ya estaba estipulado un contrato firmado por mí, prometiendo dar luz a toda la ciudad. ¿Acaso puedo quedarme indiferente ante tales y tantos compromisos?

En Turín, me prolongaron la cosa por algunos meses, diciendo que el señor Director de allá lo arreglaría todo. El arreglo que puede hacer el Señor Director es el que hubiera hecho a causa de muerte, o en el caso de que yo hubiese huido de allá como un criminal y engañando a todos, públicos y privados.

Esto yo no puedo, no quiero hacerlo. La venta que propuso el Señor Director, ya estaba estipulada antes de que yo venga acá. Pero a condición de que yo ponga la luz en la ciudad. En otro caso, los ciudadanos de Ibarra no aceptan al comprador por ser de otra provincia, como me lo escribió de nuevo el Señor Obispo. Así que en este momento estoy en medio de la revolución. Yo, si

no sucumbo en el camino, tengo que ir a calmarlos, como me dijo el abogado Madera, que me escribió hace poco.

Otro motivo de mi necesaria (moralmente hablando) vuelta al Ecuador, es también la herencia de la señora Cornejo. Acepté esa también con pleno consentimiento de los Superiores de allá; como lo fue por la luz eléctrica de Ibarra. La testadora deja como heredero de lo que resta (una vez que estén pagados los legados), a Jacinto Pancheri "para que invierta esta cantidad en beneficio de sus talleres de La Tola, según la indicación de Don Víctor Manuel Peñaherrera, que es el ejecutor testamentario".⁵⁶

Ya de acuerdo con el Señor Director de Quito, yo ya recibí 4000 sucres a cuenta de aquella herencia. Notando que yo los recibí, precisamente en ese día en que el juez me hizo firmar el acta con la cual se remataba nuestra casa de Quito por el resto de deudas que aún teníamos con el Banco. Con ese dinero providencial pude pagar lo último que quedaba de deuda; y así salvar la casa.

Dicho señor afirmó claramente que tal herencia me fue dejada a mí, para que yo la invierta en proveer todos los utensilios necesarios, con el fin de que nuestros talleres de Quito, lleguen a ser talleres modelo.

Por eso, cuando llegué a Turín, hablé con los superiores que por esta razón yo tenía que ir a Alemania, etc. ¡Ojalá no lo hubiera hecho nunca! ¡Me prohibieron ir a Alemania y comprar tales maquinarias y utensilios! Pero, si es así, ¿por qué aceptar la herencia? ¿Deberemos entonces renunciar a esta a favor de sus parientes? Creo que hacer tal cosa sería el colmo de la locura.

En vista de todas estas contrariedades, me puse vehemente. Y mi neurastenia ascendió al colmo cuando el señor D. Ricaldone –era el Director General de las Escuelas de Oficios y de 1932 hasta 1951, fue Rector Mayor de la Congregación– me dijo claramente que ya no debía pensar en el Ecuador. Con tal expresión perdí

56 Esta nota es la traducción al italiano del texto citado, escrito originalmente en español (N. del trad.).

completamente la cabeza. Y una mañana, no recuerdo qué día fue, tomé la maleta y me largué de la casa. Casi sin saber adónde. Vine a Marsella y me informé si estaba listo un barco para Panamá. Lo encontré enseguida, pero me faltaban los dineros para la segunda clase: compré el pasaje para la tercera. Y seguí mi viaje. En esos pocos días que tuve que esperar para la partida se me calmó la neurastenia. ¡Y comprendí la gravedad del asunto!

Pero ya no hay más tiempo, tan solo para al menos venir a despedirme de usted... ¿Qué hacer? ¿Darme a la desesperación? ¡Dios me libre! El pensamiento que me indujo a tomar esta decisión, fue un conjunto de cosas que ahora, con relativa calma, voy a explicarlas.

En primer lugar, la palabra dada a mis obreros, al Obispo, los consejeros del Municipio y toda la sociedad de Ibarra, de volver enseguida. En segundo lugar, por la herencia de Cornejo, para la cual el ejecutor testamentario quiere que yo –y no otra persona– sea aquel que cumpla la voluntad de la testadora para nuestros talleres y otros asuntos inherentes a dicha testadora. En tercer lugar, le quisiera pedir de favor a usted, que no se me interprete mal lo que estoy a punto de decir.

Cuando fue a visitar Quito el señor P. Borghino, después de haber escuchado mi relato y las referencias de los hermanos religiosos, me llamó aparte y me dijo claramente: usted debe saber que yo vengo investido de plenos poderes: «¡Muy bien, le digo a usted que ya no es salesiano!» ¿Qué efecto produjeron en mí tales palabras? Difícilmente podrá hacerse una idea. Lloré por algunos días; luego me dije: ¿Es posible que por haber amado y defendido las cosas de la Congregación, hasta el heroísmo, me haya ganado eso de hacerme expulsar? No puedo resignarme ante tal sentencia. Viviré igual como salesiano; y por lo menos, en punto de muerte se me devolverá la vocación. Así lo hice y, gracias a Dios, no cometí pecados que me hagan indigno de ser religioso; menos, siempre, esas irregularidades que forzosamente muchas veces me mantuvieron fuera de la casa. Pero, tanto en la casa como afuera, Dios me protegió visiblemente para que no cayera en pecado.

A pesar de esto, el señor P. Reyneri llegó el año pasado a visitar la casa: Y qué haya oído sobre mí, no lo sé; pero habló a varias personas que: «¡La conducta mala de Pancheri era pública!».

Pero yo le reto al Señor Inspector a citar una sola mala acción mía, tanto en la casa como fuera de la casa. Si mi conducta es públicamente malvada, realmente yo también debería saber algo sobre el asunto. El señor P. Gusmano también me habló no poco al respecto, diciéndome que yo me portaba mal, incluso cuando estaba en la Casa.

Finalmente, parece que existe una corriente horrible contra Pancheri. Yo confío en que Dios aclarará las cosas.

Pero volviendo a lo que me dijo el señor P. Borghino. ¿Acaso no podía yo obrar libremente después de tal sentencia?, usted sabe muy bien con qué interés me dediqué al servicio de la Casa de Quito para salvarla de la ruina; sometiéndome a vivir en mala situación fuera de la Casa, en un clima homicida, trabajando incluso como cargador, etc., etc.

Fueron nada menos que tres veces las ocasiones cuando estuvo a punto de ser rematada nuestra Casa; y en las tres pude salvarla: Las primeras dos veces salvé el asunto del dinero comprometiéndome a mí mismo a trabajar en 'Las Lajas'⁵⁷ y luego en Ibarra. La tercera vez salvé la Casa de la ruina con la herencia de la que hablé anteriormente.

Estoy muy lejos de jactarme de esto, como si yo estuviera en crédito ante la Congregación. Sé perfectamente que, por mucho que yo haga, jamás podré pagarla por el bien que Ella me hizo a mí. Y lo digo solo para hacer ver que no actué como estaba en el derecho de hacerlo, después de la sentencia del señor P. Borghino.

57 Para la construcción del santuario de Las Lajas, el P. Degiovanni dio el permiso a Pankeri para hacer solo el diseño, pero no el de realizar la obra.

Y si para salvar la Casa actué algunas veces casi despóticamente, creo que pensé también en tal sentencia. Pero ha llegado el momento de ir al grano.

¿Y ahora, qué diré? Que pido una y mil veces perdón por las faltas cometidas y especialmente esta última. ¡Le pido perdón, por los méritos de Jesucristo, de la Virgen Santísima Auxiliadora, Don Bosco, el P. Calcagno! Hablaré como el hortelano del Evangelio: «Téngase piedad de mí, por lo menos un año más». Prometo firmemente portarme en todo como verdadero salesiano. Ahora ya no tengo las ocasiones próximas para hacerme caer. Me someteré en todo y completamente al Director de la Casa, menos en lo que él me ordenara (cosa que no sucederá), aceptar obras que me retuvieran más de ocho días fuera de la Casa. En una palabra, seré ejemplo de edificación para los hermanos religiosos, como lo fui en otra época, antes del exilio.

Si, una vez que haya pasado algún tiempo en perfecta obediencia, me querrán borrar aquella terrible sentencia del señor P. Borghino, yo le agradecería de todo corazón. Sino, paciencia. En cuanto a mí, digo y protesto que quiero vivir y morir salesiano –alma, vida y corazón–, como se dice en castellano.

Una cosita más. Si ahora perdieron la confianza con Pankeri respecto a la posesión de las cosas de Quito, no tengo ni nada puedo tener en contra, que yo las ceda a la persona en que ellos tengan confianza. Tanto privadamente, como con escritura pública. Gracias a Dios no tengo apego a las cosas de este mundo. Piensen y escriban. Yo estoy dispuesto a todo lo que deseen.

Y finalmente, pido otra gracia. Cuando usted me conteste y espero que sea pronto, hágame la caridad de decir a los Superiores de la Casa de Quito, si pueden admitirme a la S. Comuni⁵⁸.

58 No podía comulgar habiendo sido excomulgado junto con otro hermano religioso, por haberse negado a vender o entregar al arzobispo de Quito, Federico González Suárez, la propiedad de Atocha, como se explicó al inicio de este capítulo.

Hasta que usted avise al respecto, yo no me acercaré a comulgar. ¡Y esto sí que me pesaría! Más que la sentencia del P. Borghino.

Por último, confío en la misericordia del Señor y la bondad de usted. ¿Podré tener esperanza? Si usted no puede mandarme desde allá su paterna bendición, al menos no cierre el corazón a su natural piedad, por este pobre hijo, que parece destinado a sufrir. Y sufrir siempre vehementemente.

Fiat voluntas Dei.

De Usted MR Devotísimo en GM Jacinto Pankeri"

Desde Marsella Jacinto llegó a Le Havre, tomó un barco de una compañía de Hamburgo, viajó en tercera clase y llegó a Veracruz, en México, donde fue huésped de la Casa Salesiana. El director de esta casa, el P. Guglielmo Proni, le escribía al P. Albera el 25 de julio de 1913 (d. 201), para preguntar si debía pagarle el viaje a Pankeri desde allá hasta Guayaquil, en el Ecuador (pasando por Santa Cruz y Panamá). Proni decía que retendría a Pankeri hasta la llegada de una respuesta de Turín, diciendo: "No sé si él acepte esperar aquí la respuesta de Turín". Entre tanto, Pankeri ya había escrito a Ibarra que el trabajo lo terminaría él mismo, por lo cual los compradores de la instalación se resistían a entregar la suma pactada y no se decidían a comprar.

Durante la breve estadía en México, Pankeri escribió nuevamente al P. Albera, en julio de 1913 (d. 165). Entre otras cosas, a lo que ya dijera en la carta desde Marsella, agrega:

Me siento desgarrado en la mente y el corazón por haberle debido causar disgusto a usted y a los otros miembros del Capítulo General. Pero la idea de mis compromisos en el Ecuador y las promesas hechas antes de viajar desde aquella República, me impulsaron a llegar a tal extremo. Quisiera arrepentirme de este hecho, quisiera maldecir el momento en que asumí tales compromisos. Pero pensando en las circunstancias que los acompa-

ñaron y los propósitos por los cuales fueron emprendidos, pensé en esta y estos, no puedo arrepentirme de haberlos aceptado. En todo caso prometo firmemente no aceptar jamás otros. ¡Así tuviera que vivir cien años!

Y luego así continuaba:

No veo la hora de llegar a Ibarra (Ecuador), para calmar los clamores contra Pankeri y con él contra los Salesianos; llamándome –badulaque, tramposo–, etc. Una vez que haya terminado de arreglar ese asunto (la instalación de la luz eléctrica en Ibarra), si no hay prohibición, pasaré por Quito para terminar los otros asuntos, especialmente el de la herencia de Cornejo. ¿Y luego? Adonde Dios quiera, aunque fuera en el último extremo de la tierra, aunque fuera en el otro mundo. En todo caso, así me lo aseguró una vez el P. Rua, yo debo prepararme para padecer todavía mucho.

De estas cartas se intuye el sufrimiento de Pankeri, que está luchando entre los compromisos de peso tomados en el Ecuador y la voluntad de los Superiores, que no querían dejarle volver a ese país. Pero él, como lo dice en otra parte, opina que debe cumplir en primer lugar, con los compromisos que le impusiera el derecho natural. En cierto sentido, aprovecha un poco el hecho de su suspensión o exclusión de la Familia Salesiana, después del terrible veredicto del P. Borghino, y se siente libre de juzgar él mismo, lo que debe hacer y lo que no debe.

Desde México, el 18 de septiembre de 1913, Pankeri le escribía también al P. Gusmano, diciendo que ingresó a hacer los ejercicios espirituales en “S. Julia”. Dice que allá pudo calmar su “agitadísima alma” gracias a los “cuidados más que paternos” de los sacerdotes (d. 166). Anunciaba también que continuaría el viaje hacia el Ecuador. El 23 de septiembre, en efecto, se embarcaba en un buque japonés. Volvía a prometer que, una vez que hubiese terminado las obras en las cuales estaba involucrado, se pondría a disposición de los Superiores. Pero, le repetía al padre Gusmano lo que le había dicho al P. Inspector de Mé-

xico: "Si los Superiores me expulsaran de la Congregación por la puerta, yo volvería a esta por la ventana". Para facilitar la continuación de su viaje de México a Ecuador, el doctor Peñahe-rrera, ejecutor testamentario de la señora Dolores Cornejo, le enviaba 500 escudos a Pankeri. Pero parece que Pankeri jamás los recibió. Todos los buenos propósitos hechos por nuestro coadjutor durante el viaje, es decir, ponerse a disposición de los Superiores, incluían la cláusula expresada en la carta escrita al P. Albera desde México: primero debía concluir los trabajos de Ibarra, como lo prometiera.

En una larga carta de 18 páginas, enviada a su sobrina Giulia Pankeri (d. 54), cuenta su viaje de vuelta al Ecuador. Escribía desde Piura (Perú) -10 años después de este evento-, donde, en el destierro, podía tomarse el tiempo para volver a recorrer su pasado:

Te diré brevemente cómo llegué al Ecuador, después de haberme despedido de todos ustedes en 1913, poco después de la muerte (santa) de la Amabile.

Como ya lo saben todos ustedes, volví a Turín. De allá volví a Roma, luego nuevamente a Turín; luego a España y Francia. En los primeros días de julio me embarqué en el puerto de Le Havre (al norte de París), en un barco francés, el cual, entre otras cosas, llevaba a unos cien obreros, casi todos españoles, destinados en su mayoría a México. El mar era sumamente tranquilo, como si fuera de aceite. E incluso demasiado tranquilo, porque no soplando ningún viento, los pobres maquinistas (los fogoneros) del barco se asfixiaban por falta de oxígeno, mejor dicho por falta de aire que sacara el ácido carbónico producido por la combustión. Y con mucha frecuencia, los sacaban de las profundas calderas, medio muertos. El décimo día de nuestra navegación, llegamos al puerto mexicano de Veracruz. Allá salí del barco con un calor tal, que yo sentía derretirme. Por suerte, estaba listo el tren de ferrocarril hacia la capital, que se llama también México. No me

propongo describirte extensamente sobre la ciudad, y aún menos el país, que es uno de los más grandes de América.

En todo caso, describe sucintamente las regiones que visitó, la ciudad de México, su museo de arqueología, al cual todos los días iba y el arte de los antiguos mexicanos y los aztecas, además de las empresas de Moctezuma y los sacrificios humanos ofrecidos a las divinidades, en ocasión de las festividades. Luego continúa diciendo:

Pero por fin llegó el momento de dejar México y emprender viaje para el Ecuador. Mientras estaba esperando la llegada del barco, quise visitar el santuario de la Virgen de Guadalupe, célebre en toda América. Está situado al pie de una colina, desde la cual se puede ver toda la ciudad y la laguna cercana. Se disfruta desde allá de un panorama encantador... La bella y milagrosa imagen de la Santísima Virgen, está rodeada de un altar que es uno de los más ricos del mundo, porque la plata y el oro están allá abundantísimos. El templo es más grandioso... Visité también la colina donde tenía su villa el pobre Maximiliano, a quien los mexicanos (y Napoleón III) traicionaron y mataron injustamente. Se llega allá por un amplio camino, recto y bellissimo. Uno de los más hermosos del mundo. Y para hacerle aún más hermoso, colocaron a ambos lados un gran número de villas, villas más pequeñas, de todas las formas y estilos y todas rodeadas por pequeños jardines siempre, todo el año, verdes y floridos. En suma, puedo decirte que tanto el arte como la naturaleza se unieron para hacer de México, una de las más hermosas capitales del mundo...

Por fin me despedí de los superiores y los hermanos salesianos de allá y abandoné con un poco de pena una ciudad tan hermosa. Crucé el istmo en cinco horas de ferrocarril y llegué a Salina Cruz, puerto principal de México en el océano Pacífico. El segundo día de mi llegada a ese puerto, llegó un gran barco japonés que iba al Perú. Me embarqué en ese buque, y en nueve días de navegación en línea recta llegamos a Callao, puerto peruano cercano a Lima. Dicho barco contenía más de cuatrocientos japoneses y unos cien chinos. En él tuve ocasión de ver por primera vez y observar

las costumbres japonesas. Te aseguro que quedé edificado por la sencillez de su vida y costumbres. Humildes, pacíficos y moderados. Los mismos oficiales del barco eran gente afable y sociable, nada altivos. Los pasajeros era toda gente del pueblo, pero casi todos sabían leer y escribir. Se aproximaban a mí, y como podían se hacían entender para que yo les enseñara la pronunciación de las letras y palabras españolas. Casi todos estaban destinados a Perú. En todo el trayecto no vi una acción que pudiera decirse malvada. ¡Qué diferencia de los emigrados españoles, en el viaje de París a México! No se escuchaban más que gritos de jugadores, blasfemias y palabrotas. ¡Qué vergüenza para los católicos españoles ver a los paganos japoneses! ¿Qué podrán aducir para su disculpa nuestros blasfemadores católicos, sean españoles o italianos, ante los paganos, cuando aparezcan al tribunal de Dios?

El primer día de navegación seguía siendo un poco caluroso, pero poco a poco disminuyó la temperatura, al punto que ya no se podía subir a la cubierta del barco sin abrigo. Por fin llegamos a Callao. Allá desembarqué. El barco japonés continuó su viaje a Chile. Ya desembarcado en Callao fui a Lima y allí visité rápidamente también el santuario de S. Rosa. Luego volví a Callao y me embarqué a Ecuador, a donde llegué cinco días después. Cuando llegué a mi amadísima ciudad de Quito, me prometí a mí mismo, ya no alejarme de esa capital, porque en su ausencia había sufrido demasiado por añorarla. Pero he aquí que siempre es verdad que —el hombre propone y Dios dispone—. Él, por medio de los sicarios de Satanás, me hizo sacar violentamente de esa ciudad y me impulsaron hasta acá. ¿Qué hacer? ¡Bendecir la mano de Dios que me castiga y me premia al mismo tiempo! ¡Bendito sea Dios!

Después de haber leído esta carta mía, quedarás un poquito asombrada y en admiración y ya me parece escucharte exclamar: «¡Cuánto viajó nuestro tío!». Y es verdad. Yo sé mucho y mucho más de lo que tú puedes saber. Pero por eso, ahora que mi vida se acerca a su final, ¿qué deberé decir?, ¿debería decir que esto es una nada?, ¿qué es todo vanidad, como exclamaba Salomón? Pero si observamos las cosas desde otro punto de vista, puede ser que no sea vanidad; todas estas cosas pueden acercarnos más a Dios, si nosotros lo queremos... Otra cosa, tú ves que

vijé muchísimo, cuando me detengo a hacer una comparación entre la moralidad de costumbres de los diversos pueblos que conozco, siempre llego a concluir que en ningún lugar encontré la moderación, las virtudes sólidas y la verdadera religiosidad que se encontraba en Romallo y Revò, y en general en todas las poblaciones del Valle de Non. Y con pocas excepciones, en todos los otros valles del Tirol. Pero con gran pena escucho que incluso allá arriba, el diablo metió su venenosa y mortífera cola... Pero si puedo juzgar de las astucias que usó para ingresar al Ecuador, quisiera creer que la masonería fue la principal causa para que se introdujera el mal. La primera cosa que hicieron los radicales masones, en el Ecuador fue apoderarse de la instrucción que debió darse a la juventud, especialmente en la escuela secundaria y las universidades.

Así pues, Pankeri llegó al Ecuador en septiembre de 1913. Por desgracia, los encargos que él ya había tomado lo mantuvieron nuevamente alejado de la Comunidad Salesiana y los buenos propósitos hechos, fueron desvaneciéndose incluso porque, probablemente, no había sido reintegrado oficialmente a la Comunidad Salesiana. Mejor dicho, los encargos se multiplicaron y eso es confirmado también por una carta escrita por el P. Degiovanni, director de La Tola, o sea del Colegio Don Bosco de Quito: "Por su generosidad de servir a todos, sin exigir ninguna recompensa, hizo una infinidad de relaciones sociales tales que le hicieron totalmente imposible la vida retirada del buen salesiano". El P. Degiovanni había sabido de la llegada inminente de Pankeri a Quito, pero el 10 de septiembre de 1913, como lo escribe al P. Gusmano, aún no le había visto. Aunque Pankeri sí asomó. ¡Y de qué manera!

3.4. Reingreso a Quito y actividad de Pankeri entre 1913 y 1924

Jacinto Pankeri llegó a la dirección de la Casa Salesiana de Quito, agitadoísimo, según lo que dijo P. Degiovanni (d. 214).

Y saludando con estas palabras: “¡Querían burlarse de mí y yo me burlé de todos!”.

El P. Degiovanni cuenta que Pankeri, antes de viajar, había dicho que “si se hubiese enterado que alguien había trabajado para alejarle del Ecuador, cometería una barbaridad”. Evidentemente, como se vio, aún antes de salir de Quito sospechaba la clase de conspiración que se armara contra él. El P. Degiovanni comenta la conducta de Pankeri de esta forma:

Obra como si para él no hubiera ningún superior. Una vez, por haberle dicho que si seguía así obligaría a los superiores a expulsarlo de la Congregación, me contestó que, en tal caso, nosotros hubiéramos debido salir todos de esta Casa, por ser él, el propietario. Y cuando volvió de Turín, ya lo sabía usted, me dijo: «Yo soy el heredero de los bienes de la Dolores Cornejo, si ustedes me vuelven loco sabré perfectamente cómo voy a emplear los 80 000 sucses».

Acerca de estas relaciones personales entre Pankeri y el P. Degiovanni y otros superiores suyos, se pueden hacer algunas observaciones:

1. Pankeri, según el P. Degiovanni, seguía estando en la congregación, a pesar de la sentencia del P. Borghino y a pesar del convencimiento de Pankeri de estar afuera de la misma (*vid. infra*: cartas enviadas durante el viaje al Ecuador al superior de Turín). Por supuesto, respecto al hecho de su expulsión de la congregación, nuestro coadjutor lo aprovechaba un poco y se sentía libre de actuar en total autonomía, pero lo aprovechaba también el P. Degiovanni. Además, es presumible que toda la congregación estaba muy atenta ante la conducta de Pankeri, que en el Ecuador ya había llegado a ser la personalidad clave, propietaria de todos los bienes de los salesianos y heredero de los bienes de la señora

Dolores Cornejo. Por tanto, su incolumidad física y moral, eran sumamente importantes para toda la familia salesiana.

2. De las cartas y las observaciones del P. Degiovanni, emerge la estrechez de su visión, que no podía compararse con la amplitud de ópticas de Pankeri, quien buscaba el progreso técnico no solo de la Familia Salesiana y las escuelas, sino también de las ciudades donde trabajaba. Para él, las cosas debían hacerse de acuerdo a la marcha de la época y buscaba en el mercado los mejores equipos, para aumentar la eficiencia de los talleres salesianos y el consiguiente lucimiento que de eso venía, pero sobre todo para mejorar la formación de los alumnos que frecuentaban tales talleres.

El P. Degiovanni, en la carta citada anteriormente, añade lo siguiente: "Ahora Pankeri continúa pasando la mayor parte de su tiempo trabajando a causa de su luz eléctrica que ya funciona. Vive en la casa del Obispo (de Ibarra), me asegura que siempre cumple con sus prácticas de piedad".

El P. Antonio Guerriero, que lo tuvo como hermano religioso durante los últimos años de su vida, comenta, respecto de esta correspondencia: "Existen enormes exageraciones y errores: lo probaré en la biografía" –que empero jamás logró escribirla, aparte de unas pequeñas notas y alusiones–. Entre tanto, Pankeri, no se daba por vencido. Defendía sus puntos de vista escribiendo también a los Superiores. El 8 de abril de 1917 así le escribía al P. Comin –inspector en Quito, de 1910 a 1920– (d. 185):

Señor Inspector:

El Señor Director de esta Casa dice haber recibido en estos días una carta de usted, en la cual están contenidos muchos cargos

contra mí, cargos por los cuales el mencionado Señor Director me impone, como deber de consciencia, contestar yo mismo. Con la presente carta pretendo llevar a cabo (por última vez, espero), esta obligación:

En primer lugar, quisiera pedirle a usted que se abstenga de escribirle al Señor P. Giuseppe semejantes acusaciones contra Pancheri. Me parece que el nombrado Señor Director, ya tiene demasiadas cosas a su cargo en esta Casa, sin que deba ocuparse ya repetidas veces de las cosas muy desagradables de Pancheri.

En segundo lugar, me parece necesario repetir aquí lo que dije y escribí varias veces: es decir que fui encargado simple y legalmente de ocuparme de las cosas materiales de esta Casa en Quito. Así pues, debo cumplir con tales hasta que estén terminados los encargos o hasta el momento en que Dios me de salud y vida. Los asuntos no dan muestra de estar a punto de terminarse y al contrario, en estos últimos meses, se complican no poco. No está conforme con el honor de la Congregación ni con mi carácter, dejar las cosas incumplidas, por eso, repito, lo dije tantas veces, no puedo dejarlas a medio hacer.

En cuanto a las excomuniones de los Prelados de aquí, etc., le diré que no las temo. Porque en el campo de la verdad no me pueden tocar. Si yo me hubiera apropiado de alguna cosa perteneciente a la Congregación, pudieran recriminarme. Pero gracias a Dios, en esto la consciencia me tranquiliza bien. Usted dice que de eso vivo, que vendo, etc. Empleo cosas para vivir y vendo cosas que no son propiedad de la Congregación. Cuando hayan entrado a la Congregación, la cosa será muy diferente. Pero por ahora puedo decir que los testadores,⁵⁹ pusieron toda su confianza en mí, y yo uso todas mis facultades para no traicionar su confianza; y confío en Dios que así lo haré en el porvenir. Si al Sr. P. Giuseppe, le llegaron algunas molestias y disgustos acerca de

59 Es verosímil pensar que Pankeri aluda a los trámites relativos a la herencia de la señora Cornejo.

estos puntos, yo creo que Dios los permitió porque él dispuso de varios miles de escudos en cosas contrarias a las disposiciones de los testadores y nuestros benefactores. Espero que Dios me de la fuerza de no caer en la misma tentación para cualquier cosa en el mundo.

En cuanto a las amenazas relativas a lo que dirán nuestros Señores de Turín, repetiré también lo que le dije otras veces a usted, o sea que después de las cartas que nos intercambiamos hace dos o tres años, creo que no haya más cosas ni de quitar ni de añadir.

G. Pancheri

El hecho de que Pankeri era realmente dueño de la casa de Quito y de los bienes salesianos, lo atestigua también el padre Comin,⁶⁰ que le escribía al P. Gusmano, en agosto de 1919 (d. 204), proponiendo unas soluciones para hacer pasar los bienes de los salesianos de Pankeri a la congregación:

Dicho hermano es el amo de nuestra Casa de Quito: testar a favor de herederos no conviene: la ley exige en tales herencias un 15%. Conviene, por tanto, que Pancheri haga una venta a quien lo indiquen los Superiores. El impuesto sobre las ventas no es tan grande. Pero aviso que los compradores se hallarán en la misma casa, y por tanto, no sé a quién recurrir para evitar el pago del 15%.

Y luego continúa diciendo, que recurrir a un abogado pudiera ayudar a buscar el camino para evitar el pago de estos impuestos.

Entre tanto, Pankeri, lleno de trabajo y compromisos, mal visto por sus hermanos religiosos, propietario de los bienes de los salesianos en Quito, era realmente una fácil presa para los

⁶⁰ Se trata de una carta escrita desde Guayaquil al P. Gusmano (Turín), después de una visita del P. Zonin a Quito.

liberales, que estaban en el poder y que odiaban a los religiosos. Por tanto, incluso los superiores locales y los de Turín, temían por su integridad. Lo que hizo derramar el odio contra Pankeri fue el hecho de que Jacinto Jijón Caamaño, después de haber confiado sus bienes a Pankeri, se dedicó a sostener la revolución contra el Gobierno masón. Este hecho le costó el exilio a Pankeri.

3.5. El destierro a Perú, el regreso a Quito y el reintegro de Pankeri a la familia salesiana (1924-1927)

Pankeri, narra su destierro en una carta escrita desde Lima, el 26 de mayo de 1924 al Rector Mayor, P. Felipe Rinaldi. Él recuerda que en enero de 1924 hubo en el Ecuador las elecciones del Presidente de la República. Los católicos y los conservadores se pusieron de acuerdo contra los radicales, para elegir a un presidente, pero no lo lograron. Entre los dos partidos hubo batallas con muertos y heridos; los católicos organizaron la revolución.

El señor Jacinto Jijón, alumno y amigo de Pankeri, fue involucrado en dicha revolución y al final, después de la victoria de los radicales, tuvo que esconderse en Quito. Previendo abandonar el país, como luego sucedió, alquiló todos sus bienes a Pankeri. Jacinto Jijón, había tomado partido por los revolucionarios, siguiendo el consejo de otros amigos y de su esposa, a pesar que Pankeri intentó disuadirlo. Las propiedades alquiladas a Pankeri consistían en tres, fábricas de tejido, un molino, un ingenio de azúcar, una biblioteca, un museo con una pinacoteca, además de extensos terrenos bien cultivados. Se trataba de un enorme patrimonio.

Antes de aceptar los bienes de Jijón en alquiler, Pankeri había pedido consejo a sus Superiores y al general Leonidas

Plaza (que fue dos veces Presidente de la República y era el jefe de los radicales activos). A pesar de ser radical, Plaza demostraba ser amigo de los salesianos. Entre otras cosas, como lo dijimos, permitió a los salesianos volver a entrar a las cárceles de Quito, para celebrar la Santa Misa y confesar a los presos y además había concedido a Mons. Costamagna y a otros salesianos, volver al Ecuador.

Muy pronto el Gobierno empezó a perseguir a las personas que tomaron parte en la revolución, y entre estas a Jacinto Jijón, que aún no había salido del país y permanecía escondido en el Ecuador. Los funcionarios del Gobierno, no pudiendo atacar a Jijón, atacaron a Pankeri, porque, según ellos, él había sido el educador más influyente del joven Jijón y era aquel que, según ellos, le había que entrase a la revolución contra el Gobierno. A causa de tales acusaciones, Pankeri fue desterrado al Perú. De hecho, este pretexto, aunque no correspondía a la verdad, no faltaba y Pankeri fue tomado a traición: capturado, encarcelado y enviado, sin ningún juicio, al Perú, a Lima.

Este hecho sucedió la noche del 15 de mayo de 1924, en una de las haciendas de Jijón. Las protestas de Pankeri no lograban ningún resultado, menos aún el hecho de que al final fue mantenido bajo vigilancia por tres soldados. A pesar de esta, Pankeri pudo avisar a los salesianos de lo sucedido por medio de un obrero. Al día siguiente de su detención, Pankeri debía dejar Quito para ir a Riobamba y Guayaquil. El periódico *"El Telégrafo"* publicaba que el Gobierno había desterrado "al extranjero pernicioso" Jacinto Pankeri, que, según el general italiano Pircio Birolí, ni siquiera era súbdito italiano. Pankeri escribió al padre Rinaldi, Rector Mayor de los salesianos en Turín, de esta manera (d. 106): "No puedo creer que en un general italiano haya tanta ignorancia; especialmente de la geografía del Trentino, que tiene tanto que decir y hacer al Ejército italiano". Es superfluo

recordar que el Trentino, territorio del Imperio austro-húngaro, había pasado a Italia al final de la guerra de 1915-1918.

Pankeri recuerda, además, en la misma carta, escrita la noche antes de la salida de Quito:

En la oficina del comisario Dávalos, pasé la primera noche. Dormir fue imposible, ni siquiera por un minuto. Una vez calmados los primeros movimientos de ira, sucedieron las impresiones de nostalgia por deber abandonar un país donde viví más de treinta años, amado y estimado –hasta demasiado– por buenas personas y también por muchos radicales. Poquísimos son los que me odian, pero estos pocos tienen en sus manos las bayonetas y los cañones y son casi energúmenos en su ateísmo. Pero poco a poco se calmaron las fuertes impresiones; y gracias a Dios entró la calma; y en tal estado empecé a pensar un poco, y comprendí que lo mejor que podía hacer, era encomendarme a Dios, María SS. Auxiliadora, Don Bosco y el P. Rua. Luego recé varias veces el Santo Rosario, y el primero fue para el bien del Coronel Santos, mi principalísimo enemigo; y luego fue para el Presidente de la República y el tercero por todos mis enemigos.

En esos momentos de sufrimiento transcurridos en la cárcel, antes de emprender el viaje a Lima, revisó su vida, pensó que acaso ese alejamiento violento de un país que tanto amaba, fuera una providencia, por su preparación a la muerte con más libertad. A pesar de eso no renunció a presentar sus protestas. A las cuatro de la mañana, Dávalos, que lo vigilaba, le ordenó levantarse y seguirlo, subir a un automóvil para llegar al tren que lo llevaría a Guayaquil. Estaba acompañado por un guardia secreto de Policía que no lo dejaba hablar con nadie. En Riobamba, viajaron por tren y pasaron la noche en la sede de la Policía local. Viajaron al día siguiente a Guayaquil, donde Pankeri pudo encontrar a un capellán, antes de ser encerrado en un “calabozo” de 60 x 90 cm. En el corazón de la noche lo transfirieron a otro cuarto, junto con otros tres malhechores que estaban amarra-

dos con cadenas uno a otro y hacían parte de una banda de asesinos, que asustaba a toda la zona.

Pankeri protestó por ser tratado igual que los malhechores y fue llevado a otro cuarto, donde permaneció hasta la mañana, cuando recibió un pésimo café y luego nada más, hasta las cinco de la tarde. Pudo quitarse el hambre en una fonda, solo cuando lo mandaron para sacarse unas fotos necesarias para la expatriación. Luego pasó otra noche en la cárcel. El lunes 19 de mayo de 1924, a las dos de la tarde, fue embarcado en un vapor alemán y el 27 de mayo de 1924, vísperas de la fiesta de María SS. Auxiliadora, llegaba a Lima, al colegio salesiano.

Allá, Pankeri siguió protestando, enviando cartas al Gobierno ecuatoriano, inclusive a través del inspector salesiano de Quito (que en 1924, era el P. Luigi Comoglio). Recuérdese que pocos meses antes, el Presidente de la República había declarado a Pankeri: “benemérito de la Patria”, por todas las obras públicas y privadas que realizara en el Ecuador. ¿Cómo así entonces el mismo presidente lo declaraba “extranjero pernicioso”? Esto se pregunta Pankeri en la carta que acabamos de citar, enviada al P. Rinaldi (d. 106):

¿Por cuál de las obras buenas realizadas quisieron desterrarme?
¿Les está permitido a ustedes castigar a un ciudadano romano, sin ninguna forma de juicio? Para Pancheri, ninguna disculpa: al contrario, cuando preguntó por qué le enviaban al destierro, se le impuso silencio, bajo pena de ser horriblemente castigado: por eso protesto con todas mis fuerzas.

El verdadero motivo del destierro de Pankeri, está indicado en una carta del P. Comoglio, director de La Tola, que escribió desde Quito al P. Rinaldi, el 22 de mayo de 1924 (d. 205):

Queridísimo Rector Mayor, debo darle una noticia desagradable. El Gobierno del Ecuador, el 16 del presente mes, envió al exilio

al hermano G. Pancheri. El motivo es el siguiente: desde hacía mucho tiempo, el señor Pancheri es muy amigo y casi servidor de un señor Jacinto Jijón, del cual fue tutor. Pasaba meses enteros en su hacienda. Este Jijón, hombre muy rico, en estos últimos meses se unió a la revolución, al menos con dinero, contra el Gobierno, y tuvo que ocultarse para no ser encarcelado.

El señor Pancheri, para salvar las propiedades del amigo, tomó en arriendo las haciendas de Jijón, por supuesto sin ningún permiso nuestro. Yo lo supe después de que el contrato fue hecho. En esa propiedad, el señor Pancheri puso en la puerta un letrero que decía: «Propiedad italiana». El Gobierno le avisó a Pancheri que debía retirarse de tales asuntos: no hizo caso, y esta fue la causa del exilio. Yo lo supe dos días antes: le avisé a Pancheri, pero él, demasiado confiado, no me hizo caso. Yo creo que el ministro italiano Sr. Vincenzo Filetti, muy deferente con nosotros pero muy dolido por estos asuntos de Pancheri, estaba de acuerdo con el Gobierno. El ministro nos dijo: «No quiero que Pancheri ponga en peligro a la colonia italiana y a los salesianos». Y creo que nosotros no estamos involucrados para nada: porque todos saben que Pancheri lo hacía y lo deshacía todo, independientemente de nosotros. Esto el Gobierno lo sabe. El superior de Policía dijo en esa ocasión: los Salesianos no se han metido ni se metan en política. El Sr. Pancheri está viajando al Perú: les avisé a los Superiores de allá, encomendándolo.

Yo creo que en esto hay la mano del Señor. Con los medios persuasivos de la caridad, no nos fue posible hacerle vivir a Pancheri la vida del buen religioso y el Señor se valió del Gobierno para hacerle vivir retirado en alguna casa salesiana y terminar tranquilamente sus días, porque ya se acerca a los 70 años. Me escribió diciéndome que está muy resignado ante la voluntad de Dios.

Me encomiendo a su oración.

P. Camoglio.

Sí, el P. Camoglio presentaba a un Pancheri derrotado y resignado, lo mostraba cercano al final de sus días, pero la fibra

moral y física de Pankeri, le permitirá recorrer aún mucho camino. Entre tanto, Pankeri era bien acogido por los hermanos salesianos de Piura, poco lejos de Lima. Desde ahí, el 1 de junio de 1924, escribe una larga misiva a sus hermanos y a su hermana Santina. Citamos aquí algunos fragmentos significativos de tal carta (d. 53).

El mismo Presidente de la República, hace pocos meses, por haberle dado un excelente parecer sobre la construcción de un ferrocarril y otras obras de utilidad pública, con una carta firmada personalmente, me agradecía de todo corazón, etc., etc. En pocas palabras, me declaraba "benemérito de la patria ecuatoriana". Y pocos meses después, firmaba el decreto de mi expulsión como extranjero pernicioso. Un fenómeno similar se puede explicar tan solo conociendo el carácter débil del Presidente y el deseo ardiente de la masonería de alejarme de ese país. Pero hacía falta el pretexto de una al menos aparente legalidad y el motivo se presentó con la ocasión de las elecciones del nuevo Presidente de la República, que tuvieron lugar a mediados de enero de este año. Por esta circunstancia los católicos de toda la república, hartos de soportar el pesado y sumamente injurioso yugo de los radicales, se unieron para elegir un presidente católico y sin duda hubieran triunfado con gran mayoría.

Pero el Gobierno aquí es dueño absoluto del ejército, el cual no está formado por todas las clases sociales como donde nosotros, por el hecho de que el servicio militar obligatorio vale para todos. Aquí, como en toda América, el ejército está formado por gente ociosa en su mayoría y no rara vez por individuos de mala fama; el Gobierno le paga bien, por lo cual son casi siempre servidores sumamente fieles. Ellos tienen también el derecho de elegir a los funcionarios públicos y en esta ocasión –como siempre.– los soldados también daban –o mejor dicho, estaban obligados a dar con subterfugio casi siempre, pero también descaradamente, no pocas veces–, diez, veinte, treinta y más votos cada uno. Además de eso, hubo peleas terribles en varias poblaciones entre los radicales y los católicos. Hubo muertos y heridos, sobre todo católicos. Con esta clase de libertad, está claro que debían triunfar los

liberales-radicales. Eligieron a uno de sus corifeos, cierto doctor Córdova. Terminada tal tragedia, los radicales esparcieron a los cuatro vientos, por medio de sus diarios, que la culpa de la sangre derramada era de los católicos, de los fanáticos sacerdotes, frailes y monjas, las calumnias de siempre.

Pero, los católicos..., concertaron secretamente preparando una revolución para librarse del actual, injusto Gobierno, el cual, según la Constitución del Ecuador, debe seguir gobernando hasta el 31 de agosto, día cuando entrará en funciones el nuevo presidente, que durará en su cargo cuatro años –si Dios lo permite–. Dicha revolución terminó apenas se declaró. El Gobierno descubrió sus planes, ellos tuvieron que huir y dispersarse. Uno de los jefes fue cierto Jacinto Jijón y Caamaño, antiguo alumno mío, miembro de una de las principales familias del Ecuador, por nobleza de sangre y riqueza, hijo de un insigne benefactor de los Salesianos de Quito, buen católico como el padre y todos sus antepasados. Este joven –ya de 33 años, padre de familia–, no pudiendo huir, se escondió en Quito. Los radicales, sabiendo que yo era muy amigo de él, suponían que yo conservaba relaciones personales. Pero no pudiendo tener pruebas de ninguna clase y sabiendo que yo era extranjero, no se atrevieron entonces a atacarme a mí; pero yo les di la ocasión y sin quererlo. Dicho señor, suponiendo que no hubiera podido permanecer con vida por mucho tiempo, pensó en arreglar todos sus asuntos y pedir su pasaporte para irse al destierro. Pero se le presentaba la grave dificultad de hallar a una persona a quien pudiera confiarle sus tres fábricas de tejido, un molino de tipo americano, un ingenio de azúcar, extensos terrenos bien cultivados, tres casas en Quito, etc., etc.; y sobre todo, una biblioteca y un museo con un valor de cerca de un millón y medio de escudos. La persona que tenía toda su confianza era Jacinto Pancheri.

¿Cómo hacer? Yo preveía que me cayeran encima muchas molestias, pero no esperaba un destierro, porque ya había en Quito un ministro plenipotenciario que vino al Ecuador y representaba al Rey de Italia y protegía a los súbditos italianos. Él dijo: «El Gobierno no puede ver con malos ojos el hecho de que usted acepte un alquiler de las propiedades del Sr. Jijón: si se tratara de una

venta, pudiera decir que la hace para burlar al fisco, pero el alquiler no constituye propiedad. Incluso le diré que el Gobierno desea que Jijón se vaya del Ecuador y usted, aceptando el alquiler, facilita esta salida. Esta persona se mantuvo siempre como amigo nuestro».

Pankeri, cuenta luego de su captura sucedida entre el 15 y el 16 de mayo de 1924, de su encierro en el calabozo, de su liberación y su viaje al Perú, cuando se embarcó escoltado por los militares desde el puerto de Guayaquil, en el buque Roland Linie, de una compañía alemana. Cuando llegó al puerto de Callao, continuó el viaje en tranvía hacia Lima, donde llegado a la casa de los hermanos salesianos, fue acogido con calor fraternal. Y luego Pankeri continúa en la carta:

Ahora constatamos el daño que me han hecho mis perseguidores. Lo que hacen las sanguijuelas con los enfermos: ni más ni menos. Ellos chupan la sangre del enfermo y satisfacen su instinto sanguinario, pero sin saberlo curan la enfermedad del paciente. Así, creo yo, los sectarios ecuatoriales lo hicieron conmigo: saciaron su envidia, su malignidad masónica, pero sin saberlo curaron al pobre Pancheri, de su fuerte apego sensible con el Ecuador y los ecuatorianos, apego este no conforme a la perfección religiosa. Además, ellos me brindaron la ocasión de prepararme mejor para la muerte que, tal vez o tal vez no está cerca de mí, preparación muy difícil en el Ecuador por los múltiples cuidados de cosas materiales que me fueron confiadas. ¿Y entonces? Entonces, muchas gracias a los señores radicales y masones. Dios se los pague no por el deseo que ustedes tuvieron de hacerme daño y no pudieron, sino por el bien que puede resultar para mí y Dios me ayuda en eso de la ira de ustedes contra mí, ira que aumentó cuando yo no quise (y no podía, por mi consciencia), aconsejar a mi alumno Jijón, que se pusiera junto a ellos en las elecciones, prometiéndoles las mil maravillas y un ministerio en el Gobierno. ¡Imagínense si yo pudiera dar un consejo semejante!

Terminaré encomendándome a las plegarias de ustedes. Saluden a nuestros parientes y a los que pregunten por mí por ser mis co-

nocidos. Yo oraré por ustedes. Cuando me escriban, la dirección será: Jacinto Pancheri, República del Perú, Escuela Salesiana en Piura por Payta.

Ni bien llegó a Perú, Pankeri fue encargado de la enseñanza en la escuela salesiana en Piura. Desde allá le escribe a la sobrina Giulia, el 24 de diciembre de 1924 (d. 54), contándole sobre su exilio en el Perú y sus actividades:

Mis ocupaciones en esta casa nuestra son muy diferentes de las que tenía en Quito. Aquí me dedico a enseñar y especialmente a vigilar a los muchachos de este Colegio. Ocupaciones fuera de la casa no tengo ninguna. Así que por ese lado mejoré mucho. Pero, habiendo Dios establecido que el hombre viva en esta tierra en medio de cruces –y esto por nuestro gran bien– es justo que incluso yo aquí también tenga la parte de cruces que me pertenece. En Lima estuve cerca de tres meses (un poco menos) y estando en el invierno, a pesar de que aquí no hay lluvias, el cielo casi siempre estaba lleno de nubes y neblinas bajas y poco altas. Entonces yo sufría de reumatismo. Los Superiores de allá me enviaron acá como a uno de los climas más secos del mundo. Y de hecho, apenas llegué aquí, mejoró el estado de mi salud.

Recordando luego nuevamente los ataques de la vejez, como el reumatismo, Pankeri nombra al padre Giuseppe que a los 61 años ya sufría mucho de reumatismo, pero acepta cristianamente las enfermedades, apelando a la voluntad de Dios. Y agrega:

Cuando nos asaltan las tristezas de las enfermedades o el temor de la muerte, recordemos el consejo de San Agustín que dice: ¿Te asusta la justicia de Dios? Lánzate a sus brazos y verás que, a pesar de ser Todopoderoso, ya no podrás alejarte de su presencia; porque antes de ser tu juez, fue tu Padre. Entonces, valor, y sigue adelante alejando de ustedes todo temor servil.

Interesantes son también sus consideraciones acerca de las relaciones con la familia, a la cual ahora Giulia representa

aunque con solo 26 años de edad, siendo ella quien mantiene correspondencia habitual con el tío Jacinto:

Volviendo a nuestro compromiso, leo en tus cartas que deseas que yo escriba con frecuencia. No puedo prometerte con seguridad lo que tú deseas, ya que no sé lo que Dios dispuso para mí. Te escribiré cuando pueda y aunque no les escriba, no dejo por eso de orar por todos ustedes. Esta es una obligación fraterna que siempre la tengo presente. Es también un deber de gratitud para con mis hermanos. Jamás olvido los beneficios recibidos de Beppi, por ejemplo, cuando yo era un muchachito enfermo; así también de Angelo (que en paz descanse); de Camilo, tu padre; de Santina, de Amabile que me cargó cuando era un niño (en paz descanse); y también de Marietta. En una palabra, yo me siento deudor con todos. Acaso sin ellos no hubiera podido conseguir mi vocación. Siendo deudor con todos, rezo por todos y ustedes orarán por mí, como así lo espero y se lo pido.

Luego hace una larga descripción del ambiente donde se encuentra. Vale la pena citarla aquí porque describe la naturaleza y sus fenómenos con gran habilidad.

Imagínate una gran llanura con una extensión de más de tres veces el Tirol; con una altura sobre el nivel del mar de 300 m como término medio; encima de esta están dos pequeñas cadenas de montañas que no rebasan los 700 m sobre el mar. Dicha llanura está limitada al occidente, al norte y al sur, por las altas cordilleras de Los Andes. Toda esta extensa llanura está cubierta de arena, más o menos gruesa. Esta arena golpeada por el viento en algunas partes donde este sopla más fuerte, forma unos puentecillos con formas extrañas que muchas veces desaparecen recién formadas, para volverse a formar en otro lugar. En toda esta región no existe ninguna clase de árboles. Tan solo uno que otro matorral aquí y allá, esparcidos donde el terreno se deprime un poco, y solo de ciertas plantas que impulsan sus raíces a gran profundidad. Pero dicha llanura es cruzada por algunos pequeños ríos que nacen en las altas cordilleras del Oriente. Cerca de tales ríos se admira una vegetación sumamente abundante, propia de las zonas tropicales. Aquí nos encontramos entre 3,5° y 7° de la-

titud meridional, por lo cual el sol calienta horriblemente. Calienta tanto que los mismos caballos y las mulas sufren en las uñas por los viajes en las horas más calientes del día. Gracias a este calor y a este aire tan seco, yo también tuve ocasión de experimentar la ilusión del espejismo.

Un día temprano por la mañana me propuse hacer una excursión a pie hasta una pequeña montaña, buscando muestras de piedras para las clases de mineralogía. Por descuido y por hacer más rápido, incluso me fui desprovisto de agua para la sed. A eso de las 9 de la mañana, el sol ya reverberaba sus rayos de fuego sobre aquellas arenas áridas, que muy pronto llegaron a ser incandescentes. La sed ya empezaba a hacerse sentir. A eso de las 10, el desierto, que se extendía entre mi persona y el puentecillo, empezó (aparentemente) a moverse, temblando como lo que se ve muchas veces también en nuestro país en verano, en el mayor calor del día. Por ejemplo estando a la altura de Rizolon, mirando hacia el pueblo de Romallo. Este temblor iba aumentando a cada instante; y poco después, al pie de la montaña adonde me dirigía, a pocos cientos de pasos de distancia, vi aparecer en el suelo una magnífica lagunita rodeada de árboles y cañaverales y de hierbas de ciénaga. Y la superficie del agua era golpeada por una fuerte brisa que soplaba desde el oriente; tanto que toda el agua se veía animada por un movimiento violento. Y para que la ilusión fuera completa, aparecieron sobre la laguna algunas nubecillas ligeras y esparcidas y animadas, estas también por la misma brisa; pero solamente encima de la laguna, dándole una benéfica sombra. Alrededor de la laguna aparecieron también algunos pequeños campos cultivados.

Al comienzo este fenómeno me dio una especie de miedo, porque los pequeños pueblitos esparcidos en este desierto, son en general peligrosos para los caminantes, especialmente si suponen que son ricos. Con frecuencia suceden asaltos y matanzas. Pero pronto me di cuenta de que tal paisaje con una laguna no existía, no podía ser sino un espejismo. Conforme yo me acercaba a la laguna, seguía viéndola siempre a la misma distancia. Al punto que cuando llegué al pie de la montaña, poco a poco desapareció completamente la laguna, desaparecieron las nubes y el paisaje; y

me hallé en el árido desierto con el sol que quemaba. Después de haber encontrado y recogido las piedras que buscaba, me volví hacia el occidente para volver a Payta, de donde había salido. Muy pronto volví a ver el fenómeno de antes y en mayor escala: a distancia de cerca de un kilómetro apareció otra laguna más grande y más claramente que la anterior. Esta laguna se dividía en dos brazos, la parte occidental y las olas, que en este lago también eran muy violentas, iban hacia un promontorio y provocaban unos chorros que se levantaban sobre la roca que formaba tal promontorio. Eran cerca de las 12:30 cuando empezó este último fenómeno, y precediéndome siempre a la misma distancia, me acompañó hasta las 4 de la tarde y un poco más, hasta que, disminuyendo poco a poco el calor del aire y del suelo, desapareció el fenómeno. Y a eso de las 7 de la noche estaba de vuelta en Payta, extremadamente cansado y sediento, pero contento por haber hallado las piedras que buscaba y aún más, por haber visto con experiencia personal, la verdad de un fenómeno que estudié en la escuela hace 50 años y haberlo visto otra vez descrito en la historia de Napoleón I, en una expedición suya a las pirámides de Egipto, en la guerra contra los turcos. Al día siguiente viajé en ferrocarril a Piura.

En la misma carta, Pankeri describe con muy buen conocimiento las actividades agrícolas de las poblaciones a lo largo del río Piura. No deja de dar noticias geográficas sobre la República del Perú. Describe los relieves de las montañas, la vegetación, las corrientes marinas frías provenientes del Polo Sur y los vientos que rozan el territorio peruano.

Desde el Perú, nuestro coadjutor escribe también una larga carta al “Duce” Benito Mussolini –que había sido alumno salesiano en el colegio de Faenza–, para quejarse de su destierro injustificado al Perú. Por el tono de la carta, se comprende que Pankeri había conocido a Benito Mussolini en Faenza, en el colegio salesiano. Él se queja, como ciudadano italiano, del comportamiento del ministro plenipotenciario del Gobierno fascista italiano, señor Filetti, quien parecía haber favorecido su

captura y su destierro. Citamos aquí a continuación algunos fragmentos de esta carta de nueve páginas escrita a máquina.

A Su Excelencia el Señor Duque Benito Mussolini, Presidente del Consejo de Ministros del Reino de Italia, en Roma.

Excelentísimo Señor, toda la colonia italiana de esta capital del Perú y gran parte de sus habitantes peruanos, están exultando por la gratísima visita recibida por el Gran Fascista, como lo llaman aquí, Su Excelencia el Comendador G. Giurati, embajador de su Majestad el Rey de Italia. Solo el firmante de esta carta está muy triste..., porque, pocas semanas atrás, fui expulsado violentamente de su segunda patria, el Ecuador...

La persona que firma esta exposición no es alguien desconocido por Su Excelencia. Es un viejo salesiano que, recibido en la Congregación por el mismo Don Bosco en el año 1886, fue enviado a Faenza, donde estuvo hasta finales del año 1892, año cuando lo enviaron al Ecuador.

Pankeri luego cuenta de su detención y se queja de que el ministro Filetti no quiso defenderlo. Además, se queja por no haber recibido ninguna explicación que justificara su destierro, no haberse podido defender legalmente y no haber tenido la posibilidad de recoger algunas cosas suyas personales antes de ir al destierro. Se pregunta:

¿Por qué [Filetti] no quiso prestarse a defender un súbdito del Reino que él, con sacrosanto deber, estaba obligado a defender en circunstancias tan críticas y urgentes?... No guardo tanto rencor contra el Gobierno radical-masónico del Ecuador, porque está de acuerdo con sus propios principios: que haya podido tratarme de esta forma un Ministro Plenipotenciario de un Gobierno católico como el fascista, un ministro que recibió recomendaciones de su Gobierno para proteger a todos los súbditos de su M. el Rey de Italia y de forma especial a los salesianos, esto me asombra muchísimo y me da gran indignación.

Pankeri, finalmente, pide protección para sus pertenencias dejadas en Quito:

Deseo protección de las cosas, asegurando que mis cosas son de los Salesianos y de las Misiones ahora, así como lo fueron antes del exilio.

Nuestro coadjutor se quedó en Perú 16 meses y después de tal período pudo volver al Ecuador, como lo cuenta una vez más a su sobrina Giulia, en febrero de 1927 (d. 55):

Después de 16 meses de destierro pasado en el Perú, gran parte en Piura y más de cinco meses en Lima, pude volver a esta segunda patria mía. La oportunidad de poder volver, a pesar del odio de mis enemigos masones, fue la siguiente: mi antiguo alumno del que te hablé en otra ocasión, Jacinto Jijón, para defender al catolicismo y los justos derechos de propiedad, pisoteados por francmasones y liberales, emprendió guerra contra el Gobierno, pero por falta de armas de guerra, fue derrotado y tuvo que huir a la vecina República de Colombia. De allá pasó a Lima, donde estuvimos juntos casi tres meses. Él, ocupado en el estudio de los antiguos indios del Perú, cavando sepulcros, extrayendo momias, algunas de las cuales estaban bien conservadas...

Llegó por fin la época de la venganza divina el día 9 de julio de 1925, época cuando cayó miserable y vergonzosamente el Gobierno ecuatoriano de entonces. Recibimos la noticia por telégrafo. Enseguida nos alistamos para la partida. El señor Jacinto Jijón preparó sus colecciones de objetos de historia, arqueología, que consistían en setenta y cinco baúles repletos de dichos objetos, que los llevó al Ecuador y los colocó en un gran museo suyo, que yo también dirigí en su lugar, con la gran biblioteca que posee en una villa cerca de Quito. El 16 del mismo julio, estábamos de viaje en el buque que nos transportó en pocos días al puerto de Guayaquil. Allí nos esperaban varios amigos, y entre ellos algunos miembros del nuevo Gobierno, que no pusieron ninguna dificultad ante nuestro desembarco. Fuimos enseguida a Quito, donde dicho señor fue recibido con gran triunfo.

Casi toda la población de la ciudad fue a la estación del ferrocarril a encontrarlo. Si él hubiese querido hubiera sido colocado a la cabeza del Gobierno. Pero él no quiso. Volviendo del exilio en su compañía, era natural que yo también participara un poco en su triunfo. Poco después, dicho señor se dedicó a organizar el partido llamado "conservador", que aquí es sinónimo de católico. El nuevo Gobierno, que era también liberal, no vio con mucho agrado su triunfo y mucho menos pudo aprobar el hecho de que se hubiera puesto a la cabeza del partido católico. De manera que después de algunos meses, por orden del supremo Gobierno, fue capturado por la noche, llevado al puerto y desterrado nuevamente; y en la actualidad se encuentra en San José, capital de la República de Costa Rica. Temí yo también nuevas persecuciones contra mí. Pero hasta ahora no me molestan. Así pues, vivo en esta casa nuestra de Quito, relativamente tranquilo políticamente, pero siempre vigilado por los liberales-masones.

Entonces, después de su vuelta a Quito, Pankeri vivió en la Comunidad Salesiana y parece que se había reconciliado con los Superiores. De 1926 a 1928, era nuevamente director de La Tola el P. Guido Rocca, con el cual Pankeri estaba más de acuerdo que con el precedente director P. Degiovanni. A pesar de tener casi 70 años, era activo como todos los salesianos. Al recibir la noticia de la muerte de su hermana María, salesiana, fallecida en Lorena, Brasil, así comenta este evento en la carta del 17 de septiembre de 1925, a su sobrina Giulia (d. 55):

Poco después de la muerte de la hermana Marietta, recibí una carta de la superiora de las Hijas de María SS. Auxiliadora de aquella provincia, que decía: «La amadísima Sor María, voló al Cielo. Después de una enfermedad de algunos meses, reacia ante todos los tratamientos médicos y que ella soportó con religiosa resignación y consolada por todos los auxilios religiosos, por el Capellán del Colegio y rodeada de sus hermanas religiosas, fallecía plácidamente en el Señor». Eso es todo lo que sé de su muerte: que vivió y murió como buena religiosa. Este es el más necesario de todos los negocios, de todos los asuntos. Pero los salesianos en cualquier parte del mundo donde estén, están su-

mamente ocupados. Y mueren, se puede decir, trabajando. Así creo que deberá suceder con el pobre Jacinto que te escribe. A pesar de mis 70 años me toca atender a muchas cosas. Doy clase, a los alumnos más grandes una o dos veces por semana. Asisto al Oratorio festivo en los días de fiesta; atiendo los talleres de los herreros; dirijo todos los trabajos de ingeniería y arquitectura del señor Jacinto Jijón, del cual te hablé anteriormente; tanto en las obras de su preciosa villa cerca de Quito, como en sus otras propiedades. Tiene dos fábricas de tela: una solo de algodón y botones y otra, la más grande, es de telas de algodón y lana. Tiene también un ingenio azucarero, sacando el jugo de la caña de azúcar. En la fábrica más grande, desde hace algunos meses, estoy trabajando para la colocación de una gran turbina, con potencia de 300 y más caballos de fuerza, para mover dicha fábrica. Y después de esto, si Dios me da salud y vida, debo colocar otra con fuerza de más de 600 caballos, la cual servirá para producir el vapor necesario para la tintorería.

Ahora atiendo también mi túnel que tendrá 2400 m de largo, y por causa del exilio perdí dos años. Por eso ahora estoy tan solo a 400 m de profundidad. Dicho túnel tiene poco más de 2 m de altura y de ancho 1,20 m. ¡Como ves, no me faltan ocupaciones! Y, además de las que nombré, siempre me viene alguna otra extra, encargo de alguna persona benefactora de la Casa u otros. Por ejemplo, la semana pasada tuve el compromiso de ir a una aldea, a dos horas a caballo de aquí, para colocar el canal de hierro sobre un abismo de más de 30 m de profundidad y otro tanto de ancho, y colgarlo en dos sogas tendidas sobre el abismo y eso para llevar agua de riego. Tengo también que atender a la construcción de un puente de hierro de 60 m de largo, que será suspendido con cuerdas de acero sobre un gran río de nuestra Misión Salesiana de Méndez.

En conclusión, ves que no tengo tiempo de estar ocioso. En Lima me molestaron un poco los dolores reumáticos, pero en Piura se me pasaron. Entonces puedo atender a todos nuestros deberes religiosos como los otros hermanos. Me levanto normalmente a las 4:30 de la mañana, hago la meditación, asisto a la Santa Misa, donde ordinariamente comulgo, luego rezo las pocas oraciones

en común y luego a trabajar hasta las ocho de la noche. A las nueve caigo con sueño irresistible. Este es nuestro método de vida todo el año, porque en estas regiones ecuatoriales los días y las noches, son siempre iguales. No hay días largos y días cortos como en nuestros países. Los pocos vacíos de tiempo que me quedan, voy a ocuparlos escribiendo un poco la historia arqueológica de los indios de este país. Ya tengo escritas más de 300 páginas. Además, soy miembro de la Academia de Historia de esta República, y por tanto estoy casi obligado a escribir algo para que se publique en la misma.

Así, Pankeri, siempre activo y ocupado, pasaba sus días entre oración y trabajo en la Casa Salesiana de Quito que él edificara, es decir, La Tola. Al leer estas cartas tuyas, nos parece percibir cierta tranquilidad y paz reconquistadas. La vida comunitaria ya había llegado a ser algo normal para él y tampoco los superiores parecían preocuparse más que un poco, aunque seguía trabajando para la familia Jijón. Pero detrás de estas apariencias las cosas no marchaban demasiado bien y otros sufrimientos se preparaban para afectar a Pankeri: por una carta escrita en agosto de 1927, por el P. G. Dati (inspector salesiano en Quito) al P. Felipe Rinaldi (Rector Mayor de Turín), se lee lo siguiente (d. 206):

Son casi 15 días que de fuente verídica, tuvo el P. Rocca una fea noticia respecto de las relaciones del actual Gobierno y el hermano Pancheri. Me comunicó dicha noticia el P. Rocca; reuní al Consejo y opinamos que se debía hablar con el Regio Ministro, el cual consideró conveniente enviar un cable cifrado al Ministerio, para que fuera comunicado por medio del Prefecto de Turín, a Nuestro Venerado Rector Mayor. Acerca del asunto que voy a exponer, deseo tener directivas claras, por las serias consecuencias que puedan derivarle al Hermano Pancheri y toda la Congregación.

El actual Gobierno (liberal), Gobierno más bien militar, hace dos años envió al exilio al hermano Pancheri. Interrogado por mí sobre

los motivos, me dijo que ignoraba las razones de dicha medida extrema. La fea noticia que nos llegó es, que se busca la forma de librarse de la vida de dicho hermano, para que el Gobierno pueda apropiarse de los bienes del Jefe de los Conservadores, que está actualmente en el exilio.

Relaciones entre dicho Jefe de los Conservadores, señor Jijón, y el hermano Pancheri:

Existe entre los dos una íntima amistad, porque Pancheri fue el educador de dicho señor Jijón (Jefe del Partido Conservador).

Cuando el Gobierno mandó al destierro a dicho señor Jijón, el hermano Pancheri quedó, por medio de un contrato legal, como arrendatario de todos los bienes de dicho señor Jijón.

En las esferas gubernamentales se asegura que este señor Jijón, sumamente rico, no duerme, no vive ya, etc., sino para hacer una revolución.

El Gobierno quisiera caer sobre los bienes de dicho señor, pero se halla delante a Pancheri como súbdito italiano, que estorba sus planes. Hace falta una pequeña chispa que puede provocar un gran incendio. Este contrato se hizo en 1924. No tengo nada más que añadir. A mí me parece muy imprudente meternos en estas cosas que nos involucran indirectamente en las luchas políticas. De Turín espero órdenes para comunicarlas a dicho hermano.

Mi salud en estos meses ya es muy débil. Pero a pesar de eso, si Dios me da vida viajaré en septiembre a la Misión de Méndez y, debiendo pasar a visitar la casa de Cuenca, entre tanto llevo conmigo a Cuenca a este hermano Pancheri.

Entonces, las preocupaciones del Inspector de Quito enviaron nuevamente a Pankeri a Cuenca, donde ya había estado en 1893, recién llegado al Ecuador. El viaje y la fecha ya eran conocidos por Pankeri, el 28 de agosto, cuando escribía a Jijón (que se hallaba en San José de Costa Rica). Pankeri le contaba su situación y su próximo viaje a Cuenca (d. 115). El P. Dati, en-

tonces, se llevó consigo a Pankeri y fue a Cuenca, desde donde en octubre de 1927, escribe nuevamente al Rector Mayor P. Rinaldi (d. 207): "Amado superior y Padre, partí desde Quito el 23 de septiembre a las 8:00 y después de 10 horas de tren llegué a Riobamba... Tomamos un coche (desde Azogues) y una hora después llegamos a Cuenca...". El 6 de octubre, el P. Dati y Pankeri salieron de Cuenca hacia Pan-Méndez y Macas. Sigue escribiendo el P. Dati: "En este viaje fue conmigo el hermano Pankeri, a quien destiné a la Casa de Cuenca". Sobre el hermano Pankeri, el P. Dati escribe luego una parte "reservada":

Después de dos días de estadía en Cuenca, se me presenta el hermano Pancheri y me entrega una carta de la señora esposa del señor Jacinto Jijón, en la que dice que está muy apenada por haber sacado de Quito a dicho hermano quien, con escritura legal, debía atender a los negocios de dicha familia. Le contesté al hermano paternalmente que él no era un empleado de dicha familia, sino un salesiano y que para la Congregación debía trabajar, vivir y morir. Me manifestó el deseo de volver a Quito y le contesté que obedeciera los consejos de nuestro Venerable Rector Mayor y abandonara las obras de perforaciones, etc. Me dijo también que creía que no quería estar obligado en conciencia a obedecer. Ante mis insistencias para aclarar esta anomalía, después de dudarlo mucho, me refirió lo siguiente: «Hace muchos años vino al Ecuador como Visitador Extraordinario del Reverendísimo P. Rua, el Reverendo P. Borghino. Me dio unas órdenes, no obedecí ni me manifesté dispuesto a obedecer porque me mandaba no meterme en los negocios de la familia Jijón; entonces el P. Borghino me dijo: 'Yo como representante del Rector Mayor y por las facultades que tengo, lo expulso de la Congregación'. Como consecuencia de esto y en fuerza de una conciencia errónea, se explica la obra de este pobre hermano, recibiendo dinero y administrando, gastando y no dando cuentas a nadie, con su vida fuera de la casa, etc. Acaso una palabrita suya lo ayudaría mucho. Me dice que ahora está tranquilo».

Tal hecho, es decir, la confesión de Pankeri al P. Dati, es determinante para la última fase de la vida de nuestro coadjutor.

Él mismo, en un largo documento escrito en 1936, por orden del Inspector de Quito, hace un relato de su vida de salesiano y recuerda aquí el hecho expuesto más arriba (d. 113):

Ahora debería poner por escrito los datos que usted desea sobre mi vida salesiana. Confieso que siento extremada repugnancia a la hora de tratar tales cosas. Esta repugnancia siempre fue muy grande e invencible. Siempre me negué a hablar de este asunto con cualquiera. Solo una vez lo hablé con el confesor; pero únicamente manifesté lo que juzgué absolutamente necesario para obtener la absolución de lo que, según juzgué, era mi culpa. Ante las repetidas insistencias del Señor Inspector, P. Dati, le manifesté a él algún dato. Pero ese poco que tuve el valor de manifestarle, a él le bastó para comprender el misterio; en respuesta me dio solo pocas palabras, pero para mí fueron razón de gran consuelo, al punto que casi me hicieron resucitar de la muerte (espiritual), a una vida nueva. Poco después me dio una carta de obediencia, con la orden de transferirme a Cuenca. Tal carta me repugnaba no poco por la aversión de constituirme en Jefe de Oficina, en alguna localidad; pero me consolaba mucho pensar que un Inspector Salesiano me declaraba patentemente aún miembro de nuestra Congregación. Por tanto, no dudé en obedecer. Pero apenas llegué a Cuenca me preguntaron si me sentía en capacidad de irme a Méndez, para ver dónde era el lugar conveniente para construir el puente sobre el río Paute. Y que mi ausencia de Cuenca sería tan solo de ocho días. Acepté con gran gusto la invitación. Vine aquí y me quedé no solo por ocho días, sino que ya pasaron nueve años. Aquí recobré la paz del corazón que había perdido hacía más de 25 años. ¡Solo Dios sabe cuántas luchas y penas interiores padecí en estos 25 años! ¿La causa de dichos padecimientos?

Se puede decir toda, o al menos casi toda mía; porque si yo hubiese tenido el valor de manifestarme claramente a algún superior nuestro, él hubiera hecho desaparecer mis dudas y mis tentaciones.

Entonces, Pankeri, a los 70 años, renace a nueva vida. De lo que citamos, no luce claramente si este renacimiento se dio

en Cuenca o ya en Quito, como parece que se pueda entender del último documento citado. En todo caso recordamos que Jacinto, a los 80 años, escribe el relato sobre su vida salesiana, diez años después de la recuperación de la paz interior; por tanto, la edad avanzada y el hecho de que escribe diez años después, pudieran haber causado algún error de colocación del hecho sobre el que se trata.

A Jacinto, en su corazón, le dolía muchísimo abandonar Quito, incluso porque había sabido por un sacerdote de su confianza, que el arzobispo Manuel María Pólit Laso⁶¹ —que gobernó la Iglesia de Quito de 1917 a 1933—, haciendo una visita a los salesianos, había prometido financiar la construcción de una capilla y un teatro para el oratorio festivo de La Tola con la siguiente condición: nada hubiera concedido mientras Pankeri estuviera en Quito, tanta era la aversión y la antipatía del obispo hacia Pankeri (d. 110). Del documento citado no se logra entender la razón de esta aversión del arzobispo por Pankeri. Puede ser que el sucesor de Federico González Suárez haya sido muy relacionado, como su predecesor, al Gobierno liberal y se hallara al frente de un declarado enemigo de los liberales, quien veía en el liberalismo masónico el peor mal que devastaba todo, en aquel período histórico del Ecuador (*vid. infra*. Apéndice n.º 9).

A propósito del obispo Federico González Suárez, en 1946, un año antes de morir, Jacinto escribirá un documento de 18 páginas (d. 114), dirigido al P. Giuseppe Corso (Inspector del Ecuador entre 1938 y 1948), para demostrar cómo Suárez fue la principal causa de la expulsión de los salesianos del Ecuador, en 1896 y para evidenciar que esa era la intención del prelado, publicando el IV volumen de la *Historia general del Ecuador*, “hacer

61 El doctor Manuel María Pólit Laso, fue el precursor de la Acción Católica Juvenil, fue historiador y bibliotecario y director de la Academia Ecuatoriana de la Lengua.

todo lo posible para que fueran suprimidas las comunidades religiosas de todo el Ecuador". Fue el mismo Federico González Suárez, como se ya de dijo, el cual impuso a Pankeri y al coadjutor Doménico Cerini, la excomunión, porque se negaron a ceder los derechos de propiedad de la casa de Atocha; estos derechos habían sido adquiridos con documento de compraventa, según las leyes civiles y eclesiásticas, incluso estaba firmado también por el anterior arzobispo de Quito, González Calisto.

Volviendo al momento histórico de la vida de Jacinto Pankeri, debemos decir que, a pesar de todo, nuestro coadjutor, cuando se le ordenó partir de Quito hacia Cuenca, obedeció incluso en consideración del bien mayor, que de eso derivaba para los salesianos. Pero, sabiendo que debía abandonar de pronto las obras que hacía para la familia Jijón, le rogaba a su amigo Jacinto, que se dirigiera gentilmente al P. Dati, preguntándole si acaso podía dejarle quedar en Quito. Probablemente, ni Pankeri ni Jijón conocían las intenciones del Gobierno, que quería eliminar físicamente a nuestro salesiano.

Por supuesto, es humano pensar que todas las preocupaciones de los salesianos, no estaban destinadas solo a salvar la vida del hermano Pankeri, sino también a salvar el patrimonio de los salesianos en Quito, de los cuales Pankeri seguía siendo el propietario oficial, como consecuencia del poder que los salesianos le entregaran en 1892. Se puede pensar que también por este motivo se movieron con extremada determinación y rapidez en tal ocasión. Esta transferencia de Pankeri de Quito a Cuenca y luego a Méndez representó, para nuestro coadjutor, el inicio de una nueva fase de su vida.

4

PARTE

Pankeri nuevamente
entre los shuar
(1927-1947)

4.1. El coadjutor Pankeri en los últimos 20 años de misión en Santiago de Méndez en la selva ecuatoriana: la construcción del puente sobre el río Paute

Así, en septiembre de 1927, tenemos a Pankeri en Cuenca. El 29 de septiembre escribe una carta a la señora María Luisa Flores de Jijón Caamaño –esposa de Jacinto Jijón– (d. 111), describiendo brevemente el viaje que hizo con el P. G. Dati, para llegar a la Casa Salesiana de Cuenca, el 25 de septiembre. De esta carta se deduce una vez más el sufrimiento que representó para Pankeri la separación de Quito y de los trabajos que llevaba en la capital, también para la familia Jijón.

De su llegada a Cuenca y al Oriente, a Santiago de Méndez, se halla noticia también en la correspondencia de Jacinto con sus familiares de Romallo. En noviembre de 1927 escribe una carta a su primo, el P. Alfonso Gentilini, desde Santiago de Méndez (d. 56). En esta describe la Amazonia ecuatoriana, su vegetación, sus habitantes y los recursos mineros. Dice en cierto punto, hablando de los shuar:

Los salesianos están en contacto con ellos desde 1894. Yo fui uno de los primeros que los conoció en Gualaquiza. Ahora tenemos en este vicariato cinco casas de misión y hasta la fecha no hemos tenido de ellos el mínimo disgusto. Aquí en Méndez, hay más de cien colonos ecuatorianos civilizados. Ellos también viven tranquilos por respeto a los jíbaros.

Luego le cuenta al primo los eventos sufridos después del destierro:

Después de año y casi cuatro meses de destierro, pude volver a esta segunda patria mía: el Ecuador. Me quedé en Quito más de año y medio; y después, por obediencia, tuve que suspender las obras del túnel en la cual estoy trabajando desde hace más de dos años. Vine a Cuenca. Por estar en la estación de las lluvias, hallamos que las calles (si se pueden llamar así algunos

resbalosos senderos), eran pésimas. Después de algunos días de quedarnos en esa ciudad, emprendimos viaje hacia el Oriente. Así se llama la parte de esta República que está al otro lado de la gran cadena de montañas que limita al este con los valles interandinos. El primer día de viaje se hace en regiones civilizadas. En la segunda jornada nos toca subir alta montaña en caminos empinados, llenos de piedra y lodo. Pero se viaja a caballo, el cual en todo momento está en peligro de caer, resbalando por la empinada y peligrosa colina. Poco después de mediodía llegamos con gran dificultad a la cumbre, que en este punto es muy estrecha, al punto que a duras penas permite que se pueda trazar encima un estrecho sendero. Pero un momento después hay que bajar al lado contrario, al Oriente. La bajada es mucho peor que la subida.

Después describe el paso en balsa por el río Paute, enumerando los componentes de la expedición, eran nueve: el Vicario Apostólico Mons. Domingo Comin, el Inspector Salesiano, dos monjas de María Auxiliadora, tres coadjutores salesianos, un clérigo, un sacerdote salesiano y Pankeri, ya viejo porque tenía setenta y un años. Llegaron a la casa de Méndez⁶² el 23 de octubre. Desde allá solo el padre Comin y las dos monjas continuaron el viaje hasta Macas. Nuestro Pankeri alude luego a la gran dificultad de los viajes en esas zonas, sumamente calientes, lluviosas y empinadas, y la falta de caminos, la máxima dificultad de aclimatarse para eventuales europeos que fueran atraídos por aquellas fértiles y riquísimas tierras:

Fui enviado aquí para la construcción de un puente suspendido de ochenta y cinco metros de cable, sobre un río muy grande y profundo. Desde el nivel del agua hasta el puente hay 25 metros y debo trabajar casi siempre con lluvia más o menos fuerte. Te dije todo esto; pudiera agregarte mucho más. Supe que en nuestro

62 La Misión de Santiago de Méndez, fue fundada oficialmente por Albino del Curto hacia 1914, cuando Mons. Costamagna lo envió al Oriente. La misión surgió sobre las ruinas de la antigua Logroño, destruida por los shuar en 1599.

activísimo salesiano P. Carlos Crespi, con empeño y propósitos muy buenos en sí, pero con una imprudencia inexplicable, hace dos años, en ocasión de la gran exposición misionera salesiana volvió a Italia y se hizo el propósito de fundar en esta Misión Salesiana, nuestra, una colonia de gente tirolesa. Por eso se presentó a S. A. el Príncipe Obispo de Trento, para poner en marcha las negociaciones de esta colonización. Por gracia de Dios y causas que sería demasiado largo referirle a usted, fracasó la empresa, porque de otra forma... ¡Pobre padre D. Crespi! ¡Los colonos trentinos y, especialmente las mujeres, llegados a mitad del camino, lo hubieran lapidado!

Narra luego cómo un obrero italiano, que había ido a esas regiones con la esposa, escuchó lo que esta le declaró: "Puedes agradecer a Dios que yo no tengo una pistola, porque si la tuviera te mataría", por haber sido tantas las dificultades e incomodidades del viaje en esas regiones inaccesibles y desoladas.

Entonces su primer gran compromiso en Santiago de Méndez, fue la construcción del puente sobre el río Paute, que daba acceso a las selvas del Oriente. Para construirlo empleó cuatro años de duro trabajo: se trataba de un puente suspendido sobre cuerdas de acero, donde podían transitar peatones y cabalgaduras. Lo llamaron Puente Guayaquil, por haber sido subsidiado por un grupo de mujeres bastante ricas que vivían en Guayaquil. Este puente fue una primera importante vía de comunicación con el Oriente hasta 1971. El puente hacía parte del proyecto de la carretera Pan-Méndez, promovida por el P. Carlos Crespi y construida por el P. Albino del Curto, con la ayuda del Gobierno ecuatoriano y también con la colaboración de Pankeri. Él y su hermano religioso Gonzalo Pesántez, fueron nombrados garantes solidarios del P. Carlos Crespi, en el contrato estipulado en Quito, el 12 de septiembre de 1925, entre el Gobierno ecuatoriano y los salesianos. Por desgracia, esta importante e histórica obra, ya no existe, porque en los años noventa todo el material

de este viejo puente, fue empleado para la reconstrucción de otro puente, después del desastre de La Josefina.⁶³

También para la construcción del puente, Jacinto tuvo sus disgustos. Lo atestiguan algunos escritos de este período que lamentan el hecho de que el P. Crespi, había usado el dinero destinado a la construcción del puente para un viaje suyo a América. Probablemente se haya tratado tan solo de un retiro de dinero, que luego debía ser reintegrado en el presupuesto de la construcción del puente, pero de hecho, en el momento en que el dinero se necesitaba, ya no estaba, y eso retardaba la terminación de la construcción del mismo. Por eso Pankeri, que con nadie era tierno, en mayo de 1929 le escribía desde Cuenca al P. Crespi (d. 168) y se mostraba muy enojado porque había tomado dos mil sucres. Le pedía que los devolviera: "Ocupese tranquilamente de los asuntos encargados por los Superiores. Pero devuélvame los dos mil sucres, que nos hacen falta para rehacer por lo menos el puente provisional que hice el otro año, con grave peligro de mi vida, a causa de haberme obligado a construir dicho puente sin darme lo necesario".

Durante este período en Méndez, Pankeri construyó también una pasarela peatonal sobre el río Paute, denominada pasarela Bogotá. Esta, boicoteada por los barqueros profesionales que habían perdido sus clientes, se derrumbó en el río causando la muerte de algunas personas.

63 En marzo de 1993, una avalancha de más de treinta millones de metros cúbicos de material se precipitó desde el monte Tamuga y obstruyó el río Cuenca y el río Jadán. Se formó un dique natural y un lago que llegó a inundar la periferia de Cuenca, poniendo en peligro muchas zonas habitadas y la central eléctrica más grande del Ecuador, situada en el río Paute. Movilizado el ejército, se logró abrir un desfogue en el dique natural causado por la enorme avalancha de La Josefina y el agua liberada destruyó la periferia de la ciudad de Paute y otros pequeños centros habitados.

En una carta de 1931, enviada a la sobrina Giulia Pankeri (d. 58), describe sus jornadas, aún muy activas: despierta siempre a las 4:15, Misa y prácticas de piedad; recorrido de cuatro kilómetros a pie todos los días para llegar al campamento del puente; duro trabajo de herrero, carpintero, etc., porque los indígenas eran bastante vagos; almuerzo llevado de la casa y vuelta a la misión a eso de las 18:00; prácticas religiosas, merienda y descanso. Afirma que en tres años nunca estuvo enfermo sino por quince días, porque se rompió una costilla cayéndose sobre un tronco. De todo eso le agradece al Señor.

En 1937, diez años antes de su muerte, Pankeri emprendía otra obra: la construcción de una central hidroeléctrica para alumbrar Méndez. Él llevó a cabo esta obra también y luego cuidaba diariamente su funcionamiento hasta pocos años antes de su muerte.

Así, entre trabajo y oración pasan los años y a los 77 años Pankeri se queja de que ya no tiene las mismas fuerzas, como en los años anteriores. En otra carta (abril 1934) a su sobrina Giulia (d. 61), recuerda que Don Bosco, quien lo había recibido en la familia salesiana, era canonizado el 1 de abril:

Creo que ya te habrás enterado que el primer día de este mes fue canonizado en Roma, con gran solemnidad, nuestro Fundador y Padre, San Juan Bosco. El mismo que hace 48 años me recibió en su Congregación. Tu padre seguramente recordará cuando yo, en 1886, en junio, me despedí de él con el fin de ir a pedir consejo al entonces llamado Don Bosco, considerado ya en esa época como persona santa... Tu padre estaba muy afligido por mi separación de la familia; y asimismo la Amabile que entonces estaba en Trento; derramó muchas lágrimas. Yo no estaba menos conmovido. Mi padre y mi madre ignoraban entonces mi propósito, por tanto en ese momento no sufrieron. Para consolar a la Amabile, tu padre les dijo que yo iba a Don Bosco solo para una consulta sobre el estado que debía asumir para toda la vida,

según la voluntad de Dios y que probablemente volvería pronto. Pero ella me contestó: «¡Estoy segura que tú te quedarás con él!». Y el llanto continuaba.

En Turín pude tener un coloquio con el nombrado san Juan Bosco, de casi media hora. Y el resultado tú lo conoces: se me aconsejó que me quedara con él. A la objeción que mis padres y parientes se opondrían y que mi salud corporal entonces no era muy buena, y después de haber escuchado que nuestros padres no eran ricos, pero tampoco pobres y que tenían otros tres hijos más y tres hijas, me contestó con las siguientes frases, muy importantes para mí y para todos los que estuvieran en mis circunstancias: «Los parientes escuchan la voz de la sangre y nosotros debemos escuchar la voz de Dios: y en cuanto a la salud corporal, de eso se ocupará la Virgen. Desde acá usted escribirá a sus padres manifestándoles su determinación». Luego me preguntó si deseaba continuar mis estudios para alcanzar la carrera eclesiástica; y yo contesté que no tenía tal deseo, pero que sí desearía ir a las misiones por los infieles. Me contestó: «Me agrada su aspiración, porque la Congregación Salesiana no tiene tanta falta de sacerdotes como de buenos coadjutores. En su momento irá usted a las misiones. Ahora póngase a la orden del Maestro de los Novicios. Así lo hice, como tú lo sabes. ¡Y ahora, cuánto le agradezco al Señor que me dio la gracia de obedecer el consejo de una persona tan santa! Ayúdame tú también a agradecer a Dios y pídele que me conceda la gracia de portarme como hijo y discípulo de un Padre tan grande.

4.2 La activa vejez del coadjutor Jacinto y sus últimos escritos

En la siguiente correspondencia con su sobrina Giulia Pankeri, interrumpida en los años de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), Jacinto alude a menudo a su vejez, sus enfermedades y la muerte de las personas amadas en Italia. El 5 de agosto de 1934 (d. 62), escribe recordando un grave problema económico acaecido en la familia de su hermano Camilo, padre

de Giulia. Menciona la familia del difunto hermano Ángel, de la esposa de este, Herminia, y el hermano de Herminia, Tommaso Clauser (Zott). A propósito de este último dice:

Si aún vive, saludámelo cariñosamente. Y agrega que no me olvido de los felices días de nuestra infancia, cuando íbamos al pasto con las vacas, allá en la Val, donde, unidos con él y con otro compañero, un tal Giovanni Dominici, llamado Palazan, hacíamos por juego unas casitas y unas iglesitas y, con mucha devoción, rezábamos el avemaría o las letanías de la Santísima Virgen. ¡Qué hermosos años y días aquellos! ¡Qué pronto pasan! Pero su recuerdo siempre es para nosotros grato y útil.

En una carta sucesiva, del 27 de abril de 1936 (d. 63), dirigida siempre a la sobrina Giulia, aún recuerda la muerte de personas amadas y su edad avanzada:

Hace un tiempo recibí tu carta con mucho retraso, a causa de los tumultos políticos de esta República. Pero por fin llegó. Asimismo la foto de mi hermano Camilo, tu padre (fallecido el 12 de noviembre de 1934). Te agradezco de todo corazón. Pero cuán dolorosa fue para mí la noticia; mejor dicho las noticias de la muerte de mis hermanos y mi hermana; son otras pruebas que Dios permitió a la familia de mis amados y no lo puedo expresar. ¡Ya soy el último sobreviviente de cinco hermanos y tres hermanas! Yo, que cuando era muchacho, era el más enfermizo y casi dado por muerto por los médicos. Yo mismo me asombro por haber podido llegar a esta edad. Hoy cumpla el año 79 de mi vida, y comienzo el año número 80. ¿Podré llegar hasta el final de este año? Solo Dios lo sabe. Entre tanto, estemos preparados, porque Dios llegará en el momento menos pensado. Me encomiendo a tus oraciones para que pueda terminar como verdadero religioso, merecer para mí la misericordia divina en este gran paso y morir en el beso del Señor; y así llegar a donde nuestros amados, en el hermoso Paraíso: Allá arriba en Dios; veremos claramente que las desventuras temporales que nosotros las llamamos desgracias, no son más que medios sumamente eficaces, de los cuales Dios se sirve para salvar nuestras almas. Y cuando está salvada el alma, está salvado todo. A pesar de eso participo intensamente

en el dolor y las penas que te causaron la pérdida de tantas personas queridas para nuestro corazón.

En 1937 (d. 64), diez años antes de morir, y también en 1939 (d. 65), escribe recordando su acercamiento a la muerte, sus enfermedades y el trabajo de mecánica que sigue realizando, mientras la comunidad de los jóvenes shuar estaba prosperando: "El 27 del próximo abril cumpla los 80 años de vida. Entonces, si no fallecí de niño (como todos juzgaban) o de joven, tendré que morir de viejo. Entonces, tú rezarás para que yo pueda tener una buena muerte".

En ocasión del asentamiento del P. Giuseppe Zini en la comunidad parroquial de Romallo, en 1939, Jacinto envía algunos versos de augurio que debían ser leídos por el P. Alfonso Gentilini. El P. Giuseppe Zini, fue el primer párroco de Romallo y tomó posesión de la parroquia el día 12 de febrero de aquel año.⁶⁴

Hoy aquí estamos todos en movimiento, todos con gran contento, se mueven aquí y allá para rendir honor al excelentísimo Monseñor: y el viejo don Jacinto ya cercano a su final, ¿no dirá nada ni hará nada? Sí, señores: me fui donde la Musa y me encontré con la puerta cerrada; me dirigí a la Prosa, pero a esta la hallé aún menos amorosa: más bien airada y con voz estridente me contestó: «¿Qué quieres tú, viejo tartamudo?». En esta situación y en tantos afanes, me acordé del apóstol San Juan y con él, con todo el afecto de mi corazón, diré yo también, a pesar de tener ochenta años: ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!

Hoy, aquí, todo el mundo se pone en movimiento:
Corre alegre la gente; todos, con gran contento
se mueven, se reúnen, aplauden en honor
de nuestro Excelentísimo amado Monseñor.
Y yo, el viejo Jacinto, tan cerca del final,

64 A continuación la traducción de los versos que siguen: una versión literal y una libre (N. del trad.).

¿calló ante el primer Párroco de mi pueblo natal?
Pues no, Señores míos: «a Musa acudí
más no me abrió la puerta».
Entonces, me atreví a buscarme un apoyo en la Prosa.
Esta tampoco, empero, se demostró amorosa.
Y con voz estridente, en tono áspero y rudo,
me contestó: «¿Qué quieres, viejito tartamudo?...»
Viejo, sí, tengo ochenta, pero mi corazón
sabe sentir afecto, respeto y devoción,
y así, con este apuro, presa de tanto afán,
se me ocurre de pronto el apóstol San Juan,
Y con él su Jacinto proclama con amor:
¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

La última carta disponible de Jacinto Pankeri, enviada esta también a su sobrina Giulia, fue escrita después de la Segunda Guerra Mundial, el 25 de mayo de 1946 (d. 67), casi un año antes de su muerte. La transcribimos completa como documento final de este anciano que está a punto de presentarse ante Dios.

Queridísima sobrina:

¡El cinco de este mes recibí tu querida carta, que por medio de la fecha del timbre, parece que fue escrita en Romallo el 12 de marzo!, ¡entonces se comprende que con el cuerpo estamos bien alejados! Pero no con el espíritu, con el cual nos podemos unir en Dios y por Dios.

Te agradezco de todo corazón por haberme, con tal carta, comunicado noticias abundantes de nuestros amados parientes de allá, cuyo recuerdo es siempre sumamente grato para mí. ¡Entre ellos, me fue extremadamente grato encontrar la foto del amadísimo primo monseñor Alfonso Gentilini! Él no fue solamente un primo para mí, sino fue como un amado hermano; nos queríamos como tales desde niños. Él, en esa época, era más sano y robusto que yo: sin embargo, Él ya se fue a recibir el premio de sus preclaras virtudes. Y yo..., aún aquí..., casi luchando contra la muerte. Esta ya quiere acercarse. Haga Dios de mí todo lo que está conforme con su SS. Voluntad.

Entiendo que mis Superiores te dijeron que yo aún vivía y que estaba bien. Ciertamente no se puede decir que esté muy mal, un hermano religioso que aún puede levantarse, ir a la Iglesia y el comedor, participar casi en todos los actos de la Comunidad, pero apoyado a un rígido bastón, etc., etc.

Tú también te darás cuenta de mi vejez viendo y leyendo este escrito mío, que es como de una mano temblorosa, etc. ¡Y con razón, porque el 27 del pasado abril, entré en el aniversario número 90 de mi existencia en esta tierra! Cuando pienso en eso, no puedo sino asombrarme. ¡Si desde hace algunos años ya perdí el sentido de la audición y la miopía de la vista va aumentando! Ya pasaron aquellos tiempos en que, como un venado, pude trepar los más altos montes del Tirol, gran parte de las cumbres nevadas de la República del Ecuador, como sobre el Cayambe y el Carihuairazo y las aldeas más altas de Perú y México y pude resistir los climas de las zonas bajas de las Romagne y de Ravenna, etc., etc. ¡Ya mi robusta fibra desapareció!

¿Tendré que añorarla? No, por supuesto. Espero que Dios me conceda la gracia de conformarme en todo a su SS. Voluntad. Para obtener tal preciosa Gracia, tú también y los que preguntan noticias de mí, no dejen de orar por mí, así como yo también lo hago por ti y por todos nuestros parientes y amigos de allá. Para darte noticias de los países a los cuales fui destinado por mis Superiores, te incluyo la pasta del calendario que hizo imprimir el superior de esta Misión nuestra: Monseñor Domingo Comin, obispo titular de Obba.

Agradezco a Dios que protegió benignamente las aldeas del Valle del Non alejándolas o defendiéndolas de esta terrible guerra mundial. Confío en que nuestros pocos parientes que aún están lejos de la patria puedan volver allá lo más pronto posible, sanos y salvos.

De todas las personas de nuestros parientes de los que tú me haces mención en tu carta, no tengo en mi mente la imagen. Por-

que ya son 56 años que dejé por última vez Romallo⁶⁵ y lo hice en ocasión de la fiesta de familia que celebramos por la boda de oro de mis padres, y las personas que tú me nombraste o aún no habían nacido o eran niños o muchachos pequeños. No por eso dejo de orar por ellos, así como ellos no dejarán de orar por mí, para que yo pueda morir en la Gracia de Dios. ¡Esta es la única gracia absolutamente necesaria!

Salúdame a todos nuestros parientes y a los que piden noticias mías. Y tú, piénsame siempre como tu cariñosísimo,

In Corde Jesu, tu tío Jacinto Pankeri.

Durante el último período transcurrido en Santiago de Méndez, y precisamente de 1945 a 1947, cuando la salud ya no le permitía trabajar físicamente, Pankeri probablemente se haya dedicado a la lectura de libros sagrados y sobre todo la Biblia (con la cual estaba desde siempre ligado). De hecho, nos dejó unos cuadernos manuscritos, con un total de 342 páginas (d. 244), que indican que la mente de Pankeri aún estaba muy activa. Los argumentos tratados en estos cuadernos son muy variados.

En una primera parte refuta las teorías del protestantismo y el modernismo. Luego investiga detalladamente los temas de los siguientes argumentos: la Eucaristía, las profecías de Don Bosco, el código penal inglés que justificaba vejaciones contra los católicos a favor de los protestantes, el fin del mundo, el juicio universal, la herejía jansenista, las revelaciones hechas por la Virgen a sor María de la Inmaculada Concepción de Agredo, el purgatorio y los protestantes, los errores de Le Camus en su

65 En realidad, había dejado Romallo definitivamente cuando ingresó a la Congregación de los Salesianos, en 1886. Sin embargo, había visitado Romallo 33 años antes, en 1913, cuando fue enviado a Italia por sus superiores.

obra *La vida de Nuestro Señor Jesucristo*, la pasión de Jesús leída en las obras de Le Camus y en los Evangelios, los milagros y las teorías modernistas, la vida de María, según los relatos de sor María de Agredo.

Parece extraño que un hombre como Pankeri, maestro, ingeniero, geógrafo y naturalista, se dedique también a tales difíciles argumentos. A pesar de que se trata de argumentos diferentes, se observan ciertos hilos conductores bastante evidentes:

- a. La crítica a las teorías modernistas que tendían a excluir en lo posible del camino salvífico de los cristianos, los milagros y la tradición cristiana, e intentaban disminuir la importancia de la Virgen, madre de Jesucristo.
- b. La refutación de los errores de los protestantes.

Cinco fechas son muy visibles en los cuadernos manuscritos, de las cuales la primera es el 15 de septiembre de 1945 y la última el 26 de marzo de 1946. Parece que tales escritos, que tratan varios argumentos, le fueron ordenados por los superiores, como se deduce de una alusión en un apéndice que trata del fin del mundo: "Empezará la eternidad, y deseo intensamente que sea sumamente feliz para mí y todos aquellos que se dignaron leer estos borradores míos, que empecé a escribir para cumplir con un deber que me fue dado verbalmente por nuestro señor Inspector,⁶⁶ en su última visita a esta misión nuestra". Este escrito tiene la fecha del 29 de marzo de 1946.

Citamos a continuación algunos fragmentos de los últimos escritos de Pankeri, tomados de aquellas partes que parecen más significativas e interesantes para el propósito de la narración biográfica de nuestro misionero (d. 244).

66 En 1945, era inspector de Quito el P. José Corso, que cumplió este encargo de 1938 a 1948.

4.2.1. Pago de diezmos y noticas de la agricultura de Romallo

Pankeri observa que en el Catecismo Católico, el diezmo era presentado así: “Páguese la décima parte de los productos de los campos de ustedes a la Iglesia de Dios, según las buenas costumbres”, y comenta:

Las naciones católicas cumplieron por muchos años con este sagrado deber. Pero cuando entró en estas el enemigo de todo Bien, o sea el liberalismo, la anarquía y las otras doctrinas herejes y especialmente el desprecio a los sacerdotes por todos los enemigos del Papa y sus fieles seguidores, ya se negaron a pagar los diezmos a la Iglesia de Dios. Y los gobiernos de Italia, de Francia, de Austria-Hungría, declararon por ley suprimida terminantemente la contribución eclesiástica, llamada diezmos. Este fatal cambio político-religioso sucedió entre 1850 y 1860.

Pero más que transcribir aquí el discurso de Pankeri sobre los diezmos, queremos citar lo que él recuerda de su aldea, Romallo, respecto de los cultivos agrícolas de esa época y los eventos que tuvieron que arrastrar. Citarlas no significa avalar las creencias de que a todo adversario de las culturas le corresponda un castigo de Dios, como se deduce del texto. Transcribimos estos fragmentos porque son un testimonio histórico de los eventos de la agricultura del siglo XIX y también de la fe que impregnaba la gente del Valle del Non.

Yo recuerdo que cuando era aún niño, en mi pequeña aldea natal, en Romallo, los buenos cristianos deploraban este cambio de relación entre el clero y los propietarios de terrenos cultivados. Y tenían con razón que Dios, viéndose desobedecido en la persona de su amada Iglesia, retiraría su bendición sobre nuestros campos. ¡Y por desgracia fue así! No tardaron mucho los castigos de Dios sobre las cosechas agrícolas. Comencemos hablando de los terrenos sembrados con papa (o manzanas de tierra, como también las llaman). Crecía la planta con la fuerza de siempre

hasta la floración, pero en vez de brotar las flores, empezaba a marchitarse y secarse, una planta tras otra y, en pocos días de unas mil plantas. ¡Era mucho si se conservaban unas diez! ¡Las otras...! ¡Todas secas! Examinada la planta hallaron que en la raíz estaban ocultos muchos gusanitos microscópicos que roían la raíz... ¿Cómo liberarse de tal plaga? ¡Imposible! De manera que, el amo de ese campo se había negado a pagarle a Dios la décima parte de su cosecha y Dios se lo quitó todo, o casi todo. ¡Y le dejó apenas el uno por mil! ¿Buen negocio, verdad?

De las papas pasemos a las gramíneas: el trigo, la cebada, el centeno y plantas similares... Estas plantitas, cuando están a punto de florecer, tienen su espiga recta hacia el cielo. Luego cuando se forma la semilla, poco a poco la espiga, por su propio peso, se dobla hacia abajo. ¿Cuál fue la sorpresa del campesino cuando fue a visitar su campo, que estaba en estado de cosecha, viendo que casi todas sus plantas estaban con la cabeza recta? ¡Recta, hacia el cielo! Cosechó alguna, la frotó entre las manos y en vez de semilla salió polvo negro. ¡Puro carbón! ¿Quién transformó el contenido de preciosa harina en polvo de carbón? El mismo castigo de Dios, como el de las papas, el carbunclo de las gramíneas quitó a los campesinos más de la mitad de la cosecha.

Vamos a ver ahora lo que sucedió con la cosecha de la uva: se puede decir que la principal riqueza agrícola de Italia, Francia, Hungría y los países limítrofes consiste en la producción de vino. ¡Cuando empezaron las desgracias para las gramíneas, empezaron también para la vid y no fueron pequeños flagelos! El primero que apareció fue el que llamaron "bissuolo". Consistía en un gusanito que tenía el instinto de roer el racimo de la uva, cuando estaba a punto de florecer, un poco antes. El racimo, afectado así en su nacimiento, se secaba por completo. Se estudió con gran diligencia la forma de destruirlo. Notaron pronto que provenía de una mariposita nocturna que apareció, y que aunque era completamente desconocida antes, se precipitaba en millones y millones sobre los viñedos. Dichas maripositas, por la noche ponían sus huevos microscópicos sobre el racimo. De aquel huevo nacía el gusanito del que hablamos. Habiendo experimentado que dichas mariposas van con ansia alrededor de la llama de una lumbre hasta quemarse las alas, algunos propietarios colocaron un buen

número de lumbres encendidas durante la noche, y a la mañana siguiente vieron gran número de mariposas quemadas alrededor de la lumbre. Con este método obtuvieron una pequeña mejoría en el viñado. ¡Pero esta mejoría estaba muy lejos de compensar el precio de las lumbres y su combustible! De manera que se abandonó pronto tal remedio. Entonces se recurrió a otro método: salpicar el racimo con polvo de azufre, pero no se obtuvo buen resultado. Entonces hubo que desistir en buscar otros remedios, hasta que después de varios años de castigo, Dios se complació en liberarnos de tal plaga. Pero antes, Dios decidió enviar otra desgracia más grave que la anterior y fue la llamada *Peronospora infestans*, que consiste en un microbio pequeñísimo, microscópico, que ataca las hojas de la vid y las hace secar. Con esto la vid se debilita completamente, y si continúa, muere.

Esta enfermedad se combate con eficacia espolvoreando dichas hojas con azufre. Por último, pocos años después del apareamiento de la peronospora apareció la terrible filoxera. Esta consiste en un gusano que se infiltra en el suelo y ataca la raíz de la planta, pero en número incalculable. ¡Cuando la raíz de la planta está arruinada, esta se vuelve amarillenta y muere, sin que se pueda poner ningún remedio! Esta enfermedad se difundió en Francia e Italia con tal fuerza y celeridad, que en cuatro o cinco años destruyó todos los viñedos. ¡Sin dejar, se puede decir, una sola viva! Los agricultores afectados por semejante desastre, buscaron remedios con ansias. Algunos expertos agricultores fueron a los Estados Unidos de América, donde encontraron una clase de vid que no podía ser atacada por los microbios que arruinaron las vides europeas. Este cambio de planta resultó eficaz, de manera que los viñedos de Italia y Francia fueron repoblados con vides norteamericanas.

Se debe observar que Pankeri, ya viejo y cansado, se entretenía recordando su vida juvenil transcurrida en Romallo y debemos perdonarle las imperfecciones científicas, o bien la tendencia a ver, como se usaba entonces, en toda adversidad la mano castigadora de Dios: pero eso connota una gran fe y una total dependencia de lo divino.

4.2.2. Profecías de Don Bosco y hechos de la última guerra mundial

Pankeri en su narración se refiere a la siguiente profecía: “En el año en que el mes de las flores (mayo) tenga dos lunaciones, el invencible del Norte vendrá a Roma a besar la mano del Anciano del Vaticano”.

Pankeri, afirma haber oído hablar de esta profecía en época anterior a la Primera Guerra Mundial, cuando aún estaba en Faenza. Constata que en el año 1946, el mes de mayo tenía dos lunaciones (se formaba la luna nueva tanto el 1 como el 30 de mayo). Él identifica a este invencible con el ministro irlandés Joseph Patrick Walshe, quien fue a Roma donde el Papa Pío XII, después de haber salvado a Roma de la ocupación de los aliados en 1946. Pankeri se asombra porque a esta profecía no se alude ni siquiera en la biografía de Don Bosco, escrita por Jean Baptiste Lemoyne.

4.2.3. La herejía jansenista

Jacinto, relacionando la vigilancia y la “elección” de los fieles al Reino de Dios –muchos son los llamados y pocos son los elegidos–, recuerda un episodio sucedido en el Valle de Rabbi, durante su juventud:

En mi juventud me encontraba por casualidad en una pequeña aldea, de un estrecho valle de la Provincia de Trento, llamado Valle de Rabbi, con el nombre del pequeño río que corre en su fondo y que es afluente del Noce, el cual es un gran afluente del Adige, poco lejos de Trento. Este villorrio se llama Pracorno. Era un domingo, entré a la iglesia parroquial para escuchar la Santa Misa. En el momento del Evangelio, el señor cura subió al púlpito y nos dio la explicación del Evangelio en ese oráculo que dice: «Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos». Y lo explicó con mucha desenvoltura. Y para darle más fuerza a su

razonamiento, citó un ejemplo de un antiguo Padre de la Iglesia griega de Antioquia, una ciudad que, según lo que aseguraba el señor cura, tenía en sus primeros tiempos del cristianismo cerca de 200 000 habitantes. Ese Padre, explicando el mismo oráculo de las Escrituras, les decía a sus oyentes: «¿Cuántos creen ustedes que se salvarán, de todos los habitantes de esta ciudad?, ¡cuando más cuatro o cinco!, ¡no más!». Terminada la Misa, los habitantes de Pracorno empezaron a confabular entre sí diciendo: «Entonces, ¿qué esperanza nos queda de salvarnos? Aquí nosotros somos tan solo unos mil. ¿Cuántos podrán salvarse?...». Se formó entonces un escándalo fenomenal, del cual poco después se enteró también el párroco, quien con mucha dificultad y poco a poco logró restablecer el orden moral en dicha parroquia, pero mediante la intervención del mismo Arzobispo de Trento.

¿Y no pudiera contagiarse de dicho espíritu jansenista algunos de nuestros estudiantes de teología? Me acuerdo que uno de los sacerdotes salesianos que vino al Ecuador con el padre Calcagno, era en la predicación exageradamente riguroso y fue necesario corregirlo con la intervención directa del padre Calcagno. Yo estoy a punto de tener que dar estricta cuenta de mi alma, por lo cual me fue necesario leer la Sagrada Escritura, comentada por teólogos aprobados como tales por la Iglesia Católica Romana, como lo son todos nuestros salesianos de nuestros días. Pero entre los libros que tenemos en nuestras bibliotecas hay, por ejemplo, los escritos de santa Teresa de Jesús, donde se lee que ella vio caer al infierno un número de almas tal, que eran como copos de nieve que caen sobre la tierra en nuestros países, en época de invierno.

Jacinto luego alude a los escritos de san Alfonso de Li-guori y de sor María de la Inmaculada Concepción de Agredo, para concluir que la misericordia de Dios es tan grande que en el Apocalipsis el grupo de los salvados es de 144 000, es decir, un número inmenso.

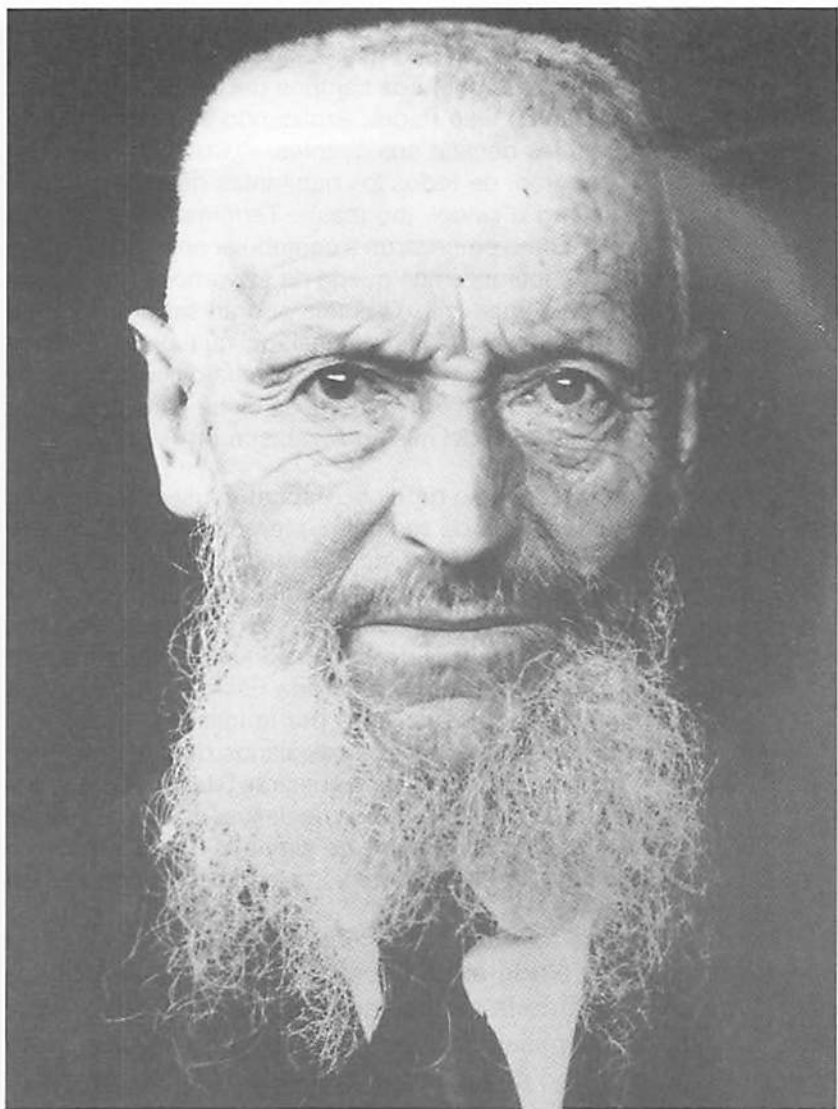


Figura 23. Retrato de Jacinto Pankeri, anciano, enviado a los parientes desde el Ecuador (cp).

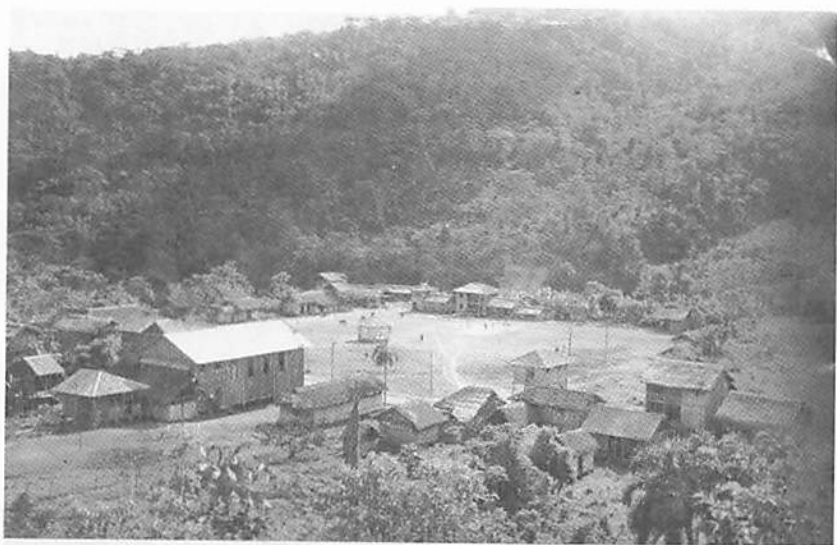


Figura 24. Méndez en 1938, cuando también Pankeri trabajaba ahí (af-cgs).



Figura 25. La Misión de Méndez al inicio del siglo XX (af-cgs).



*Figura 26. El puente Guayaquil con Jacinto Pankeri a caballo.
Su construcción terminó en 1932 (af-cgs).*



Figura 27. Méndez: el puente Guayaquil sobre el río Paute. Pankeri está apoyado al pasamano, en el centro del puente (af-cgs).



Figura 28. Méndez, entrada del puente sobre el Paute. Bajorrelieve de bronce de Jacinto Pankeri, en el cual está escrita su importante obra. Todo esto fue fijado en la pared rocosa, cerca del anclaje de los cables de acero que sostenían el puente, en la orilla izquierda del Paute (cp).



Figura 29. Méndez, pasarela sobre el río Paute, construida por Pankeri (af-cgs).



Figura 30. Otra vista de la pasarela sobre el río Paute (af-cgs).

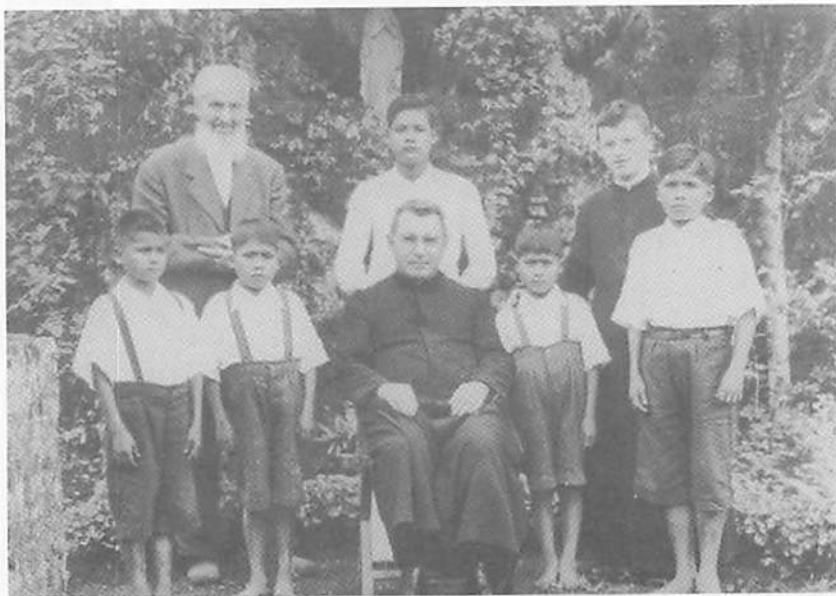


Figura 31. Méndez, Jacinto Pankeri, ya anciano, entre los shuar (af-cgs).

Pankeri nuevamente entre los shuar (1927-1947)



Figura 32. Méndez, Jacinto Pankeri (tercero desde la derecha, de pie) con otros hermanos (af-cgs).

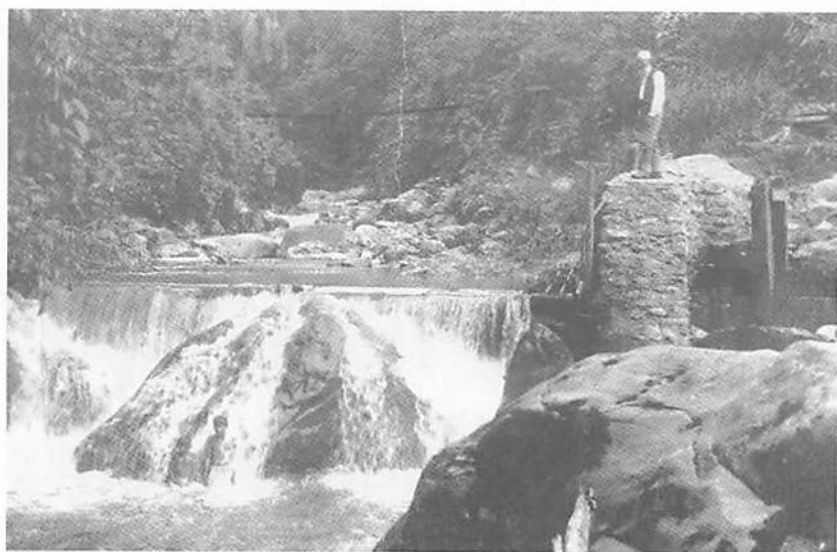


Figura 33. Méndez, Jacinto Pankeri junto a la obra de la presa que debía servir para la central eléctrica (af-cgs).



Figura 34. 1930, comunidad salesiana de Méndez, con Jacinto Pankeri sentado a la extrema derecha y al centro el P. Conrado Dardé (af-cgs).



Figura 35. Méndez, 1932 (año cuando Pankeri completó la construcción del puente). El grupo de misioneros salesianos con pequeños shuar. Jacinto Pankeri es el primero sentado a la derecha. En el centro Mons. Domingo Comin (af-cgs).

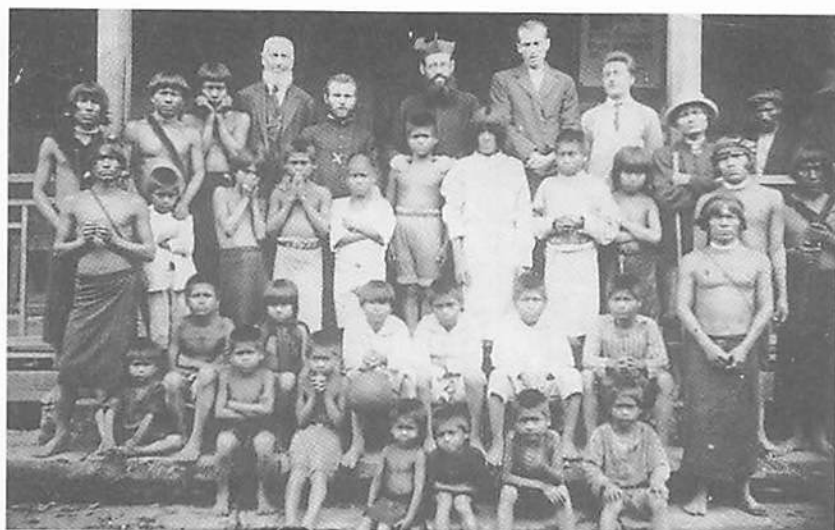


Figura 36. Jacinto Pankeri, [cuarto desde la izquierda, arriba] (cp).

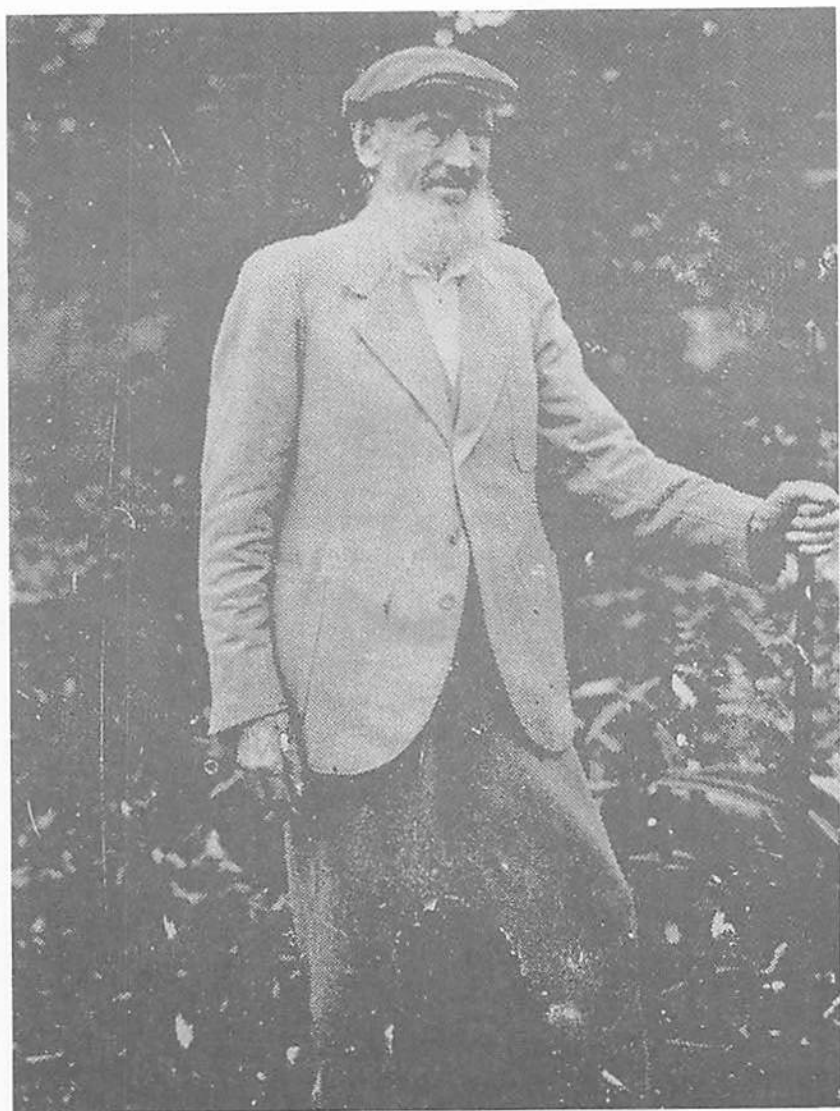


Figura 37. Postal dedicada a Jacinto Pankeri. En el reverso está escrito: "El hermano Jacinto Pankeri, de 88 años de edad, fue el primer salesiano que exploró el suroriente".

5

PARTE
Pankeri se prepara
para la muerte:
testimonios

Pankeri se prepara para la muerte: testimonios⁶⁷

Así pues, Jacinto Pankeri se dispone a dejar este mundo y de qué manera vivió sus últimos días y cómo murió el 10 de abril de 1947, debemos deducirlo de los testimonios de los que vivieron con él en Méndez.

Es del P. A. Guerriero y del P. A. Lobato, autor del librito "Jacinto Pankeri" (Quito, 1997), que se recogen algunos testimonios. El P. Lobato, en 1997, cuando se cumplían 50 años de la muerte de Pankeri, entrevistó a los padres Domingo Perego, Pedro Maskolaitis, Luis Bozza, Aurelio Pischedda, Natale Lova y Miguel Torres.

5.1. Padre Antonio Guerriero: "Deseo morir en las manos de Dios"⁶⁸

El padre A. Guerriero estuvo muy cerca de Pankeri en los últimos años de su vida; fue ordenado sacerdote en Cuenca en 1945 y permaneció en la Misión de Kuchantsa, cerca de Santiago de Méndez donde trabajaba Pankeri. En un artículo publicado en 1983 en el *Boletín Salesiano*, narra textualmente:

Entre tanto, habían llegado los 90 años y Pancheri como una lámpara a la cual le falta el aceite, va apagándose lentamente. Ya

67 Casi toda esta parte fue tomada del opúsculo del padre Ángel Lobato, "Jacinto Pankeri", 1997.

68 Antonio Guerriero nació en Sanza (Italia) en 1913, fue ordenado sacerdote en Cuenca en 1945 y falleció en enero de 1994.

obligado a quedarse en cama, el señor Jacinto a todos los que van a visitarlo les dice: «Todo lo que deseo es morir en las manos de Dios». Hablando con él, así lo recuerda un testigo, sentíamos algo grande en el alma, porque estábamos seguros de hablar con un hombre excepcional. El Viernes Santo de 1947, estando presentes sus hermanos religiosos, recibió con edificante devoción el Sacramento de los enfermos. El martes y el miércoles después de Pascua, ya extenuado en sus fuerzas, quiso la Eucaristía. Falleció en Méndez el 10 de abril de 1947. Poco faltó para que en el Ecuador se declarara el duelo nacional. Todos los diarios hablaron de eso, muchas notables personalidades de la República hicieron una apasionada necrología de él. El prefecto de Quito, Jijón y Caamaño, discípulo y amigo, escribió: «Ha muerto un gran servidor de la patria ecuatoriana. Murió un religioso modelo».

5.2. Padre Domingo Perego: “Forjador del futuro”⁶⁹

La frase “Forjador del futuro” ilustra de manera acertada las amplias ópticas de Pankeri, respecto al desarrollo de las casas salesianas y su forma de trabajar. Esta forma suya de pensar fue no pocas veces causa de malentendidos y conflictos con algunos de sus hermanos religiosos, que no pensaban igual. Así cuenta el P. Perego:

Trabajé como clérigo aprendiz en Méndez, junto con Jacinto Pancheri. Era alto y casi flaco... Usaba casi siempre un vestido de lana gris que le regalara Jacinto Jijón y Caamaño que fue a visitarle a Méndez junto con su hijo Manuel, que en esa época tenía más o menos 23 años. Con la familia Jijón y Caamaño, Pancheri era muy amigo. El general Eloy Alfaro había lanzado la amenaza de que aquellos que se levantaran en armas contra el Gobierno, perderían todas sus haciendas. Eso sucedió en el caso del señor Jacinto Jijón que, en el período de su destierro, para proteger sus propios bienes, firmó un acta de donación de todos sus bienes a

69 Domingo Perego nació el 24 de agosto de 1921, se ordenó sacerdote en 1951 y fue enviado al Ecuador en 1940. Aún vive en Quito, Ecuador.

favor de Jacinto Pancheri... La militancia política del señor Jijón involucró también a nuestro hermano y por este motivo el arzobispo, se dirigió a los superiores de los Salesianos invitándolos a intervenir en el problema Jijón-Pancheri.

Méndez, en esa época, era considerado un puesto para hacer penitencia... A Méndez enviaron a nuestro coadjutor para evitar, al mismo tiempo, la persecución y la venganza política...

Sin duda Pancheri, jamás fue expulsado de la Congregación, aunque las palabras del Visitador fueron realmente duras. Siempre estuvo presente en la lista de la Congregación, aunque Pancheri no conocía este detalle. En base a la forma en que tuve la oportunidad de observarle en Kuchantsa, me di cuenta de que poseía un nivel elevado de escrupulosidad en el cuidado de sus herramientas. No permitía que las usaran o las tocaran sin su permiso, o que las usaran sin cuidado. Y si esto sucedía, no podía concebir que un clérigo mintiera sobre este argumento. En este caso, él mandaba directamente un reclamo al director, padre Smith. Conocía la importancia del mantenimiento en excelente estado de todos los instrumentos de trabajo, tenía una excelente memoria espacial, tanto que recordaba exactamente el punto donde se hallaba cada herramienta y esto no sucedía si tal herramienta había sido desplazada a otro lugar.

Con esos utensilios construyó el famoso puente Guayaquil, famoso a pesar de que ahora está totalmente destruido. Luego construyó la pasarela Bogotá, en la confluencia de los pequeños ríos entre Méndez y Kuchantsa para poder pasar al cementerio, ayudado en este último caso por el coadjutor Bigatti (que más tarde murió ahogado con el P. Rouby). Esta construcción se derrumbó y, en esa circunstancia, mató a dos personas, nunca fue reconstruido y solo más tarde fue construido el puente Sixto Durán Ballén. Es muy interesante constatar sus metódicas observaciones meteorológicas. Era miembro del Centro Meteorológico de Quito, al cual enviaba los datos recogidos...

Lo conocí hasta la muerte y asistí a su entierro. Recuerdo que el discurso fúnebre, fue pronunciado en el cementerio de Kuchantsa

por el diputado César Ullauri, quien, entre las frases significativas, dijo: «Forjador del futuro de la patria, con fragua, calibrador y grillete en la mano».⁷⁰ En los funerales participó también el famoso padre Scarpari. Murió por la edad avanzada, a los 90 años o un poco más. Fue enterrado en el cementerio de Kuchantsa para ser transportado sucesivamente a Cuenca (Yanuncay), gracias a la preciosa ayuda del Reverendo Padre Pedro Maskolaitis. Actualmente, sus restos se encuentran en el mausoleo salesiano, construido en el cementerio de la ciudad de Cuenca...

Recuerdo sus cualidades y virtudes ejemplares, con mucha nostalgia: a pesar de ser un poco reservado, precisamente por su edad, solo como una isla y poco hablador, las características de su trabajo y la edad avanzada, en los años cuando lo conocí, no le permitieron desarrollar una pastoral juvenil significativa; era muy metódico, dotado de una memoria espacial brillante, puntualidad estricta, a nivel militar, heroico en los momentos de crisis que tuvo que soportar la Inspección, tanto que salvó la propiedad de los bienes de la Congregación Salesiana en el Ecuador, inteligente constructor de obras hidráulicas importantes en La Tola, El Quinche, Yaruquí, Ibarra, Méndez-Kuchantsa y otros lugares de la ciudad de Quito. Si no hubiera estado involucrado en asuntos políticos, hubiera sido maravillosa la solicitud de la causa de beatificación.

Hombre dedicado a profundos estudios matemáticos, fue apreciado por los sectores científicos de la sociedad ecuatoriana. En su memoria, la esposa de Jijón y Caamaño ayudó al P. Nicelli en la construcción de las bases del Colegio Spellman y la construcción del oratorio, en el año 1952. Ya que quiero dirigirme en esta ocasión a los otros coadjutores, diría que es importante considerar el espíritu mariano de Pancheri, expresado en su notable empeño en la construcción del más famoso Santuario de la devoción ecuatoriana. Fue el hombre de la perseverancia en la vocación, contra toda prueba si se piensa en las notables adversidades que

70 «Forjador del porvenir de la Patria, con fragua, calibrador y grillete en la mano».

le ocurrieron. Fue religioso de gran obediencia, dedicado al estudio y al trabajo constante y serio.

5.3. Padre Pedro Maskolaitis: “Enfrentaba a los cuchuchos”⁷¹

En la esquina del jardín siempre florido de la comunidad de la colina de Macas, el P. Ángel Lobato, encuentra al decano de los misioneros, el P. Pedro Maskolaitis, que pertenece al linaje de los héroes de la vanguardia salesiana y que ahora se dedica a ayudar a la comunidad, confeccionando las hostias para la celebración de la Eucaristía. A la pregunta de si había conocido al coadjutor Jacinto Pankeri, el salesiano sonríe y recuerda lo siguiente:

Lo conocí en el año 1935... Pancheri tenía la fama de ser un constructor de obras magníficas en La Tola, El Quinche, Ibarra, Yaruquí y Quito. Era amigo de una de las familias más conocidas de Quito, la familia Jijón y Caamaño, lástima que haya habido algunas incomprensiones al respecto.

Y sobre el puente Guayaquil, dice:

La construcción de este puente requirió 5 años de tiempo; es admirable por el inmenso trabajo en el interior de la selva y la presencia, en aquellas zonas vírgenes, de los gruesos cables de acero, transportados directamente de Guayaquil; Pancheri, estaba obligado a desplazarse todos los días de Méndez hasta el lugar de la construcción, que estaba a casi una hora de camino a pie.

En 1935, instaló también una turbina mecánica moderna, coligada a un dínamo traída de Guayaquil y que sustituía la turbina

⁷¹ Pedro S. Maskolaitis nació en Lituania, en 1907, se ordenó sacerdote en 1942 y llegó al Ecuador en 1944; falleció el 17 de octubre de 2001 en Quito.

manual; en este trabajo colaboró también el clérigo Maskolaitis; en aquel período era director de la misión Méndez-Kuchantsa el P. Francisco Torka. Todos los días, con poncho impermeable, un bastón y las botas, iba solito (sic) a encender los motores para dar la luz a la población y la misión, y solía quedarse donde estaban instaladas las máquinas hasta las nueve de la noche. En esos momentos contemplaba con asombro los animalitos, pequeños como gatos, llamados cuchuchos (una especie de tejón); ellos lo rodeaban buscando migas para comer. Al mismo, tiempo contemplaba unas culebras que salían de sus escondrijos; después de tres horas de espera, volvía a la misión luego de haber apagado las máquinas. Dándose cuenta, en el curso de más de un año, de los enormes sacrificios que requería la tarea de ir y venir todos los días, el clérigo Pedro Maskolaitis le pidió al Superior poder sustituir a Jacinto Pancheri en un trabajo que implicaba muchos sacrificios; le fue concedida esta responsabilidad, y Pancheri, sabiendo que Maskolaitis era un salesiano serio, trabajador y responsable, le dio preciosas indicaciones para el buen funcionamiento de la central, para que no hubiera ningún peligro en la maniobra de toda la instalación eléctrica: explicó los tiempos necesarios, explicó cómo había que colocar las bardas, abrir las puertas de clausura, quitar las pasarelas, etc. Pancheri, logró instalar una nueva turbina Francis, llevada a propósito desde Francia, pero esta turbina no dio los resultados esperados, sobre todo porque se consumían mucho las puntas de madera, y además requería de la instalación de una pequeña turbina Pelton.

Además, había instalado un mecanismo para maniobrar desde su cama, las diferentes poleas que abrían la puerta de su dormitorio y hacían funcionar los encendidos de las diversas máquinas. Sin duda, estos trabajos distraían a Maskolaitis de la preparación a sus estudios teológicos; por ese motivo, el P. Serié, consideró a Maskolaitis como un clérigo sin trabajo, casi un salesiano rebelde, no adecuado para enfrentar los estudios teológicos. A pesar de eso, como consecuencia de las convincentes explicaciones de su Superior, el P. Smith, albañil experto, logró convencer al Inspector, de que se trataba de un trabajo social de notable importancia.

Además, Pancheri construyó, con la ayuda del P. Smith y el clérigo Maskolaitis, una pasarela para atravesar el río que cruza Méndez; esta pasarela se derrumbó y se hundió por el peso de los numerosos militares y curiosos que se habían amontonado para poderse tomar una foto, a pesar de que habían sido advertidos del peligro.

Había mineros envidiosos que instalaron, por ser una actividad rentable, una balsa de cuerdas y que pedían a los que la usaban para cruzar significativas cantidades de oro. Por ese motivo, se opusieron a la construcción de otra pasarela, que garantizaría el paso de aquellos que provenían de Limón y otras zonas auríferas, y habían cortado el cable intentando arruinar la sólida obra de Pancheri. En todos estos trabajos colaboró también el coadjutor Huambutzara, compañero de trabajo de Jacinto Pancheri, fallecido en un accidente de avión en Tungurahua. Este pues fue el trabajo y el sudor de Pancheri, del santo viejito... Pancheri se dedicó también a la renovación de los techos de la casa de Méndez, que se hallaba en la otra orilla del río, donde ahora están los colegios, y que una vez eran la antigua residencia de los salesianos. Y que eran techos en pésimas condiciones; aun siendo anciano, inició la construcción de la iglesia de Méndez.

Cuando ya estuvo muy anciano, bajaba solo para el almuerzo. Murió a causa de la vejez. Fue sepultado en el cementerio de Kuchantsa, junto a Zanfrini, Coraisaca, Vanegas, Carduzzo, Poggione. Es curioso el susto que tuvimos cuando se trató de encontrar los restos de Pancheri. Todas las lápidas estaban en fila, una detrás de la otra. Cuando estábamos casi perdiendo la esperanza de encontrar la de Pancheri, nos bastó cavar un poquito más allá: la de Pancheri estaba colocada transversalmente en el lado opuesto, bien enterrada y sus restos, junto con los rosarios, las imágenes y los libros, estaban enterrados en un ataúd de madera muy resistente, estaban intactos y no hedían. Sus huesos ya secos, fueron recogidos en pequeñas cajas de cartón de la misma forma que se hizo con los otros cadáveres. El cementerio de Kuchantsa se hallaba en el camino que llevaba a Méndez, en una colina cerca del río, en una esquina de los dos taludes. Había una

cruz alta, bien iluminada, obra de Pancheri, y por allá pasaban la línea telefónica y la de la luz.

Pancheri fue un gran salesiano. Sabía arreglárselas solito (sic), aun no teniendo disponible el instrumento adecuado. Se dio cuenta de la importancia de las obras a favor de la colectividad, y cuando el Superior le propuso un cambio de casa, respetuosamente le escribió al P. Dati, presentándole las razones que podían justificar su permanencia en la misma casa... En todas sus salidas apuntaba todo lo que era interesante, trazaba mapas basándose en sorprendentes cálculos geográficos, era hombre de gran perseverancia y lo demostró cuando el ambiente político le fue muy hostil. Frente a los continuos abusos políticos, demostró con obras sociales positivas, su amor por la patria y la Congregación, obras estas que no le fueron útiles solo a él. Su espíritu de sacrificio, similar al de todos los misioneros que fueron los primeros en llegar, brilló especialmente cuando quedó él solo como guía de la Inspección Salesiana y cuando inició la construcción de la carretera y el puente Guayaquil, obra que lo ocupó por cinco largos años y que requirió de una constante tenacidad.

5.4. Padre Luis Bozza: "Un hombre excepcional, religioso muy cumplido"⁷²

El P. Luis Bozza, entrevistado por el padre Ángel Lobato, da los siguientes testimonios:

Efectivamente, conocí a Jacinto Pancheri. Conocí también al P. Albino del Curto, al cual le fue dedicado un monumento cuando aún vivía. No le voy a contar a usted todos los méritos de Pancheri, porque le habló de esto el P. Maskolaitis y no conviene, por tanto, que yo lo repita. El coadjutor Jacinto Pancheri, fue excepcional. Basta considerar que, aún siendo anciano, como un gato se trepaba sobre el barranco y colocaba los cables para el puente Guayaquil: esto fue realmente algo inaudito. Hubiera sido útil que

72 Luis Bozza, nacido en 1913, en Bagnoli di Sopra, en la provincia de Padua, llegó al Ecuador en 1934. Se ordenó sacerdote en 1947.

el padre Luis Carollo escribiese la vida de Pancheri; desgraciadamente el padre Carollo no estaba en Méndez y no lo conoció bien. Eloy Alfaro recibió a Pancheri para escuchar sus reclamos cuando los Salesianos fueron expulsados del Ecuador. En ese período, fue obligado a vivir fuera de la comunidad para poder proteger con mayor seguridad los bienes de la Congregación Salesiana; cultivó en ese período la amistad con la familia Jijón y Caamaño, lo cual determinó cierta exagerada incomprensión por parte del Visitador de nuestro Inspectorado.

Pancheri, murió de vejez el 12 de abril de 1947, a la edad de aproximadamente 90 años. Fue un religioso muy cumplido. Solía leer en la comunidad la historia de los mártires y la necrología. Los hermanos de la comunidad lo admiraban por su sincera piedad, su dedicación al trabajo y creo que realmente merecería un grandioso monumento en Quito o en Méndez y también en El Quinche. Desgraciadamente yo lo conocí solo en los últimos años de su vida.

5.5. Padre Aurelio Pischedda: “Un modelo para los estudiosos de materias técnicas”⁷³

El padre Pischedda, exinspector del Ecuador, recuerda así a Jacinto Pankeri:

En 1934 me encontraba en Méndez-Kuchantsa, y ahí conocí a Jacinto Pancheri. Era bastante alto, un poco delgado. Era de nacionalidad austriaca, porque en esa época el Trentino dependía de Austria. Es el hombre que salvó La Tola, en la época de la expulsión de los Salesianos, por parte de Eloy Alfaro. Es uno de los que dio inicio a la obra en La Tola y que salvó también los bienes de la familia Jijón y Caamaño.

⁷³ Aurelio Pischedda nació en 1909, en Pozzomaggiore (Sassari), se ordenó sacerdote en 1940 y llegó al Ecuador en 1933; falleció en el 2004.

Se distinguió por su puntualidad, a tal punto que fue encargado, por muchos años, de tocar la campana. Siempre vestía con trajes de trabajo. Le gustaba mucho la yuca y con mayor razón considerando que el pan era un lujo en aquellas zonas silvestres; y cuando la Providencia nos regalaba un poco de pan, los indígenas jibaritos tenían muchas ganas de probar esa golosina y así debíamos por lo menos ofrecerles un pedacito y ellos lo saboreaban como si fuera la más extraordinaria de las comidas.

Sus amigos o compañeros de trabajo fueron el coadjutor Solís, que se dedicaba a la agricultura, el coadjutor Montuati, que cuidaba el ganado, el P. Torka, director de la Misión, el P. Ghinassi al que Pancheri acompañaba en sus excursiones misioneras, el padre Albino del Curto, con el cual colaboró en la construcción de la carretera El Pan-Méndez y que llegó a Méndez para descansar, ya que muchas veces se había desmayado a causa de su debilidad.

Su preparación en el campo de la mecánica y la electricidad, llegó a tales niveles que su fama de ingeniero hábil, capturaba a los hombres de la alta sociedad, que tenían la ambición de tenerlo ante sus propias maquinarias para la relativa asesoría.

Fue el constructor del puente Guayaquil, hizo muchas obras hidráulicas en Quito, Ibarra, Méndez. Creo que en la zona de El Pan convendría verificar con personas que aún viven, respecto de la personalidad de Jacinto Pancheri, ya que él pasaba por aquel lugar cuando se dirigía a Méndez.

Él mismo se preocupaba de arreglar los techos de los locales de la Misión, cambiaba las techumbres deterioradas; canalizó el agua de Kuchantsa, dio luz a Méndez y Kuchantsa...

Acaso no haya las señales suficientes para llevar adelante la causa de beatificación... Fue un religioso muy cumplido, puntual y muy devoto. Fue un hombre importante, y hoy se presenta como un modelo de "salesianidad" y hombre de estudios en el campo técnico; opino que vale la pena erigir un monumento, como gratitud a su trabajo tan importante a favor de la sociedad, tanto en las montañas de la Sierra, como en la parte oriental del país.

5.6. Padre Natale Lova: “Muy apreciado por los shuar”⁷⁴

El padre Natale, al momento de la entrevista, llegaba ya al final de su vida a causa de un cáncer que lo mantuvo inválido. A la pregunta de que si conoció a Pankeri, su rostro se iluminó y recordó su más importante obra realizada en Méndez: el puente sobre el Paute, que permitía la comunicación con los extensos y ricos territorios de la zona oriental del Ecuador. Luego el salesiano continuó:

Pancheri, sufrió mucho en el período de la persecución de Eloy Alfaro, a tal punto que fue encarcelado en una especie de armario estrecho, donde no podía moverse. Fue el iniciador de la grandiosa obra de La Tola, realizada con la ayuda de la familia Jijón y Caamaño que, iluminada por el espíritu salesiano, cooperó generosamente y cuyos bienes fueron salvaguardados por el mismo Pancheri. En ningún momento podemos decir que fue expulsado de la Congregación; siempre estuvo presente en la lista salesiana... Fue un hombre muy completo y perfecto. Muy apreciado por los indios jibaritos, a los cuales solía hacerles algunos regalos. Salesiano dedicado al sacrificio en forma extraordinaria, desde el momento cuando lo conocí pasó toda la vida en las misiones. Pancheri murió a causa de la excesiva vejez. Fue enterrado en Kuchantsa y, más tarde, la familia Jijón y Caamaño envió mármoles para la construcción de su mausoleo.

5.7. Padre Miguel Torres: “Humilde devoto de María Auxiliadora”⁷⁵

El padre Miguel Torres, al momento de la entrevista era un salesiano anciano, que dirigía como un joven el alma de los fieles:

74 Natale Lova nació en 1910, en Vigevano; se ordenó sacerdote en 1940 y fue enviado al Ecuador en 1933. Falleció en Guayaquil el 21 de julio de 1997.

75 Miguel Torres, nació en 1908, en Cuenca, y falleció en su ciudad natal en 1989.

Conocí a Jacinto Pancheri, en los últimos cuatro años de su vida en Méndez, desde 1944. Asistí a su muerte. Con nosotros estaba también el P. Scarpari; en sus últimos días ya no podía bajar de su cuarto, sino para el almuerzo y el resto del tiempo se quedaba en su cama. Tenía un temperamento muy sereno, ojos azules como los de los austriacos y su estatura llegaba a un metro ochenta, tenía un aspecto anglosajón, era muy exacto en sus acciones, muy obediente de la Regla y los horarios de la Comunidad; tenía fama por su puntualidad en las prácticas de piedad de la comunidad. Fue un gran arquitecto, y las pruebas de esto son las obras realizadas en Quito, El Quinche y Méndez. Construyó el puente Guayaquil sobre el río Paute. Llevó electricidad a Méndez. Colaboró con la familia Jijón y Caamaño. En El Quinche le dedicaron una placa conmemorativa. Siempre se quedó dentro de la Congregación como buen religioso.

No creo que sea del caso encaminar el trámite de beatificación. Pero vale la pena que le sea dedicado un hermoso monumento, ya que entre las diferentes obras importantes que hizo, construyó el puente Guayaquil. Preparó para la Primera Comunión a uno de los hijos de Jacinto Jijón y Caamaño; asimismo, lo hizo con uno de los parientes de Galo Plaza. Cuando yo lo conocí, ya no estaba en posibilidad de realizar una eficiente pastoral con los indígenas shuar, porque era demasiado viejo y a duras penas bajaba para la Misa y el almuerzo. Murió de vejez. Recibió los santos sacramentos, asistido por su confesor, el padre Carlos Poggioni. Fue un humilde devoto de María Auxiliadora, muy respetuoso de los demás, muy obediente con los superiores. En sus funerales, llevados a cabo en Kuchantsa, estaba presente casi toda la parroquia de Méndez, incluso los militares con su jefe, el mayor del Ejército, que dirigió algunas palabras como oración fúnebre, ya que los militares solían consultarle a Pancheri sobre los problemas relacionados con las maquinarias y problemas de ingeniería. En el cementerio de Kuchantsa, quedó enterrado junto a Ernesto Canduzzo, Venegas, Zanfrini, Pedro Coraisaca, oriundo de Sígsig. Murió dejando en la añoranza a todos los civiles que lo apreciaban y lo querían muchísimo.

Epílogo

Como epílogo reportamos, antes que nada, lo que dejó escrito uno de los más importantes historiadores de la Inspectoría Salesiana de Quito, reverendo P. Elías Brito:

Pancheri fue la unidad salesiana que la tempestad de 1896 (la expulsión de los Salesianos, por parte del Gobierno masón) salvó, fue uno de los hortelanos de la misteriosa visión; se había quedado en Quito para representar y defender los derechos de la Congregación ante los tribunales civiles, luchando con fuerza y asumiendo la propiedad de las importantes maquinarias y los preciosos objetos de exclusiva propiedad salesiana; los mismos que todos los días se intentaba afectar y que el señor Pancheri, salvó probando jurídicamente que él y sus hermanos religiosos, gozaban del derecho de controlar y asumir obligaciones, y esto en virtud del derecho, como ciudadanos italianos, de obtener y mantener bienes.

Quede claro una vez por todas, que el señor Pancheri realizó su tarea con verdadera abnegación, sin miedo al despotismo que lo persiguió constantemente: defendió a su Congregación con brillantes y decisivos argumentos, que siempre aclararon la inocencia y la absoluta falta de culpa; hizo emerger el principio de la moralidad pública, la defensa de la propiedad, en medio de atentados salvajes que la historia nacional no olvidará. Son al mismo tiempo inolvidables sus servicios prestados en la dirección y la obra de la construcción del Instituto Don Bosco: trabajó con entusiasmo bajo la dirección de sus superiores hasta llevarlo a cabo y hasta que logró ver trasplantado y floreciente el árbol de María Auxiliadora.

Recordemos finalmente que el señor Pancheri, fue el precursor de la misión de Gualaquiza, que ya había nacido en febrero de 1894; y que en la última de las tres exploraciones realizadas a la selva

oriental de la provincia del Azuay, avanzó hasta la confluencia del río Zamora con el río Paute. Su escrupulosidad nos brindó importantes observaciones respecto de la posición astronómica de aquellos lugares, la constitución petrográfica de las montañas y la sombría belleza del estupendo valle de Gualaquiza. En aquel valle, hizo algunas rectificaciones respecto de las observaciones geográficas del señor Villavicencio y especialmente del señor Wolf; trazó un mapa de la misión y de toda la región explorada, trabajo este al cual hizo referencia para la formación de su gran mapa orográfico, el reverendo padre Vacas Galindo, y que fue publicado y utilizado también por el naturalista italiano Enrico Festa. Este ilustre salesiano hizo todo lo posible para el progreso de las misiones en el Oriente, donde su contribución fue extremadamente válida en la construcción de sólidos puentes suspendidos; en el estudio científico de la región del Dorado y sobre todo, en la cristiana evangelización de todos los indios jibaritos. Un personaje de la altura del señor Pancheri, cuyo único deseo fue el de conquistar almas para el Señor en las zonas más recónditas de la selva, merece afecto, gratitud y admiración.

Inmediatamente después de la muerte del ilustre coadjutor Pancheri, el Visitador Extraordinario para el Ecuador, el reverendo padre José Bertola, el 4 de mayo de 1947, envió desde Bogotá su nota de condolencias al Inspector del Ecuador, padre José Corso, usando las siguientes palabras: «¡Le envío el pésame por la muerte del querido Pancheri. Dios lo tenga en su gloria!». Algunos años más tarde, el valiente misionero reverendo padre Luis Casiraghi, no tuvo ninguna duda a la hora de elegir como nombre para la escuela de Bomboiza el de "Coadjutor Jacinto Pancheri". Para concluir esta modesta contribución, nos preguntamos si aún existen dudas respecto del hecho de si ¿vale la pena construir inmediatamente un merecido monumento en el corazón del Vicariato de Méndez y Gualaquiza, al "Rayo misionero", el heroico Jacinto Pancheri, quien fue luz del entusiasmo misionero, anunciando la benéfica lluvia que fertiliza el terreno para favorecer la germinación de aquel palo seco, que hoy se convirtió en un grandioso árbol lleno de hojas? Según el señor José Manuel Jijón y Caamaño Flores, nacido el 16 de mayo de 1920 y de casi 77 años de edad, domiciliado en la hacienda La Circasiana, hijo del ilustre señor Jacinto Jijón y Caamaño, que fue el primer Alcalde de Quito

en los años cincuenta, sería urgente e imperiosa la iniciativa de construir un monumento al hombre sabio, práctico y muy completo en varias virtudes humanas, cristianas y religiosas.

Transcribimos ahora algunas frases significativas, tomadas de la carta mortuoria de Jacinto Pankeri (escrita por Mons. Domingo Comin) y otras fuentes.

Monseñor Comin, así define al coadjutor Jacinto Pankeri:

Nuestro Pancheri era un verdadero santificador del trabajo. El ora et labora, era en él una idea y una acción. Amaba y practicaba intensamente la pobreza con espíritu de fe. Vivía para los jibaritos y la obra misionera. Me aseguraba que siempre estaba cerca de mí con la oración. Sus dedos desgranaban frecuentemente el Santo Rosario: oraba por el Papa, los Superiores y los hermanos religiosos, las vocaciones y todos nuestros bienhechores. Aún recuerdo uno de los tantos episodios de su vida de sacrificio y trabajo. Cuando construía el gigantesco puente Guayaquil, lo veía todas las mañanas salir de la misión con su ollita en la mano, encaminarse hacia el trabajo y allá pasar todo el día en una actividad heroica, calentando a mediodía su frío y pobre almuercito. Estoy seguro de que el Señor ya lo tiene consigo en el cielo y ora por nosotros.

El diario *El Mercurio* de Cuenca (provincia del Azuay), escribió lo siguiente:

Mons. Costamagna y Mons. Comin, tuvieron en el religioso Pancheri el más grande factor para la conquista del Oriente ecuatoriano. Un alto exponente de la moral y la cultura. Su muerte fue motivo de luto para todos.

El Debate, diario de la capital, con fecha 15 de abril de 1947, publicaba un largo artículo de Jacinto Jijón y Caamaño que decía, entre otras cosas:

Ha muerto un gran servidor de la patria ecuatoriana; falleció un religioso modelo; dejó de vivir no un valor en una determinada ciencia, sino un conocedor de casi todas, que contribuyó en

forma poderosa al progreso de muchas de estas en el Ecuador. Inteligencia sumamente perspicaz, siempre siguiendo la verdad, corazón abierto a todo lo bueno, energía indomable, actividad sin límites, vigor físico y mental, fueron las características notables de este hombre grande que fue Jacinto Pancheri.

Falleció un santo, desapareció un sabio. La patria perdió un gran ecuatoriano de corazón, un civilizador de primera clase.

En 1975, el salesiano P. Juan Vigna, escribía así sobre Jacinto Pankeri:

Francamente, si yo debiera presentar una figura ilustre de religioso y de santidad salesiana, tal como la quería Don Bosco, automáticamente pensaría en D. Jacinto Pancheri. Hombre de fe inconcusa, con espíritu de renuncia, sacrificio y mortificación a toda prueba: Don Bosco en sus labios, Don Bosco delante de sus ojos, para imitarlo, invocarlo, indicarlo ante todos como Padre y Maestro. Una piedad salesiana clara y firme, sin excrecencias, piedad bíblica. Hombre que tenía como orgullo personal el de conocer la Sagrada Escritura al dedillo y dedicarle todos los días buena parte de su tiempo libre. No le entraban y no entendía las novedades de la Liturgia, de la piedad y la vida de comunidad: en esto era un conservador. Estoy convencido de que aunque no tuvo nada que ver en el Internado de los pequeños jíbaros y las actividades estrictamente misioneras, su influencia evangelizadora, por su ejemplaridad, debe haber dejado huellas profundas incluso entre los hijos de la selva.

Con audacia afirmo que, mientras que la Congregación Salesiana tenga personajes como el Señor Pancheri, estará en capacidad de cumplir con su misión en la Iglesia y será grande ante Dios y ante el mundo.

Después de estos importantes testimonios, llegamos a la despedida. Con el lector volvimos a vivir el largo, laborioso y aventurero camino de Jacinto Pankeri. Y espero que sobre todo el lector de Romallo, pueblo natal de Jacinto, haya sido gratificado al sentirse más cerca de los eventos descritos, con esos

detalles, que pueden solo en él suscitar recuerdos, sentimientos y vivencias.

Recorrimos juntos la vida de este hombre, este misionero, y pudiera parecer al final que se trata tan solo de un “ingeniero” autodidacta, un aventurero o simplemente un naturalista. Pero se trata de algo muy diferente. Se trata de un hombre auténtico, un hombre entero, sincero, inamovible de sus principios de justicia y honradez, duro contra todo abuso e injusticia, enemigo acérrimo del liberalismo-masónico. Se trata de un hombre y misionero capaz de escudriñar el futuro y profético, ante el porvenir de los salesianos y su patria adoptiva, el Ecuador.

Ante nosotros está un coadjutor salesiano, que se dedicó con todas sus fuerzas al desarrollo de la familia salesiana, inclusive cuando creyó estar expulsado de esta. Jacinto Pankeri fue un hombre con gran fe y perseverancia y fue un ejemplo de laboriosidad e ingenio. Fue el fruto de lo mejor que nuestras antiguas familias podían hacer germinar y crecer en momentos en que la vida era dura, pero alegre, en que la vida era trabajo y el trabajo, junto con la fe y la oración, acompañaban a nuestros mayores hasta el umbral de la verdadera vida.

Nadie se haga ilusiones respecto de los rumores que se difundieron sobre la posible beatificación de Jacinto Pankeri o la construcción de monumentos en memoria suya: él también tuvo sus límites y sus superiores se lo hicieron notar varias veces; no intentemos congelar la figura de Jacinto en la piedra o el bronce, sino más bien dejémosla libre para volar e inspirar en nosotros la fuerza de sus virtudes; no nos esforcemos en sacarle del premio que disfruta en los cielos, para colocarlo en altares de mármol, y en cambio dejemos que con su valor y generosidad nos impulse a realizar obras para el bien de los más pobres, y entre los más pobres, de los más jóvenes, así como Don Juan Bosco lo enseñó.

Bibliografía

- Ambrosio, Pietro
Dizionario Bio-Bibliografico delle Missioni Salesiane. Centro Studi di Stona delle Missioni Salesiane.
- Botasso, Juan
1993 *Los Salesianos y la Amazonia. Tomo I. Relato de viajes 1893-1909*. Abya-Yala, Quito.
- Botasso, Juan
1993 *Los Salesianos y la Amazonia. Tomo II. Relaciones Etnográficas y Geográficas*. Abya-Yala, Quito.
- Botasso, Juan
1993 *Los Salesianos y la Amazonia. Tomo III. Actividades y Presencias*. Abya-Yala, Quito.
- Botasso, Juan
1994 *Cuando el premio es el destierro*. Abya-Yala, Quito.
- Dussel, E., Klaiber, J., Rojas, F. A., Vargas, J. M., Marzal, M. M., Romero, C., Tovar, c., Álvarez, J. M., Arias, M.
1987 *Historia General de la Iglesia en América Latina*. Vol. VIII. Cehila, Ediciones Sígueme.
- Festa, Enrico
1909 *Net Darien e nell'Ecuador*. Torino, Unione Tip. Editrice Torinese.
- Festa, Enrico
1993 *En el Darién y el Ecuador*. Abya-Yala, Quito.
- González Suárez, Federico
1993 *Historia General de la República de Ecuador*. Imprenta del Clero, Quito.
- Guerriero, Antonio
1983 *Un trentino chiamato Pankeri*. Bollettino Salesiano, CVII, 20-24.
- Guerriero, Antonio, Pedro Creamer
1997 *Un siglo de presencia salesiana en el Ecuador 1888-1988*. Quito.

- Larrea, Carlos Manuel
1946 Obra arqueológica de Jacinto Jijón y Caamaño en la Prov. de Imbabura, *El Tiempo*, 3 de Octubre.
- Lemoyne, G. B., Amadei, A.
1939 *Memorie Biografiche di San Giovanni Bosco*. Vol. X 1871-1874. Torino, Società Editrice Internazionale.
- Lobato, Ángel
1997 *Jacinto Pancheri*. Inspectoría Salesiana Sagrado Corazón de Jesús, Quito.
- Molestina, María del Carmen (n. d.)
Historia del Ecuador. Universidad San Francisco de Quito.
- Marini-Bettolo, G. B.
1992 *Scienziati Italiani e L'America Latina nei secoli XVII-XIX*. Roma Accademia Nazionale delle Scienze.
- Mattana, E.
1895 *Otto mesi nel vicariato di Mendez e Gualaquiza*. Boll. Sal. XIX, 95-99
- Mattana, E.
1895 *Una grave disgrazia alla missione di Gualaquiza*. Boll. Sal. XIX, 60-61.
- Micheli, P.
1979 *Dalla rocca dell'Ozolo. Revò e frazione di Tregiovo-Romallo-Cagnò*. Trento, Grafiche Istituto Artigianelli.
- Missionari Salesiani
I rimpatriati e i defunti al dicembre 1977. Centro Studi di Storia delle Missioni Salesiane.
- Pancheri, Jacinto
1893 *Gli ultimi momenti di don Savio*. Bollettino Salesiano, XVII 76-81.
- Pancheri, Jacinto
1894 *Il vicariato di Mendez e Gualaquiza*. Bollettino Salesiano, XVIII 74-79.
- Pancheri, Jacinto
1894 *Il primo viaggio d'espiorazione nel Vicariato di Mendez e Gualaquiza*. Bollettino Salesiano XVIII, 99-105.
- Pancheri, Jacinto
1894 *Viaggio d'esplorazione nel Vicariato Salesiano di Mendez e Gualaquiza*, Tipografia Salesiana, Torino.

Bibliografía

- Pancheri, Jacinto
1895 *Un'escursione al Sud di Gualaquiza*. Bollettino Salesiano, XIX 17-22.
- Pancheri, Jacinto
1895 La festa della shanza e la guerra tra gli Jivaros. Bollettino Salesiano XIX 237-241.
- Salvat Editores Ecuatoriana
1980 *Historia del Ecuador*. S. A. Quito.
- Salvador Lara, Jorge
2002 *Breve historia contemporánea del Ecuador*. Fondo de Cultura Económica, México.
2002 *Historia contemporánea del Ecuador*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Sánchez Núñez, Jorge
2002 *El Ecuador en el siglo XIX*. ADHILAC, Gobierno de la Provincia de Pichincha.
- Ufficio Stampa Salesiano
1969 *Dizionario biografico dei Salesiani*, Torino.
- Vita Trentina
1949 *Un grande missionario trentino*. 8 febbraio.
- Zucchetti Demetrio,
La conquista dei jivari. Elle DI CI, Torino-Leumann.

NOTA ACLARATORIA:

El libro original, en idioma italiano, consta de una extensa bibliografía que no pudo ser incluida en esta versión. Se la puede consultar en la edición italiana Giacinto Pancheri: *l'avventura di una vita*. Alessandro Bezzi. Romallo, 2007.



Figura 38. El Colegio Don Bosco en Quito (La Tola) y la iglesia de María Auxiliadora, proyectados y construidos por Jacinto Pankeri. 1997 (FAB).



Figura 39. Quito, 1997: los parientes de G. Pankeri visitan al señor José Manuel Jijón y Caamaño Flores, nacido en 1920: hijo del ilustre don Jacinto Jijón y Caamaño, que era alumno y amigo de Jacinto Pankeri (FAB).

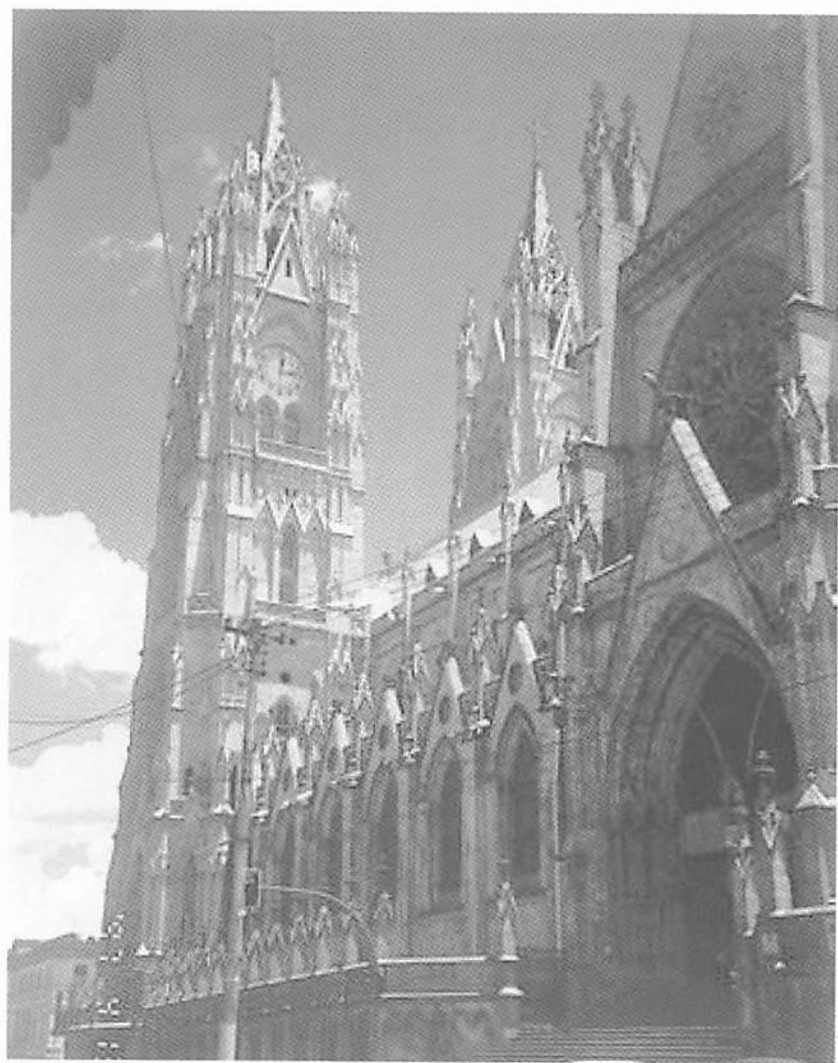


Figura 40. 1997: la iglesia del Sagrado Corazón en Quito. El arzobispo González Calisto, después de la muerte del Ing. Smith, encargó a Pankeri la dirección de los trabajos de esta iglesia (fAB).



Figura 41. Santuario de la Virgen del Quinche: 1997, en ocasión de la visita al Ecuador de algunos parientes de J. Pankeri. Jacinto colaboró con otros técnicos en el proyecto y en la construcción de este santuario mariano (FAB).

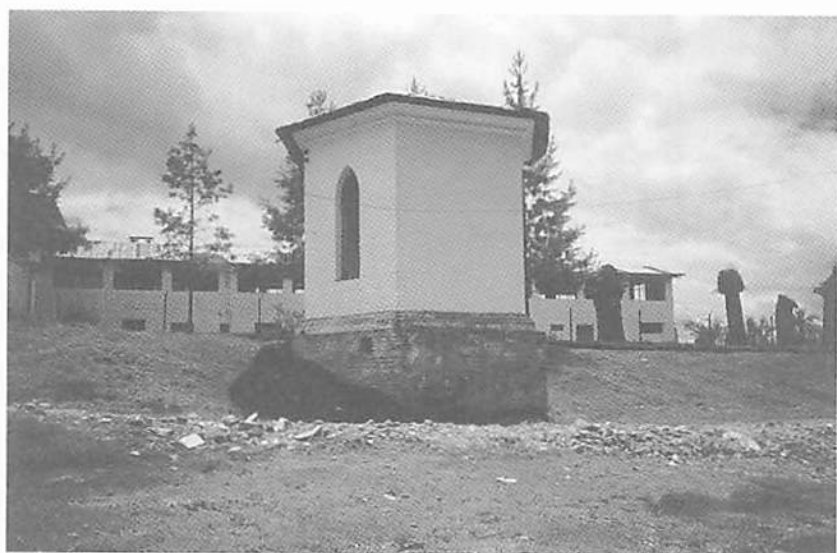


Figura 42. Cuenca, 1997. Capillita de Yanuncay, donde en 1965 fueron colocados y quedaron por menos de un año, los restos del cadáver de Jacinto Pankeri y otros salesianos (fAB).



Figura 43. Capilla de los Salesianos en el cementerio de Cuenca, donde actualmente se hallan los restos de Jacinto Pankeri (fAB).



Figura 44. Tumba de Jacinto y de otros salesianos en el cementerio de Cuenca (1997): el grupo de los sobrinos nietos de G. Pankeri (Rina Luchi, sobrina nieta, está con su hija, Helen) y el P. Lobato (fAB).



Figura 45. En noviembre de 2002, los miembros del Coro Magdalena, con algunos acompañantes, junto a la tumba de Jacinto Pankeri (fFL).



Figura 46. Cuenca (1997): una de las 23 iglesias construidas con el diseño de Jacinto Pankeri (fAB).



Figura 47. Cuenca (14 de abril de 1997). El P. Enzo Luchi, sobrino nieto de Jacinto, junto al P. Domingo Perego, que fue clérigo practicante en Méndez cuando Pankeri estaba en aquella misión (fAB).



Figura 48. 1997: la casa de las madres salesianas en Kuchantsa, cercana a Méndez, donde vivió sus últimos días Jacinto Pankeri, en una casita de madera, y donde fue sepultado en un cementerio cercano (fEL).

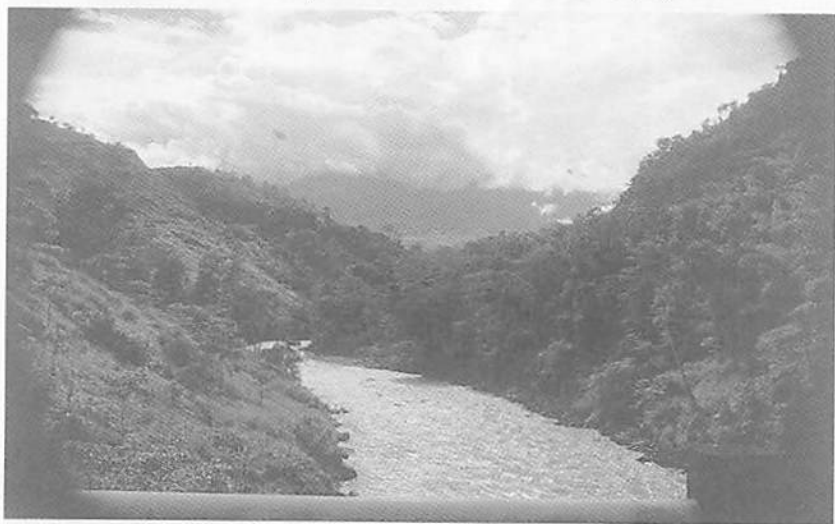


Figura 49. Cerca de Santiago de Méndez, está el río Paute sobre el cual Jacinto Pankeri, entre 1927 y 1932, construyó el famoso puente Guayaquil (fEL).

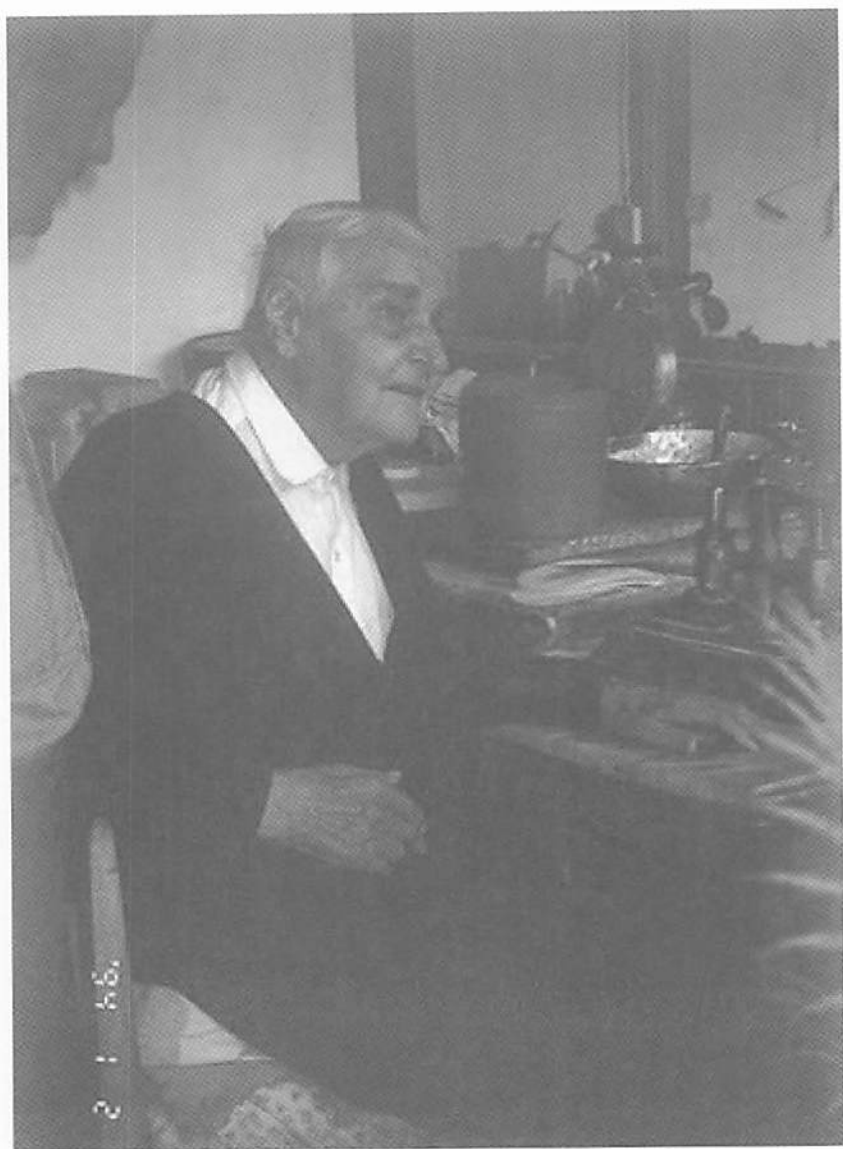


Figura 50. Macas (15 de abril de 1997). El P. Maskolaitis, quien vivió en Méndez con Pankeri desde 1937 a 1947 (fAB).



Figura 51. Santiago de Méndez (1997): monumento al P. Carlos Crespi, promotor de la vía El Pan-Méndez (fEL).



Figura 52. Méndez (1997): lugar sobre el río Paute, donde Pankeri construyó el puente Guayaquil, suspendido sobre seis cables de acero (fAB).



Figura 53. Selvas y ríos del Oriente ecuatoriano, vistos desde el avión (fEL).

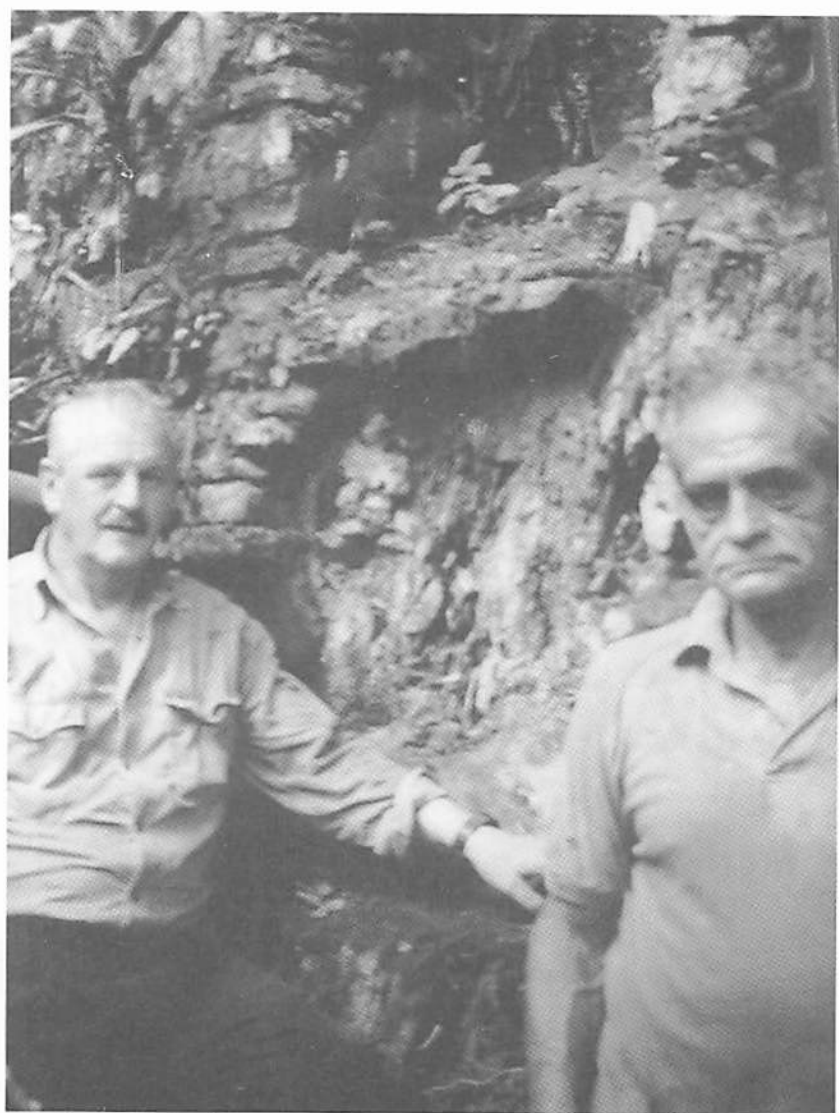


Figura 54. Méndez (noviembre de 2002). Fabio Luchi con Arcesio Seminario, sobre la orilla izquierda del río Paute, donde estaba enclavado el bajorrelieve de bronce de Pankeri y la inscripción conmemorativa (fFL).



Figura 55. Copia de bronce del bajorrelieve y de la inscripción conmemorativa que estaban empotradas en la roca, en el punto donde comenzaba el puente Guayaquil, en la orilla izquierda del Paute (con los datos del nacimiento y la muerte de Pancheri). Esta copia fue llevada a la municipalidad de Romallo por el P. Silvio Broseghini, el 21 de diciembre de 2003, en ocasión de una velada conmemorativa dedicada a Pancheri (fAB).



Figura 56. Misión salesiana de Wasak'entsa, en plena selva ecuatorial (fEL).

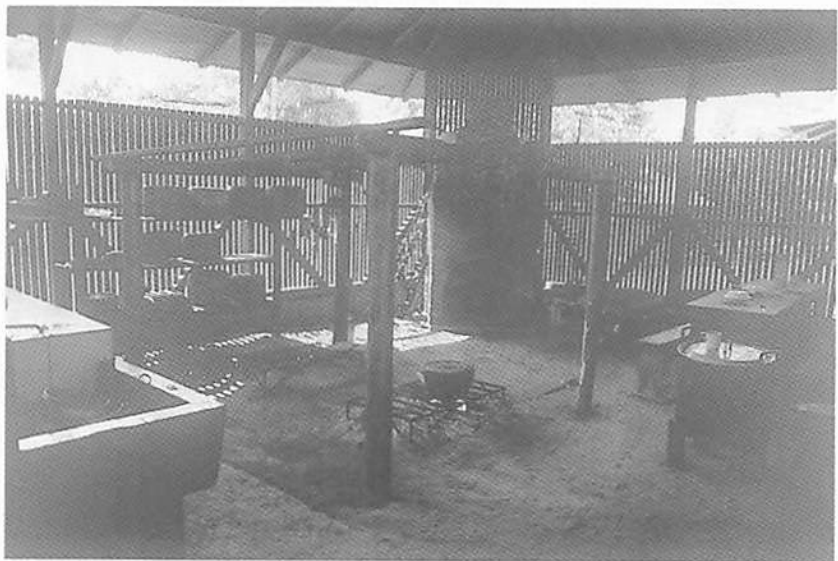


Figura 57. Wasak'entsa (1997): interior de una típica casa shuar (fEL).



Figura 58. Pista de aterrizaje de tierra apisonada en Wasak'entsa (fEL).



Figura 59. Shinkiatama (1997): los niños shuar se acercan corriendo, curiosos, cuando llega una avioneta, único medio rápido de comunicación en las selvas ecuatoriales del Oriente (fAB).



Figura 60. Mons. Pedro Gabrielli, Obispo de Macas, entre sus shuar (af-cgs).



Figura 61. Los paisajes andinos a menudo se parecen a los paisajes alpinos, como lo hizo notar varias veces Pankeri (fAB).



Figura 62. Norte de Quito (1997). Los cultivos de cereales, los pastizales, los cultivos de hortalizas se hacen hasta alturas muy elevadas. Los eucaliptos, que sustituyeron a los bosques originales, son un índice de la degradación ambiental actual de las zonas habitadas de las montañas ecuatorianas (FAB).



Figura 63. En los altos pastizales (páramos), esta magnífica planta (*Chuquiraga jussieu*), es considerada el símbolo de la flora de grandes alturas y como entre nuestros alpinistas la "stella alpina" (n. del tr. *Leontopodium alpinum*), la "chuquiragua" es la flor del andinista (fAB).

Apéndices

Apéndice N.º 1

Breve semblanza de algunos salesianos relacionados a la historia de Jacinto Pankeri

(Noticias tomadas del *Diccionario Biográfico de los Salesianos* – Ufficio Stampa Salesiano, Turín, 1969, y de las Necrologías conservadas en el Archivo Histórico de Roma)

ALBERA, sac. Pablo, nació en None (TO) en 1845 y falleció en Turín, en 1921. Segundo sucesor de Don Bosco. Después de su profesión y ordenación sacerdotal, recibió del mismo Don Bosco sus primeros encargos en Europa. En 1881, fue nombrado Inspector de las casas de Francia y lo fue por diez años. Regresado a Italia, el padre Rua, le dio encargos de confianza. En 1900, tuvo el encargo de visitar las misiones de América del Sur. En 1910, fue nombrado por el Capítulo General, Rector Mayor de la Congregación de Salesianos y cumplió este encargo con fidelidad y amor, según el ejemplo de sus antecesores, hasta su muerte ocurrida en 1921.

BORGHINO, sac. Miguel, nació en Vigone (TO) en 1855; falleció en Turín, en 1929. Inspector. Fue uno de los misioneros que brindó a la Congregación preciosos servicios como inspector en los Estados Unidos (1904) y en Venezuela (1908), como director de Bahía Blanca en Argentina (1910) y como visitador. De carácter enérgico, le tocó en ocasiones soportar duras dificultades por la causa del bien, vencíendolas con firmeza y su profundo sentido de piedad.

BRUZZONE, sac. Agustín, nació en Mele (Génova) el 4 de marzo de 1862; falleció en Lima, el 22 de abril de 1940. Partió hacia el Ecuador en 1891 junto con el P. Calcagno. Trabajó en Riobamba y en

1893 fue nombrado director de la casa de Cuenca. En 1893, acompañó por un período al coadjutor Pankeri y al P. Spinelli, que llegaron por primera vez a Gualaquiza, en plena selva ecuatorial. Como consecuencia de la persecución del general Alfaro, huyó a Perú. Luego, pasó a Bolivia y finalmente fue destinado nuevamente a Lima, donde murió a los 78 años. Practicó las virtudes religiosas, especialmente la pobreza.

CAGLIERO, sac. César, nació en Castelnuovo (Asti) en 1854. Inspector, procurador general. Se crió en la escuela de Don Bosco y fue por él mismo encargado de dirigir el colegio-pensión de Valsalice (1884-1887). Luego, Don Bosco lo envió a Roma en 1887 como procurador general de la Pía Sociedad. Desempeñó sus misiones con gran ingenio y se ganó la simpatía y la confianza de eminentísimos cardenales y del mismo Papa. Murió prematuramente en 1899. Era primo del primer obispo salesiano, Giovanni Cagliero (1838-1926).

CALCAGNO, sac. Luis, nació en Voltri (Génova) en 1857 y falleció en Santa Tecla, en El Salvador, el año 1899. Inspector. Fue uno de los salesianos más trabajadores ligados a Don Bosco. Siendo aún clérigo, partió hacia América Latina, con la cuarta expedición en diciembre de 1878. Fue elegido por el mismo Don Bosco, en el otoño de 1887, como director y jefe de la expedición del grupo de los primeros ocho salesianos destinados a la misión en Ecuador. Llegó a Guayaquil, el 12 de enero de 1888. Fue el director de la primera casa salesiana en Ecuador, en Quito. En 1891, fue encargado de conducir a los primeros misioneros al Perú. En 1894, cuando el P. Rua creó el primer inspectorado del Ecuador, el P. Calcagno fue el primer inspector. Desgraciadamente, un año después, en 1895, el P. Calcagno debió abandonar el inspectorado por el exilio al Perú. Como consecuencia de tal evento, el P. Calcagno sufrió mucho incluso físicamente. Cuando volvió a Italia, fue enviado a El Salvador, pero su salud se quebrantó de repente y murió en 1899. Pankeri le tenía mucho cariño al P. Calcagno, primer inspector de Quito. Cuando el P. Calcagno debió partir hacia el exilio, encargó a Pankeri la Comunidad Salesiana de Quito.

COMIN, mons. Domingo, nació en Santa Lucía (Udine) en 1874 y falleció en Guayaquil (Ecuador) en 1963. Obispo misionero. Se presentó al P. Rua para hacerse salesiano y, ya sacerdote, partió al Ecuador, en 1902. Guayaquil fue su primer campo de trabajo y dirigió

el Instituto Santistevan hasta 1911. En 1910, el P. Comin visitó por primera vez la misión de Gualaquiza. Fue consagrado Obispo en 1920. Se interesó profundamente en la conversión de los shuar y lo hizo evangelizando en primer lugar a los más pequeños, que en la comunidad de los shuar siempre eran muy cuidados y amados. Edificó escuelas para los jóvenes y en lo social, promovió cooperativas agrícolas. En el campo científico promovió y divulgó los estudios sobre las costumbres shuar y constituyó una preciosa colección de material etnográfico, que sirvió para la gran exposición misionera que tuvo lugar en el año santo de 1925 en El Vaticano y que luego fue colocada en el museo de la Casa Central de Cuenca. Prácticamente su obra integró en la nación a las poblaciones amazónicas (shuar) del Ecuador.

COSTAMAGNA, Mons. Santiago, nació en Caramagna (Cuneo) en 1846 y falleció en Bernal (Argentina) en 1921. Obispo misionero. Recibido en el Oratorio de Don Bosco, hizo la profesión religiosa y fue consagrado sacerdote, y durante tres años (1875-1877) fue director espiritual de las Hijas de María Auxiliadora. En 1877 fue jefe de la Tercera expedición misionera en Argentina, y en 1880 fue nombrado inspector salesiano de América. Estuvo entre los primeros en aproximarse a las tribus de los indios araucanos, junto con el general Roca. Visitó el Perú, Ecuador y Bolivia. Fue llamado de Perú a Italia por el P. Rua y en 1894 fue elegido Obispo titular de Colonia y Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza. No pudo ir a su vicariato en Ecuador porque se lo impidió el Gobierno liberal. Volvió a Buenos Aires y el P. Rua lo nombró visitador de las casas salesianas de América, del lado del Pacífico, con residencia en Santiago de Chile. En los años siguientes al destierro de los salesianos del Ecuador, con los salesianos desterrados fundó en Perú y Chile los colegios de Arequipa e Iquique. En 1898 volvió a Italia y finalmente en 1902 obtuvo el permiso de entrar, para una breve visita, a su Vicariato Apostólico y por fin, en 1914, pudo residir en el Vicariato de Méndez y Gualaquiza, donde fundó las misiones de Indanza y de Santiago de Méndez, llamando también a las Hijas de María Auxiliadora. Desgraciadamente, por motivos de salud, en 1918 tuvo que ceder su vicariato a Mons. Comin, llamado desde la Santa Sede a reemplazarlo. Pasó sus últimos años en el noviciado de Bernal en Argentina.

CRESPI, sac. Carlos, nació en Legnano en 1891 y falleció en Cuenca (Ecuador), en 1982. Luego de haber frecuentado el noviciado de los salesianos en Foglizzo (Turín), en 1907, a los 16 años, hizo la profesión religiosa. Fue ordenado sacerdote en Padua, en 1917. En 1921 se doctoró en Ciencias Naturales en la Universidad de Padua. En el mismo año fue encargado de ocuparse de la propaganda de las misiones salesianas. En 1923 fue enviado al Ecuador para ocuparse de los estudios sobre el Oriente ecuatoriano. Documentó la vida de los shuar y coleccionó plantas y animales para un mejor conocimiento de la Amazonía ecuatoriana. En 1925, durante la exposición misionera en El Vaticano, estaba en Roma para ilustrar las misiones salesianas en Ecuador. Cuando volvió al Ecuador, el 12 de septiembre de 1925, firmaba el contrato con el Gobierno ecuatoriano para la construcción de la carretera Pan-Méndez. Para el desarrollo de los shuar y el favor de las misiones salesianas, organizó una exposición en Guayaquil donde presentó también un documental filmado sobre los invencibles shuar. En 1926 nuevamente fue a Europa donde presentó, tanto en El Vaticano, como en Turín, su película sobre los Shuar y las bellezas de la Amazonia. De vuelta en Ecuador, siguió trabajando entre los shuar y preparó otra película que presentó en 1927 en el Congreso Internacional de Ciencias Naturales, en los Estados Unidos de América. Muchos de sus escritos se publicaron en el Boletín Salesiano entre 1923 y 1942. Tuvo reconocimientos también por parte del Gobierno local, que le dedicó una calle en Cuenca. Falleció a los 91 años.

DARDÉ, sac. Conrado, nació en Barcelona (España) el 9 de mayo de 1891 y falleció en Guayaquil el 18 de agosto de 1942. Consagrado sacerdote en 1919, fue invitado al Ecuador en 1926. Trabajó en Méndez, Gualaquiza y Sucúa, estudiando la lengua de los shuar y ejerciendo también el arte de la medicina, por los estudios de medicina y cirugía, que había realizado anteriormente. Pero le dio una terrible enfermedad que lo llevó a la muerte a los tan solo 51 años.

DATI, sac. Julio, nació en Basilica (Lucca), en 1881, falleció en Valencia (Venezuela), en 1965. Inspector. Tuvo su formación en las escuelas salesianas. A los 20 años se consagró a las Misiones y fue enviado a Chile, donde en 1909 fue ordenado sacerdote. En Chile se quedó hasta 1926, año en que fue destinado a las misiones del Ecuador, donde, como inspector, permaneció hasta 1929. Visitó a todos los

misioneros que trabajaban en las selvas del Oriente y en 1927, acompañó también a Pankeri de Quito a Cuenca, cuando este coadjutor fue destinado al Oriente. Luego fue enviado a Centroamérica (1929-1935), y posteriormente a Caracas (1936-1939) en Venezuela, donde murió en 1965.

DEGIOVANNI, sac. José, nació en 1872 en Rosignano Monferrato y falleció en Turín, en 1974. A los 24 años ingresó al Instituto Salesiano de Parma y en 1900 comenzó el noviciado en Ivrea. En octubre de 1901 partió al Ecuador con el P. Domingo Comin. En 1907 fue ordenado sacerdote en Quito. De 1910 a 1921 fue director de la Casa Salesiana de Quito (donde estuvo también Pankeri como coadjutor); luego fue director en Riobamba. Luego volvió a Italia en 1938 por motivos de salud. En Italia, recuperada la salud, fue director de la Casa Salesiana de Piossasco, que acogía a los salesianos enfermos y luego fue capellán del noviciado de las Hijas de María Auxiliadora, en Torre Bairo. En este período se dedicó a las confesiones y a la predicación de ejercicios espirituales. Durante una breve visita a la familia en Rosignano se enfermó y, llevado a Turín, murió rodeado de sus hermanos (Fuente: Carta Mortuoria).

DEL CURTO, sac. Albino, nació en Mese (Sondrio) en 1875 y falleció en Guayaquil (Ecuador), en 1954. Habiendo ingresado al Oratorio de Valdocco a los 12 años y ordenado sacerdote salesiano en 1903, fue enviado por el P. Rua al Ecuador. Su primer campo de acción fue el noviciado de Atocha, luego los colegios de Riobamba y Gualaquiza. En 1909 tuvo el primer contacto con las misiones del Oriente en Gualaquiza y, desde entonces, no dejó nunca más la Misión de los Shuar. En 1914 Mons. Costamagna lo envió a fundar la Misión de Méndez. La fundó sobre las ruinas de la antigua Logroño, destruida por los shuar en 1599. En el mismo año fundó también la misión de Indanza. Estudió la posibilidad de construir un camino El Pan-Méndez con una distancia de 72 km. Comenzó la obra en 1917 y luego de casi 10 años se completó el camino. En 1932 se terminaba de construir el Puente Guayaquil sobre el río Paute, construido por Jacinto Pankeri, y que hacía parte del proyecto de la carretera El Pan-Méndez. En su Misión de Méndez, él fue misionero, catequista, juez y padre, y en El Pan le fue dedicado un monumento y el mismo Gobierno lo honró con las máximas condecoraciones.

FRANCESIA, sac. Juan, nació en San Giorgio Canavese (Turín), en 1838 y falleció en Turín en 1930. Director espiritual, escritor. Habiendo ingresado a los doce años en el Oratorio de Valdocco, fue ordenado sacerdote y desde 1878 hasta 1902, fue inspector salesiano de la provincia Piemontese-Lombarda. Escribió muchos dramas en latín, que fueron representados incluso en otros Institutos italianos y extranjeros, y en el Oratorio. El padre Francesia fue el historiador de los primeros acontecimientos salesianos. Entre sus obras se destacan aquellas sobre San Juan Bosco y las biografías de los salesianos fallecidos. Fue el P. Francesia quien, después de la visita de Pankeri a Don Bosco, se encargó del mismo Pankeri y lo envió a Faenza, al colegio salesiano.

FUSARINI, sac. Antonio, nació en Paderno d'Asolo (Treviso) en 1848 y falleció en Guayaquil (Ecuador), en 1912. Inspector. El padre Fusarini formó parte de la última expedición de misioneros organizada por Don Bosco, que fue la primera dirigida al Ecuador, en diciembre de 1887. Fue durante nueve años inspector de la obra salesiana en aquella República. Murió de fiebre amarilla en Guayaquil, junto con otros tres hermanos religiosos, también italianos.

GUERRIERO, sac. Antonio, nació en Sanza el 9 de enero de 1913 y falleció en Quito el 23 de diciembre de 1993. En 1934 ingresó a la Casa Salesiana de Torre Anunciata y en 1939 partió hacia el Ecuador, donde fue ordenado sacerdote en 1945. En el Ecuador cumplió con diferentes encargos como director de casas salesianas, maestro de novicios, consejero y secretario del Inspectorado y delegado de los cooperadores salesianos. En ocasión del centenario de la llegada de los salesianos al Ecuador, estuvo encargado de preparar la historia de los salesianos y de sus obras en ese país. Esbozó también la biografía de Jacinto Pankeri que no la terminó, pero fue un admirador y defensor del mismo.

GUSMANO, sac. Calógero, nació en Cesarò (Messina), en 1872 y falleció en Nizza en 1935, secretario general. Fue recibido por Don Bosco en 1885 en el Oratorio. Fue secretario del P. Rua y del P. Albera y por 23 años, secretario del Consejo Superior (1912-1935). Murió improvisamente en la clínica de las Agustinas en Nizza, donde se encontraba internado para aliviar sus dolores físicos.

LAZZERO, sac. José, nacido en Pino Torinese en 1837 y fallecido en Mathi (Turín), en 1910. Por consejo de Don Bosco se convirtió en salesiano en 1847. En 1874 fue nombrado por Don Bosco consejero general, luego de la muerte del P. Provera. Tuvo algunos otros encargos importantes y delicados y también fue director del Oratorio. En 1885 también fue encargado de mantener correspondencia con los misioneros de las dos Américas. Atacado por una terrible enfermedad se retiró a Mathi, poco distante de Turín, donde murió en 1910.

MATTANA, sac. Francisco, nació en Turín en 1857, falleció en Panamá en 1931. Fue ordenado sacerdote en 1887 y destinado a las misiones en el Ecuador. En 1894 fue acompañado por Pankeri cuando se adentró en las selvas del Oriente hasta Gualaquiza (Pankeri, en aquella ocasión, iba a Gualaquiza por segunda ocasión). El P. Mattana fundó la misión de Gualaquiza en 1896 y fue su director hasta 1908. Reconstruyó la misión luego del incendio del 17 de diciembre de 1894, y tuvo como excelente colaborador al coadjutor Pankeri. Salido de Ecuador, fue destinado a las misiones de América Central y murió en Panamá en 1931.

PANKERI Jacinto, coadjutor, ingeniero, nació en Romallo (Trento-Italia), el 27 de abril de 1857; hizo su profesión en Turín el 31 de agosto de 1889; fallecido en Santiago de Méndez (Ecuador) el 10 de abril de 1947. Fue un hombre de vasta inteligencia y de voluntad de acero. Llegó al Ecuador en 1892 junto con el P. Ángel Savio, a quien asistió en su última hora en las faldas del nevado Chimborazo (6310 m). Tenía el título de maestro de escuela, pero sus capacidades rebasaban los límites comunes. Conocía a perfección la mecánica, la ingeniería, la arqueología. El Arzobispo de Quito, Mons. Pedro González Calisto, le encargó varias obras en su arquidiócesis: hizo el proyecto del célebre santuario de la Virgen del Quinche, construyó el Colegio Don Bosco y el Santuario de María Auxiliadora en Quito; abrió un acueducto en la capital; construyó el puente sobre el río Paute, fue cofundador de la Academia de Historia y Geografía del Ecuador. Fue testigo y víctima de los abusos liberales y del destierro de los salesianos. Murió a los 90 años en la Misión de Méndez, donde dejó muchas obras y un vivo ejemplo de salesianidad. A.R.

(Transcripción literal del Diccionario Biográfico de los Salesianos, 1969. Obra supervisada de la Oficina de Imprenta Salesiana, Turin).

REYNERI, sac. José, nació en Turín en 1873 y falleció en Buenos Aires en 1956. Inspector. Ingresó al Oratorio de Valdocco en 1886. En 1892 partió hacia América Latina, Ecuador, fue expulsado con los otros salesianos. Luego pasó al Perú donde se ordenó sacerdote en 1896; enviado a Bolivia (1899-1907); inspector del Perú y de Bolivia desde 1907 hasta 1919. Fue nombrado inspector de Centroamérica y, en 1929, volvió a Perú y Bolivia como inspector de estos dos países. En 1934 fue enviado a la Argentina y allí se quedó hasta 1941, con el cargo, (entre 1941 y 1946), de representante del Rector Mayor para toda Latinoamérica. Organizó en Buenos Aires "La Casa del Boletín", convirtiéndola en un centro internacional de difusión de la prensa católica.

RINALDI, sac. Felipe, nació en Lu (Alessandria), en 1856 y falleció en Turín en 1931. Ingresó a los diez años de edad en el Colegio Salesiano de Mirabello y tuvo muchos contactos con Don Bosco. Fue ordenado sacerdote en 1882 y un año después nombrado director de la Casa de los "Hijos de María", abierta en Mathi Torinese. En 1889 fue enviado a España como director de una casa salesiana y, muy pronto, en 1892, fue nombrado inspector de las casas de España y Portugal. El P. Felipe, a pesar de todos sus cargos, dedicaba todas las mañanas parte de su tiempo a las confesiones; puso mucho empeño al perfeccionamiento de los oratorios festivos de los salesianos. En 1922, cuando falleció el P. Albera, fue nombrado Rector Mayor de los Salesianos en primera votación. Luego abrió numerosas casas salesianas, y en 1929 tuvo la felicidad de asistir a la beatificación de su maestro, Don Bosco. Murió en Turín en 1931.

ROCCA CANFARI, sac. Guido, nació en Turín en 1871 y murió en Santiago de Chile en 1961. A los diez años entró al Oratorio "San Francisco de Sales", de Turín; hizo la profesión perpetua en 1891 a los veinte años y en 1892 partió hacia el Ecuador, donde fue ordenado sacerdote en 1894 por Mons. Pedro R. González. Fue maestro de novicios y director de la Casa Salesiana de Sangolquí. En 1896 fue exiliado con los otros salesianos de Quito y pasó un par de años en el Perú. En 1899 fue enviado a Chile a dirigir el Colegio "El Patrocinio de San José", pero en el mismo año se le ordenó regresar al Ecuador para dirigir el Colegio Don Bosco de Quito, en cuya construcción y cumplimiento trabajaba Pankeri, que había también sido nombrado

propietario de las tres casas salesianas de Quito. El P. Guido llegó a Guayaquil vestido de civil y con el título de ingeniero mecánico. Llegó a Riobamba y se hospedó en la casa de una familia amiga y luego llegó a su sede, Quito. Asumió la dirección del Colegio Don Bosco, organizó enseguida el Oratorio Festivo y continuó su trabajo de director hasta 1910, cuando lo sustituyó el P. Degiovanni. En 1912 fue nombrado director del Colegio "Don Bosco" en San Salvador (Centroamérica). En 1913 pasó a México y en 1917 retornó al Ecuador y fue nombrado Consejero Inspectorial. En 1918 lo hallamos en la parroquia de la "Transfiguración", en Nueva York, ocupándose de la pastoral de la colonia italiana de aquella ciudad. En 1921 volvió al Ecuador y fue director del Colegio "Cristóbal Colón", de Guayaquil. En 1929 regresó a Chile, donde murió en Santiago el 4 de julio de 1961, a los 90 años de edad (Fuente: Carta Mortuoria).

SANTINELLI, sac. Ciriaco, nacido en Ostra (Ancona), en 1859 y fallecido en Agua de Dios (Colombia), en 1913. Inspector. Ingresó a la Congregación siendo ya sacerdote, después de haber consultado a Don Bosco. Fue director de Quito (Ecuador), en 1895, en Salgolquí (1896), en Callao (Perú), en Arequipa (1898-1901) y en Lima (1902-1909); director en Ecuador, Cuenca (1908-1909) y, finalmente, en Agua de Dios (1909-1913), donde falleció. Murió leproso, habiéndose contagiado de esta enfermedad en el ejercicio de su sagrado ministerio.

SAVIO, sac., Ángel, nacido en Castelnuovo d'Astri en 1835 y fallecido en Guaranda (Ecuador), en 1893. Primer ecónomo general. Acogido de muy jovencito en el oratorio de Don Bosco, ya en 1859 fue elegido como ecónomo de la Sociedad Salesiana y cumplió el mismo encargo hasta 1875. En 1885 acompañó al P. Cagliero a América, en las excursiones a la Patagonia, llegando luego también a Chile, al Perú, a Paraguay y al Mato Grosso en el Brasil. Después de un breve descanso en Italia, salió al Ecuador en 1892, donde se le había encargado a los Salesianos el Vicariato de Méndez y Gualaquiza. Desgraciadamente murió en las faldas del monte Chimborazo antes de llegar a la misión que se le había confiado. Fue asistido en sus últimas horas de vida por Jacinto Pankeri, quien debía ser su compañero en la exploración del Oriente.

SPINELLI, sac., Joaquín, nacido en Cipressa (Imperia), en 1868 y fallecido en Cuenca en 1949. Misionero. Bendecido por Don Bosco

agonizante, llegó al Ecuador siendo aún clérigo. En 1893 fue el primero en entrar, junto con el coadjutor Pankeri, entre los shuar de Gualaquiza. Sufrió mucho con la persecución del Gobierno en 1896, pero siempre se quedó junto a sus queridos shuar. En 1919 volvió a la casa de Cuenca como director y maestro de los novicios (1921-1922), luego pasó a Síg sig (1922-1926) y finalmente volvió a Cuenca donde murió en 1949.

TORKA, sac., Francisco, nacido en Katrowitz, Polonia, en 1890 y falleció en Cuenca (Ecuador), en 1956. Hizo sus votos en 1905 en Lombriasco (Italia) y partió enseguida con Mons. Costamagna hacia el Ecuador, donde fue ordenado sacerdote en 1912. Fue misionero entre los shuar y trabajó en casi todas las misiones del Vicariato de Méndez y Gualaquiza. Desde 1940 en adelante vivió en diferentes casas del Inspectorado de Cuenca, siendo un magnífico ejemplo para los hermanos religiosos por sus obras y su vida de verdadero salesiano. Murió después de una larga enfermedad y el mismo Mons. Comin lo acompañó hasta el cementerio.

Apéndice N.º 2

Jacinto Jijón y Caamaño

Jacinto Jijón y Caamaño nació en Quito en 1890, hijo de Manuel Jijón Larrea y Dolores Caamaño, y murió en Quito en 1950. De pequeño frecuentó mucho a Jacinto Pankeri, del cual tuvo tanto la educación cristiana como la instrucción. Luego frecuentó la Universidad Central del Ecuador, donde fue también alumno de Federico González Suárez, quien fue arzobispo de Quito de 1904 a 1917.

Pertenecía a una familia políticamente partidaria de los conservadores católicos. Esta familia ayudó en varias ocasiones a los salesianos y en la ejecución de sus obras. Se trataba de una familia muy rica. Su residencia estaba en la ciudad, en la calle Sucre, pero el padre de Jacinto, Manuel, en 1890 había construido en estilo clásico con influencias árabes, una gran casa de estadia fuera de la ciudad, llamada La Circasiana. Después de la muerte del padre Manuel, en 1908, Jacinto se transfirió a La Circasiana y la amplió rodeándola también de otros dos edificios: un museo que más tarde acogería las piezas arqueológicas recogidas por él, y una biblioteca. Más tarde, el museo fue regalado por el hijo de Jacinto, Manuel Jijón Flores, a la Universidad Católica. La biblioteca que contenía 200 000 volúmenes, más tarde fue comprada por el Banco Central y actualmente es sede del Archivo Municipal de Historia. La Circasiana, vendida al Municipio de Quito por el hijo de Jacinto en 1992, es actualmente sede del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador. Jacinto, además, poseía una gran fábrica textil en el Valle de los Chillos, un ingenio azucarero y otros bienes inmuebles.

Jacinto fue también discípulo de Federico González Suárez, y en 1909 con él y otros estudiosos de la época, firmaba en el Palacio Arzobispal, el documento de fundación de la "Sociedad de Estudios Históricos". Después de tal evento, Jacinto Jijón y Caamaño se dedicó a las excavaciones arqueológicas de cementerios prehistóricos. En sus trabajos era ayudado por Juan León Mera, que dibujaba proyectos e ilustraciones, y por Jacinto Pankeri que dirigía el trabajo de excavación de los peones. Hicieron excavaciones primero en la hacienda del

mismo Jijón y luego en El Quinche, iniciando la recolección de piezas que luego serían colocadas en el museo cercano a La Circasiana.

Jacinto Jijón, junto con el amigo y maestro Carlos Manuel Larrea, en 1912, empezó un viaje a Europa. Los dos estudiosos hicieron investigaciones en los archivos y bibliotecas de Londres y fueron ese mismo año a París a hacer investigaciones similares durante todo el año 1913. Frecuentaron un curso de Historia de las Religiones en la Sorbona. Así pudieron formar parte de la Sociedad de los Americanistas de París. En abril de 1913 fueron a España y participaron en el Congreso de Historia y Geografía en Sevilla, y luego hicieron investigaciones en los archivos de Madrid, para luego volver a París. Después de haber hecho otras investigaciones también en archivos alemanes y austriacos, volvieron al Ecuador donde se dedicaron a la investigación, al estudio y a la Sociedad de Estudios Históricos.

Fallecido González Suárez en 1917, los dos estudiosos fundaron un boletín que daba noticias semestralmente sobre las investigaciones históricas y arqueológicas, y Jacinto Jijón comenzó a dedicarse a estudios prehistóricos. Nadie, como lo atestigua Carlos Manuel Larrea, aparte de Federico González Suárez, dedicó tantos estudios como lo hizo Jacinto Jijón.

En 1918 Jacinto se casó con María Luisa Flores y tuvo un hijo, Manuel, quien fue el último en habitar en La Circasiana. Jacinto Jijón y Caamaño, durante el Gobierno de Gonzalo S. Córdova, era el jefe del Partido Conservador, y en 1924 formó parte de los organizadores de una especie de revolución armada, para combatir al Gobierno progresista de Córdova, pero fue derrotado por las fuerzas gubernamentales y tuvo que esconderse, y luego huir al destierro. Antes de irse al exilio, confió a Jacinto Pankeri todos sus bienes con un contrato de alquiler y tal hecho le costó también a Pankeri el destierro al Perú. La revolución del 9 de julio de 1925 puso fin al Gobierno, sostenido en el poder de los banqueros y los fraudes electorales, y terminó también el período oligárquico del Partido Liberal Radical (Jorge 452). Subió entonces al poder Ayora y el desterrado Jacinto Jijón y Caamaño, volvió triunfalmente desde el Perú a Quito. Pero la política represiva del nuevo presidente volvió a expatriarlo, junto con otros dirigentes conservadores, y pasó un período en Costa Rica.

Durante este segundo destierro, lo vemos en varios países como Colombia, Guatemala, Perú y, después de un corto regreso a Quito, en Costa Rica. En estos países él se preocupó siempre de estudios arqueológicos y recolección de piezas.

Después del destierro fue nombrado Alcalde de Quito. Sus publicaciones más importantes son las siguientes:

- Jacinto Jijón y Caamaño J. 1914. *Contribución al conocimiento de los aborígenes de Imbabura en la República del Ecuador* (Madrid, 1914).
- Jacinto Jijón y Caamaño J. 1929. *Un siglo de vida*. Riobamba.
- Jacinto Jijón y Caamaño, J. 1930. *Una gran marea cultural en el NO de Sudamérica*. *Journal de la Société de Americanistes de Paris*, Vol. XXII, París.
- Jacinto Jijón y Caamaño J. 1936-1943. *Sebastián de Benalcázar*. 3 Vol., Quito.
- Jacinto Jijón y Caamaño J. 194. *La ecuatorianidad*. Quito.
- Jacinto Jijón y Caamaño J. 1942. *La influencia de Quito en la emancipación del Continente Americano. La independencia*. Quito.
- Jacinto Jijón y Caamaño J. 1945. *Antropología prehispánica*. Quito.

Jacinto Jijón y Caamaño, aún de anciano, siempre recordó a Jacinto Pankeri y con su hijo Manuel fue a visitarlo a la Misión de Santiago de Méndez en plena selva ecuatorial. Para llegar allá cruzó zonas casi inaccesibles, a lomo de caballo (comunicación personal del hijo Manuel). Jacinto murió en Quito en 1950.

Fuentes

Manuel Larrea, Carlos

- 1976 *Obra arqueológica de Jacinto Jijón y Caamaño en la Provincia de Imbabura*. El Tiempo: 03.10.1976 (Informe presentado durante el Primer Congreso de Arqueología Ecuatoriana por Carlos Manuel Larrea, quien había acompañado a Jacinto Jijón y Caamaño durante sus investigaciones arqueológicas y antropológicas).

Pancheri, Jacinto (cartas)

Salvador Lara, Jorge

2002 *Breve historia contemporánea del Ecuador*. México: Fondo de Cultura Económica.

Apéndice N.º 3

*Federico González Suárez, Obispo de Ibarra y Arzobispo de Quito:
entre conservadorismo y liberalismo*

La cuestión de las relaciones entre Iglesia y Estado, fue sumamente importante e incisiva en la historia del Ecuador a finales del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX. En un primer momento estas relaciones, o mejor dicho el connubio entre Iglesia y poder temporal, determinaron un período de triunfalismo católico, al cual necesariamente, en un segundo momento, le siguió la persecución a la Iglesia católica y el triunfo del liberalismo masón.

El primer Concordato entre Estado e Iglesia en 1862, estipulado cuando era Presidente del Ecuador el católico conservador García Moreno, afirmaba, entre otras cosas, que la Religión católica era la única religión del Ecuador, que en toda diócesis se abriría un seminario, que la instrucción de la juventud debía ser en todo conforme a la doctrina católica, que los eclesiásticos podían gobernar sus diócesis en completa libertad, que el Presidente del Ecuador podía proponer como candidatos para una sede episcopal a sacerdotes dignos, dentro del respeto de los sagrados cánones. Si una sede episcopal quedaba vacante, el Arzobispo de Quito, les pediría a los obispos que indicaran el candidato para esa sede. Si era la sede arzobispal que quedaba vacante, el Obispo más anciano podía recoger los nombres de los tres candidatos a presentar al Presidente de la República, que podía elegir al obispo a proponer al Sumo Pontífice para que lo eligiera según los sagrados cánones. Como se puede constatar, mientras los conservadores estuvieron en el poder, la Iglesia y el Estado interactuaban mutuamente, pero cuando subieron al poder los liberales, la Iglesia dio muchas molestias al Gobierno, que demostró ser enemigo acérrimo de la misma. Para ser más concretos, en la época en que fue Presidente del Ecuador el conservador católico García Moreno (1861-1865 y 1869-1875), siguió una época de transición (1875-1895), durante la cual gobernaron los "católicos liberales"; es decir, aquella parte de los católicos que no compartía ni el conservadorismo garciano ni el liberalismo *tout court*. Ellos eran llamados también progresistas. Durante este período, se distinguió el general Veintemilla, quien después de

haber conspirado contra García Moreno, llegó a la presidencia. Veintemilla demostró muy pronto ser un jefe militar que llegó al poder sin derecho ni razón, favoreció a la burguesía comercial de la Costa y persiguió a la Iglesia del Ecuador. Bajo su Gobierno, en 1877, fue envenenado el Obispo de Quito, Checa y Barba, con el vino de la misa del Viernes Santo. También el Obispo de Guayaquil, Mons. José Antonio Lizarzaburu y Borja, según la opinión de algunos historiadores, fue envenenado con un cigarro, enviado por el general Veintemilla (Freile, 2003).

A este período de transición, le siguió la era alfarista del liberalismo masónico, que inició después de la revolución de 1895 con la subida al poder de Eloy Alfaro, liberal y anticlerical. Una de las primeras víctimas de Eloy Alfaro fue el Obispo de Manabí, Mons. Pedro Schumacher, quien en 1895 tuvo que huir exiliado a Colombia. Fue el precio que el Obispo tuvo que pagar por haberse expresado contra el liberalismo y contra el Tomo IV de la Historia del Ecuador, publicado en 1893 por su colega Federico González Suárez, Obispo de Ibarra. Durante este período, el Concordato entre Iglesia y Estado de 1882, dejó de ser reconocido, las relaciones diplomáticas con El Vaticano fueron suspendidas y en 1899 fue promulgada la Ley del Patronato y la Ley del Culto, por las cuales la Iglesia venía a encontrarse totalmente sometida al Estado: estaba permitido solo el ejercicio del culto que no fuera contrario a las instituciones del país, se prohibía la fundación de nuevas órdenes religiosas, noviciados y monasterios, estaba prohibido el cobro de los diezmos. Las protestas por parte de la Iglesia determinaron, en 1901, la visita al Ecuador del delegado apostólico Mons. Pietro Gasparri y luego de Mons. Bavonsa, pero sin resultados positivos. Al contrario, durante el Gobierno del general Plaza, sucesor del general Alfaro, se promulgó la ley del matrimonio civil, el divorcio y la ley llamada "de las manos muertas", que hacía posible la venta de los bienes de la Iglesia, para la realización de obras socialmente útiles (Salvador Lara, 2002).

El poder eclesiástico ecuatoriano, representado por los obispos y sobre todo por el arzobispo de Quito, tuvo actitudes diferentes ante el conservadurismo católico y el liberalismo alfarista. Durante el medio siglo que transcurrió el coadjutor salesiano Jacinto Pankeri en el Ecuador (1892-1947), se sucedieron tres arzobispos en la ciudad de Quito:

Mons. José Ignacio Ordóñez (1882-1893), Mons. Pedro González Calisto (1893-1904) y Mons. Federico González Suárez (1904-1917). Los primeros dos fueron partidarios de los conservadores católicos y en contraposición con los liberales, en cambio el tercero fue muy cercano a los liberales.

Mons. José Ignacio Ordóñez, aún antes de llegar a ser Arzobispo de Quito, fue negociador del segundo Concordato entre la Santa Sede de Roma y el Gobierno del Ecuador (1882). Más tarde, en 1884, Mons. Ordóñez fue a Roma para una visita *ad limina* y tomó consigo como secretario a Federico González Suárez, quien en esa época era canónigo de la Catedral de Quito. En 1885 Mons. Ordóñez, convocó al Cuarto Concilio Provincial en el cual, a la luz de los decretos del reciente Concilio Vaticano I, era redactada y divulgada una Carta Pastoral para luchar contra las teorías del liberalismo masónico (ver la Encíclica de 1884 *Humanum genus* de León XIII, contra el liberalismo). La Carta Pastoral recordaba también las obligaciones de los obispos y los sacerdotes: indicaba, en 18 ordenanzas, las específicas responsabilidades y deberes de los sacerdotes recomendando su vida interior, la caridad y la oportunidad de no establecer relaciones de familiaridad con los poderosos, para no perder la libertad de ejercer el ministerio que les correspondía.

Siempre bajo Mons. Ordóñez, el Concilio Provincial de 1883 decidió construir una iglesia al Sagrado Corazón de Jesús, como señal concreta de la consagración de la República al Sagrado Corazón, que se hiciera en 1875 bajo el presidente católico García Moreno. Monseñor Ordóñez murió en 1893.

El obispo de Ibarra, Mons. Pedro González Calisto sucedió a Mons. Ordóñez en la dirección de la Arquidiócesis de Quito. Fue llamado el "Arzobispo del Sagrado Corazón", por haber promovido en su momento la consagración del Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús. Cuando subió al poder el general Alfaro, se convirtió muy pronto en blanco de los liberales: durante la revolución de 1895 el Palacio Episcopal fue asaltado y fue escenificada la parodia del fusilamiento del mismo Arzobispo; fue también incendiada la biblioteca y el Archivo Episcopal (Jorge Salvador Lara, 2002). Durante su episcopado, en 1895, todas las órdenes religiosas fueron expulsadas del Ecuador por

el Gobierno de Eloy Alfaro. Los sacerdotes fueron perseguidos, las imágenes sagradas destruidas, y en 1897 en Riobamba se perpetraron sacrilegios tales como la profanación del Santísimo Sacramento y el asesinato del padre Emilio Moscoso, de la orden de los Jesuitas (SJ), (Freile C., 2003). A pesar de todo, en diciembre de 1913, Mons. González Calisto inició la publicación del Boletín Eclesiástico, pero en 1896 el Obispo tuvo que asistir impotente a la expulsión de los salesianos y las otras órdenes religiosas del Ecuador.

La nueva Constitución, en el artículo 37, prohibía la introducción de comunidades religiosas al Ecuador y en otros artículos, colocaban a la Iglesia en la imposibilidad de ejercer libremente su ministerio y la obligaban a estar bajo estricto control del estado anticlerical. El Arzobispo de Quito protestó contra estos artículos, contrarios al Concordato de 1882, pero no fue posible un entendimiento y al final hubo que constatar la suspensión de las relaciones entre Estado y la Iglesia de Roma. Esto sucedió a pesar de que hubo un intento de entendimiento entre Alfaro y el Cardenal Rampolla. Más tarde, por sugerencia de González Suárez, se intentó restablecer las relaciones entre Estado e Iglesia, a través del representante de Roma, Mons. Gasparri, que residía en Lima, Perú. Pero en 1901, todo intento de entendimiento fracasó y el Ecuador cayó inexorablemente en manos de los liberales que persiguieron a la Iglesia e impusieron la enseñanza laica en las escuelas básicas.

Mientras que los dos primeros arzobispos de Quito eran conservadores católicos, Suárez se comportó por una parte y desde el punto de vista doctrinal, como un firme defensor de los derechos de la Iglesia católica y contrario al liberalismo, pero por otro lado, en la práctica, apoyó el liberalismo o por lo menos lo toleró, como una evolución inevitable de la vida política de aquella época.

Federico González Suárez nació en 1844, de una familia pobre. De joven frecuentó las escuelas y los colegios de los jesuitas, pero salió de los jesuitas antes de la ordenación sacerdotal, en 1872. Según otras fuentes, Federico no salió espontáneamente de esta orden, sino que fue alejado de la misma por insubordinación. Acaso de aquí venga su aversión contra las órdenes religiosas.

De 1872 a 1882, estuvo en Cuenca, donde inició sus investigaciones históricas que culminaron más tarde con la publicación de su poderosa obra *Historia General del Ecuador*, que fue publicada entre 1890 y 1903. De esta obra, el Tomo IV (publicado en 1893), está dedicado al siglo XVII y describe la situación social y religiosa en el Ecuador y la vida que se llevaba en los conventos de las distintas órdenes religiosas, evidenciando sobre todo sus aspectos negativos. Su obra histórica fue desaprobada por algunos obispos del Ecuador y el mismo Card. Rampolla fue encargado de pedirle a Suárez, que se retractara del famoso volumen IV, pero Suárez se negó.

Según el profesor Carlos Freile, un historiador contemporáneo del Ecuador, las finalidades de la *Historia del Ecuador*, no eran solamente históricas, sino también morales: Suárez, evidenciando las fallas de las órdenes religiosas en el pasado, quería favorecer la buena conducta y la autocorrección de la gente que leía. Observa el mismo historiador que Suárez, escribiendo su volumen IV, cometió varios errores metodológicos como el de no leer los documentos completos, sino solamente un resumen del amanuense o secretario, de no consultar fuentes alternativas para probar el carácter verídico de la fuente acusatoria, de no leer siempre la defensa de los frailes acusados, en algunos casos incluso de haber leído mal el texto, de haber confundido ciertas palabras, de haber acusado a toda una comunidad por la mala conducta de un solo individuo.

González Suárez, fue Obispo de Ibarra de 1895 a 1904: es significativo el hecho de que, cuando se debía nombrar al Obispo de Ibarra y la terna de candidatos fue presentada al Gobierno, este eligió no al más votado de los tres, sino que indicó a González Suárez como candidato al Obispado de Ibarra, a someter al nombramiento de la Santa Sede (Dussel, 1987). Esta era una señal de su tolerancia con el liberalismo. Suárez fue elegido Arzobispo de Quito y permaneció con su cargo arzobispal hasta su muerte, en 1917. Federico González Suárez defendió en varias ocasiones a la Iglesia contra el liberalismo de Alfaro y de su sucesor Plaza, pero predicó la tolerancia hacia la corriente liberal, lo cual le procuró la desaprobación de otros personajes eclesiásticos conservadores.

Por esta política suya tolerante ante el liberalismo y su obra histórica en la cual, en el tomo IV, presentaba un panorama bastante sombrío de las órdenes religiosas evidenciando sus pecados, fue acusado de liberal y contra él lucharon varios eclesiásticos conservadores de su tiempo. En realidad, aún siendo irreductible en las teorías católicas, mostró apertura ante los eventos políticos y el progresismo (tomado de Hoy, siglo XX, 10 enero, 1999). Cuando era aún sacerdote, se pronunció contra la doctrina liberal, según los documentos pontificios. Escribió artículos en periódicos locales para defender la posición de la Iglesia y fue un eclesiástico muy preparado, incluso cuando fue nombrado obispo y arzobispo. Pero jamás fue favorable al Presidente católico García Moreno, aunque este presidente se había propuesto moralizar la conducta pública, empezando por la moralización del clero, que es lo que le importaba mucho también a González Suárez.

Cuando el general Alfaro, en 1895, se convirtió en Presidente del Ecuador por medio de una cruenta guerra civil, los conservadores organizaron diversas guerrillas para asumir el poder y poner fin a las reformas anticatólicas y a varios actos sacrílegos perpetrados en muchas ciudades. A su vez, los conservadores, en 1900, pensaban poder contar con el clero para llevar adelante estos actos de guerrilla y hacer entrar en el Ecuador un grupo de soldados de Colombia, que ayudaría mucho a los conservadores para derrotar a los liberales. González Suárez, que era Obispo de Ibarra, cerca de la frontera con Colombia, no colaboró en esta acción y al contrario escribió públicamente que colaborar con aquella invasión de soldados colombianos sería un crimen de lesa patria. Y se colocó así junto a los liberales, quienes, con fraudes electorales y represiones, quedaron en el poder hasta 1944.

En ninguna ocasión González Suárez apoyó a los conservadores católicos, por lo cual el delegado apostólico Mons. Guidi, escribió que González Suárez se mostró siempre contrario a los católicos conservadores e intentó contrariarlos en todas las formas. Fue acusado de ser "obispo liberal" por algunos prelados de la Iglesia ecuatoriana, pero Mons. Guidi consideró exagerado este criterio. En un artículo, "Entre la cruz y el liberalismo", publicado en Hoy, siglo XX del 10 de enero de 1999, se lee que debe sin duda admitirse que Suárez tuvo una

apertura ante las inevitables transformaciones del Gobierno liberal y que su pensamiento y su posición política fueron muy próximos a los progresistas que, a finales del siglo XIX, llegaron a ser una especie de partido católico-liberal.

González Suárez, además de historiador, fue también arqueólogo y literato. Además de la famosa *Historia General de la República del Ecuador*, escribió también *Memorias Íntimas* (Quito, 1931) y *Defensa de mi criterio histórico* (Quito, 1937). Fue profesor de Historia en la Universidad Central de Quito, fue por algún tiempo consejero de Estado y tuvo el cargo de Director General de Educación Pública; fue miembro del Poder Legislativo y también Vicepresidente del Senado, en el Congreso Constituyente de 1892. Fue un hombre importante en la cultura nacional, notable orador sagrado, promotor de dos importantes asociaciones, como la Junta Patriótica para la Defensa Nacional y la Academia Nacional de Historia.

A González Suárez, se le debe la despolitización del clero, que hasta entonces estaba ligado al Partido Conservador. Suárez se mantuvo firme, como sus predecesores, en la doctrina de la Iglesia católica y se opuso a las leyes que desconocían los derechos de la Iglesia. Se puede decir que fue considerado como un director moral de la nación. (Jorge Salvador Lara, 2002).

La verdad es que Federico González Suárez sigue siendo una figura compleja y controvertida. Fue un personaje que luchó interiormente entre la fidelidad a la doctrina de la Iglesia y la simpatía por el progresismo liberal; así como entre el compromiso de moralización del clero (realizado con exasperación y con propósitos excesivamente perfeccionistas), además de una pretendida coherencia con los hechos históricos. Todo esto lo arrastró a situaciones complicadas y contradictorias. Además, parece que no le faltó una buena dosis de orgullo intelectual, que lo llevó a contrastes con la Iglesia local e incluso con la Iglesia de Roma. A pesar de todo, este personaje eclesiástico casi siempre es presentado tan solo en sus aspectos positivos, tanto por la prensa de su época como por la prensa más reciente. Solo algunas voces, como la de Jacinto Pankeri, ponen en evidencia sus límites y los aspectos negativos de su obra.

Fuentes

Dussel, E. y otros

1987 *Historia General de la Iglesia en América Latina*. Vol. VIII. CEHILA. Salamanca: Ediciones Sigueme.

Freile, Carlos

2003⁷⁶ *Comunicaciones personales*. Hoy, Siglo XX. Artículos de diario.

Pancheri, G.

Correspondencia personal.

Salvador Lara, J.

2002 *Breve Historia contemporánea del Ecuador*. México: Fondo de Cultura Económica.

76 Carlos Freile fue profesor de historia en la Universidad San Francisco de Quito, miembro de la Academia Nacional de Historia del Ecuador y de la Academia de Historia Eclesiástica Ecuatoriana.

Palabras finales

P. Juan Bottasso

Puede parecer extraño que un hombre de las virtudes y méritos de Jacinto Pancheri, haya tenido unas relaciones tan tirantes con la Congregación Salesiana, especialmente en cierto período de su vida.

Para comprender este hecho es indispensable ubicar al personaje en su contexto histórico. A él le tocó desenvolverse en un ambiente complicadísimo. Cuando los salesianos acababan de instalarse en el Ecuador fueron expulsados del país. En cuanto laico, él fue el único que pudo permanecer en Quito, pero no se limitó a sobrevivir semiclandestinamente, sino que desplegó una actividad muy intensa para levantar, en un terreno adquirido en La Tola, la primera casa propiedad de los salesianos en la capital. La obra no solo aún permanece, sino que tiene una gran vitalidad. Lo que admira en él es que conservó un apego tan incondicional a Don Bosco, que nada lo pudo separar de su lado. En Quito se encuentran algunos apellidos de personas que descienden de los primeros salesianos llegados al país desde Italia. Eran hermanos laicos como Pancheri, pero, embestidos por el vendaval que se desencadenó contra la Congregación, la abandonaron y buscaron construirse aquí una existencia, sin regresar a su tierra.

Pancheri, como buen montañés de Los Alpes, quedó tercamente apegado a su opción inicial. Pero le tocó afrontar una situación desesperada. Para poner mano a la construcción del Colegio Don Bosco se necesitaban ingentes medios económicos.

Él que, como preparación, no pasaba de tener la típica de un maestro de primaria, por su cuenta se especializó en ingeniería civil, mecánica, electricidad..., y firmó contratos con entidades públicas y personas particulares, con el fin de reunir los capitales necesarios.

Por haber quedado solo, por bastante tiempo no pudo compartir la vida con otros hermanos y, cuando la comunidad se reconstituyó, él había contraído tantos y tales compromisos, que con frecuencia debía

ausentarse de la casa religiosa. Al visitador canónico, que llegó al Ecuador enviado por los superiores centrales, la vida de este hermano le pareció demasiado libre, como para que su presencia resultara ejemplar y, sin contemplaciones y sin escuchar muchas explicaciones, lo liberó de todos los compromisos religiosos, dejándole fuera de la Congregación.

Quien haya leído esta biografía se ha dado perfecta cuenta del dolor que esta separación causó en el hermano y del cariño que él había cobrado al Ecuador.

De corazón, él nunca dejó de considerarse salesiano y mantuvo absoluta fidelidad a los votos, también durante los años del "exilio".

Las páginas de este libro dejan en claro que Jacinto Pancheri, debía tener un carácter nada blando y un apego tenaz a sus convicciones: sin estas características no habría hecho lo que logró hacer.

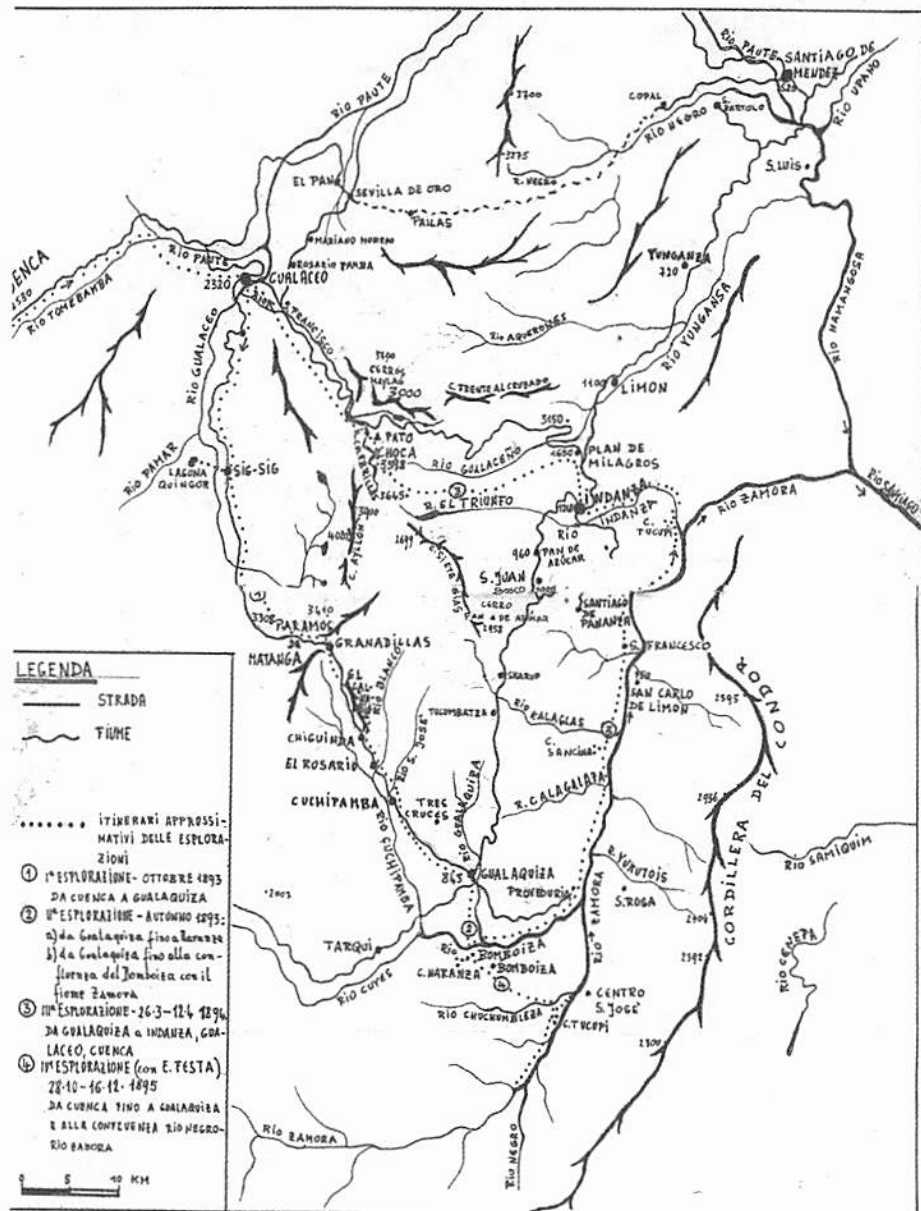
Pero el padre Borghino, en calidad de visitador canónico, se ciñó demasiado literalmente a los aspectos legales, sin evaluar serenamente la situación en que, por años, el hermano había tenido que desenvolverse. Es evidente que cualquier organización necesita de normas y de autoridades que las hagan observar. Si esta organización además tiene un carácter religioso, apela también a motivos sobrenaturales, sin olvidar que mantiene su cohesión y garantiza su continuidad, inculcando en sus miembros un estilo y una mística que la caracterizan. Pero esto no quita que existan amplios márgenes que permiten tomar en cuenta las situaciones de las personas.

El padre Juan Vigna, gran conocedor de la psicología humana y personaje clave en la historia de las misiones salesianas del Ecuador, tuvo la oportunidad de conocer en Méndez a un Jacinto Pancheri ya anciano.

Dejó escrito de él:

"Francamente: si tuviera que presentar una figura prócer de religioso y de santidad salesiana, como la quería Don Bosco, automáticamente pensaría en don Jacinto Pancheri. Hombre de fe inconcusa, de espíritu de renuncia, sacrificio y mortificación a toda prueba: Don

Bosco en los labios, Don Bosco ante sus ojos para imitarlo, invocarlo, indicarlo a los demás como Padre y Maestro. Una piedad salesiana clara y firme, sin escrescencias, piedad bíblica. Hombre que llevaba como orgullo personal conocer la Santa Escritura al dedillo y dedicarle todos los días buena parte de su tiempo libre... Me atrevo a afirmar que, mientras la Congregación Salesiana tenga elementos como el señor Pancheri, estará a la altura de su misión en la Iglesia y será grande ante Dios y el mundo".



Serie Misioneros Salesianos

En los últimos años de su vida, Don Bosco, estuvo en contacto epistolar con las autoridades del Ecuador, tanto civiles como eclesiásticas y su último envío de misioneros tuvo exactamente este país como destino.

Aunque él físicamente nunca haya estado aquí, su presencia se hizo tangible a través de muchos de sus hijos, que encarnaron con fidelidad su estilo de vida y de trabajo.

La Inspectoría del Ecuador, desde sus orígenes, fue pensada por Don Bosco y los primeros salesianos como una Inspectoría misionera. De hecho, apenas asentada la presencia salesiana en el Ecuador, se inició el trabajo evangelizador con el pueblo shuar. Décadas más tarde se amplió la presencia misionera con el pueblo achuar y ya en la década de los setenta con los pueblos kichwas de la Sierra ecuatoriana.

Al celebrarse el segundo centenario del nacimiento del Santo, con la colección MISIONEROS SALESIANOS, la Inspectoría del Ecuador, quiere dar a conocer la biografía, la actividad y el pensamiento de un puñado de aquellos hombres que hicieron palpable el carisma salesiano trabajando en las misiones amazónicas.

 Centro Salesiano de
PUBLICACIONES
PASTORALES
José Ruaro



9 789942 852632